

KING OF ME

Book Hunters & Bookzinga

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MIMI JEAN PAMFILOFF



Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.





Sinopsis

—¿Me estás pidiendo que te ame? —preguntó Mia.

Se rascó lentamente su espesa barba incipiente.

—Supongo que sí.

¿Y si se te pidiera que amaras al único hombre en el cual no podrías confiar, que le temes, que te traicionó en todo momento? ¿Podrías hacerlo para salvar a la gente que amas?

Mia Turner está lista para darlo todo (su cuerpo, su corazón, su alma) al misterioso e implacable multimillonario que tiene todas las cartas para salvar a su familia. Pero cuando este peligroso y pecaminosamente sexy hombre, simplemente conocido como King, exige algo más, algo horripilante, Mia se verá obligada a enfrentar la imposible verdad sobre sus vidas.

A veces, la verdad trae salvación.

Y a veces, la verdad te rompe.

King #3



—Voy a empaparme en la bañera. ¿Quieres unirte? —preguntó.

Parpadeé. No era una ducha, sino una piscina redonda y grande hundida con azulejos hechos de los mismos profundos tonos azules que el Mar Egeo y justo en el centro de su habitación, como un antiguo spa griego. Literalmente había soñado con bañarme con él en uno un millón de veces, nuestros cuerpos húmedos y humeantes mientras montaba su musculoso cuerpo y devoraba sus sensuales labios con mi boca.

King alzó una ceja oscura y sedosa.

—Vaya, vaya, señorita Turner. *Tienes* que dejar de pensar sucio. Espero probar los frutos de su labor antes de que se acabe el tiempo. ¿Tal vez esta noche?

Sacudí la cabeza, sintiéndome avergonzada. Mi imaginación estaba fuera de control.

—No.

—Qué pena, ya que creo que ambos lo disfrutaríamos. —King se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia la casa, disolviéndose en el aire justo ante mis ojos—. Espero que te guste el vestido, Mia.

—No acepté ir contigo.

—No llegues tarde —dijo su voz incorpórea—. Me desagrada.

Imbécil pomposo. Agaché la cabeza y me cubrí la cara antes de soltar un lento aliento. Intenté no estar emocionada respecto a la noche, pero lo estaba. Intenté no odiarme por ello, pero me odiaba.



Uno

Traducido por Flochi

Sexo con un fantasma. Sexo con un fantasma. ¿En verdad voy a hacer esto? Miré fijamente mi copa de champaña, mi mano temblando mientras me concentraba—intentaba concentrarme, de todas maneras—en las delicadas burbujas burbujeando en la superficie. Era todo lo que podía hacer para evitar ponerme de pie y salir corriendo del restaurante casi vacío o mirar furtivamente otra vez a mi cita. Su masculinidad inquietante y cruda casi me deshacía cada vez, a pesar de saber que su exterior era una fachada.

¿Cómo me metí en esto?

—Señorita Turner —dijo en ese tono profundo, oscuro y desaprobador—, mírame.

Sabía que tenía que enfrentar esta situación de frente, por así decirlo. No habría ningún escape.

Puedes manejarlo. Diablos, había soportado un montón de cosas mucho peores estos últimos meses—amenazas físicas, ser secuestrada, observar a mi hermano ser asesinado; sin embargo, mi armadura mental se desgastó.

No importa. Estás en la recta final ahora.

Finalmente me obligué a mirar a través de la mesa al imponente, exquisito y peligroso hombre, su elegante cuerpo musculoso cubierto con un costoso esmoquin.

Impresionante.

Escuché a mi corazón latir exactamente tres veces y luego inhalé una bocanada superficial, obligando a mi corazón a seguir bombeando.



La manera en que la luz de las velas bailaba sobre sus pómulos finamente esculpidos, mandíbula cincelada y sensuales labios me cautivaba. No podía evitarlo. Además estaban esas pestañas oscuras y su cabello oscuro espeso y ondulado, que caía detrás de sus orejas y… Bueno, simplemente digamos que su apariencia hacía que fuera fácil olvidar quién era: un rey muerto y anciano maldecido a vagar por la tierra por la eternidad. Su camuflaje moderno no era simplemente exquisito; era perfecto.

Sudor comenzó a gotear por mi espalda debajo de mi pequeño vestido negro, obligándome a removerme en mi asiento. *Respira, Mia. Respira*.

—Para con la incesante inquietud, señorita Turner, y dime si te gusta el champagne. —Me miró sin pestañear con sus helados ojos grises.

Intentando proyectar un aire de calma, rocé casualmente mis salvajes ondas rubias de mi rostro y recogí el menú, encontrando refugio de mis pensamientos en la página dos.

—Eh. El champagne es bueno. Me gusta.

Idiota. Incluso yo, con mi paladar de whisky, sabía que esta era una botella de quinientos dólares de jugo de uva fermentado apto para los dioses.

O un rey.

Capaz de escuchar mis pensamientos, mostró una sonrisita, y dos pequeños pero profundos hoyuelos aparecieron en sus mejillas cubiertas de barba incipiente.

—¿Sabes lo que te gustaría ordenar?

—No realmente. —Normalmente no comía este tipo de cosas: rollitos de sushi de huevos de codorniz con reducción de ciruela con jengibre, o lubina con un glaseado de miel y lila. Sonaba todo muy bien, pero para un plato de cien dólares, no me sentía bien eligiendo al azar en mi selección de menú.

Vas a tener que tener sexo con King esta noche, ¿y te preocupa lo que ordenes?



—Eso es exactamente correcto, señorita Turner. —Me mantuvo cautiva con sus fríos ojos—. Ordenar el plato equivocado no es el fin del mundo. El sexo por otra parte… —Se rascó la barbilla sin afeitar—. Espero que mi orden sea perfecta. O habrá consecuencias. —Me mostró una sonrisita perversa.

Maldita sea.

—Permanece fuera de mi cabeza —dije.

—Cortemos la mierda, señorita Turner. Puedo escucharte. O finjo que no o simplemente ambos podemos reconocer que es un hecho. Si finjo, sin embargo, no estaré ganando ninguna… —buscó las palabas—, yardas. Sí… yardas contigo.

—¿Entonces estamos jugando futbol ahora? —Supuse que la metáfora del deporte se sentía apropiada. Él deseaba ganar y masacraría a cualquiera que se metiera en su camino. En este momento, necesitaba ganarme. Todo de mí. ¿Por qué? Llegaría a eso en un momento.

—No. Nuestro juego es mucho más serio que eso. —Bajó la cabeza un poco y me miró hambrientamente a través de la mesa iluminada por velas, presionando a mi temperatura corporal a subir diez grados más a pesar de mi esfuerzo de ignorar el agarre que tenía sobre mí.

—El juego de la vida —murmuré en voz baja.

—Más grande que eso.

¿Qué podía ser más grande que la vida? Me pregunté.

—La eternidad de la muerte —contestó a mis pensamientos con una aspereza que no necesitaba explicación. Él estaba, después de todo, muerto y lo había estado por los últimos tres mil años, buscando un escape de la cruel y horriblemente dolorosa maldición lanzada sobre él por su infiel esposa, Hagne. Ella había sido una Vidente de Luz como yo con la habilidad de ver la energía de la gente. A veces veía huellas dejadas atrás por objetos, también. Obviamente, sospechaba que las Videntes eran capaces de mucho, mucho más—por ejemplo: la maldición de Hagne—pero nunca lo sabría. Yo era la última Vidente. Razón

por la que el interés de King en mí no era casualidad. Y si iba a ser honesta conmigo misma, una parte de mí, la parte que vivía en los rincones más oscuros de mi mente, lo quería en respuesta.

—¿Planeas responderme esta noche, señorita Turner? —preguntó King.

Aparté mi mente de cualquier pensamiento sexual e intenté centrarme en la conversación.

—H-h-honestidad. ¿Qué más? Si no puedes dejar de escuchar mis pensamientos, no tiene sentido fingir.

Sonrió de esa manera sexy y pecaminosa que podía derretir las bragas de una mujer de su cuerpo, le gustara o no. Sí, él era poderoso.

—Me refería a ¿qué plato vas a ordenar? Ya sabía que escogerías honestidad. No eres abocada a mentir.

Tenía razón sobre eso. No podía tolerar la deshonestidad. Por eso era que luchaba tanto con lo que iba a venir luego de la cena. ¿Por qué insistió en hacer del sexo parte de nuestro nuevo "trato"?

King se inclinó.

—Mia, ¿cuántas veces debo explicar esto? El Artefacto me permitirá regresar una vida, solamente una. ¿Quieres que tu hermano regrese o no?

Miré hacia la vista panorámica de San Francisco, las luces del Puente Golden Gate en la distancia.

—Sabes que sí.

En pocas palabras, Justin había sido asesinado. Y aunque algunos podrían discutir si él había merecido morir, al final del día, era familia. Mi familia. Y regresar a Justin a mis padres era la única manera de que mi familia volviera a estar completa. Pero para traerlo de regreso, necesitaba romper la maldición de King. Para romper su maldición, teníamos que apoderarnos del Artefacto, una

roca que la ex-esposa de King había usado para atar su maldición. Para romper el vínculo entre King y el Artefacto, una Vidente tenía que deshacerlo.

Ahí es donde todo se volvía extraño. Absoluta y verdaderamente extraño. Según él, el vínculo solamente podía ser roto con amor.

Sí, bastante jodidamente raro. Sin duda alguna, complicado.

Sin embargo, había pasado mucho tiempo pensando en esto. Si Hagne usó el odio para crear esta situación, entonces tendría sentido que la energía opuesta lo desharía. Algo así como un antídoto.

Ahora, ¿cómo romper la maldición de King se traduciría en una persona muerta, cualquier persona muerta, regresando a la vida? Ahí era donde las cosas se volvían más raras. Él afirmaba que una vez que su maldición estuviera rota, el Artefacto permitiría que una vida sea regresada como una especie de "segunda oportunidad". Obviamente King había planeado que su vida fuera la afortunada, pero me había hecho una oferta que no podía rechazar. A cambio de terminar su tormento, permitiría que mi hermano regresara en su lugar. Esto significaba que King dejaría de existir, pero al final, todos recibiríamos lo que deseábamos. El único truco ahora era apoderarse del esquivo Artefacto. *Y…* suspiré, *tengo que encontrar una manera de abrirle mi corazón con el fin de entregar el "antídoto".*

Más fácil decirlo que hacerlo.

—No es difícil en absoluto —dijo King—. Simplemente debes poner tu mente joven y vivaz en ello.

Solté un pequeño resoplido. *Puede que tenga veintiséis*, un bebé a sus ojos, *pero sé que los corazones no siguen a la mente; es al revés.*

Chasqueó la lengua en desacuerdo.

—Ya, ves. Un signo de tu joven ingenuidad; tu mente es mucho más poderosa de lo que le das crédito.

—Mi mente está ocupada intentando aceptar que de cualquier manera estoy jodida.

—Eso espero, señorita Turner. —Arqueó una ceja oscura y sedosa—. Después de todo, ¿no es por eso que estás aquí conmigo esta noche? ¿Para follar?

Entrecerré mis ojos en su dirección. *Gracioso*.

—Sabes a lo que me refiero, King. Me has acorralado en una situación sin salida.

—¿Cómo es eso?

Él sabía la respuesta. Era demasiado inteligente para no saberlo. Pero quería escuchar que lo dijera. Le gustaba verme retorcerme.

—Si tengo éxito en encontrar una manera de… —tragué saliva—, amarte, entonces tu maldición acabará y tú…

—¿Dejaré de existir?

Asentí. *Sí, llegaré a disfrutar de la angustia de preocuparme por alguien y perderlo*.

—Ah. Pero conseguirás a tu hermano de vuelta en mi lugar.

—Sí. —*Pero si no rompo tu maldición, pierdo a Justin*. No había algo correcto en esta ecuación. No había una salida fácil o un final feliz. *Una tragedia griega en ciernes*.

—No puedo discutir —dijo casualmente, pareciendo poco interesando en mi desgarrador dilema—. Es difícil el predicamento.

Lo miré y me obligué a no reaccionar a su indiferencia o a su exquisito caparazón masculino que hacía a mi cuerpo querer y necesitar cosas que no debería.

—Tengo una pregunta —dije—. ¿Estás usando esto como una excusa para dormir conmigo?

—Tal vez. —Su voz bajó una octava—. Pero si me amas, entonces debemos familiarizarnos. Y te aseguro, el don de… —hizo una pausa—, follar es una de mis mejores cualidades. Temo, tal vez, que mi *única* buena cualidad. ¿Por qué no comenzar con nuestros mejores atributos?

—Basta. Ambos sabemos que estás exagerando —discutí—. Y antes de que vayas allí, no estoy hablando del sexo. —Estaba, sin embargo, hablando de sus "mejores cualidades". Había aprendido que King era esporádicamente capaz de increíble compasión. Un sobrante de sus días previos a la maldición, supuse. Qué no habría dado por conocer esa versión de él; King con corazón. Este King era regido por su obsesión con el Artefacto. Había mentido, manipulado e intimidado para que hiciera cosas solo para estar más cerca del mismo, razón por la que no podía confiarse en este hombre cuando se trataba de esa maldita toca.

Sí, planeaba jugar esto con mucho cuidado.

—Soy peor de lo que puedes imaginar —dijo—. Lo verás por ti misma pronto. —Miró hacia la puerta donde el camarero esperaba con atención. Era inquietante ver el restaurante cinco estrellas con vistas a la ciudad estar vacío. Como si hubiéramos aparecido demasiado temprano. En realidad, eran las diez de la noche y King había reservado todo el lugar para nosotros solos.

—Sí, señor. ¿Qué puedo traerle? —preguntó el camarero.

King le entregó el menú.

—Tendré el bistec Diane. Raro. Ella pedirá lo mismo.

—Muy bien, señor. —El hombre se apresuró a irse.

¿Bistec? Me estaba inclinando hacia una ensalada, algo que no hiciera a mi estómago hincharse mientras estábamos… tragué saliva, *teniendo sexo.*

King se rio entre dientes ante mis pensamientos.

—Eres hermosa, Mia. Y estoy esperando mostrarte lo muy en serio que lo digo. —Sorbió su champagne—. Por cierto, el bistec te ayudará a mantener tu fuerza. Soy hambriento en el dormitorio.

Mi saliva se atascó en mi garganta mientras nos imaginaba a los dos, nuestros cuerpos desnudos retorciéndose en la gran cama de cualquiera sea la suite de un lujoso penthhouse que se había procurado para la noche. King era mucho más que hermoso. Era la fantasía sexual de cualquier mujer; grande, duro y delgado, pero en el otro lado de la moneda, dormir con un fantasma. *Un hombre muerto*…

—Basta. —King estrelló su puño contra la mesa.

Salté en mi asiento.

—No puedo evitar cómo me siento.

—Me tocaste antes. Envolviste tu mano alrededor de mi pene. No pareciste notar nada diferente entonces, así que deja de comportarte como…

—No. No me hables como si fuera tu perro, o tu mujer, o tu esposa o lo que sea.

—Oh… —Se rio entre dientes—. Pero lo serás.

—¿Disculpa?

—Mi esposa, a eso me refiero.

Parpadeé. ¿*Lo escuché correctamente*?

—Sí, lo hiciste —respondió.

—Nunca estuve de acuerdo con eso.

—Acordaste darme redención y libertad de mi existencia infernal.

—El matrimonio está fuera de discusión. —Y no tenía nada que ver con lo que había acordado. De hecho, estaba comenzando a dudar seriamente de su razón para tener sexo también.

—¿Crees que tienes una elección en el asunto?

—Sí. —Siempre tuve una elección.

—Equivocado. Me follarás esta noche. Luego te casarás conmigo, me amarás y acabarás mi maldición.

Mi mandíbula se abrió.

—¿De verdad me estás ordenando que haga esas cosas?

—¿Qué demonios crees?

Creo que estás loco.

—Me importa una mierda lo que pienses. Harás lo que te digo, señorita Turner, porque ese siempre fue nuestro acuerdo.

Estaba a punto de replicar cuando una pregunta perspicaz entró en mi cabeza: ¿Por qué todo este alboroto enmascarado en una ráfaga de amenazas e intimidaciones? Porque sorprenderme era uno de sus movimientos clásicos. *El bastardo está planeando algo.*

Tirando de su gemelo de plata, King me fulminó con su mirada a través de la mesa.

—¿Te atreves a cuestionar mi integridad? Tenemos un acuerdo y nunca incumplo.

—Pero no estamos hablando de cualquier acuerdo, ¿verdad? —Algo incómodo se asentó dentro de mi estómago. King me estaba manipulando como una rata en un laberinto. Así es cómo operaba: siempre en control, incluso cuando te hacía sentir como que tú lo manejabas. Pero nunca era así.



De acuerdo. Tal vez necesitaba retirarme y repensar los términos de nuestro acuerdo. Estuve de acuerdo en terminar su maldición, pero el "cómo" estaba abierto a interpretación, especialmente dado que yo necesitaba sentir alguna especie de afecto por el hombre con el fin de hacerlo.

Respiré hondo y me obligué a no ser persuadida por su sensualidad cruda y ardua.

—King, lo siento, pero no voy a hacer esto esta noche. —Me puse de pie y puse mi servilleta sobre la mesa.

—¿Dónde *mierda* crees que vas? —gruñó en un tono amenazador que sacudió mi caja torácica.

—No voy a caer por otro de tus juegos mentales. Si vamos a romper tu maldición, va a ser en mis términos. Míos.

Se levantó lentamente de la mesa, una mirada depredadora en sus ojos plateados.

—No lo creo.

Sacudí mi cabeza hacia él.

—No puedes intimidarme para que sienta algo por ti. Si quieres que esto funcione, vas a tener que aceptarlo.

Me volví hacia la puerta, sintiéndome jodidamente orgullosa de mí misma. Me había plantado al antiguo y poderoso rey sin que se me trabara la lengua. Dije exactamente lo que había tenido intención y…

Sentí un tirón en mi brazo y mi cuerpo voló a través del aire, aterrizando con un golpe sobre la mesa. Nuestros vasos de champaña cayeron al suelo, igual que las velas y los cubiertos.

Me fijó por el cuello, boca abajo.



—¿Con quién demonios te crees que estás hablando, Mia? ¿Eh? ¿Un hombre al que le importa una mierda lo que pienses o quieres?

Gruñí con agonía mientras empujaba mi brazo detrás de mi espalda y apretaba mi cuello contra la mesa.

—¡Quítate, King!

—¿Señor? —preguntó el camarero, obviamente preguntándose de qué se trataba todo el ruido.

—¡Vete! —gritó King—. O te mataré.

—¡Ayuda! —grité.

—Uhhh…. Llame si necesita algo, señor. —El camarero desapareció en la cocina.

Hijo de perra, ¿ni siquiera iba a alzar un dedo por mí?

—¡No te vayas! Ayuda —volví a gritar.

—Te ayudaré, maldita perra. —King presionó con más fuerza mi cuello contra la mesa con una mano y comenzó a empujar hacia arriba mi vestido con la otra.

Sentí el dobladillo pasar por mis caderas, exponiendo mi tanga negra de encaje. Me la había puesto esta noche, anticipando que tendría el valor para seguir adelante.

—No lo hagas, King.

—Cierra la maldita boca. Debí haber hecho esto la noche que nos conocimos. —Bajó mis bragas y no pude creer que iba a hacer esto. El malvado y jodido malnacido nunca encontraría salvación de su maldición, pero tal vez nunca lo había querido. Un hombre que de verdad quería amor nunca haría esto. Jamás.

—No lo hagas, King. O juro que…



—¿Qué? ¿Me maldecirás de nuevo, perra? No puedes herirme ahora porque *tú* eres nada —rugió.

Me levanté de golpe de la cama, cubierta de sudor, jadeando y llorando. *Oh Dios mío. Oh Dios mío.* Me aferraba a la tela rosa del pijama cubriendo mi pecho, mi cabeza girando de lado a lado. No estaba en ningún restaurante, ni estaba siendo violada… gracias a Dios. Estaba acostada en una cama de la finca palaciega de King en Creta.

—Bonito sueño, señorita Turner.

Grité.

En la esquina, sentado cómodamente en un sillón de cuero estaba King. Usaba vaqueros desgastados y una camisa de lino blanca parcialmente desabotonada y exponiendo los planos bronceados y esculpidos de sus pectorales. Una sonrisa malvada ocupaba sus labios gruesos.

Sentí a mi rostro volverse rojo de ira.

—Tú… tú…

—No me culpes. —Alzó sus palmas rindiéndose—. Eso fue todo tu retorcido cerebrito. Me limité a observar. —Se reclinó, ahogando una sonrisa—. Sin embargo, debo admitir, tienes una sucia, sucia mente.

Si pudiera matarlo con mis ojos, lo haría. *Dios, te odio*.

Se rio, su pecho y hombros temblando mientras su cabeza se inclinaba hacia el cielo, antes de regresar su mirada sin culpa a mis furiosos ojos.

—Entonces nos va a costar trabajo, ¿verdad, señorita Turner? —Se puso de pie y caminó causalmente hacia la puerta de la suite principal y luego se detuvo justo antes de girar el picaporte—. Te veré abajo para discutir los verdaderos términos de nuestro nuevo trato. Y para que lo dejemos en claro —entrecerró esos deslumbrantes y pálidos ojos grises—, el sexo, incluso tu versión escandalosa, por más tentadora que sea, no será parte del mismo. Sé lo



decepcionante que debe ser, pero estoy seguro que lo superarás. —Me mostró una sonrisa traviesa y engreída y se marchó.

Gruñí hacia la puerta cerrada. *Hijodeperra*. Como si *no* dormir con él fuera una gran pérdida. ¿Y cómo demonios podía evitar lo que soñé? Claramente mi cerebro estaba liberando estrés, mi sueño una metáfora de cómo me sentía desastrosamente arrinconada por la situación.

Suspiré, sabiendo que sentir pena por mí misma no iba a resolver nada.

Sólo mantente enfocada, Mia. Mantén tus ojos en el premio. Tener de regreso a mi hermano era todo lo que importaba, y mi nueva visión despiadada de la vida—gracias a vivir en el mundo de King por unos cuantos meses—me ayudaría a hacer eso.

No te olvides con quién estás tratando: el maldito demonio. Un demonio que sabía cómo presionar cada uno de mis botones, y que lo había hecho.

Pero ya no eres esa misma chica.

No. No lo era.

Y esta vez, iba a jugar por mi propio premio.



Dos

Traducido por Flochi

Me duché rápidamente y me puse unos vaqueros y una camiseta simple. El clima afuera era cálido con una ligera humedad (supongo que era típico para finales de otoño en Creta), pero con mi cabello rubio rizado con una desesperada necesidad de un corte, estaba en un permanente modo de coleta anti-frizz. Al menos había conseguido dormir un poco, a pesar de las pesadillas y mis ojos azules finalmente consiguieron deshacerse de sus bordes inyectados en sangre.

Me dirigí hacia abajo de la extravagante suite al aire libre de King, pensando cuánto extrañaría el lugar una vez que todo esto hubiera acabado. Tenía que concedérselo: King tenía un excelente gusto: balcones con vistas al océano turquesa y azul zafiro, piscinas hundidas de vapor en el centro de la habitación, murales de diosas griegas y pilares neoclásicos. Toda la finca era "spa griego se encuentra a un hotel Four Seasons", completo con una playa privada, cancha de tenis, plataforma para helicópteros, fuentes de seis metros de alto y frondoso árboles frutales. Un palacio digno de un rey moderno de viejo dinero, muy, muy viejo dinero, que no pensaba dos veces en gastarlo.

Sin embargo, me preguntaba si King había construido este lugar. Stefanos Spiros, el líder de la familia Spiros que habían sido leales a King por generaciones, una vez insinuó que la casa había sido construida para mí. No creí eso. Quiero decir, había conocido a King unos meses antes y esta casa llevaba construida unos cuantos años.

A pesar de eso, piel de gallina se extendía por mi cuerpo cada vez que pensaba en esa conversación. Stefanos me había llamado "reina" de King. Tan arcaico. El verdadero problema, sin embargo, era que desde el primer momento en que había conocido a King, me reclamó como su propiedad personal. Incluso

llegó tan lejos como para colocar su estampa, un tatuaje de "K", en mi muñeca izquierda. Después, descubriría que podía controlarme y rastrearme con el mismo, lo que en verdad me molestaba. No era de él. Nunca lo sería. Y un tatuaje no cambiaría eso.

Tampoco lo hará una casa, pensé, *porque no estoy a la venta*.

Entré a la gran sala abierta con modernos muebles blancos y ventanas panorámicas con vistas al océano. King estaba de pie con su ancha espalda hacia mí, mirando las olas, un vaso de champagne en una mano y un cigarro encendido en la otra.

—Tienes razón en tu suposición, señorita Turner.

—¿Podemos regresar al "Mia"? Creo que hemos pasado la etapa formal a esta altura.

Él asintió, pero no giró su rostro hacia ella.

—Como desees.

—¿Qué suposición? —pregunté.

—Es verdad; tenía todo construido en anticipación a tu llegada, esperando que podrías querer llamarlo hogar.

Me senté en el sofá blanco y crucé las manos cuidadosamente en mi regazo, reflexionando en eso. No tenía sentido fingir que su declaración no me afectaba, porque King podía escuchar mis pensamientos. No existían secretos. De hecho, porque se había arrastrado dentro de mi cabeza y cuerpo en varias ocasiones, sabía más de mí que yo.

—Entonces, ¿cómo sabías que iba a venir? —pregunté.

Se quedó completamente inmóvil y habló en voz baja, como reviviendo los recuerdos en su cabeza.

—Sentí que te acercabas más día a día, igual que sentía la presencia del Artefacto.

Cerré rápidamente cualquier pensamiento o emoción creciendo en mi pecho que pudiera animarme a creer que yo significaba algo para él. Yo no lo significaba. Para él, era un medio para un fin y nada más.

—Muy bien —dije—. Entonces, estoy aquí ahora, en la casa que construiste para mí…

—Para nosotros —corrigió y giró su rostro hacia mí. Deseé que no lo hubiera hecho, porque encontré extremadamente difícil permanecer concentrada cuando me miraba. El hecho era, el hombre me producía cosas… a mi cuerpo. Incluso ahora, completamente en control de mis emociones, sentí el sensual calor acumulándose entre mis piernas y dentro, como alguna enrevesada respuesta pavloviana. Solo que mi cerebro y corazón no estaban a bordo.

Cuerpo estúpido.

Pero ese era el misterio sobre King que no podía resolver. No era como si yo corriera alrededor de los hombres sexys desmayándome, desechando completamente sus fallas. De hecho, siempre había ido por los tipos agradables que podrían pasar desapercibidos porque no eran considerados apuestos según los estándares tradicionales. Yo siempre, siempre, sentía atracción por el interior primero.

Con King, sin embargo, algo me atraía. Era una sensación que irradiaba de algún lugar desconocido, atrayéndome mientras mi mente racional daba patadas y gritaba, diciéndome que permaneciera lejos. Luego de aprender sobre su maldición, comencé a creer que los sentimientos en conflicto podrían tener sentido. Él fue una vez un hombre, un buen hombre, y esa parte de él seguía todavía allí en alguna parte. De todas maneras, quería creer que la atracción física que sentía era por el hombre, el verdadero, que una vez fue. Por supuesto, nunca lo sabría. Esa persona se había ido o, al menos, cambiado para siempre por su maldición.



—Lamento que hayas construido la casa para "nosotros" —dije—. Porque no hay un "nosotros". Solo hay un tú y yo, y uno de nosotros pronto se habrá ido. —Sé que señalar que su vida pronto terminaría sonaba cruel, pero King estaba hecho de un muy buen material de crueldad. Él lo entendía y prosperaba en el mismo.

—Sí. —Sonrió—. Estás en lo correcto y espero el día en que mi existencia acabe y tú tendrás de regreso a tu amado hermano. Mientras tanto, hay tanto que hacer.

Esto era lo que realmente quería escuchar: lo que esperaba de mí en este nuevo acuerdo. Como en mi sueño, para terminar su maldición necesitábamos el Artefacto y luego tendría que proporcionarle "el antídoto" encontrando algo dentro de él que amar. No era algo sencillo. Por suerte, existían muchos tipos de amor.

—Puedes suponer —dijo King, respondiendo a mis pensamientos—, que el tipo de afecto requerido para romper mi maldición no es del tipo que podrías sentir por un cachorro.

Me reí.

—Bueno, gracias a dios por eso. Porque los cachorros son irresistibles. —Frunció el ceño y estaba a punto de hablar, pero alcé la mano—. Solo una broma. Lo entiendo. El problema es que no puedo obligarme a enamorarme. Entonces lo que realmente tengo que saber es tu plan. ¿Qué necesitas que haga?

Asintió solemnemente.

—No hay plan.

Correcto. King siempre tenía un plan.

—Esta vez no, Mia. No tengo un esquema, ni magia, ni dispositivos para obligarte.

—¿En serio? ¿No tienes nada?

Se encogió de hombros.

—¿Estás contando conmigo para simplemente… embelesarme y enamorarme de ti?

Él asintió.

—Entonces estamos jodidos. —Porque sin la ayuda de algunos de los dones místicos de King, no iba a enamorarme de él.

Alzó una ceja.

—De verdad sabes cómo herir a un hombre.

—Lo siento, pero es la verdad.

—Podríamos tener sexo e ir desde allí.

Mi mandíbula se abrió.

—Pero dijiste…

—Fue una broma, Mia.

—Oh.

Se rascó la barbilla.

—Lo que propongo es algo mucho más simple.

Fue mi turno de alzar una ceja.

—Te llevaré a alguna parte lejos, solamente tú y yo a solas por los siguientes seis días. Puedes preguntarme lo que gustes, podemos pasar tiempo juntos sin interrupciones y llegarás a conocer al verdadero yo.

Mi cuerpo empezó a sudar frío.

—Te refieres a… ¿unas vacaciones? —¿Estaba loco?

—Piensa en ello como una cita prolongada.

Mis senos y vientre comenzaron a calentarse, agitándose y latiendo de solo pensar en estar a solas con él. Podía imaginar las necesidades abrumadoras que tendría que resistir si verdaderamente me iba con él. No era una buena idea. Él tenía demasiado control sobre mi cuerpo.

Negué con la cabeza.

—Deberíamos quedarnos aquí y solo… —No sabía que haríamos—. ¿De verdad no se te ocurrió nada? ¿Ni pociones de amor ni nada?

Él negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—El amor debe ser genuino o no funcionará.

—No voy a irme contigo. No confío en ti. —Tampoco confiaba en mí misma.

—Tendrá que intentarlo —dijo duramente.

—La confianza toma tiempo.

—No hay "tiempo". Tenemos una semana.

Oh no. Esto no sonaba bien.

—¿Por quéeee?

King apartó la mirada, apretando la mandíbula. Pensé lo extraño que era que un fantasma hiciera eso. Por otra parte, todo lo que King hacía se sentía real y tan vivo como cualquier hombre.

—Hice un trato con el Club 10.

¿Qué demonios?

—¿Hiciste un trato con esos imbéciles sin alma?

—Sí. ¿No acabo de decir eso?

—¿Qué trato, King? —espeté.

—Acordé entregar mis posesiones.

Salté de mi asiento, lista para estrangular al hombre.

—¡Soy una de tus posesiones! ¿Por qué harías eso?

Para que conste, no estuve de acuerdo en pertenecerle, pero lo que yo pensara no tenía importancia. De acuerdo al Club 10, una depravada red social de élite para multimillonarios que se usaban mutuamente para adquirir cosas que no podían comprar a través de medios normales—sexo, poder, esclavos y otros objetos extraños—yo *era* su propiedad.

—Anticipé que podrías reaccionar de esta manera, señorita Turner, pero déjame explicarme: tu perturbador sueño no fue tan inexacto.

Mia. Es Mia. ¿Por qué es tan difícil para ti?

Ignoró mi pensamiento y continuó:

—Planeo casarme contigo. Esta semana, de hecho. Había esperado que te entusiasmaras con la idea tras unos días a solas conmigo.

—¿Por qué? —tuve que preguntar.

—Deseo transferirte legalmente mis posesiones mientras sigo con vida. El Club 10 no recibirá nada cuando te entregue todo, porque no tendré nada.

El Club 10 ya tenía reglas sobre propiedades luego que uno partía de este mundo. Básicamente, la pareja de uno recibía todo. Lo que él había hecho, sin embargo, era cambiar sus posesiones a cambio de algo que quería ahora. Por supuesto, tenía la intención de usar un resquicio para evitar entregar todo. Era taimado. ¿Por qué no me sorprendía?

—¿Por qué no transferir todo a mi nombre sin casarnos? —pregunté.

Me miró como si fuera una tonta.

—¿Qué? —pregunté. Era una pregunta legítima.

—Señorita Turner, puede que sea una fantasma, pero te aseguro, mis miles de millones en activos no lo son.

—¿Y eso quiere decir?

—Incluso si ya no estaré aquí para disfrutarlo, no voy a regalar la mitad de mi fortuna a los impuestos. La transferencia de activos entre cónyuges evita ese problema.

Impuestos. Pensé en ello por un momento. Supuse que tenía sentido, pero algo no se sentía bien.

—¿Qué hay de mí? —pregunté—. Todavía me "poseerás" cuando firmes tu acuerdo de mucho-por-nada con el Club 10- ¿Eso no hará fracasar el propósito?

—Planeo quitar mi reclamo sobre ti. En cambio, te volverás mi esposa; ya no más mi propiedad sino mi compañera.

Era un gran gesto, pero tenía que estar trabajando en otro ángulo.

—No lo estoy —dijo—, trabajando otro ángulo. Mi deseo es verte sana y salva una vez me haya ido. El matrimonio es simplemente el vehículo para cumplirlo.

Entrecerré mis ojos.

—Matrimonio. Hablas en serio.

—Por supuesto.

—¿Y crees que una vez que el Club 10 descubra lo que has hecho, no vendrán y tomarán lo que quieren de todas maneras, incluyendo mi vida? —Esos bastardos hacían lo que querían, cuando querían, excepto cuando lidiaban entre sí, en cuyo caso todavía hacían lo que querían, pero simplemente eran un poco más cuidadosos. Anarquistas en traje. Con yates y Mercedes. Y aviones. Tal vez unos cuantos países pequeños también.

—Me aseguraré de que haya otras medidas puestas en acción para detenerlos —dijo con calma.

Nada de esto tenía sentido, lo que significaba que sin duda alguna el hombre planeaba algo. Si tenía alguna posibilidad de abrirme camino a través de esto, tendría que exponer mis cartas y lograr que él estuviera de acuerdo con cosas que eran valiosas para *mí*.

—No hay trato.

King pareció divertido y cruzó sus gruesos brazos sobre su pecho parcialmente expuesto, un pecho que estaba haciendo todos mis esfuerzos por no mirar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

La vieja Mia, la que no había visto a un criminal enfermo y retorcido llamado Vaughn dispararle a su hermano como un pescado, habría dejado pasar esa respuesta. Incluso podría haberlo preguntado de buenas maneras. Pero la nueva Mia, la que tuvo su vida dada vuelta en un flujo de nunca acabar de mierda caótica, sabía que tenía que cuidarse a sí misma. *Y no me importa lo que nadie más piense. Eso es seguro.*

—Los quiero destruidos —dije—. Quiero al Club 10 desmantelado.

—Todavía te importa. La prueba es tu pedido.

—Quédate fuera de mi cabeza. —Le lancé una mirada enojada—. No estoy aquí para participar en una exploración mental de mis sentimientos. Estoy aquí para plantear los términos de nuestro trato. —Alcé un dedo—. Ese fue el número uno. Hay más.

—Aunque estoy intrigado por la razón detrás de tus pedidos, lo que pides es imposible.

—Imposible es gente muerta caminando por miles de años y conduciendo autos. Imposible es traer al hermano muerto de alguien de vuelta a la vida con una roca.

Sus ojos brillaron con un humor sutil. No, no me importaba por qué.

—Esas son improbables —dijo engreídamente—, no imposibles.

—También lo es terminar con el Club 10 —discutí.

—Entiendo lo que dices, sin embargo, lo que pides significa tener que matarlos a todos. Eso tomaría años. No tenemos años, tenemos siete días.

Sí, gracias a ti.

Pensé en la situación por un momento.

—De acuerdo. Entonces asesina a sus líderes, comenzando por Vaughn. —Serían inútiles sin una organización formal. Los miembros pagaban una enorme suma de dinero a los fondos comunes cada año para comprar su libertad ilimitada, dejándolos por encima de la ley de cualquier gobierno. Sin alguien al timón, alguien poderoso y despiadado que todos temieran, el club caería bajo el peso de sus propias agendas egoístas, malvadas y despiadadas.

—Un excelente punto, Mia. Por cierto, nunca preguntaste por qué hice el trato para entregar mis pertenencias en siete días.

—¿Por qué? Espera, no me digas. Tiene algo que ver con el Artefacto.

—Muy bien —dijo un poco demasiado arrogante—. De hecho, tiene todo que ver.

—Entonces, ¿lo tienes? —Jadeé mientras hablaba.

—De hecho, sí, lo tengo.

—Oh Dios mío. —¿Por qué él no estaba bailando jiga? Este hombre había estado cazando el Artefacto por, bueno, no sabía cuánto, pero suponía que miles de años.

—Sin embargo —agregó—, esa no fue la única razón por la que hice el trato.

Miré con anticipación. Estas noticias eran importantes. Importantísimas, de hecho. ¡Teníamos el maldito Artefacto! Todo lo que necesitaba ahora era… bueno, confiar en el tipo y encontrar alguna manera de amarlo.

Por eso es toda esta tontería de las vacaciones y el matrimonio. Ahora que él tenía la roca, había planeado enamorarme porque necesitaba que desarrollara alguna especie de sentimientos románticos por él. *Siempre un paso adelante*.

El apuesto rostro de King brilló con una sonrisa arrogante, indicando que tenía razón.

—También negocié mi regalo de bodas para ti. —Bajó su cabeza perfectamente arreglada y llena de cabello negro, señalando a la cocina—. Por aquí.

Mi mente giró en círculos de éxtasis mientras seguía a King por un juego de escaleras ocultas hacia la parte trasera de la enorme casa, cerca del ala de los sirvientes. No podía creerlo; había conseguido la roca. Eso significaba que pronto tendría a Justin de regreso con mis pobres padres.

—¿A dónde llevan estas escaleras? —pregunté.

—Mi calabozo, ¿qué otra cosa sería?

Eso lo explicaba. La escalera era espeluznante como el infierno con colores violentos goteando de las paredes. A veces, me sentía agradecida por mi don de Vidente. A veces, quería apagar el maldito don.

—Había esperado que fuera tu cuarto de lavabo —contesté.

Se rio.

—Ese cuarto se encuentra detrás de la cocina.

—Es bueno saberlo —*Porque voy a estar lavando mi ropa interior después*.



King se rio entre dientes por mi broma no dicha, pero yo no estaba bromeando exactamente. Cuando más seguíamos, más petrificante era la energía. Me recordaba al sótano de Vaughn, de hecho.

Como mencionaba, Vaughn era un asesino psicópata y el ser humano más retorcido del mundo. No solamente disfrutaba mutilar a las mujeres, sino que les quitaba la piel y las ponía en su amante muerta. El monstruo había asesinado a cientos de mujeres y también acabó con la vida de mi hermano. No era una sorpresa que fuera el líder del Club 10 también.

King se detuvo al pie de las escaleras y apretó un código en un teclado a un lado de la puerta. Cuando la puerta se abrió, el olor a agua de mar llenó mis pulmones. Una débil luz anaranjada brillaba desde el interior.

—No estabas bromeando, ¿verdad? —En verdad era un calabozo.

—No.

Mantuve mi posición a mitad de las escaleras.

—¿A quién tienes allí abajo?

King me sonrió, un brillo malvado en sus hermosos ojos.

—Ven a verlo por ti misma.

Tenía demasiado miedo de moverme.

—No tienes nada que temer —dijo fríamente.

—Entonces, ¿por qué veo esos colores…?

King agarró mi muñeca, su mano cubriendo el tatuaje de la "K", lo que significaba que no podría resistirme fácilmente a hacer lo que me dijera. Era un interruptor de anulación instantánea para mi mente. *Esta* era la razón por la que frecuentemente me encontraba odiando al hombre. Cuando no podía convencerme o manipularme para hacer algo, me obligaba.

Sin saber en lo que me estaba metiendo, mi corazón latió violentamente dentro de mi pecho. Un paso. Dos pasos. Antes de saberlo, estaba parada en un largo corredor lleno de celdas vacías. Las paredes blancas goteaban con agua de mar y pequeñas cascadas de viscosas algas verdes.

—Este camino. Prometo que no estarás decepcionada. —Me llevó a la puerta al final del corredor y presionó otro código. Esta vez, cuando la puerta se abrió, me empujó más allá de él y cerró la puerta detrás de mí.

¿Qué demonios? Me giré y golpeé la puerta.

—¡King! ¡Hijo de perra! ¡Déjame salir de aquí!

No escuché respuestas. En cambio, empujó una pequeña cuchilla debajo de la puerta.

Mi mano se congeló a medio golpe.

—¿Qué demonios, King?

—Ese cuchillo no te servirá de nada —dijo una voz familiar, una voz que hacía a mi corazón volverse un bulto de ácido corrosivo.

—¿Vaughn?

Sus ojos pequeños y brillantes, llenos de cataratas, brillaron con alegría detrás de un conjunto de barras de hierro oxidadas.

—Sí, señorita Turner, lo soy.



Tres

Traducido por Flochi

Sentí los ojos de Vaughn perforando la parte trasera de mi cabeza al tiempo que yo golpeaba la puerta con mis puños y gritaba. De todas las cosas retorcidas que King había hecho, esta se llevaba el premio. ¡*Bastardo*!

Lo que no podía empezar a comprender era, ¿por qué? ¿Por qué llamaría a esto un regalo? ¿Por qué se arriesgaría a enfadarme cuando estábamos tan cerca de romper su maldición?

—¿No vas a saludar? —Vaughn se rio entre dientes con un tono resbaloso que me recordó a una serpiente que se había tragado su propio ennegrecido corazón, un tono entre algún lugar entre un siseo y una tos cancerosa.

Me giré lentamente para dirigirme al monstruo sentado en la celda detrás de mí. Usaba un suéter marrón rasgado en el hombro y pantalones marrones. Su cabello fibroso plateado estaba cubierto de sangre seca de lo que parecía ser un gran tajo supurante a un lado de su cabeza.

—¿King te hizo eso? —pregunté.

Bajó la cabeza.

—¿Quién más?

—Con tu historial filantrópico, las posibilidades son infinitas.

Sus delgados labios se curvaron en una sonrisa traicionera.

—Sí, bueno. Uno no disfruta de la vida sin adquirir algunos enemigos.

—Uno de los cuales está aquí mismo, contemplando matarte. —¿Para eso era el cuchillo? ¿King pensó que podría disfrutar de una pequeña venganza?

Cristo, probablemente lo pensaba. King tenía un lado oscuro y despiadado, uno que no dudaba de mostrarles a sus enemigos.

—¿Matarme? ¿Tú? —Vaughn se cruzó de piernas y fue entonces cuando noté que sus manos estaban esposadas detrás de él, ancladas a alguna especie de anillo de metal en la pared.

Eso es un lío. El tipo ni siquiera puede rascarse la nariz ni orinar. Buen trabajo, King.

Él siguió:

—Puede que seas mi enemiga, pero no tienes las agallas para arrancarme un cabello de la cabeza, mucho menos clavarme un cuchillo.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté.

—Basta. Eres débil, señorita Turner, igual que el pedazo de mierda de tu hermano.

Me giré hacia los barrotes y los agarré con bastante fuerza como para estrangular a un hombre.

—No sabes una mierda sobre Justin.

—Sé más que tú. —Satisfecha satisfacción brilló en sus ojos.

—¿Por ejemplo?

—¿Te has preguntado alguna vez cómo todo esto empezó? ¿Tú, yo, King?

Sabía que Justin de alguna manera conoció a Vaughn y la pareja de éste, Jamie. Sabía que Justin había hecho un trato con Vaughn para obtener fondos para su excavación arqueológica, y a cambio, Vaughn se quedaría con cualquier cosa que Justin desenterrara. Sabía que Justin, en algún momento, se enamoró de Jamie y ella quedó embarazada, que es cuando trataron de huir de Vaughn. Por supuesto, todo terminó mal para ella, el bebé y Justin.

—Sé todo lo que necesito saber —contesté.

—Oh, pero no lo sabes. El pequeño malnacido pensó que podía tomar a mi mujer y hacer que me mataran. *Pensó* que podía alejarse con mi dinero y mi poder. Toda la tragedia es obra de él.

—No te creo; Justin no era tan engañoso.

Completamente jodido, sí. Pero engañoso, no. Justin una vez había intentado hacer trampa en un examen de matemáticas en la escuela intermedia. La maestra les dijo a mis padres que de no haber sido por la mirada de culpabilidad en su rostro, puede que nunca haya notado que había algo raro. Era típico de Justin, no podía ser deshonesto, aunque lo intentara.

—Equivocado, señorita Turner —dijo Vaughn—. Era traicionero y codicioso. Intentó hacer parecer como si yo asesiné a su equipo y tenía el Artefacto, todo para que King picara el anzuelo y viniera detrás de mí porque él me quería muerto.

Cuando todo este lío comenzó, Justin había estado trabajando en México dirigiendo su primera excavación cerca de Palenque. Resultó que el sitio de excavación era el lugar de reposo del Artefacto, esa roca que Hagne usó para maldecir a King. Cómo llegó allí era un completo misterio, pero cuando Justin lo encontró, supo que la roca era algo poderoso y peligroso. Huyó como el diablo. En represalia por incumplir el trato, Vaughn asesinó a los hombres de Justin.

—Justin nunca habría lastimado a su equipo. No tenía razones para hacerlo. —Por lo que pude dilucidar, Justin ya había comenzado a ver a Jamie, la amante/propiedad de Vaughn, y ella lo había estado ayudando a desaparecer. Justin estaba intentando escapar, no de matar a Vaughn.

—Piensa en ello, señorita Turner. ¿Por qué mataría a sus hombres? Simplemente tomaría el Artefacto de Justin si lo quería, no podía ocultarse de alguien como yo, no es que lo intentara. Y sinceramente, no quería el Artefacto hasta mucho después, luego de enterarme de su verdadero valor.

A medida que hablaba, intenté recordarme quién era esta persona: un pervertido y rico asesino serial atrapado en una jaula, que podría hacer o decir lo

que sea con tal de ser liberado. Y él no conocía a Justin como yo. No sabía cómo Justin fue voluntario todos los fines de semana por los cuatro años de la secundaria en el Hospital de Niños, leyendo historias de dinosaurios, mostrándoles a los niños sus colecciones de pequeños fósiles y diciéndoles que incluso la más pequeña de las criaturas dejaban su huella. Vaughn no sabía que Justin era el tipo de hombre que nunca besaría a una chica en la primera cita porque nunca querría que se sintieran baratas. Justin era raro y único como los artefactos antiguos que amaba desenterrar. Por lo que cualquiera podría decir lo que quisiera, pero yo conocía a mi hermano.

—No escucharé tu mierda, Vaughn.

Se inclinó hacia delante tanto como sus restricciones se lo permitían.

—Oh, pero estoy diciendo la verdad. Justin era despiadado. ¿Quién crees que le dio luz verde a Guzman para que sus hombres te hicieran daño? —susurró—. Él no quería que interfirieras en sus planes.

Esos hombres me habían interceptado en Ciudad de México cuando fui buscando a Justin. Eran animales. Por suerte, King había llegado a mí antes de que ellos tuvieran la oportunidad de hacerme algún daño real. En cualquier caso…

—Justin nunca…

—Tu hermano era un hombre malvado, Mia. Verdadero material para el Club 10. Simplemente no quieres verlo.

—¡Cierralamalditaboca! —Más mentiras. Me daba asco. Pero ahora era mi oportunidad de conseguir la verdad. Quería saber lo que realmente le sucedió a Justin. Necesitaba saber. Recogí el cuchillo y comencé a buscar en la pared por una llave.

—Está abierto —dijo Vauhgn, como desafiándome a entrar.

Oh, iba a entrar definitivamente.

Le di a la puerta de la celda un empujón, y, de hecho, se abrió. *Día de suerte*.

—Vaughn. —Alcé el cuchillo—. Quiero saber lo que realmente sucedió. Y si escucho el atisbo de otra mentira, te cortaré la oreja.

Ignorando mis palabras, Vaughn dijo:

—Escaparé, señorita Turner, y cuando lo haga, iré directamente con tus padres. Les quitaré la piel de sus cuerpos. Usaré a tu madre y bailaré frente a tu padre antes de follarlos a ambos.

Me tambaleé hacia atrás, ahogándome a medida que el ácido amargo se arrastraba por mi garganta. De pronto, vi los horribles actos que él imaginó para la gente que amaba reproduciéndose en mi cabeza. No sabía si fue producto de mi imaginación o si estaba presenciando sus pensamientos, pero no me importó. Se veían reales.

—¡No! —grité hacia Vaighn cuando él alzó el cuchillo hacia la garganta de mi madre.

Parpadeé y me encontré de pie allí mismo donde había estado todo el tiempo. En esa celda con Vaughn.

Volví a tambalearme hacia atrás, jadeando, sudando, mi cabeza dando vueltas. *¿Qué fue eso?* ¿Un vistazo del futuro? ¿Mi mente Vidente trabajando de alguna extraña manera? No lo sabía, pero daría lo que fuera por detener lo que acababa de presenciar. Me recordó a los momentos finales de Justin cuando había estado en la habitación, viéndolo todo, sin embargo Justin no pudo verme. Recordé pensar lo débil y patética que fui. ¿Por qué no pude lograr que me escuchara y evitar que Vaughn lo lastimara? Había pensado.

—Oh, sí —dijo Vaughn, inconsciente de lo que acababa de ocurrir—. Planeo grabar todo el asunto así puede mirarlo. ¿Te gustaría eso, Mia? Lo haría. Tengo cada uno de los detalles planeado en mi mente y eso me pone duro de solo pensarlo.

Bajé la mirada y vi el bulto en sus pantalones. Me dio asco más allá de las palabras.

Encontré mis piernas moviéndose, dirigiéndose directamente hacia esa vil excusa de ser humano. Cerniéndose fuera de mi propio cuerpo lleno de rabia, observé a mi brazo levantarse y hundir el cuchillo en el pecho de Vaughn cerca de su corazón. Sentí una profunda sensación de alegría y alivio cuando sus ojos se iluminaron de dolor.

Dios santo. Solté el cuchillo y éste resonó en el suelo. Lo había apuñalado. Y… se sintió bien.

—Gracias, señorita Turner. —Se contrajo de dolor y sonrió al mismo tiempo que la sangre fluía libremente de la herida.

Fue ahí cuando me di cuenta…

—Espera. Querías que te matara.

Respiró trabajosamente ahora. Evidentemente, el dolor era intenso, y claramente me importaba una mierda.

Vaughn tosió un poco de sangre y continuó sonriendo.

—No tienes idea de quién es King en verdad, ¿cierto?

—Claro que lo sé. —Sabía más que él. Eso seguro.

Negó con la cabeza lentamente y susurró:

—No. No quién era, sino en quién se convirtió… quién es realmente… —jadeó por aire y comenzó a reírse—. Y crees que estás a salvo con él.

Más juegos mentales.

—Me importa una mierda lo que digas. Tus palabras son mentiras sin sentido.

Decidido a dejar algo en claro, Vaughn me ignoró.

—No sabes nada, señorita Turner. De lo contrario, no estarías tratando de determinar por qué prefiero morir —Tosió y escupió un poco de sangre—… a —jadeó por aire—, ser una mascota del calabozo de King.

Solo podía suponer que Vaughn se refería al hecho de que King tenía la habilidad de meterse dentro del cuerpo de una persona y evocar grandes cantidades de dolor.

—Y la perra Vidente piensa que soy un monstruo… ¡Yo! —Vaughn se rio.

¿El hombre de verdad pensaba que era una buena persona comparado con King? *¡Psicópata!*

—Sí. Creo que eres un monstruo —espeté.

—Tal vez lo soy, pero estás ciega. Ciega sobre King, como lo estás sobre la mierda de tu hermanito. Esa es la belleza de todo esto. Sacrificas todo para salvar a alguien que te dejaría ser violada y mutilada por un grupo de gánsters.

—Estás mintiendo.

—No tengo razón para mentir.

Claro que sí la tenía. Quería observarme sufrir. Estoy segura que no era nada personal; simplemente quería tener un orgasmo por ello. Incluso ahora mientras su cuerpo se daba por vencido y sangre fluía de la herida, disfrutaba de esto. El enfermizo bulto en sus pantalones manchados permanecía.

No podía soportarlo más. Esto tenía que acabar.

Recogí el cuchillo y lo miré fijamente a los ojos. Entonces le corté la garganta.

—¿Quién va a correrse ahora?

—¿Mia?

Mi cabeza se giró hacia King, que estaba de pie en el umbral detrás de mí, sorpresa cubría su rostro.



—¿Qué hiciste?

Miré a mi mano ensangrentada, teniendo que pensar en ello. ¿Era un sueño?

—Creo que, eh, corté la garganta del bastardo. —Solté el cuchillo ensangrentado a los pies de King mientras me desmayaba.



Cuatro

Traducido por Flochi

Más tarde esa tarde, luego de una muy, muy larga carrera para evitar una inminente crisis mental—*sí, Mia Turner oficialmente es una asesina*—paseé por la playa vacía, enfocándome en la sensación de la cálida arena blanca resbalando entre mis pies. Tristemente, hizo poco por mí. Tampoco el sonido de las olas estrellándose, algo que normalmente encontraba relajante.

Con las manos profundamente metidas en los bolsillos de mis vaqueros, dejé de mirar la interminable extensión de mar azul, el viento azotando mi rostro. Para ser franca conmigo misma, no estaba segura de qué encontraba más inquietante sobre los eventos de la mañana: la extraña y muy real visión que había tenido de Vaughn hiriendo a mi madre, la facilidad con que lo había matado, o el alivio y la satisfacción que había sentido después.

Sin duda alguna, la falta de remordimiento. Porque, diablos, se sentía eufórica saber que este mundo se había librado de Vaughn. Ahora, si tan solo pudiera meter mis manos en el resto del Club 10.

¿Vas a entrar en una seguidilla de asesinatos, Mia? ¿En serio?

No. Pero quería y mi mente no sabía qué pensar al respecto. Estas no eran emociones de una persona decente, sino de un despiadado criminal. Y si no fuera por mi confusión por ese hecho, estaría buscando a King. *Cerdo sádico. Apuesto que se divirtió al encerrarme con Vaughn.*

—Parece que tuviste un día duro —dijo una profunda voz masculina.

Giré mi cabeza para encontrarme con Mack, el mano derecha de King y piloto personal, mirando con una sonrisa cálida y juvenil. El alborotado cabello rubio de Mack, grandes ojos azules y rostro sin afeitar le daban una apariencia

de hombre robusto, dulce y del típico estadounidense. Apuesto como el diablo también. En el interior, sin embargo, vivía un mortal ex militar de algo, y un maldito pit-bull, tan ferozmente leal como feroz. No había nada que Mack no haría por King. Nada. Incluyendo arrojarme debajo de un autobús, mentirme y ponerme en peligro. Todo porque King lo había liberado de ser el chico golpeado de otro de los miembros del Club 10, la esposa psicópata de Vaughn… *Cristo*, viuda. En cualquier caso, no confiaba en Mack y nunca lo haría.

—Hola, Mack. —Sacudí la cabeza.

—¿Todavía enojada?

¿*Enojada*? Supuse que se refería a todas las mentiras, demasiadas para contarlas, que me había dicho en los últimos meses.

—Esto no se trata de estar enojada. —Me alejé de él y la ostentosa finca.

—Claro que lo es —gritó.

—Idiota —gruñí en voz baja, justo cuando Mack me alcanzó y se puso en mi camino.

¿Cómo se atreve?

—Muévete.

Sus ojos azules se entrecerraron y con el resplandor del sol brillando sobre nosotros, noté los reflejos rojos en su cabello rubio oscuro y unos bigotes blancos salpicados a través de la barba incipiente de su mandíbula.

—Tenemos que hablar —dijo con una voz fría que me recordó a King.

—No, no tenemos. —Intenté rodearlo, pero me empujó de nuevo.

—¿Cuál demonios es tu problema? —grité.

—Tengo que hablar contigo.

Completamente irritada, lo miré por varios segundos. Un tipo como él no iba a dejarme hasta que consiguiera lo que quería y yo necesitaba desesperadamente estar sola.

—Tienes diez segundos.

Sus ojos se enfocaron en mi camiseta blanca, la que ahora noté que tenía salpicaduras de sangre, junto con mis vaqueros.

—Cristo, Mia, mataste a Vaughn.

—¿De eso es de lo que quieres hablar? —siseé.

—No, de hecho. Solamente estaba curioso sobre eso… no se parece a ti.

Me encogí de hombros.

—Sí. Le hice un gigante favor al mundo y acabé con él. ¿Tu punto?

—En verdad te volviste una perra sin corazón. No lo hubiera creído si no lo hubiese escuchado de ti.

Alcé mis cejas.

—¿Terminaste ahora? Porque esta "perra" no está de humor para una charla.

—No. No hemos acabado. —Miró sobre su hombro de regreso a la casa—. Tengo que decirte algo, pero no es seguro hablar aquí. Alguien podría escucharnos.

Negué con la cabeza. Obviamente, no estaba preocupado por cualquiera de los Spiros escabulléndose; podíamos ver a esos "alguien".

—Te refieres a King —afirmé.

—Sí.

—No tengo tiempo para esto, Mack. —Cualquier cosa que tuviera que decir, solamente serviría para fomentar alguna retorcida agenda oculta de King. Me giré para regresar a la casa, solo para ser agarrada por el brazo.

—Mia —gruñó—. Sé que no tienes razones para confiar en mí, pero te juro por mi vida que estoy intentando ayudarte.

Miré fijamente a sus vívidos ojos azules mientras se cernía sobre mí.

—¿Qué tramas?

Su mirada se movió a mis labios como si estuviera contemplando hacer algo que no debería. Instintivamente retrocedí.

—Bien —dijo—. Si no vendrás conmigo para poder hablar en privado, entonces te lo diré aquí. Solo para que sepas, si él escucha, estoy muerto.

De nuevo, no creía una palabra que dijera el hombre, así que me encogí de hombros.

—En verdad has cambiado, ¿verdad? —Negó con la cabeza.

—Suenas decepcionado.

—Me gustaba la vieja Mia. Tan molesta y quejosa como hayas sido, ella en verdad se preocupaba.

—Lo superarás.

Se rascó la barbilla, y el viento se alzó, empujando su cabello rubio.

—Ya lo hice.

—Bien. Entonces, ¿qué querías decirme? —pregunté para apresurar la charla.

—Algo está mal con King.

Empecé a reírme.

—Sí, no bromees.

—Maldita sea, Mia. Hablo en serio. No es el mismo.

Mi risa murió, pero no pude evitar seguir sonriendo.

—En verdad, ¿no?

—Tienes que tener cuidado.

—¿Estás intentando advertirme que King es peligroso?

Hilarante. Dime algo nuevo.

—No. No como antes. Quiero decir… —Bajó la mirada a sus sandalias de cuero, buscando las palabras correctas. Y tan fuera de lugar como pueda ser, pensé para mis adentros lo extraño que era, Mack usando sandalias. Tan, tan impropio para un asesino letal y ex-militar que volaba aviones privados y tenía brazos musculosos cubiertos de tatuajes.

Pero, ¿qué sabes realmente de este hombre?

Nada.

—No sé cómo explicarlo —dijo, frustrado—, pero tienes que tener cuidado. No estés a solas con él.

—Eso es prácticamente imposible, dado que se supone que me casa con el hombre, para así evitar una vez más que su propiedad sea confiscada por el Club 10. Y, podría recordarte, eres considerado su propiedad, también.

—Mia —Mack se inclinó y susurró—, puso a Miranda a cargo del Club 10.

—¿Qué? —Miranda era la esposa de Vaughn… *Cielo santo… viuda*, y la ex-propietaria de Mack. Ella era tan despiadada, demente y vil como lo había sido Vaughn.

Mack asintió.

—Me pidió que le entregara esto a ella. —Sostuvo un sobre.



—¿Qué hay dentro?

—No lo sé —dijo—, pero tengo la sensación de que no estoy entregando solamente una carta; me estoy entregando a mí mismo.

King había salvado a Mack de Miranda. Era la razón de que Mack permaneciera leal a King por lo que podía notar. Eso, y King una vez "encontró algo" que necesitaba. Solamente Dios sabía lo que era eso.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Tengo una corazonada.

Si fuera él, abriría el maldito sobre y lo descubriría. Pero ese era Mack: leal hasta decir basta, incluso cuando su propio cuello estaba a punto de ser cortado.

—Tan jodido como es King, nunca haría eso —discutí.

—Eso es lo que te estoy diciendo. El King que conozco, que *conocemos*, no haría eso.

Tal vez esto era un truco. Tal vez era simplemente paranoia. Francamente, no me importaba. Mack había cavado su tumba y no iba a acostarme en la misma con él o acercarme a ella. No luego de todo lo que él había hecho, incluyendo fingir estar cuidándome mientras en realidad actuaba como peón de King. Se había asegurado en múltiples ocasiones que me moviera a través del tablero de ajedrez en la dirección esperada por King. La gota que colmaba el vaso, la última gota, había sido cuando había permitido que fuera tomada por Vaughn. Más tarde había descubierto que King no era prisionero de Vaughn también, solamente el bastardo estaba allí a propósito para poder estar más cerca del Artefacto. King había esperado, erróneamente, que el psicópata tuviera la maldita roca en su posesión. Con suerte, había sido liberada, pero no sin pagar un alto precio. Uno que no me importaba revivir.

—Muy bien. Me dijiste. ¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Nada. —Buscó en su bolsillo y tendió un brazalete de plata—. Pero no regresaré, sin importar qué, así que quiero darte esto.

—¿Qué es?

—Tu libertad.

¿Uh?

—Es… es… —Mack se aclaró la garganta—. Tienes que correr esta vez, Mia.

Había escuchado ese consejo antes dicho por él y no había escuchado. Había demasiado en juego como para huir. Y, desafortunadamente, lo mismo pasaba en este preciso momento.

—Ahora sé que estás tramando algo, Mack, porque sabes que no puedo huir.

—Olvídate de tu hermano, Mia. Se ha ido, y francamente, tu vida vale mucho más que la suya, de todas maneras.

Imbécil. Él no tenía derecho a juzgar a mi hermano muerto. Y ¿por qué todo el mundo pensaba que esto solo se trataba de Justin? Mis padres estarían devastados sin él y solamente eso valía la pena intentar traerlo de vuelta.

—Seguirás adelante con el tiempo —dijo Mack, anticipando mi discusión.

—Al parecer nunca has amado a nadie, porque si lo hubieras hecho, sabrías que nadie nunca sigue adelante. No realmente.

Sus ojos se entrecerraron.

—Una afirmación muy audaz para una mujer que sabe tan poco de mí.

—Sé todo lo que necesito saber; no se puede confiar en ti.

—Mia, puedo ser de confianza…

—¿Por qué creería eso? ¿Porque lo dices?

—No. Porque estoy arriesgando mi vida para salvarte. King no dudará en acabar conmigo por decirte que huyas.

—Antes me has dicho que huya.

—Esta vez es diferente —dijo.

—¿Por qué?

—Porque antes, fue *King* quien quería que huyeras. Él quería que tuvieras la oportunidad de irte y quise que te quedaras.

Sus palabras me sorprendieron y confundieron.

—¿Por qué?

—Crees que nunca he amado antes, pero te equivocas. Es lo que me metió en este jodido lío para comenzar. Es por eso que estoy parado aquí ahora.

Algo en el fondo de mi cabeza me molestaba, pero no podía precisar qué.

—No entien…

—Por dios santo —gritó—, ¡no tienes que hacerlo, Mia! Toma el maldito brazalete y huye.

—Aunque quisiera, él me encontraría. —Alcé la muñeca y le mostré el tatuaje con la "K". Con éste, King no solamente había puesto su reclamo sobre mí con el Club 10, sino que también podía encontrarme. Nos conectaba, le permitía escuchar mis pensamientos y me permitía verlo con poco esfuerzo de su parte. Cuando quería ser visto, por supuesto.

—Por eso el brazalete. —Empujó la banda de plata en mi mano—. Es del arsenal de King. El catálogo dice que tiene la habilidad de "esconder" una persona. Asegura que no haya rastros, físicos o de otro tipo.

"Otro tipo" significa alguna magia rara que King usaba para rastrearme.

—Úsalo sobre el tatuaje y nunca te lo quites —añadió.

Miré fijamente la cosa. ¿Era posible que este pequeño y curvado trozo de metal con extraños símbolos evitara que King pudiera cazarme?

—¿A dónde iría? —pregunté puramente por curiosidad. Después de todo, no era como si tuviera dinero para viajar porque King me había hecho renunciar a mi trabajo. También, cualquier amigo o familia que tenía no era secreto para un hombre que sabía cada rincón y grieta de mi mente.

—Si fuera yo —dijo Mack—, intentaría pensar en algún lugar donde nunca antes haya estado. Alguna parte lejos de todo esto.

Tenía que admitirlo, la idea de escapar para siempre sonaba muy tentadora.

—¿De verdad crees que funcione?

Él asintió.

—Sí. Por dios santo, huye, Mia.

Sostuve el brazalete en mis manos, pensando. Necesitaba traer de vuelta a Justin. No, absolutamente no creía ni una palabra que cualquiera dijera sobre él. Conocía a mi hermano. Ellos no. Pero más importante, necesitaba acabar con el sufrimiento de mis padres.

—No puedo.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Terca, terca, Mia. Tal vez no has cambiado.

Ladeé mi cabeza.

—Confía en mí, lo he hecho. Razón por la cual no voy a confiar en ti. —Le entregué el brazalete.

—No. Quédatelo. En caso de que cambies de opinión. —Se giró para marcharse y observé a sus hombros hundirse un poco mientras su gran

complexión caminaba alejándose. Tuve que admitirlo, una diminuta parte de mí quería creer que a él le importaba, pero me había demostrado lo contrario.

Entonces, ¿por qué demonios tu estómago es un manojo de nervios? Las náuseas estaban amenazando con hacerme vomitar.

—¿A dónde vas a ir? —grité.

—De regreso al infierno —respondió Mack—. Nos vemos allí.

Lanzó una sonrisa sobre su hombro, y en ese preciso momento, una imagen parpadeó en mi cabeza. Era de King parado sobre un cuerpo, una espada ensangrentada en una mano y la cabeza de su hermano gemelo colgando de la otra. Era la imagen que había visto en mi cabeza cuando King me había hecho leer la copia traducida del diario de Hagne. Ella había sido su reina, pero odiaba a King con cada fibra de su ser. Ella amaba a su hermano gemelo, Callias, no obstante, y eso los destruyó a todos. Sospechaba que esa era la causa de la caída de la civilización minoica. No, no tenía tiempo de hacer ninguna investigación profunda, pero los arqueólogos dijeron que misteriosamente desaparecieron entre 1500 y 1200 a.c. Algunos dicen que se debió a un terremoto, algunos dicen que podría hacer sido por una erupción volcánica o una invasión extranjera, pero pensaba que fue la guerra. Una guerra civil provocada por las ejecuciones de King a su propio hermano traidor y Hagne.

Metí el brazalete en el bolsillo de mis vaqueros, me planté en la arena y dejé que mi mente seleccionara a través de trozos y piezas aleatorias que había reunido en los últimos meses. Tantas preguntas, tan pocas respuestas. Y qué suerte que *yo* tenía otra que agregar a la pila: ¿*Es otra trampa*?

—¿Qué piensas? —escuché decir a King.

Mi cabeza se giró, pero no vi a nadie.

—Por aquí, Mia. —El sonido se emitía de las profundas olas azules. Como un espejismo, King emergió del agua, completamente desnudo.

Mi mandíbula se abrió.

No había visto a King desnudo desde que había perdido sus tatuajes (cortesía de Vaughn cuando King estuvo invitado a *su* calabozo). Un tatuaje, en particular, era de un reloj de sol que le daba unas pocas horas cada día para caminar entre los vivos con poco esfuerzo. El otro tatuaje había sido un elaborado collar de aspecto egipcio que rodeaba la base de su cuello hasta bajar por sus pectorales. Nunca descubrí para qué había sido, pero ahora que su cuerpo estaba libre de cualquier tinta, vi más claramente cada exquisito centímetro del hombre.

Sí, quería apartar la vista y ser más grande que mis sentimientos físicos por él.

Sí, a veces fallaba. Miserablemente.

Como ahora.

No lo entiendo.

Incapaz de apartar mis ojos de la perfección cincelada de cada músculo y su profunda piel oliva brillando con gotas de agua, simplemente me quedé mirando. Su largo y grueso pene colgaba bajo entre sus piernas mientras pasaba sus manos a través de su cabello negro mojado.

Se aproximó y paró delante de mí, su pene colgando libremente en frente de mi rostro.

—¿Te gusta lo que ves, señorita Turner?

Mis ojos subieron rápidamente para encontrar los suyos. Sí, me gustaba lo que veía, ¿pero y qué? No quería decir nada. Por supuesto, el bastardo podía leer mi mente.

—Mia —lo corregí.

Bajó su cabeza y se sentó a mi lado, estirando sus largas piernas en la cálida arena blanca.

—¿Qué tenía que decir el infame Mack? —preguntó.



—No finjas que no escuchaste.

—No lo hice. De lo contrario, ¿por qué preguntaría? No soy el tipo de hombre que desperdicia mi tiempo con juegos, Mia.

Sí, correcto. King era el amo de los juegos.

—Claro que no —dije sarcásticamente—. Es por eso que me arrojaste a esa celda con Vaughn.

—Ah. Bueno. —Se rascó la barbilla—. Admito, puede que me haya dejado llevar.

—Me convertiste en una asesina.

—Tal vez, señorita Turner, simplemente quería darte la oportunidad de confrontar al asesino de tu hermano.

—Confrontar —repetí la palabra—. ¿Es por eso que deslizaste un cuchillo debajo de la puerta?

—No, pero ese fue un infierno de confrontación.

Pensaba que esto era divertido. *Bastardo maldito*. No me arrepentía por lo que había hecho, pero no era material de entretenimiento.

—No, no entretenimiento —respondió a mis pensamientos y habló en una voz profunda y lenta—. Estimulante, sin embargo…

Giré mi cuerpo y fruncí el ceño hacia él.

—¿Por qué harías algo como eso, King?

—Ya he respondido tu pregunta; simplemente no te importa la respuesta.

—Porque estás mintiendo. —King siempre tenía un motivo para todo lo que hacía y nunca eran frívolos.

—¿No mentimos todos?

—¿Todos qué? —A veces no estaba segura si se refería a algo que dije o a algo que pensaba.

—¿No tenemos todos nuestros motivos? Tú, por ejemplo; ¿qué te motivó a acabar con Vaughn cuando sabías perfectamente bien, señorita Turner, que no lo dejaría con vida?

—No lo sé.

—Ah, pero sí lo sabes. Solamente no deseas decirlo.

—Vi lo que tenía intención de hacerle a mi madre —solté.

—¿Viste?

—Como si estuviera allí mismo con él —expliqué.

—Tal vez lo estuviste.

—Eso no es posible —discutí.

Se encogió de hombros.

—Eres una Vidente. Una muy poderosa que acaba de empezar a comprender sus habilidades.

—¿Qué estás diciendo?

—Simplemente estoy afirmando que las Videntes tienen dones inusuales que se desarrollan con el tiempo. ¿Quién sabe de lo que eres capaz?

—Las Videntes lo *sabían* —corregí—. Las mataste todas, ¿recuerdas?

Y gracias a ti por eso, porque ahora nunca sabré un carajo.

—Todos tenemos nuestros pasados, señorita Turner. Incluso tú.

Lo miré y fruncí el ceño, sabiendo que se refería a mi incidente con Vaughn.

Gracias a ti.



—No te hice matarlo —señaló—. Esa fuiste tú.

Suspiré amargamente. Como siempre, a King le gustaba enfocarse en las verdades parciales.

—La parte extraña era que Vaughn quería que lo matara. Seguía acicateándome sobre Justin siendo el villano y sobre querer dañar a mis padres. ¿Alguna idea por qué?

—Tal vez temía que podría torturarlo un poco.

—¿Ibas a hacerlo? —preguntó.

—No lo había decidido.

—Desearía que lo hubieras hecho, tal vez podrías haber conseguido que me dijera lo que sucedió con Justin. —No es que fuera a creer una palabra que él dijera.

—La verdad a menudo yace en algún lugar entre medio —dijo, comentando mis pensamientos—. Sin embargo, señorita Turner, estoy sorprendido.

—¿Qué?

—¿Te hubiera gustado que lo torturara? Cielos, cuánto has cambiado.

—No parezcas tan complacido, King.

Se rio suavemente.

—Bueno, creo que un poco de oscuridad es sano en una persona. Bueno para el alma.

No iba a tocar eso.

—Como sea.

Mirando a través de las olas, nos sentamos en silencio por varios segundos.



—Creo que extrañaré esto cuando me vaya —dijo.

—¿Extrañar qué? ¿Torturarme?

—La charla.

Medio reí, medio resoplé.

—Lo harías.

Sonrió un poco.

—Y… tal vez arrojarte con Vaughn no fue la mejor de las ideas. Sin embargo, el cuchillo fue simplemente una precaución para tu defensa como el hombre era peligroso, con o sin cadenas, razón por la que permanecí cerca.

—¿Te acabas de disculpar? —Apenas podía creerlo. El hombre nunca se disculpaba por nada.

Me lanzó una mirada que significaba una advertencia.

—Solo quería estar segura —dije livianamente. *No es como si cometieras errores, mucho menos admitirlo. Mentir, por otra parte…*

—Muy bien, tenías razón; tenía otro motivo para el regalo. Adquirí a Vaughn porque planeaba matarlo luego de que hablaras con el hombre.

—¿Pensé que no podías tocar a otros miembros del Club 10? —Por supuesto, era una regla que seguían superficialmente.

—Obtuve permiso como parte del trato. Necesitaba saber que estarías a salvo luego de que me fuera. Ni qué decir, ahora sé que no tengo nada que temer; eres capaz de hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Incluso matar a tu enemigo. Así que, supongo que podrías discutir que el regalo era para mí.

Su "regalo" me había convertido en una asesina a sangre fría que no reconocía. En resumen, sin embargo, no quería pensar más en ello. Necesitaba concentrarme en otra cosa, o podría resquebrajarme el resto del camino. Dejar que eso pasara cuando estaba tan cerca del final sería una tragedia.



La próxima vez que quieras hacerme un regalo, intenta con ropa.

—Me alegra que lo mencionaras; me gustaría llevarte a un lugar especial esta noche. El vestido está esperando en tu habitación.

—Me refiero a que tú deberías usar ropa, no comprarme algunas. —Sentarme junto a su cuerpo desnudo hacía que resultara difícil recordar por qué odiaba al hombre o por qué no podía confiar en él—. No vamos a un restaurante vacío en San Francisco, ¿verdad?

Me mostró una sonrisa voraz.

—Puedo arreglar eso, si lo prefieres.

—No.

—Como pensaba. Que es la razón por la que te llevaré a un lugar especial para mí. De mi niñez.

—¿Estaremos solos? —pregunté para confirmar mis sospechas.

—Alguien debe cocinar y servir la comida. Sin embargo, tendremos la oportunidad de hablar en privado para que puedas preguntarme lo que sea que gustes. Supuse que esto sería un adecuado compromiso a mi propuesta de antes.

Mis ojos vagaron sobre sus musculosas piernas delgadas, subiendo a su ingle, donde había dejado sus piernas abiertas.

Mierda. No mires. Afortunadamente mi mente fue rápida en recuperar el control, sofocando esos hormigueos concentrándose en mi centro y entre mis piernas. En serio, no había una razón racional para el efecto que este hombre tenía sobre mí.

—Entonces está arreglado. —King se levantó lentamente de la arena y limpió su duro y bronceado trasero. Intenté no mirar, pero fue imposible.

—Voy a empaparme en la bañera. ¿Quieres unirte? —preguntó.

Parpadeé. No era una ducha, sino una piscina redonda y grande hundida con azulejos hechos de los mismos profundos tonos azules que el Mar Egeo y justo en el centro de su habitación como un antiguo spa griego. Literalmente había soñado con bañarme con él en una un millón de veces, nuestros cuerpos húmedos y humeantes mientras montaba su musculoso cuerpo y devoraba sus sensuales labios con mi boca.

King alzó una ceja oscura y sedosa.

—Cielo, cielos, señorita Turner. *Tienes* que dejar de pensar sucio. Espero probar los frutos de su labor antes de que se acabe el tiempo. ¿Tal vez esta noche?

Sacudí la cabeza, sintiéndome avergonzada. Mi imaginación estaba fuera de control.

—No.

—Qué pena, ya que creo que ambos lo disfrutaríamos. —King se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia la casa, disolviéndose en el aire justo ante mis ojos—. Espero que te guste el vestido, Mia.

—No acepté ir contigo.

—No llegues tarde —dijo su voz incorpórea—. Me desagrada.

Imbécil pomposo. Agaché la cabeza y me cubría la cara antes de soltar un lento aliento. Intenté no estar emocionada respecto a la noche, pero lo estaba. Intenté no odiarme por ello, pero me odiaba.

Pero, ¿qué pasa con lo que dijo Mack?

Concéntrate en algo más. Necesitaba guardar eso para mí. Si algo realmente sucedía con King, no cambiaba nada. No los fundamentos, de todos modos. *Los ojos en el premio, Mia.* Y su creencia de mi ignorancia sobre el asunto sería mi única defensa si algo iba mal. *Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa*, canté dentro de mi cabeza.



No fue difícil regresar mis pensamientos a las imágenes del cuerpo desnudo y duro como roca de King, y el inquietante misterio de lo que planeaba para la noche.





Cinco

Traducido por Flochi

Cuando regresé a la casa luego de unas cuantas horas de profunda contemplación interrumpida por silenciosas crisis de pánico, finalmente tenía mi plan de juego resuelto para la noche. La vieja Mia habría tarareado y puesto reparos, pero King tenía razón. Hoy había aprendido que esta Mia no era simplemente más fría y tal vez más loca, sino que era más fuerte también. Esta Mia podía enfrentar sus miedos y hacer lo que tenía que ser hecho. Razón por la que exactamente no permitiría que mis preocupaciones se entrometieran en mi objetivo: salvar a Justin, y, por lo tanto, salvar los corazones de mis padres. Todo lo demás no tenía importancia.

Por lo que, si para recuperar a Justin requería que compartiera una cena íntima con King y me obligara a sentir algo por el hombre, entonces eso es lo que haría. Me presionaría para *verlo*, realmente *verlo* por quién era, sin prejuicio o miedo. Además, ya había conocido su lado malo. Tal vez si hacía esto, vería más de su lado blando.

Subí con cansancio las escaleras hacia el cuarto de King, pero me encontré con Stefanos Spiros, el líder de la familia Spiros y misteriosa mafia griega de King, bloqueando mi camino. Stefanos también era el jefe de policía, por lo que llevaba un intimidante uniforme.

—Vas a ir a tu cámara personal para prepararte para esta noche —dijo con un marcado acento griego—. A la izquierda y al final del pasillo.

Me había quedado en la suite de King durante mi puñado de noches en la finca, tras el pedido de King.

—¿Por qué el cambio? —No es que me importara, pero King nunca hacía nada sin una razón.

Stefanos se encogió de hombros.

—No lo sé. No me importa. Cuando nuestro rey me pide que haga algo, lo hago.

—Y cuando sea tu reina, ¿entonces qué? —le pregunté para atormentarlo—. ¿Me seguirás ciegamente también?

—No. No eres mi rey —respondió.

—Y soy una Vidente de Luz. —Los Spiros no eran grandes fans de mi herencia, estando relacionada a Hagne, a pesar del hecho que ella había muerto hace más de tres mil años. La parte extraña era que el don de "Vidente" era pasado a través de sucesores, pero no todos lo tenían. ¿Cómo lo sabía? Había pocas mujeres en mi familia: primas y tías, sin embargo yo era la última Vidente viva. El final de la línea.

—Sí. —Entrecerró sus ojos oscuros, ojos que coincidían con su grueso cabello marrón.

—Te das cuenta lo ridículo que es guardar rencor por tanto tiempo.

—Tenemos nuestras razones —respondió.

—¿Tales cómo?

Señaló hacia el pasillo a la izquierda, queriendo decir que no iba a responder—. Ypirétria espera para ayudarte.

Suspiré.

—¿En qué?

—Vestirte para tu noche. El helicóptero se va en treinta minutos. —Miró a su reloj—. Que sean veintiocho minutos.

No tenía sentido preguntar a dónde iba a ir porque King ya me lo habría dicho si quisiera que lo supiera.

—Gracias, Stefanos. —Asentí—. Estaré lista en cuarenta.

La mirada en sus ojos me decía que estaba a punto de recordarme de la obsesión por la puntualidad de King pero se decidió contra ello. Después de todo, era mi culo el que sería masticado por King más tarde, no el de él.

Pasé a Stefanos hacia las escaleras y casi me encontraba arriba cuando me detuve.

—¿Stefanos?

Alzó la mirada desde la parte inferior de las escaleras.

—Lamento si yo estando aquí hace que tu familia se sienta incómoda.

Me dio una fría mirada.

—No vivirás por siempre.

Supuse que pensaba que yo querría vivir aquí hasta mi último suspiro, incluso después que King abandonara este mundo. No tenía tales intenciones.

—Dejaré de molestarte la próxima semana, de hecho.

Me dio una mirada peculiar, luego miró a su reloj.

—Veintisiete minutos.

Negué con la cabeza y seguí mi camino. Cuando llegué al gran cuarto con un balcón con vistas al jardín lateral, Ypirétria, que era la palabra griega para "mucama", estaba sentada en la esquina con un par de agujas de tejer y lana rosa.

—Hola. Regresé —dije, sabiendo que ella no entendía inglés (ni yo su idioma), pero no decir nada se sentía raro.

Soltó una exclamación que imaginé que significaba: "¿Dónde demonios has estado, jovencita?" Pero, ¿quién sabía?

—Fui a caminar. —Hice mis dedos caminar a través de mi palma para ilustrarla.

La mujer mayor, que usaba un vestido negro drapeado y bufanda, señaló al baño y gesticuló que tenía que afeitarme las piernas.

Err. De acuerdo… ¿gracias por la preocupación?

—Estaré lista en cinco minutos. —Alcé cinco dedos, esperando que entendería la señal para irse.

Murmuró algo, meneó su dedo en mi dirección y luego señaló a mis axilas, una vez más gesticulando que yo iba a ser afeitada.

Tengo veintiséis años y una madre, pensé, pero no quería decir algo tan grosero, incluso si ella no podía entender.

Caminó hacia el enorme armario empotrado y salió con un vestido negro de raso strapless. Pasó su mano sobre el frente como si me presentara un regalo muy bello, algo de lo que estaba segura que así era. King no compraba vestidos del estante de liquidación en Macy's o Neiman's, mis lugares de caza usuales. Pero con su dobladillo ultracorto y escote escandalosamente bajo, era el tipo de vestido que una mujer usaba cuando no tenía intención de mantenerlo puesto mucho tiempo.

Mi cuerpo reaccionó involuntariamente ante la idea de King escogiendo algo tan seductor para mí.

La mujer entonces señaló directamente a mi ingle mientras hacía con la otra unas tijeras.

—See-reez-ma —dijo lentamente.

Me rasqué la cabeza.

—¿Quieres que acicale al gatito?



—Tú hacer abor esta noche —dijo en un inglés muy estropeado—. Sexo ron King.

Mi mandíbula se abrió. No porque la mujer apenas pudiera hablar una pisca de inglés y haya conseguido decir algo tan sorprendente, sino porque me dio cierto tipo enfermizo de satisfacción sexual imaginar a King diciéndole a ella cómo quería que me viera para él, hasta mi cuerpo desnudo.

Recomponte, Mia. Esto es un juego mental. El tipo probablemente estaba en el cuarto ahora mismo, observándome y disfrutando de mi reacción. Bueno, no iba a darle una.

Aclaré los pegajosos e indecentes pensamientos de mi garganta.

—No. Dile a King, sin sexo. Sin sexo esta noche.

La mujer repitió sus instrucciones.

—Dile a King que si quiere sexo, puede follarse a sí mismo.

Me miró fijamente.

—No me entiendes, ¿verdad? —pregunté.

Juntó sus palmas, simbolizando a un hombre y una mujer acostándose juntos.

—Tú tener seco esta noche. —Asintió contenta como si creyera que de alguna manera hubiéramos llegado a algún tipo de comprensión, y luego salió de la habitación, dejando el vestido depositado en la cama.

Dios, ayúdame.

En todo momento mientras me duchaba, sí, y afeitaba, seguía pensando en la parte de mí que realmente lo deseaba. Era una bestia que rezumaba deseo sexual. *Más bien como un maldito león. Y eres el almuerzo.*

Entonces, ¿por qué no podía hacer que los sentimientos desaparecieran?



Mia. Detente. Solo mantente en guardia y permanece concentrada. Teníamos el Artefacto ahora y estábamos cerca de llegar al final de esta pesadilla. Justin sería regresado. El sufrimiento de King acabaría.

Y King se habrá ido de tu vida para siempre.

Inhalé hondo, el agua caliente golpeando sin piedad mi cuello tenso.

—Esta es la despedida. —El hombre que había vivido más de tres mil años, que había atestiguado el paso del tiempo y los cambios del mundo, pronto dejaría de existir. Y maldición o sin ella, este sería el final de algo profundamente épico, el final del rey de una civilización perdida.

Mi mente rápidamente comenzó a divagar. ¿Cómo había sido el mundo, su mundo? ¿Cómo había sido King? Intenté imaginarlo antes que la malvada Hagne hundiera sus garras en su alma y convirtiera su vida en un sufrimiento inimaginable, pero no pude. No pude visualizar a King siendo… bueno, un rey. O simplemente un hombre. Con un corazón y preocupaciones, con decepciones y triunfos, igual que cualquiera otro.

Quienquiera que una vez fuera y lo que sea que supiera, pronto desaparecería. Así de pronto. Todo para acabar con su sufrimiento y para "que todo vuelva a estar bien, para que todos recuperen lo que fue tomado", como había dicho una vez.

Terminé de enjuagar mi cuerpo y cerré el agua, comprendiendo solemnemente que sería un sacrificio de su parte. Uno grande. Y así como así, sentí a mi pesada armadura mental erosionarse.

King iba a morir.

Sintiendo como si me hubiera quedado sin aliento, me senté en la cama y sostuve mis manos sobre mi boca. Tendencias malvadas o no, lo bueno en él triunfó. No, no era amor, pero era un comienzo. Un comienzo para nuestro final.

***

Cuarenta minutos más tarde en punto, me dirigí hacia abajo, afeitada, depilada, cabello recogido en un rodete y un toque de labial rojo para mis labios, en un vestido que apenas dejaba espacio para sentarme, mucho menos respirar. Mis senos casi se salían de la parte superior del festón del satén negro que formaba el escote y solamente un centímetro de piel se interponía entre mí y exponerle los pezones al mundo.

—Te ves muy bien, señorita Turner —Stefanos le tendió el brazo—, pero llegas tarde.

Di con cuidado el último paso en mis tacones negros antes de aferrarme a él.

—Lo siento. Pero King ordenó acicalamiento adicional para esta noche.

Stefanos alzó una ceja oscura pero no dijo nada.

Me llevó a través de la espaciosa sala y a una puerta lateral, donde un helicóptero negro brillante, muy grande y de aspecto rápido esperaba en la plataforma de cemento. Con el sol casi completamente puesto y el cielo veteado con relámpagos rosas, mi carruaje parecía más como una malvada bestia negra esperando llevarme lejos a la tierra del pecado.

Me estremecí y se me erizó el vello.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stefanos, probablemente preguntándose por qué había dejado de moverme.

De pronto tenía un muy mal presentimiento. *Son tus nervios, Mia. Aguanta.*

Le eché una mirada al elegante helicóptero. El piloto usaba un esmoquin y se mantenía firme junto a una pequeña escalera puesta debajo de la puerta. Hizo una rápida reverencia y me hizo reír. King deseaba hacerme sentir especial esta noche.

Tal vez a eso se deban tus nervios.

—¿Señorita Turner? —dijo Stefanos—. Es hora de irse.

Respiré hondo y me dirigí a la bestia negra.

—Buenas noches, señorita Turner. Por esta dirección. —El piloto hizo un gesto hacia la cabina.

—Gracias. —Le mostré una sonrisa amable.

Una vez dentro, me detuve por un momento para contemplar la extravagante decoración. Nunca había visto un helicóptero por dentro, pero esto se veía más como una sala ejecutiva en algún estiloso club nocturno, asientos de cuero negro rodeando una mesa y encima, una botella de champagne enfriándose en una cubeta. Las luces empotradas estaban ligeramente atenuadas y música tranquilizante tipo de spa se escuchaba desde el sistema de sonido envolvente. Se sentía más grande y más espacioso que el avión privado de King.

—Tenga una encantadora velada, *mi reina*. —Stefanos agachó la cabeza y cerró la puerta luego de que el piloto subiera.

—Póngase cómoda. —El piloto se dirigió al frente de la cabina y cerró la puerta detrás de él. El motor arrancó casi inmediatamente, pero en vez de rugir como había visto en las películas, el sonido fue un bajo ronroneo.

Me quedé allí de pie mirando a las sillas vacías, preguntándome dónde estaba oculto el alcohol real.

—Estamos a punto de despegar, señorita Turner —dijo el piloto por el intercomunicador—. Por favor, tome asiento.

Sentí el piso alzarse debajo de mí directamente en el aire y mi estómago dio un vuelco. *Sin duda alguna necesito whiskey*.

Me senté pacientemente por unos minutos, girando mi cuerpo hacia la ventana para vernos dirigirnos sobre el océano. Pero en vez de ir al norte como pensé que iríamos, el helicóptero se dirigió al este, lejos del sol poniente.

Me saqué mis tacones para caminar un poco más segura y abrí la puerta de la cabina. El ruido fue ensordecedor.



—¡Ey! —grité—. ¿A dónde vamos?

El piloto, un hombre delgado de cabello canoso, no podía escucharme con los auriculares puestos, así que le toqué el hombro.

Me miró con una expresión asustada.

—Lo siento. —Repetí la pregunta y él señaló a los auriculares colgando de la pared. Con cuidado los puse sobre mi cabello—. ¿A dónde vamos?

Mirando hacia delante, el piloto respondió:

—Me han dado instrucciones de no hablar contigo o responder tus preguntas.

—¿En serio?

—Él no quiere que la sorpresa se arruine. Llegaremos a nuestro destino en una hora. Sugiero que te relajes y te pongas cómoda.

Estupendo. Quedaba claro que no recibiría respuestas de este hombre. Ya extrañaba a Mack. Al menos él me hablaba.

Mi mirada se fijó momentáneamente en mi muñeca derecha cuando pensé en él. Sí, me había puesto el brazalete. Me había dicho a mí misma que se debía a que era algo que combinaba con el traje, que nunca huiría y dejaría a mis padres para lidiar con la pérdida de dos hijos. Pero la verdad era que, me daba consuelo saber que si las cosas resultaban mal, realmente mal, tenía una opción. Como precaución añadida, todavía llevaba el anillo que King me había dado. También del arsenal de poderosos artilugios de King, el solitario gigante hacía algo más que simplemente decorar el dedo. Podía devolverle la vida a una persona si lo llevaban al momento de su muerte. Sí, ya lo había usado una vez. No muy divertido, pero muy útil.

—Oh, ¿señorita Turner? —dijo el piloto, justo cuando estaba a punto de sacarme los auriculares—. Si prefiere, hay una botella buena de escocés en el armario encima del lavabo en el fondo. Tuve que asegurarlo así no se rompería.



King está haciendo todo lo posible esta noche.

—Gracias. —Me quité los auriculares.

De regreso dentro de mi lujoso cubículo a prueba de sonido en el cielo, encontré mi preciado elixir de nervios y me vertí la medida de dos dedos. No podía distinguir la destilería en la desvanecida etiqueta, pero el líquido marrón dorado sabía a humo aterciopelado y caramelo dulce. Este sin duda era un objeto caro.

Tomé asiento e inhalé, usando la bebida como una manera de evitar que mi mente se sintiera ansiosa. A donde sea que estuviéramos yendo, imaginé que sería interesante. *Algún lugar especial*, había dicho. El hombre realmente quería liberarse de su maldición, por lo que tenía sentido que estuviera haciendo un esfuerzo especial. Diablos, tal vez a eso se debía el cambio que Mack había visto en él, no es que yo lo viera. Pero tras tres mil años, King tenía que estarse volviendo loco. Estaba tan, tan cerca de ver su sufrimiento acabar.

Por supuesto, tenía que estar alerta. No es que King se enorgulleciera de nuestro trato, pero King seguía siendo King, lo que significaba que siempre tenía otra agenda.

¿Meterse en mis pantalones, tal vez? Sonreí para mis adentros. *Probablemente*.

Una hora después, el helicóptero bajó en un campo o algo así—no podía ver—rodeado de completa oscuridad. Por la falta de luces, supe que no estábamos cerca de ninguna ciudad o pueblo. El motor se detuvo y el piloto salió de la cabina.

—Por esta dirección, señorita Turner. —Abrió la puerta y bajó, esperando para ayudarme a bajar los pequeños escalones.

Parándome en el umbral, el aire húmedo del océano me golpeó.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. ¿Dónde está King?

El piloto me tendió la mano y vacilante la tomé. Completa oscuridad rodeaba el perímetro iluminado del helicóptero. El sonido de las olas chocando en la distancia me traspasó con una suave brisa.

—King me dio instrucciones de traerla aquí —dijo.

Mi corazón comenzó a retumbar. No sabía dónde era "aquí"-

—*No* me estás dejando en algún campo oscuro en el medio de la maldita n…

—Mia, estoy aquí contigo. —Sentí el aliento caliente de King en mi oreja y su cálida palma se presionó contra mi espalda—. No hay nada que temer.

Me di la vuelta para encontrar a King cerniéndose sobre mí. Incluso en mis tacones de quince centímetros, todavía me sentía como un cordero en comparación a su tamaño.

—Él no puede verme o escucharme —explicó King en esa profunda y segura voz que me decía que me estaba comportando como una niña—, y no quería asustar al hombre. Por cierto, llegas tarde para la cena.

Ugh. King y su puntualidad.

Me volví hacia el piloto.

—Gracias por el viaje. Hasta pronto.

El piloto agachó la cabeza y desapareció dentro del helicóptero.

—Entonces, ¿ahora puedes decirme dónde estamos? —pregunté.

King sonrió y alargó la mano, poniéndola sobre mi mejilla.

—Te ves hermosa esta noche, Mia. —Luego frotó con su pulgar a lo largo de mi labio inferior, mirando con intensidad mi boca—. No puedo esperar para mostrarte lo que he planeado para nosotros.

Su sonrisa diabólica casi me puso de rodillas, mitad con miedo, mitad debido a la excitación que sentí cuando me tocó. Era una avalancha. Una droga. Una adicción enfermiza.

King tomó mi mano y me llevó lejos del campo. Era difícil ver algo, pero hice mi mejor esfuerzo por distinguir la dura textura del terreno para evitar caerme de bruces.

—Mis disculpas por las habitaciones rústicas —dijo—, pero el cemento no tiene cabida aquí. —Me jaló y escuché arrancar el motor del helicóptero. Una fuerte ráfaga de viento azotó mi cabello, soplando algunos mechones sueltos.

—¿Se está yendo? —pregunté.

—Se lo necesita en otra parte pero regresará pronto —dijo King. El viento azotó violentamente a nuestro alrededor.

Ahí se va el cabello.

—Prefiero tu cabello suelto, de todas maneras —comentó.

Mis mechones rubios por lo general parecían la barbilla de un ñu a menos que me ocupara de recortarlo con regularidad y usara productor anti-ñu, pero había poco tiempo para eso, así que lo usaba recogido.

—No te quejes cuando te ataque. —Solté el pasador de mi cabello y dejé que el resto se soltara.

King soltó una profunda risa, y tuve que admitirlo, hizo a mis pies hormiguear. No existía nada en el mundo como ésta: sensual, indiscutiblemente masculina y completamente seductora.

—Espera aquí un momento —dijo.

Antes de que pudiera protestar, una antorcha se encendió con llamas en su mano.

—Listo. Ahora que el helicóptero ha partido, podemos tener luz. Por esta dirección.

Sostuvo la antorcha y vi un largo y estrecho sendero arenoso más adelante y un conjunto de escalones de piedra que subían. Subían a qué, no tenía idea.

—Esta es mi isla privada —dijo King—. La he tenido desde que nací. Legada por mi padre.

—¿De verdad?

—Sí —respondió—. Pasé muchos veranos aquí con mi familia. Me trae buenos recuerdos.

Lo seguí hasta arriba por los escalones, y a lo largo del camino, encendió varias antorchas fijas en el suelo.

—¿Cómo la mantuviste todo este tiempo?

—Ayuda que no aparezca en ningún mapa. Y tengo un sistema de seguridad.

—¿Perros? —pregunté.

—No. Cualquier extraño que se acerque explotará instantáneamente.

—Eso es un poco severo, ¿no lo crees?

Se rio.

—De acuerdo, no explotarán en llamas, pero no pueden entrar. Luego olvidan que alguna vez la vieron. Como dije, la isla es privada y pretendo mantenerlo de esa manera, oculta del mundo.

Solo esperaba nunca naufragar en un lugar como este. Haría que el ser rescatada fuera un poco…

Mierda.



Quité mi mano de la suya y me detuve en seco, mi estómago hundiéndose hasta mis rodillas. No hablé, pero no tenía que hacerlo; King sabía exactamente lo que estaba pasando por mi mente.

—Cálmate, señorita Turner. Entrar en pánico a esta altura no te salvará.

Contuve el aliento. Había estado esperando algún tipo de consuelo de que su intención no era encarcelarme aquí. Lo que en cambio obtuve fue una confirmación.

—¿Por qué? —pregunté.

King sostuvo la antorcha entre nosotros, permitiéndome ver el siniestro brillo en sus ojos, ojos llenos de luces rojas: dolor; un dolor horrible e insoportable.

—Porque sé lo que deseas, Mia. Y voy a dártelo. —Sonrió y profundas marcas de expresión se formaron a los lados de su boca.

—¿Qu-qué crees que deseo?

Se inclinó un poco.

—Gritar mientras te rompo.

***

Saboreo el delicioso grito lleno de terror de Mia y el exquisito horror en sus ojos azules cuando se da cuenta de la verdad. Oh, sí, su mente está trabajando con fuerza ahora, juntando esas diminutas y desagradables piezas, permitiéndole finalmente verme por quién soy: un monstruo que toma lo que desea.

Y la deseo.

Nunca antes he querido follar a una mujer más de lo que deseo a Mia. Su dulce trasero y tetas regordetas hacen que mi pene esté más duro que un bloque de granito solo por el hecho de pensar en ellos. Guardo una multitud de parecidas a Mia (cabello rubio ondulado, traseros apretados, exuberantes labios

hechos para chupar) disponibles, solamente para mantener mis incivilizados impulsos contenidos. Pero mi espera acaba ahora, y lo tendré todo: mi vida regresada a mí; mi venganza; los suaves labios de Mia envueltos alrededor de mi eje, rogándome que me venga en su boca.

No tiene una puta idea de lo que le espera: la oscuridad, el placer.

Se da la vuelta para correr, pero no hay lugar donde esconderse en esta isla. *Oh, sí, pelea, pequeña Mia. Hará que la noche sea mucho más emocionante.* Luego de que acabe con ella—rompiéndola, hiriéndola, follándola—se dará cuenta cómo yo le he dado lo que en verdad desea, lo que en verdad necesita de mí, pero tiene demasiado miedo para pedir. Sí, soy su rey y es mi alma ennegrecida lo que ella anhela.

—No la toques, maldita sea.

Me río. Me complace cuando el rey se enfada.

—Apuesto a que ella disfrutará el látigo también. Sé que tú lo disfrutarás.

El rey no dice nada al principio. Se está dando cuenta que no puede ganar.

—Si haces esto, no hay vuelta atrás. Y el resultado no te será favorable. Lo mejor es que cortes por lo sano y la dejes ir.

—¿Dejarla ir? ¿Y negarme el placer que he estado esperando por tanto tiempo? —Sí, ella quiere que le rasgue la ropa, que la haga gritar, que la reclame.

—Por dios santo, eres un maldito enfermo. Por eso tu plan no funcionará.

Él lo hace de nuevo. Tratando de socavarme, hacerme dudar de mí mismo. Pero no caeré por sus trucos. Soy el más fuerte, el más inteligente.

—Déjala en paz y acaba con esto. Es hora de que nuestro sufrimiento acabe. Tiempo de que nosotros *sigamos adelante*.



Lo pienso. Una parte de mí comparte el deseo del viejo rey por detener nuestro dolor. Pero deseo lo que deseo. Quiero tomar finalmente lo que es mío. Quiero follarla, herirla y romperla. Sé que ella lo amará.

Y cuando el momento llegue, me elegirá.

—Nunca funcionará.

—Cierra la maldita boca. Nadie te está preguntando.



Seis

Traducido por Flochi

Rojo. No vi otra cosa salvo luz roja en los ojos de King. Y supe sin ninguna duda que tenía la intención de hacerme daño.

Grité, luchando con su férreo agarre mientras subíamos la colina con una velocidad que mi cerebro no podía procesar. Cuando se detuvo, me arrojó al suelo y aterricé con un ruido sordo en la oscuridad contra una superficie dura de madera.

Las antorchas estallaron a la vida alrededor de nosotros y rápidamente vi que estábamos debajo de alguna especie de gran estructura circular como un techo de paja. En el centro había una enorme cama con restricciones. Me senté mirándola, mi mente corriendo con la adrenalina.

—¿Por qué estás haciendo esto, King?

Se paró junto a la cama y comenzó a quitarse la camisa blanca, lentamente un botón a la vez.

—Sé que has soñado con esto, Mia. Sobre mí follándote como un salvaje, de mí tomándote duro. Y planeo hacer todos tus sueños realidad esta noche.

—Esas fueron mis pesadillas.

Se acercó y agachó delante de mí, fuego bailando en sus ojos y la luz roja de su malvada alma girando a su alrededor.

—Vamos, vamos ahora, mi dulce señorita Turner; no existe razón para ocultar la verdad de mí.

—¿Qué te ha pasado, King? —susurré, intentando desesperadamente no pensar en las cosas que Mack había dicho. Porque él había tenido razón: este no era el King que conocíamos. Este no era el mismo hombre disciplinado y calculador. Este King estaba fuera de control. Despiadado. Y tenía el aura correcta para probarlo.

No, debo ocultar mis pensamientos de él.

Se rio.

—No hay secretos entre nosotros, Mia. Puedo arrastrarme dentro de tu mente y tomar lo que no me dirás. Igual que puedo tomarlo de tu cuerpo.

El apuesto rostro de King parecía casi demoníaco.

—¿El Club 10 te hizo algo? —susurré—. ¿Te pusieron alguna especie de hechizo? —Era la única explicación que podía pensar.

—¿El Club 10? —Rugió con risa—. Soy el dueño de esos malditos payasos. ¡No pueden tocarme!

¿Hablaba en serio?

Me agarró del cabello y arrastró a la cama. Pateé y grité, pero eso solamente pareció divertirlo, hacerlo reír.

Me arrojó sobre la cama, boca abajo y lo sentí atarme el tobillo y luego el otro. Alcé la mirada a mi muñeca y vi un destello del brillante brazalete de plata. Solo tenía un momento antes de que atara mis brazos. Deslicé el brazalete sobre mi muñeca izquierda para cubrir mi tatuaje de la "K" y cerré los ojos, esperando que algo pueda pasar: el de pronto incapaz de verme o… algo.

En cambio, sentí mi muñeca derecha ser atada.

—¡King, por favor, detente! Por favor, no quiero esto. No te amaré nunca si haces esto. —Apretó la restricción sobre mi muñeca izquierda y sabiendo que no había nada que pudiera hacer ahora, comencé a rezar por mi vida.

—No necesitarás esto. —Deslizó el anillo de diamantes de mi dedo.

Oh, demonios. Va a matarme.

—Todavía no. —Se rio. Lo sentí rasgar mi vestido hasta mi espalda y tironearlo de mi cuerpo—. Oh sí, mira ese jodido trasero. —Palmeó mi carne y lo azotó con fuerza.

Contuve el aliento por el dolor e intenté no llorar, porque eso solamente lo excitaría más.

No, debo permanecer calmada. Intentar hablar con él, hacerlo ver que esto está mal.

—King, por favor —dije—. Sé que hay algo dentro de ti que entiende que lo que estás haciendo no está bien. Sé que a una parte de ti le importa. —*Simplemente no sé a dónde fue. Pero, por favor, regresa a mí. Por favor.*

Sus afilados dientes mordieron mi espalda mientras me quitaba mis bragas y sujetador strapless, dejándome completamente desnuda y boca abajo. *Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando. No deseo esto.*

Deslizó su mano entre mis piernas por detrás y me acarició con fuerza.

Grité.

—Sí. Grita, así como lo hiciste, mi pequeña zorra Vidente. Así como lo hiciste.

Contuve el aliento, preparándome para lo que vendría luego: una horrible pesadilla cobrando vida.

¿A dónde había ido? El King que había salvado a mi madre, el que me había salvado una vez, también. Pensé en ese hombre y cómo Mack intentó advertirme. "Huye, Mia. Maldita sea, huye". ¿Por qué no había escuchado esta vez?

Lágrimas de desesperación brotaron de mis ojos cuando sentí a King apoyarse sobre mi cuerpo nada dispuesto, empujándome con su erección a través de sus vaqueros negros.

—Esto es lo que deseas, ¿verdad? —preguntó.

—No. —*Querido dios, no*.

—Sí, lo es. Esa es la buena niñita hablando. Pero no voy a darte tu premio todavía. —Retrocedió, agarrando algo—. Primero, un poco de juegos previos. Luego te follaré hasta que esa perra aburrida sea eliminada de tu cuerpo. —Se inclinó para susurrar en mi oreja—. Estaremos juntos, Mia. Tú, yo y ese pequeño corazón negro tuyo. Porque sé que me amas… sé que soy lo que realmente quieres. —Me montó a horcajadas y por el rabillo del ojo, vi su mano alzarse en el aire. En la misma sostenía un látigo con varias ramas y nudos en los extremos, del tipo que parecía que podía quitarte la piel.

Mi corazón no es negro. Nunca te amaré.

Rugió con risa.

—Lo dice la mujer que cortó la garganta de un hombre hoy y lo disfrutó; tal y como había esperado. Ahora intenta no moverte. Esto solamente dolerá un poco —dijo con un tono siniestro que claramente significaba que dolería mucho.

Mi mente, tal vez para protegerme del horror, instantáneamente se enfocó en un lugar que fuera seguro, un lugar donde King no podría ir: mi corazón. Él nunca podría tocarlo. Sería seguro allí.

Sentí un dolor agudo y escuché mis gritos desvanecerse en la distancia.

***

El suave sonido de las olas acarició mi mente en un sueño pacífico, un sueño donde mi cuerpo yacía descansando sobre la arena polvorienta, el cálido sol envolviéndome en una manta tejida de nubes y aire tropical. No podía

recordar alguna vez sentirme tan en paz o tan cómoda. ¿Estaba muerta? ¿Estaba en alguna parte dentro de mi mente, ocultándome de King?

Me froté los ojos y me senté lentamente para contemplar la larga extensión de arena y bosque verde profundo bordeando la prístina playa. El sol estaba alto en el cielo, cerca del mediodía y yo no estaba usando absolutamente nada de ropa.

Sin ropa. Hice una mueca y entonces cerré mis ojos, empujando las imágenes sombrías de King, de esa horrible isla. Si esto era un sueño, no quería despertar. Jamás. Prefería morir desnuda en un lugar extraño que regresar a esa pesadilla.

¿Cómo pudo hacerme eso? ¿Cómo? No tenía sentido. No cuando King me necesitaba para liberarlo de su tormento.

Mack había tenido razón, así es cómo. Ese había sido un monstruo en la isla. Y ese monstruo deseaba que cayera en algún estado oscuro y delirante donde aprendería a amarlo. *Luego de que me hubiera golpeado y violado.*

No. Sacudí la cabeza con lentitud. Esa tuvo que ser otra de esas extrañas visiones como la que había tenido en la celda de Vaughn, o como en el momento de la muerte de Justin cuando mi mente había estado allí pero mi cuerpo no.

Tal vez estoy teniendo una visión ahora.

Pero a medida que examinaba mi cuerpo, las marcas de abrasión en mis muñecas y tobillos, las cuales estaban rojas y en carne viva, ciertamente se sentían reales.

Solté un suspiro desconsolado que dolió tanto como mis heridas. De pronto, sentí la bilis trepando de mi estómago y lanzarse sobre mi pecho desnudo.

—Oh Dios. —Me volteé y vomité.



Luego de un minuto más o menos, el dolor disminuyó. Me puse de pie y me tambaleé en dirección al agua. Sueño o no, no quería estar cubierta de mi propia descompostura.

La cálida agua del océano simultáneamente aguijoneó mis heridas frescas pero se sintió relajante en mi cuerpo tembloroso. Me adentré lo más que pude y luego hundí la cabeza primero en la cresta de una ola. Sí, el agua se sentía real. La sal en mi boca sabía real también. Pero, ¿cómo terminé aquí? Esto no podía estar bien.

¿Otro de los trucos de King? Después de todo, el hombre tenía poderes que no podía comenzar a comprender, uno de los cuales era la habilidad para arrastrarse dentro de mi cuerpo y mostrarme sus recuerdos. Lo había hecho una vez antes.

Sí. Eso debía ser lo que estaba sucediendo. El único problema era que esto se sentía real, no como un recuerdo o mirar una película.

Mi cabeza palpitó y mi estómago comenzó a tener cólicos nuevamente, pero lo contuve. Y ahí fue cuando me di cuenta. Mis náuseas y dolores de cabeza solamente llegaban cuando mi mente no quería aceptar la realidad. Sucedió el día que había descubierto sobre ser una Vidente y había sentido mis dos realidades conflictivas chocando.

Dios. Sucedió cuando Mack intentó advertirme sobre King.

Pero esto no puede ser real. Sentí a mi rostro ponerse caliente y más bilis subir.

Esa era mi prueba: más resistencia, más náuseas.

Me hundí debajo de las olas, permitiendo que el océano calmara mis enojados y deshechos nervios. Cuando volví a subir la cabeza para tomar aliento, divisé a una mujer joven de cabello y piel oscuros, usando un vestido blanco, de pie en la playa y mirándome con fijeza.



La miré fijamente pero no hablé. Además, ¿qué diría? "¡Ey! Estoy desnuda. ¿Tienes alguna idea de dónde estoy y cómo llegué aquí?" En cambio, me sumergí en el agua por un largo rato y luego vacilantemente alcé mi mano temblorosa para saludar.

Una mirada de sorpresa se apoderó de su rostro y salió corriendo, desapareciendo en el bosque.

En ese momento, algo afilado apuñaló el dedo de mi pie cuando rebotaba en el fondo.

—¡Mierda! —El dolor subió por mi pierna y nadé de regreso a la orilla donde me arrastré desde el agua.

—Oh, no. —Sangre se filtraba por una pequeña herida punzante. Mi visión se tornó borrosa e intenté parpadear para aclararla, pero el ardor viajó rápidamente a mi pecho, comprimiendo cada músculo que tenía.

Caí de espaldas. *Real. No un sueño. Real, Mia*.

***

Palabras fuertemente entonadas, dichas en un siseo fuerte, fueron lo que me despertó esta segunda vez. No podía entender ni una maldita cosa, pero una mujer y un hombre discutían sobre algo.

Con cuidado, abrí un ojo y me encontré acostada en una mesa de madera. La casa parecía tener tres habitaciones sin ninguna puerta. Las paredes estaban hechas de yeso blanco y liso y un techo de paja con vigas de madera. Donde sea que estuviéramos, esta era gente sencilla que vivía sin electricidad o agua corriente.

Comencé a mover lentamente el resto de mi cuerpo, examinando el daño. Alguien había envuelto un trozo de tela ligero, demasiado pequeño para ser llamado una sábana, sobre la mayoría de mi torso. Mi pierna palpitaba, pero mi pie ardía como un hijo de perra. Ambos habían sido vendados.



Mierda. ¿Qué pasó? No estaba segura de qué hacer o decir porque la situación no tenía ninguna explicación. No solamente eso, sino que no sabía dónde estaba o cómo había llegado aquí. Solo sabía que no quería regresar al infierno del que había huido. No habría salvación para mí en ese lugar, lo que significaba que no habría redención para ese malvado bastardo en quien había confiado como una tonta, lo que significaba que no habría salvación para Justin. ¿Qué les pasaría a mis pobres padres ahora?

En pocas palabras, se había jodido todo. Jodido más allá de la salvación.

Y si alguna vez tengo la oportunidad, cazaré a King y acabaré con él. Lo que King me hizo, por la razón que fuera, no lo perdonaría. Ninguna cantidad de odio en este mundo podría estar a la altura de la rabia que sentía. *Bastardo malvado. Espero que ardas en el infierno.*

La única pregunta en este momento era: ¿Dónde demonios estaba? ¿Y cuánto tiempo le tomaría a King encontrarme?

Espero que nunca.

Y entonces me di cuenta que todavía llevaba el brazalete de plata en mi muñeca izquierda. ¿Había alguna posibilidad de que el brazalete haya funcionado y me haya llevado a algún lugar "muy, muy lejano donde King nunca me encontraría"?

Me senté con lentitud, y la joven mujer gritó y saltó hacia atrás, igual que el hombre. Era la misma mujer que me había observado en la playa.

—¿Alguno habla inglés? —dije las palabras entre dientes, mi cerebro palpitando contra las paredes internas de mi cráneo.

El hombre de piel de un marrón profundo, a finales de sus cuarenta tal vez, usando una túnica de aspecto simple y de color crema que colgaba hasta sus rodillas, me señaló y soltó algunas palabras enojadas.

—No entiendo —dije.



Agarró un mechón de mi cabello rubio y gritó como acusándome de alguna mala acción. ¿Estaba en un país donde las mujeres mostrando el cabello era un crimen? Pero no, la joven mujer en el cuarto llevaba el suyo suelto, y su vestido, aunque largo y no revelador, mostraba bastante del hombro y cuello.

Él miró a la joven mujer, también de piel y cabello oscuro y tal vez a finales de la adolescencia, y le gritó de nuevo antes de salir hecho una furia.

—¿De qué se trató todo eso? —pregunté.

La mujer y yo intercambiamos varias miradas incómodas, pero ella no habló.

Con cuidado balanceé mis pies hasta el suelo de tierra.

—Soy Mia. Mia. —Me señalé.

Sus ojos se iluminaron.

—Kitane. —Señaló su propio pecho.

—Kitane —repetí—. Necesito encontrar un teléfono. —Hice la forma de un teléfono con mi mano y lo llevé a mi cara—. ¿Teléfono?

Negó con la cabeza.

Mierda. Nada de teléfonos. Bueno, tenía que haber uno en alguna parte, tal vez en la ciudad más cercana.

Intenté ponerme de pie pero me tambaleé sobre mis piernas temblorosas.

Ella protestó e hizo sentarme, rápidamente recogiendo una pequeña rama del suelo de tierra y haciendo el dibujo de una serpiente.

Fantástico. Una serpiente me mordió. Le quité la venda a mi pie y pierna, aliviada de encontrarlos rojos e hinchados pero nada más. No sabía mucho de mordeduras, pero sabía que la gente normalmente empeoraba, no mejoraba.

Ella desapareció en la habitación contigua y regresó con una túnica blanca, muy similar a la que ella llevaba, solo que sin las manchas y la suciedad.

—Gracias. —El hecho de que ella no tuviera mucho pero que fuera lo bastante generosa para vestirme significaba mucho. Entonces me entregó una bufanda hecha de arpillera tejida toscamente y la puso sobre mi cabeza.

—Mi cabello. Te preocupa. —Me pregunté por qué, por supuesto.

Me ayudó a ponerme de pie, deslizó la túnica sobre mi cuerpo y luego ató la tela alrededor de mi cabeza, metiendo cualquier mechón suelto.

Gritó, y en pocos segundos, el hombre—su padre, supuse—apareció y me llevó fuera. Su pequeño hogar estaba rodeado por una pared de piedra con algunas gallinas de aspecto raro y tres cabras blancas corriendo alrededor del patio. No veía el océano, pero olía el aire salado flotando a través de los árboles que rodeaban el claro.

Justo afuera de una pequeña reja se alzaba un viejo buey de aspecto descuidado unido a un pequeño carro. El hombre me indicó que me sentara.

Esperaba por Dios que me estuviera llevando a una ciudad con teléfono.

—¿Ella viene? —pregunté y miré a Kitane.

Él señaló el carro y luego me empujó en este. Si estuviera en mejor forma, le habría devuelto el empujón, pero como me encontraba, apenas podía caminar.

Mentalmente me despedí de Kitane y observé a la pequeña casa desaparecer entre los árboles; un huerto, me di cuenta.

Olivos. ¿Dónde demonios estoy?

Durante la siguiente hora, pasamos varias casas primitivas y granjas de aspecto rústico a lo largo de la calle de tierra, donde todavía no veía señales de civilización. En serio, nada de carteles, ni electricidad, ni postes de teléfono. Solo muchos árboles, animales y gente curiosa que miraba a medida que pasábamos, a mí de frente hacia atrás, sentada en el desvencijado carro.

De helicópteros a esto. Bueno, tomaría esto, cualquier día, por encima de donde había estado.

Cuando nos acercamos a un bullicioso mercado lleno de comerciantes vendiendo animales, uvas y pilas de aceitunas, me convencí de que estábamos en alguna isla remota de Grecia. ¿King me había tirado en el océano y milagrosamente había nadado a este lugar? Tal vez. Había muchas islas en Grecia, una de las cuales era la horrible casa del dolor de King. Este lugar, sin embargo, tenía gente. Mucha gente y nunca antes había estado en un lugar como este.

El hombre ató su buey y me levantó del carro, murmurándome algo.

—Sabes que no te entiendo, ¿verdad? Quiero decir, puedes seguir hablando, pero no entenderé ni una sola, jodida, maldita palabra.

Me indicó que lo siguiera hacia un alto muro al otro lado del mercado.

—¿Teléfono? —pregunté, nuevamente haciendo la forma con mi mano.

Negó con la cabeza y me llevó a una puerta gruesa de madera, donde dos hombres con el torso desnudo, usando faldas azules y rojas—sí, faldas—estaban de pie con dos malditos cuchillos atados alrededor de sus cinturas.

De acuerdo. Esto se está volviendo cada vez más extraño.

El hombre les dijo algo, pero ellos no parecieron querer dejarnos entrar. Ahí es cuando me quitó la bufanda de la cabeza y los dos guardias miraron boquiabiertos.

¿Qué demonios? ¿Cuál era el problema con mi cabello? Sí, sabía que se veía como una pila de rizos rubios, pero esta situación había cruzado todos los límites de la arena donde el cabello bonito parecía una prioridad.

El guardia le deslizó al hombre una moneda, se apoderó de mi brazo y golpeó la puerta.



—Espera. ¿Acaba… de *venderme*? —dije al hombre que me había comprado.

El guardia me empujó a través del umbral, siguiendo de cerca y cerró rápidamente.

—¡No puedes venderme! ¡Soy una persona! ¡Soy estadou… —*Espera, eso podría no ganarme puntos*—. Quiero ir a la policía. ¡Un teléfono! —Una vez más llevé mi mano a mi oreja, pero el otro hombre se quedó allí mirándome como si fuera alguna especie de animal loco de otro planeta. Luego me empujó e indicó que caminara.

—¡Vete a la mierda! —espeté, no es que pudiera entenderme, razón por la que probablemente no me retenía con las maldiciones ni un poco. Al menos me hicieron sentir mejor.

Algo así.

El guardia me sujetó del brazo y arrastró a un conjunto de escalones de piedra hacia un templo con grandes pilares y pintura rojo brillante y azul en las paredes.

Una vez dentro, el olor a incienso y salvia me golpeó. Me tiró hacia abajo, empujando mi rostro contra el suelo y comenzó a gritarme.

—¡Suéltame, maldita sea! —Luché y clavé mis uñas en su mano, pero se sujetó con fuerza a un mechón de mi cabello.

Me imaginé que estaba diciéndome que cerrara la boca, pero no iba a dejarlo o a cualquiera tratarme así.

—¡Te mataré! —canté a viva voz—. Juro que te…

Cuando escuché esa voz: profunda, autoritaria y singularmente masculina, mi piel se tensó alrededor de mis temblorosos miembros. Me quedé inmóvil.



Nuevamente la voz habló y lentamente alcé la mirada hacia un amenazante hombre de pie delante de mí y fulminándome con la mirada.

—¿King? —Jadeé.

Sus ojos se entrecerraron mientras me contemplaba, frunciendo el ceño como si yo fuera algún insecto despreciable que podría aplastar por entretenimiento.

—Retiro eso —le dije al guardia—. ¡Lo mataré a *él*! —Me liberé de mi captor, dejando atrás un trozo de cabello en su puño y arremetí contra King. Él cayó hacia atrás y ambos golpeamos el suelo. El crujido de su cráneo golpeando el suelo fue como música para mis oídos.

—¡Pedazo de mierda! —Conseguí poner mis manos alrededor de su cuello mientras me miraba fijamente, al parecer sorprendido como el demonio. El momento duró solo eso, un momento, antes de que dos grandes hombres me jalaran.

King se sentó, meditando pensativamente mientras los observaba arrastrarme.

—¡Te mataré! ¿Me escuchas? Te mat… —Mi voz se perdió en cuanto mi cerebro comenzó a registrar la extrañeza delante de mí. *¿Verde? Su luz… ¿era eso…?*

Lo que mis ojos veían no podía ser real, lo que significaba que me había roto y King había tenido éxito en romperme. Porque el hombre no era King. Quiero decir, lo era, pero no era *mi* King. Este no brillaba de rojo, azul o incluso púrpura, sino verde. Un brillante y vívido verde.

Vida.

Este King estaba vivo.

Así que la pregunta rápidamente cambió de preguntarme dónde estaba a cuándo…



Cielo santo.



Siete

Traducido por Flochi

Como un animal exhibiéndose en el zoológico, una corriente casi interminable de gente visitó mi jaula de madera durante el día siguiente. La mayoría de ellos tenía el mismo tono oscuro de piel, cabello y ojos, y usaban vestido tipo toga—las mujeres obviamente—plisadas o recogidas en la cintura con un cinturón de cuero o tela. Los hombres caminaban sin camisa con telas azules, bordeadas de dorado o rojo, envueltas en sus cinturas.

Sin dudas, por más imposible que resultara, tenía que aceptar lo que veía directamente frente a mí: estaba en la época de King. Esto era una maldita locura.

Estoy en la maldita antigua Minoa. Mejor conocida como Creta, antes de que fuera Creta.

Por lo poco que había leído, no se conocía mucho de los minoicos, tampoco. Eran principalmente pacíficos, comerciaban ampliamente con otras culturas y estaban fascinados por la naturaleza. Entonces un día, ¡puf!, desaparecieron.

Como yo misma podría en cualquier momento.

Un día entero pasó y nadie me había ofrecido comida o agua. La jaula en la que me habían puesto estaba debajo de un árbol, y supuse que debería sentirme afortunada por eso; sin embargo, debido al calor del día, sumado a mi reciente mordedura de serpiente, ya no podía ponerme de pie.

En el segundo día, a medida que el sol de finales de la mañana comenzaba a calentar el aire, yací allí, pegajosa y sucia, ojos a medio abrir, temiendo el calor sofocante que vendría y preguntándome cuánto tiempo más aguantaría. Lo único que podía hacer era dormir y esperar no despertar.



Pero, por supuesto, eso no es lo que sucedió.

Desperté siendo tocada con un palo puntiagudo.

—Vete a la mierda —gruñí.

El guardia que estaba de pie en la entrada abierta de la jaula ofreció un pequeño jarro de barro y me indicó que bebiera. Jugué con la idea de levantar mi cabeza, pero no iba a suceder, así que opté por gruñir en cambio.

Masculló enojado, imaginé que diciendo "¡levántate, trasero perezoso!", pero renunció a los estímulos verbales rápidamente y en cambio, decidió ensuciarse las manos. Me jaló hacia él, apoyándome contra las ramas ásperas que formaban los laterales de la jaula antes de forzar el tarro en mis labios. El líquido sabía a agua mezclado con jugo y salmuera de aceituna, o alguna cosa rara como esa.

Di varios sorbos y lo aparté.

—Le falta vodka.

Me instó a la fuerza a tomar otro sorbo, pero mi estómago no lo estaba teniendo. Lo vomité en su pecho.

—Ups. —Le mostré una sonrisita. *Idiotas*.

Gritó y dos hombres más aparecieron para arrastrarme de mi "caja de la miseria". Me arrastraron rápidamente por los brazos a través de un jardín lleno de flores y exuberante árboles de granada, solo para tirarme en un cuarto pequeño. La pequeña plataforma de piedra donde me pusieron se sentía como el paraíso comparada a las ramas duras y toscas de mi jaula, pero mi horrible sed y dolor de estómago eran una tortura.

King apareció casi de inmediato, mirando hacia abajo con un ceño sentencioso. Llevaba solamente un sarong azul intenso que se detenía justo por encima de las rodillas y unas sandalias de aspecto raro. Su cabello negro y largo hasta sus hombros estaba apartado, dotándolo de un aspecto salvaje y feroz

comparado con la versión del multimillonario elegante y pulcro que conocía tan bien.

—Déjame adivinar, esta es la razón por la que no usas ropa interior —murmuré delirante, mirando fijamente a su falda.

Me estudió por un momento con curiosidad hasta que una mujer, pequeña con grandes ojos negros y cabello rizado suelto, apareció e hizo una reverencia. Él le ordeno hacer algo, y ella sacó una pluma afilada de un pequeño bolso de cuero, junto con unas diminutas semillas. Metió las semillas en su boca, masticó y luego escupió la mezcla en su palma.

Cuando ella sumergió la afilada pluma en la mezcla de escupitajo y luego alcanzó mi muñeca, comencé a entender a lo que pretendía meterme con eso.

—Uh-uh. No —mascullé en protesta.

King sostuvo mi brazo izquierdo mientras la mujer cantaba y pinchaba mi piel. Con cada golpe, mi cerebro escuchaba una especie extraña de estática, como una estación de radio intentando abrirse paso a través del ruido. Apuñaló varias veces más, formando un patrón de ocho en mi muñeca justo encima de mi "K". Entonces, de pronto, un ruido chillón y agudo siseó en mis oídos. Arrebaté mi mano de ella y me tapé los oídos.

—¡Haz que pare! —grité.

—Listo —dijo la mujer—. Ahora puede hablar nuestro idioma y entender el nuestro.

Parpadeé y miré a cada uno de ellos.

—¿Cómo demonios hiciste eso?

King se cernió sobre mí, gruñendo. Fue entonces que noté el color de sus ojos. No grises, sino de un prístino azul cielo.

—Cuida tu lengua o haré que la corten.

Cerré de inmediato la boca, pero luché por aceptar que algo de esto estaba sucediendo realmente. Sin embargo, el hecho era, había visto cosas más extrañas: cabezas vivientes en jarrones; un fantasma manifestándose a sí mismo, dirigir un imperio y manejar autos costosos; y el color del alma de las personas, incluyendo sus impresiones emocionales cuando morían. Esta situación no estaba muy alejada de ello, dado todo eso.

—¿King? —susurré—. Realmente eres tú, ¿verdad?

—Sí, soy el rey. ¿Quién, por los dioses, eres? ¿Y por qué estás, una extraña, vagando en nuestra isla sin mi permiso? —preguntó.

—Soy Mia. Y… no tengo idea.

Su cabeza se giró a un lado hacia la mujer, que usaba un vestido azul pálido y largo hasta el suelo con elaborado bordado dorado en el dobladillo.

—Hagne, haz que diga la verdad.

¿Hagne? Oh, mierda.

La mujer asintió y sacó la pluma una vez más.

—Espera —protesté con tanta fuerza como pude reunir—. Por favor, no más porquería de escupitajos. Eso es muy anti-higiénico, ni siquiera es gracioso. —Intenté aclarar mi garganta áspera, pero pareció quedarse sin saliva—. Agua. Necesito agua.

King giró su cabeza a Hagne, que desapareció por la puerta. Mientras tanto, él me estudió con su intensa mirada azul eléctrico, los músculos de sus brazos y pecho descubiertos abultándose con amenazadora fuerza.

Quise decirle que dejara de mirarme, pero también me sentía demasiado fascinada por lo que se erguía delante de mí: King. Masculino. Poderoso. Intimidante como el diablo. Pero no malvado. El aura verde a su alrededor era casi cegadora, y tuve que admitir, verlo de esta manera, tan vivo y puro, me hizo querer extender la mano y tocarlo.

Hagne volvió a aparecer con un tarro de cerámica y lo llevó a mis labios. Esta vez, era vino rebajado con agua. No pensé que ayudaría a mi deshidratación, pero me sentía demasiado sedienta para discutir. Tomé varios sorbos pequeños y luego volví a sentarme, incapaz de mantenerme en pie.

—Habla, mujer —dijo King—, o te llevaré afuera y te golpearé.

¿Qué demonios?

—Tócame —le lancé una mirada—, y nunca verás tu precioso pene nuevamente. Chasqueé los dientes en su dirección y empezó a carcajearse. Era la misma risa que conocía: profunda, sedosa, deliciosamente masculina y arrogante.

»Me alegra divertirte —mascullé—. Para responder a tu pregunta, soy una Vidente. De… —Oh, demonios, esto iba a sonar tan trillado, como una mala versión de *Terminator*—. Soy del futuro. Trabajo para ti. —*Y estoy huyendo de ti, malvado bastardo-violador-imbécil.*

Sí, estaba huyendo de él, pero ¿aun así de alguna manera acabé aquí con él? Jodidamente raro.

Mis ojos fueron al brazalete todavía en mi muñeca. Si era, de hecho, la razón por la que estuviera aquí, tenía que preguntarme qué sucedería si fuera quitado.

—¿Es verdad, Hagne? —preguntó King.

Sorprendente. King realmente contemplaba la idea de que yo no fuera de su tiempo.

—Sí, mi rey. —Hagne mantuvo sus ojos en el suelo como una mascota sumisa cuando habló—. Me refiero a que sí, es una Vidente; lo siento. Sin embargo, no puedo precisar si su historia tiene crédito. Solo puedo decirte que nunca he visto a una Vidente de cabello dorado. O a cualquiera, si vamos al caso.

—Pero, ¿es de tu sangre? —preguntó.

Hagne asintió pero no alzó los ojos.

—Sí.

—Entonces cuidarás de ella y la harás sentir en casa. Ponla en los cuartos de huéspedes del lado del océano.

—¿La que está junto al huerto? —preguntó Hagne, pareciendo alarmada.

La sujetó con una mirada feroz.

—¿No me escuchaste, mujer?

Hagne de inmediato volvió a bajar sus ojos al suelo y asintió.

—Sí, mi rey.

—Bien. Que esté presentable para la cena de la tarde. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿A dónde vas? —pregunté.

Como si lo hubiera golpeado en la nuca, giró sobre sus talones y me lanzó una mirada severa.

—Soy el rey; no me haces tales preguntas. —Se marchó, hombros rectos y orgullosos.

Maldito King. Algunas cosas nunca cambian.

***

Luego de la partida de King de la estrecha habitación sin ventanas, Hagne trajo a varios sirvientes para rehidratarme. Me dieron agua y alimentaron con una mermelada dulce de higos, no por lo general mi favorita a menos que estuviera acompañada de un brie maduro, pero de inmediato me sentí mejor. Eso también significaba que mi mente jugó un pequeño juego de "Oh, mierda. ¿En serio? Como "Oh, mierda. ¿En serio estoy aquí? Oh, mierda. ¿En serio viajé a través del tiempo para escapar de King?" Y "Oh, mierda. ¿Estoy aquí para siempre o regresaré en cualquier segundo?"



Respuesta a la pregunta número uno: sí.

Respuesta a la pregunta número dos: sí.

Respuesta a la pregunta número tres: no tenía ni una maldita idea.

Claro, estaba a salvo del malvado King, pero ¿por cuánto tiempo? Y estar en Minoa no significaba que estuviera completamente fuera de peligro. No sabía nada de las reglas de esta sociedad, sus enemigos, y… bueno, todo era extraño. No todo malo, por supuesto. Por ejemplo, nadie había intentado violarme o azotarme. Eso era agradable. Y esta gente parecía pacífica y bastante tranquila. Al menos, los que había visto durante mi trayecto por el campo.

Todos excepto King. Él portaba la autoridad y arrogancia de un hombre con poca paciencia y todo el poder. Una combinación peligrosa.

—Me seguirás —dijo Hagne, apareciendo en el umbral, dirigiéndose a mí como si fuera el trozo de alga más bajo pegado a una roca en su estanque favorito.

—No hasta que hablemos. —Me quedé en el lugar, sentada en la pequeña plataforma de piedra que había estado usando como cama.

Sonrió, pero sus ojos se llenaron con una vibra como de serpiente. Lo que sea que tuviera planeado para mí no involucraba hacerme "sentir en casa".

Que empiece el juego, perra. Después de todo, ella había destruido a King. Había tomado a un hombre que había sido devoto, cariñoso y genuino y lo redujo a un vil demonio sádico. Lo había mutilado.

Tal vez esa sea la razón por la que estás realmente aquí, Mia. Venganza. No era probable, pero mis entrañas dieron saltitos, animando enérgicamente. Odiaba a Hagne. Odiaba el impacto que sus elecciones tuvieron en mi vida tres mil años y algo después.

Oh, Dios mío. ¿Podía ser que todas las manos de mierda a las que me había enfrentado conducían a esto? ¿Una oportunidad de cambiar el destino de todo el mundo?

No importaba. Lo haría de todas maneras. Simplemente tenía que actuar rápidamente antes de encontrarme de vuelta de dónde había venido. No es que supiera con certeza que sucedería, pero aprovechar el momento era una rotunda necesidad.

Sonreí dulcemente.

—Hagne, realmente soy del futuro. Pero los dioses me trajeron aquí, para poder ayudarte a procurar a tu amor verdadero, Callias.

Ella parpadeó rápidamente.

—¿Los dioses?

—Oh, sí —mentí, jugando mis cartas por cada centavo que valían, porque ella tenía que creer que yo era poderosa—. ¿Cómo más sabría de tu oscuro secretito?

—No sé de lo que hablas. Draco, nuestro rey, es mi prometido. Es mi dese…

—Corta la mierda. —Me puse de pie y apunté un dedo a su rostro—. Lo sé todo. Sé la malvada mierda que estás planeando y cuánto odias a Draco porque sufres de delirios de que no es tan varonil o mortal como su hermano gemelo. Sé que preferirías morir que casarte con él, pero debido a la época opresiva en la que vives, sientes que tienes que hacer lo que te dicen. —Le gruñí—. Pero siempre tenemos una opción. Siempre. Y la tuya jode a multitudes de vidas por miles de años, incluyéndome. Todo porque no tuviste las agallas para cancelar la boda. —Apreté mi puño—. Pero no te equivoques, los dioses me han otorgado mi deseo de venir aquí y detenerte.

Abrió la mandíbula y luego la cerró de pronto.

La furia y el sentido de propósito corriendo por mis venas me reanimó. Me acerqué, poniéndonos nariz contra nariz.

—¿Me entiendes?

Asintió precavida.

—Bien. Porque si te me atraviesas, te mataré. —Eso es algo que aprendí de los Spiros: nunca hagas amenazas vacías.

—¿Qu-qué quieres?

—Cancelarás la boca con King… Draco. Lo que sea. Dile que amas a Callias.

—Me mataría antes de aceptar eso.

—Entonces yo te mataré.

—Él te matará —discutió—. Nos matará a ambas. Y nunca te creerá.

—No. Nos agradecerá. Y me creerá, porque le dirás la verdad cuando pregunte.

Miró modestamente al suelo por un momento, pero sabía que el acto de tímida era una farsa. Una víbora en piel de mujer se encontraba delante de mí.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —preguntó.

—No lo sabes. Pero la manera en que lo veo, no tienes opción, porque te mataré si no haces lo que digo. De cualquier manera, gano.

Ella asintió, como intentando tragar la píldora de la amargura llamada Mia que había sido empujada en su garganta.

—Me alegra que nos entendamos —dije—. Ahora, ¿serías tan amable de llevarme a mis aposentos y convocar a Callias para mí?

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Por qué?

—Es asunto mío. Solo hazlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Mia?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te importa tanto nuestro rey? Parece que tus demandas se basan en otras motivaciones, aparte de eludir eventos que todavía no han sucedido.

Ella tenía razón. Mi enojo era más que simplemente evitar toda esta mierda llamada mi vida. Ahora que había visto un destello del hombre, indescriptiblemente hermoso y puro por su maldita maldición, una parte de mí se lamentaba por ese trozo de él. Atrapado, sufriendo y torturado por tres mil años, enterrado bajo capas de maldad. Si podía evitar que sea maldecido, no cambiaría solamente mi destino, sino también el de él.

—No es de tu maldita incumbencia —dije.

—Lo amas, ¿verdad? —Sus palabras fueron dichas como una acusación, como si dijera que cualquier reconocimiento de mi parte confirmaría sus sospechas de mi locura.

—Amor no es una palabra que usaría para describir cómo me siento sobre ese hombre. —Un hombre que me hizo huir por mi vida. Dicho eso, en verdad no sabía cómo me sentía. Era complicado—. Mis motivos y sentimientos no son de tu incumbencia. Haz como te dije, Hagne.

Maldita sea. Ahora estaba sonando como King.

Intenciones siniestras brillaron en las profundidades marrones de sus ojos, pero sus labios se curvaron en una sonrisa amable.

—Sigamos nuestro camino, entonces.

Afuera del templo esperaban cinco guardias fornidos, su piel ya oscura profundamente bronceada y su cabello apartado en tirantes trenzas. Cada uno llevaba una placa de cuero en relieve sobre sus simples túnicas azules que

alcanzaban media pierna. Esos guardias también usaban pequeñas cintas en la cabeza con plumas rojo brillante y azules.

Qué festivo.

—Estos son los Spiros, los guardias personales del rey —dijo Hagne.

¿*Spiros*? Estos eran los antepasados de Arno y Stefanos. Mi mente rápidamente jugó con la noción de deshacer otro desafortunado giro de los acontecimientos. Los futuros Spiros no parecían muy complacidos sobre estar atados eternamente a King. Por otra parte, sería un punto discutible si evitaba que King fuera maldecido.

Hagne agregó:

—Estos hombres deben velar por tu seguridad, según órdenes del rey.

En realidad quería decir que se asegurarían de que no fuera a ninguna parte.

—¿Cuál es la novedad? —dije—. Dirige el camino.

Con los escoltas pisándonos los talones, Hagne me llevo a través de varios corredores, afuera a través de otro patio con flores rojo brillante y rebosantes en gigantes macetas de barro. Cada edificio y estructura parecía estar hecha de la misma piedra pálida pintada con murales de criaturas marinas o dioses.

A medida que nos acercamos a un pequeño huerto de frutos con vistas al océano, otra estructura grande, con altas columnas, umbrales grandes y más flores, entraron a la vista. Me di cuenta que tenía que ser el "ala del palacio" de King, porque cada habitación tenía más. Más pinturas elaboradas. Más tallados ornamentados en los pilares de piedra. Más espacio. Tenía una gran vibra palaciega.

Me detuve y miré a Hagne, señalando al templo.

—¿Me voy a quedar… aquí?

Ella asintió con una mirada tóxica.

—Te quedarás en la recámara adyacente a la de él.

Retrocedí un paso.

—¿Algo te incomoda? —preguntó, conteniendo una risita.

Negué con la cabeza.

—No. Solo…

—Dijiste que manejarías a la bestia. ¿No eres capaz? —Sus palabras me hicieron retroceder otro paso. Estaba pisando en aguas desconocidas. Este King no era el maldecido o malvado, ¿pero era algún otro tipo de salvaje? ¿Un hombre que tomaba lo que deseaba, sin hacer preguntas?

Todavía hablamos de King. ¿Qué demonios piensas?

De acuerdo, pero esta es una versión mucho menos compleja y contaminada de King. Este King solamente es un hombre.

Tenía que admitirlo, una parte de mí se sentía secretamente intrigada. Este King era el que todavía tenía todas las cualidades particularmente seductoras: la cruda fuerza masculina y el cuerpo increíblemente sexy, pero sin la maldición. Esta versión de King era humana y viva, lo que significaba que las profundidades de su jodido estado estaban limitadas a una vida. De hecho, apostaría a que si comparamos notas, mi pasado lo superaría en esta etapa.

—Puedo manejar a tu rey —respondí.

Cuando entré a la lujosa recámara, de inmediato noté algunas cosas. Uno: sin puertas. Dos: el balcón adyacente a la recámara de King, con vistas al océano. Tres: fontanería interior.

¡*Sí*! vapor se alzaba de la tina de piedra hundida y jabones con aromas florales estaban apilados en platos pintados junto a unos paños suaves

cuidadosamente doblados. Me giré y disfruté la vista desde la ventana sin vidrio a una interminable extensión de océano turquesa e intenso azul. De hecho…

Santo cielo. Aquí era exactamente donde King construiría su nuevo hogar. En este mismo lugar. La posición contra la puesta del sol y la forma de la costa, una especie de pequeña entrada entre dos colinas onduladas, eran prácticamente iguales. Noté cómo incluso los reyes maldecidos pueden ser criaturas sentimentales.

—Haré que te traigan un vestido limpio —dijo Hagne—, y la chica hará tu cabello luego de que te bañes. —Señaló a una joven, como de quince años más o menos, usando una simple túnica marrón, de pie con una rígida postura en la esquina del cuarto. Cuatro más esperaban instrucciones cerca del umbral.

—¿Tiene nombre? —pregunté.

—¿Por qué te importa? Es una esclava —respondió Hagne.

—Es una persona. Con nombre. Igual que tú.

—Ypirétria —respondió con impaciencia Hagne.

Odiaba que las llamaran doncellas y no por sus nombres propios.

—¿Y cuáles son sus nombres? —Giré mi cabeza hacia las otra cuatro.

—Ypirétria —volvió a responder Hagne.

Sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿qué? ¿Se supone que las llame numéricamente, como Cosa Uno y Cosa Dos?

Hagne parpadeó en mi dirección.

—No importa. —Ahora no era el momento de enseñarles el valor de las libertades civiles, pero tuve consuelo al saber que este problema con el tiempo mejoraría, aunque no muy pronto según yo. Mientras tanto, no significaba que tuviera que seguir las reglas.

Hagne bajó la cabeza y se fue. Una de las chicas cerró la cortina sobre el umbral y se acercó.

—Puedo desvestirme yo misma. —Alcé las manos—. Gracias, ehh… ¿cuál es tu nombre?

La joven no quiso responder.

—Insisto en saber tu nombre.

—Mela —respondió.

—Gracias, Mela. Si no te importa, apreciaría si esperas afuera.

Las cinco mujeres intercambiaron miradas.

—Está bien —les aseguré—. He estado lavando mi cuerpo desde hace ya unos años. Prometo no olvidarme de ningún punto estratégico. —Necesitaba en serio, unos minutos a solas.

Con reservas, asintieron y dejaron que me empapara en la increíble tina que olía a romero fresco y salvia. No podía creer que tal lujo existiera en la antigua Minoa, pero ahí estaba y me sentía jodidamente agradecida por ello.

Cerré los ojos y mi mente vagó por un momento. Una imagen de mis padres apareció. *Oh, Dios. A esta altura, tienen que ser un lío*. Solo que, ellos no sabían que me había ido, ¿verdad? Porque no habían nacido todavía.

Me rasqué mentalmente la cabeza. *Así que esto significa que si muero aquí, mis padres nunca sabrán qué sucedió conmigo*. En el otro lado de la moneda, si regresaba, King estaría esperando para matarme y hacer solo Dios sabe qué.

No si evito que seas maldecido. *Morirá de manera natural y la vida seguirá adelante*. Eso era, después de todo, la forma en que debía ser. A todos nos llegaba nuestra hora y luego nos íbamos. Y esa era la única manera de detener las horrendas tragedias que aún estaban por venir. Solo podía esperar tener la oportunidad de ir a casa y ver el nuevo futuro con mis propios ojos.



Ocho

Traducido por Flochi

—Mia, despierta.

Mis ojos se abrieron de golpe para encontrar a Hagne cerniéndose sobre mí. Todavía sintiéndome un poco débil, me había quedado dormida en la tina.

—La comida será servida en breve y no estás lista —dijo—. Esto desagradará a nuestro rey.

Arqueé una ceja. Como si me importara una hoja de parra minoica complacerlo.

—Tendrá que esperar, entonces.

Sus ojos casi explotaron de su cráneo, pero entonces sonrió y asintió.

—Como desees.

Traducido sería: "Es tu culo, no el mío".

—Te veo en la cena —dijo.

Luego de irse, me sequé y puse el vestido que dejaron para mí en la "cama" (una estera de heno sobre una plataforma de piedra). Mi vestido de un azul intenso era impresionante para gente que no tenía máquinas de coser. Era un estilo de toga plisada, con un cinturón a la cintura, que colgaba sobre el hombro derecho y caía fluidamente hasta el suelo. Por suerte, ocultaba el hecho de que no usaba ropa interior.

—¡Lista! —grité. El grupo de jóvenes entró y me hicieron sentar. Comenzaron frenéticamente a recoger mi cabello, usando unos pequeños prendedores de cobre con joyas redondas en los extremos. Luego envolvieron

una pequeña cinta diadema hecha de perlas y otras piedras pulidas de varios colores para sostener todo, con la excepción de los rizos en la parte trasera, que dejaron colgando. Frotaron rápidamente mis axilas con un aceite que olía a lavanda mezclado con rosas y luego alzaron un pequeño plato pulido.

—Vaya. Me veo hermosa —dije—. Gracias.

Las mujeres miraron al suelo y Mela me señaló la puerta donde aguardaba el batallón de guardias.

—Espero que él esté complacido —dijo.

—Estoy segura que lo estará —dije—, gracias. —Me sentía extremadamente culpable por la manera en que vivían estas mujeres. Tal vez podría hablar con King más tarde.

Seguí a los hombres al exterior por un conjunto de escaleras que bordeaban el canto del edificio y a través de otro patio iluminado por antorchas. Entré a una sala abierta con techos abovedados y noté a un King con el torso desnudo sentado en la cabecera de una larga mesa iluminada con lámparas de aceite, una expresión de completa indignación disparándose de sus ojos. Hagne estaba sentada a su lado, sofocando una expresión superficial y los otros ocho invitados, todos hombres, estaban inmóviles.

Me aclaré la garganta y sonreí.

—Buenas noches.

—Llegas tarde —gruñó King. Los músculos de su cuello y hombros flexionados con irritación.

—Y tú nunca cambias. —Fruncí el ceño.

La habitación jadeó colectivamente.

De acuerdo, entendí que a esta altura algunos podrían acusarme de demencia por comportarme tan groseramente hacia este hombre, en especial dado mi actual predicamento; sin embargo, este no era el momento para

comenzar a anticipar los hechos. Maldición o no, King no era un hombre que respetara la debilidad. Ni era el tipo que confiaba fácilmente. Si iba a cambiar su destino, y por lo tanto el destino de todos nosotros, tenía que ver que yo estaba allí sin agendas ocultas. Lo que ves es lo que tienes. Eso también significaba que acobardarse ante cualquiera, especialmente él, sería el beso de la muerte.

Eso dicho, me preparé para su ira. Porque, ¿otra cosa que sabía? Él odiaba ser desobedecido. "Haz lo que se le ha dicho, señorita Turner" diría.

Los impresionantes ojos azules de King me perforaron por varios estresantes momentos, y entonces estalló en carcajadas, su cabeza completamente inclinada hacia el techo cubierto de murales con temática acuática. Los invitados soltaron risitas nerviosas también, intercambiando miradas. No tenían idea de por qué su rey reía como un loco, pero yo estaba completamente segura de por qué lo hacía: mi insolencia le divertía. Lo seguiría haciendo tres mil años a partir de ahora también. Lo equiparaba a cómo uno podría sentirse si estuvieran caminando por el bosque y se toparan con una ardilla irascible. Ésta podría chillar y gritar todo el día, pero nunca te sentirías amenazado. Simplemente dirías "Mira las agallas de ese pequeño bastardo peludo. Él sabe que podría aplastarlo, ¿verdad?" Incluso podrías sentir un poco de respeto por la criatura parada frente a ti, incluso si no estuvieras muy seguro de cuál era su maldito problema.

Así era como King pensaba de mí.

La risa de King murió y me hizo un gesto hacia un banquito vacío hecho de madera tallada, en frente de Hagne.

—Te ves muy hermosa esta noche —dijo.

Toqué cohibida mi cabello.

—Gracias. Mela hizo un buen trabajo.

King frunció el ceño. No tenía idea de quién era Mela.

Unos cuantos sirvientes aparecieron de la nada y sirvieron vino en mi cáliz de metal. En la mesa había abundancia de almendras, higos frescos, más

aceitunas y algunas lentejas mezcladas con hierbas y… cosas. Diablos, no tenía idea.

Lo que daría por un vaso de whiskey en este momento.

Los sirvientes comenzaron a colocar pequeñas porciones de comida en los hermosos platos de cerámica pintados a mano frente a ella, representando un pulpo azul comiendo pescado. Una cuchara de cebada, rematada con algunos caracoles cocidos y pequeñas sardinas, fue puesto en el centro. *Puaj*…

Sonreí, sabiendo que podía ser peor. Al menos reconocía la mayoría.

—Se ve delicioso —dije.

—Come. Necesitarás tu fuerza esta noche, Vidente —dijo King.

Contuve un jadeo. Me había dicho palabras parecidas en un sueño que se había convertido en pesadilla y resultó no ser tan descabellado. King atándome, rasgando mis ropas… El recuerdo envió un estremecimiento helado a través de mí.

Mi pulso se aceleró y sentí a la nueva Mia: fría, fuerte, lista para todo, evaporarse en el aire.

—Disculpen. Necesito un poco de aire fresco. —Me puse de pie y dirigí a la puerta antes de perder mi compostura. Unos simples momentos eran todo lo que necesitaba para aplastar las llamas de la locura.

Me dirigí al balcón con vistas al océano y me preparé, permitiendo que la brisa fresca llenara mis fosas nasales. La luna llena se encontraba alta en el cielo, su luz rebotando en las ondulantes olas.

—¿Cuál es el significado de tu retirada, mujer? Regresa dentro en este instante —ordenó King.

Estupendo.

Giré sobre mis talones y lo enfrenté. Su magnificencia desnuda no se me perdió ni un poco y tampoco, su largo cabello oscuro. Su mandíbula angulosa sin afeitar permanecía tan poderosamente apuesta como siempre también. Sin dudas, me quitaba el aliento.

—¿Me escuchaste, mujer, o deberé cargarte de regreso a la mesa?

Sé fuerte. No respetará a una cobarde.

—Deja de llamarme "mujer". Mi nombre es Mia.

—Regresa dentro, *Mia*.

Fruncí el ceño.

—No tengo hambre y, francamente, la compañía no me complace. —Me referí a Hagne, por supuesto.

Parpadeó.

—¿Te atreves a insultar a mi consejo? ¿Tú, una Vidente inferior que alega ser de otro tiempo?

Alcé mi dedo.

—¿Inferior? ¿Qué te hace pensar eso?

Me echó un vistazo, sus ojos momentáneamente pegándose hambrientamente en mis senos. Se contuvo, aclaró su garganta, luego echó hacia atrás los hombros.

—Todas las Videntes son inferiores.

—¿Te refieres a todo aquel que no seas tú es inferior?

—Soy el rey.

—Bueno, esta Vidente inferior es tu prometida.

—Hagne es mi prometida. —Frunció el ceño—. Estás loca. Lo sospechaba, pero ahora lo has confirmado.

Hasta el momento estaba tan impresionada por lo bien que el pequeño tatuaje de Hagne traducía todo, pero me pregunté cómo lo haría con lo que tenía que decir a continuación.

—No estoy loca. Soy la única capaz de prevenir está situación completamente infernal…

—Pruébalo. Prueba que no estás loca y que debería creer cualquier palabra saliendo de tu boca.

Mierda. No tenía celular, portátil o internet para mostrarle el lugar del que vine, y todo lo que dijera sonaría como un cuento demente de una persona demente. Solo tenía una cosa y era un enorme riesgo.

Le mostré mi tatuaje de la "K".

—Me pusiste esto. Te permite sentirme, mi presencia y —*Diablos, voy a arrepentirme tanto de esto*—, controlarme.

Se rio.

—¿Controlarte?

Asentí.

—Pones tu palma sobre el mismo y haré lo que digas.

Empezó a reírse a carcajadas, y se trató de una risa profunda y vigorosa.

—Bueno, mujer…

—Mia —corregí.

—Mia —dijo condescendiente—, si dices la verdad, entiendo por qué tal dispositivo podría ser necesario. Eres como un animal salvaje, echando espuma por la boca, buscando hundir sus dientes en todo lo que se mueva.

Gruñí.

—¿Ves? —dijo engreído.

—Qué gracioso.

—Muéstrame —ordenó.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Tendría que quitarme el brazalete.

—¿Y esto significa…?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, de hecho.

—Obviamente supones algo que ha disparado tu preocupación.

Tenía que mostrar fuerza. Tenía que hablar con convicción. De lo contrario, me rechazaría, y todo esto sería por nada.

—Este es un brazalete perteneciente a tu colección de reliquias poderosas. Supuestamente evita que tu marca funcione, y… creo que es lo que me trajo aquí.

Se inclinó y miró profundamente en mis ojos.

—¿Exactamente por qué estás aquí?

—No cambies el tema. Querías saber por qué no puedo demostrarte cómo el tatuaje funciona. Esa es la razón.

Retrocedió un paso y cruzó los brazos sobre su esculpido pecho desnudo.

—Quítate el brazalete o te sujetaré y lo haré yo mismo.

Tenía que pensar en esto. Si lo quitaba, había dos resultados que temía: ser regresada a la horrible situación de la que había venido, o que quitar el brazalete le permitiera a King, el del futuro, venir y encontrarme.

Mia, si él tuviera la habilidad de regresar en el tiempo, ¿no crees que lo habría hecho ya? Habría desecho su maldición y cambiado su destino él mismo.

Muy bien. Entonces tal vez tenía una sola cosa que temer: regresar. Pero no intentarlo todo no era una opción. Esta podía ser mi única chance de arreglar todo nuevamente.

—Me quitaré el brazalete con una condición —dije.

Su boca formó una sonrisa sarcástica.

—¿Quieres negociar conmigo?

—Dame tu palabra que no me ordenarás hacer nada sexual. —La única gracia salvadora de King: era un hombre de palabra. *Excepto cuando algo sale horriblemente mal con la maldición del hombre y se convierte en un bastardo malvado que debería ser destruido.*

Pero ese no era este hombre. Él era el concepto de bondad dentro del demonio. Eso dicho, seguía siendo King.

Se rio.

—Lo que debes pensar de mí.

—Te conozco mejor que cualquiera, King. —Lo miré fijamente—. Eres feroz, calculador y decidido.

Su sonrisa desapareció.

—Olvidas impaciente.

—Estaba llegando a eso. ¿Estás de acuerdo o no?

Miró fijamente, nada divertido por mi falta de seriedad, pero me dio un asentimiento.

—Muy bien. Aquí va. —Deslicé el brazalete y lo sostuve en mi palma, preparándome para lo peor. En el momento que me di cuenta que nada sucedió, solté el aliento—. Sigo aquí.

—Obviamente —dijo King.

Deslicé el brazalete en mi muñeca derecha para guardarlo y luego extendí mi brazo izquierdo.

—De acuerdo.

Puso su mano sobre mi tatuaje.

—¿Cómo sabré que simplemente no estás fingiendo?

—Pídeme algo que sabes que no puedo fingir. ¿Qué tal ponerme a dormir? Puedes pincharme con ese alfiler. —Mis ojos pasaron hacia su pequeño prendedor circular metido en el frente de su falda envuelta.

Sus labios formaron una sonrisa pícara.

—¿Deseas que te pinche? Estoy más que dispuesto a aplacar tu deseo; sin embargo, te aseguro que no es un alfiler.

Fruncí el ceño.

—Me diste tu palabra.

—Sí, lo hice. —Sus ojos parpadearon por un momento mirando encima de mi hombro hacia el océano—. Salta.

—¿Qué?

—Te ordeno que saltes.

Santo cielo. Había visto por ese balcón y caía directamente a los peñascos rocosos de abajo.

Mis pies comenzaron a moverse hacia la barandilla de piedra, mis ojos llenándose de lágrimas.

—No me hagas hacer esto.

Pero King se quedó de pie a pocos centímetros, una expresión fría y desalmada en su rostro mientras me observaba subir a la barandilla, de espaldas al océano.

—¡Mi rey! ¿Qué está sucediendo? —escuché a una mujer gritar.

Giré mi cabeza hacia el sonido de la voz, mi corazón y pulmones bombeando frenéticamente, queriendo anular el deseo de saltar a mi muerte. En ese momento, todo pareció moverse en cámara lenta. La cabeza de King se giró lejos de mí para ver quién había gritado. Mientras yo también miraba, sentía a mi cuerpo caer hacia atrás sobre la cornisa. La cabeza de King se giró hacia el sonido de mi grito, su hermoso rostro llenándose con horror, dándose cuenta que me había ido. Lanzó su poderoso cuerpo y me atrapó por el tobillo. Mi cuerpo se estrelló con fuerza contra la pared de debajo, quitándome el aliento.

—¡Por los dioses de la locura, mujer! —rugió.

Estaba sorprendida, colgando precariamente por un pie, mi vestido cubriendo completamente la mitad superior de mi cuerpo mientras el resto de mí, todo lo que normalmente estaba debajo del cinturón, era soplado por el viento. Lágrimas de dolor y horror cayeron por mi cara.

Escuché las voces de varios hombres y una ráfaga de exclamaciones relacionadas con los dioses.

—Ayúdenme a subirla —ordenó King.

Otro par de manos me agarró por el tobillo y tiraron de mi cuerpo sobre la barandilla a la terraza.

Con mi vestido ahora cayendo en su lugar alrededor de mis regiones inferiores, me incliné hacia adelante para recobrar el aliento.



—¿Qué está pasando, mi rey? —escuché a la voz de Hagne preguntar.

—Se resbaló —dijo King—. Está bien ahora. Regresa y disfruta de la comida.

La multitud de invitados y guardias intercambiaron miradas vacilantes y regresaron al comedor.

—Jesucristo —jadeé y entonces me puse de pie. De inmediato mis pies comenzaron a moverse nuevamente para subir la barandilla—. ¡Maldita sea! ¡Dime que pare!

Con ojos llenos de pánico, King rápidamente se apoderó de mi brazo y me lanzó sobre su ancho hombro.

—Maldita mujer loca.

A medida que nos dirigíamos a su recámara, gruñó anticuadas blasfemias, nuevamente dirigidas a los dioses. Tenía que admitirlo, escucharlo hacer referencias a las deidades del fuego, guerra, muerte y destrucción era casi cómico. Casi.

Cuando alcanzamos sus aposentos con vistas al océano, el cuarto brillaba suavemente con docenas de lámparas de aceite. Los murales cubrían las paredes con escenas representando a guerreros agarrando lanzas y animales siendo sacrificados.

Me arrojó sobre su cama, también una plataforma de cemento alzada con una estera mullida y cojines. Me senté y contuve un épico regaño. Quería estrangularlo. Pude haber muerto.

Se cernió sobre mí, enfadado.

—¿Qué? —gruñí.

De pronto se agachó frente a mí y agarró mi tatuaje de "K".

—No pienses jamás hacer eso de nuevo —ordenó.

Quité mi brazo.

—Gracias. Entonces, ¿ahora me crees? —Me puse de pie, poniéndonos vientre contra vientre—. ¡Luego de que casi me matas!

—No creí que saltarías.

—Bueno. —Le clavé el dedo en el pecho—. ¡Ahora lo sabes!

Inhaló brusca y enojadamente, lo que provocó que sus fosas nasales se ensancharan.

—Ahora me dirás por qué estás aquí.

Estaba a punto de gruñir y gritar, pero me sorprendió agarrando mi muñeca y repitiendo su pregunta.

Lo fulminé con la mirada por un momento antes de que mi boca comenzara a moverse.

—No sé por qué estoy aquí.

—A una persona no se le concede tal poder —señaló a mi brazalete—, sin tener un propósito divino.

Oh, Dios. Esto es tan raro.

—Dime lo que quieres de mí. —Los músculos de su mandíbula cuadrada y con barba pulsaron debido a la tensión.

—No *quiero* nada. —Quité mi brazo—. Yo… yo… —Me senté—. Jesús. —Suspiré. Esto iba a romper el corazón del hombre.

—¿Qué es Jesús? —pregunté.

Lo miré.

—Es un quién, no un qué, y no importa; es una larga historia.

—Te ordeno que dejes los acertijos y me digas lo que estás ocultando. Dices que me conoces, que eres mi mujer, mi prometida muchos, muchos días en el futuro. ¿Soy viejo? ¿Estoy muriendo?

Negué con la cabeza.

—Soy —*voy a sonar loca*—, de tres mil años más o menos en el futuro. —No sabía qué calendario seguían en estos tiempos, así que hice un cálculo rápido de matemáticas—. Como un millón de días.

—No conozco un millón.

Me rasqué la cabeza.

—Bueno, digamos que tienes una revolución de sol, invierno, primavera, verano y otoño.

Miró fijamente.

—Bien —dije—. ¿Clima frío seguido por la plantación, cultivo y cosecha?

Él asintió.

—Bien. Ese es un ciclo. Un año. Si tienes diez de esos —alcé mis dedos para mostrarle diez—, sería una década. Si tuvieras diez décadas —mostré mis dedos diez veces—, un siglo. Si tuvieras diez de esos, sería un milenio. Así que intenta tres milenios.

Frunció el ceño. Creo que entendió la idea.

—Eso es imposible. La gente no vive tanto tiempo.

Asentí.

—Tienes razón.

—Ve al grano, mujer.

Mia. ¿Por qué es tan difícil que me llame "Mia"?

Respiré hondo.

—Siéntate. —Le di palmadas a la cama junto a mí. Vacilante, hizo lo que le pedí.

Su gran cuerpo junto al mío me hizo sentir como una mosca sentada junto a una Venus atrapamoscas. Podría ser devorada en cualquier momento.

—Hagne no te ama —dije.

Sus oscuras cejas rectas se arquearon.

—Claro que no me ama.

—Entonces, ¿por qué te vas a casar con ella?

—Si linaje es poderoso y su familia es temida y respetada por nuestros plebeyos. Nuestra unión asegurará la paz por muchas generaciones venideras.

Bien. Eso era bueno. Él no esperaba amor de parte de ella. Por otra parte, recordaba claramente el diario de Hagne. King lo había traducido y me hizo leerlo así entendería cómo fue maldecido y por qué hacía las cosas que hacía. Lo admito, su historia me había hecho verlo bajo una luz diferente. Entendía su dolor. Pero él había escrito sus pensamientos en ese diario (supongo que él deseaba tener la última palabra), y sentí que ella le había importado en cierto momento. Por lo tanto, no podía dejar ninguna duda en su mente sobre Hagne. Ella era una psicópata y traicionera perra. Tenía que creerlo.

—Pero sí ama a tu hermano, Callias —dije.

—Esto es imposible.

—No, no lo es. Ella lo ama, y algún tiempo luego de la boda, ella lo pone en tu contra. Él te desafía públicamente a luchar y lo matas.

King se puso de pie.

—Mientes.

Alcé mi muñeca.

—Pregúntame si estoy mintiendo.

Miró mi tatuaje. Entendió el punto, y una expresión herida apareció en sus hipnóticos ojos azules.

—Lo lamento —dije—. En verdad lo lamento. Pero tal vez por eso estoy aquí; para cambiar tu destino.

—¿Qué sucede conmigo?

—Hagne sucede —respondí.

—¿Me entero de su traición?

Asentí.

—Ella está embarazada con el bebé de Callias… creo… así que la perdonas al principio, pero no a su familia. Luego de que ella pierde al bebé, la matas, también, pero no antes de que te maldiga a caminar en la tierra por la eternidad.

Miraba fríamente hacia delante, sus hombros anchos y desnudos perfectamente rectos como un soldado orgulloso recibiendo una paliza.

—¿Y es aquí cuando me conoces, como un hombre maldito? —preguntó.

—Sí. Pero…

—Pero, ¿qué? —espetó.

—No eres un hombre.

—¿Qué soy?

—Eres un fantasma, un espíritu.

—No comprendo.

—Tampoco yo. Pero tienes la habilidad de hacerte real. Hablas, caminas, comes y bebes, pero estás muerto.

Asintió.

—¿Y no soy quien te envió aquí?

Negué con la cabeza.

—No. Estaba huyendo de ti. Ibas a… —No pude decir las palabras en voz alta. Simplemente no pude—, *lastimarme*.

Me miró como si acabara de golpearlo en el vientre.

—¿Y mi gente? ¿Qué les sucedió?

—Nadie lo sabe con certeza —dije en voz baja—. Desaparecieron.

Miró con fijeza el suelo por un momento, rascándose su espeso bigote negro.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Debo pensar en lo que has dicho, no parece creíble o posible. —Se giró hacia la puerta.

—Entonces, ¿no me crees?

—No lo sé. —Casi había salido por la puerta pero entonces se detuvo—. Dijiste que me comporté cruelmente contigo. ¿Me desprecias, entonces?

No estaba esperando a que me hiciera esa pregunta, pero respondí honestamente.

—Sí. Es por eso que te ataqué hace unos días.

—Entonces, ¿por qué decirme esto?

—Hagne es la que creó al monstruo. Y su decisión destruye a mucha gente. Incluyendo a alguien importante para mí.

—Ya veo. —Se dio la vuelta.

—Pero creo, *sé*, que sigues allí en alguna parte, dentro de ese monstruo, intentando salir. —De lo contrario, ¿por qué habría salvado a mi madre? ¿O intentado salvar a Justin en cierto momento? Tenía que haber alguien bueno viviendo dentro.

Sin otra palabra, King desapareció en la noche. Esperaba que pudiera regresar en unas pocas horas y declarar que me creía y que tenía una solución. Porque segura como que hay un infierno yo no la tenía. No una sin dolor y sufrimiento, de todas maneras. Si uno se sentaba y movía las piezas alrededor del tablero de ajedrez, el resultado no se veía tan drásticamente distinto de la versión original de la historia. King podía encarcelar preventivamente a Hagne, o incluso matarla, pero esto podría incitar una guerra civil si su familia era efectivamente poderosa y respetada entre la clase trabajadora. Otra opción podría ser dejarla escaparse con Callias, pero eso podría minar su posición si la gente lo veía como alguien débil.

Simplemente no veía ninguna solución buena aparte de advertir a Callias, cuya intención tenía de hacer a la primera oportunidad.

Me acosté y cerré los ojos, esperando que cuando despertara, pudiera ver una salida limpia de esto.

Nueve

Traducido por Flochi

Al amanecer, fui despertada por una muy insistente Mela, que me sacudió por los hombros.

—Llega tarde, señora. Debe levantarse y llegar al templo de inmediato.

Gruñí y me froté la cara.

—¿Qué quiere King? —pregunté, asumiendo que él me había convocado.

—Hoy es la ceremonia de la cosecha.

Entreabrí un ojo.

—Lo siento. No sé lo que es eso.

Mela tenía sus ojos delineados con un grueso carbón negro, haciéndolos parecer exageradamente grandes.

—Las mujeres no esclavas deben hacer una ofrenda de grano, fruta y vino a los dioses así ellos bendecirán nuestras cosechas en la próxima temporada de siembra.

—Oh. Suena encantador —mascullé y rodé. Mi cuerpo se sentía como si hubiera pasado a través de una licuadora. Dos veces.

—Eres una Vidente y debes estar allí. Enojará a los dioses si no lo estás.

Ai-yai-yai. Estaba bastante segura que ese bote ya había zarpado. Caso en cuestión, mi loca y jodida vida.

—Los dioses me odian —gruñí—. Debería permanecer fuera de vista.



—Por favor, señora, no puede avergonzar al rey de esta manera. Eres su invitada y una Vidente. Si no asiste, provocará un increíble alboroto.

—Si era tan importante, ¿por qué no lo mencionó anoche? —murmuré.

—Estoy segura que el rey estaba bastante… *ocupado* con otras ideas.

Oh, diablos. Suspiré. Sí, entendía que Mela se refería con "ocupado" al sentido sexual. Yo, después de todo, había despertado en la cama de King. Sin embargo, su comentario no estaba muy alejado. La mente de King se había comprometido con algunas muy, muy preocupantes noticias.

—Por favor, señora —rogó.

Oh… maldita sea. El pobre hombre tenía bastante en su plato y yo no necesitaba ser la causa de más acidez.

Me senté.

—Bien. Iré, pero alguien tendrá que decirme qué hacer.

Alivio brilló en sus grandes ojos marrones.

—Por supuesto. Le diré todo lo que tiene que saber, pero primero debe vestirse.

Levantó un vestido naranja de aspecto raro. La única manera de describirlo era sin pecho, como si el escote hubiera sido pensado para estar a la altura del vientre.

—Creo que alguien se olvidó coserle en el frente —dije.

Ella lo miró.

—No. Esto es lo que las mujeres deben usar para la ceremonia.

—Pero…

—El pecho es el símbolo de la fertilidad y vida. Es una blasfemia ofrecerles un regalo a los dioses con el pecho cubierto.

Mi cabeza se tambaleó con incredulidad. Esto sin duda alguna tenía que ser alguna mierda-inventada-por-el-hombre, diseñada específicamente para darle un vistazo libre a todas las tetas de las mujeres.

—Iré a la ceremonia —dije—, pero no voy a ir desnuda en la parte de arriba.

Temor le recorrió el rostro.

—Por favor, señora. Debe. O seré castigada. Es mi responsabilidad tenerla vestida apropiadamente.

No podía estar hablando en serio.

—¿Quieres decir desvestida?

La joven parecía a punto de desmayarse de un ataque nervioso.

Incliné la cabeza.

—¿Todo este alboroto porque me niego a mostrar mis pechos a un montón de hombres calentones?

—No sé lo que significa "calentones", pero su cuerpo es un regalo de los dioses. No hay vergüenza en mostrarlo a cualquiera. Y esta es la manera en que hemos realizado la ceremonia por generaciones. —Apuntó a un gran jarrón pintado ubicado en la esquina, representando a varias mujeres con el pecho desnudo sosteniendo jarras de vino.

Ugh. Maldita sea. Sabía que mi modestia era un producto de mi era, pero…

—¿Estás segura que todo el mundo va a estar desnuda de la cintura para arriba?

Ella asintió.

—Bien. Dame el vestido.

***

Después de tomar el baño de esponja más rápido del mundo y que Mela me arreglara el cabello, salimos por la puerta y caminamos rápidamente a través del laberinto de templos y campos exuberantes hacia el lado opuesto de las instalaciones. Sí, usé el vestido, pero estratégicamente me había envuelto alguna especie de tela festiva rojo y naranja que había encontrado en la habitación de King alrededor de mis hombros como un chal. Mela, demasiado contenta por tenerme usando el vestido y asistiendo, no dijo nada.

Cuando llegamos a una plaza del tamaño de una cancha de futbol y excesivamente abarrotada de gente situada frente a un templo elevado, como de seis metros de alto, divisé a King casi de inmediato. Estaba sentado en un trono tallado en piedra en lo alto de las escaleras, debajo de un toldo rojo y naranja.

Bajé la mirada a mi chal. *Estupendo. Estoy usando su sombrilla de repuesto*. Solo podía esperar que nadie lo notara.

Mela me condujo a la larga fila de mujeres con el pecho desnudo en medio de la multitud, sosteniendo desde cestas de uvas a montones de pan. Nadie parecía gritar por sus estados de vestimenta.

—¿Qué hago? —le pregunté a Mela.

Ella empujó una cesta de granos diversos en mis manos.

—Es simple. Cuando sea tu turno, alzas tu cesta al cielo, esperas a que el rey asienta para confirmar que los dioses han visto tu ofrecimiento y luego lo depositas a los pies del templo.

Intenté ver a través de la multitud, pero los cuerpos eran densos con hombres de todas las edades, incluso niños.

De acuerdo, Mia. Este no es un festival de porno. No hay problema. Asentí amablemente y tomé mi lugar en la fila. La multitud, casi exclusivamente de hombres; con largo cabello negro recogido, piel de un intenso marrón y telas brillantemente coloridas alrededor de sus cinturas, observaban cada "donación"

con una seriedad que indicaba la importancia de este ritual. Ellos en verdad, realmente creían que los ofrecimientos les traerían buena suerte al año siguiente.

Casi una media hora después, estaba a un cuerpo de distancia de hacer mi muy inocente ofrecimiento desnudo a los dioses.

La mujer de adelante ofreció una especie de pastel, alzó los brazos, consiguió el asentimiento de King y lo puso en el gigante y creciente montón de comida.

Cuando avancé, estaba segura que mi cara igualaba el rojo en mi "chal" y me congelé.

—¿Bueno? —dijo King—. ¿Qué estás esperando, Vidente? —Su rostro contenía un indicio de una sonrisa pícara que reconocí que significaba que disfrutaba observarme retorcerme.

Todos los ojos estaban puestos en mí y el silencio en el aire era palpable en tanto King y yo nos mirábamos fijamente. Intenté no reaccionar a la extraña sensación en mi estómago y mucho más abajo, pero era imposible. La idea de mostrarle mis senos combinada con la expresión lujuriosa y hambrienta en sus ojos detonó una inesperada excitación. Él quería verme y yo quería mostrarle.

Oh, señor, ¿qué sucede conmigo? Pero incluso mientras pensaba esas palabras, mi mente no podía evitar enfocarse en esos hipnóticos y feroces ojos azules pecaminosamente taladrándome. Luego estaban esos anchos y fuertes hombros, su pecho bronceado y cincelado y un conjunto de abdominales tan perfectamente definidos que fácilmente podía contar ocho cuadrados incluso desde mi distancia. El hombre era tan pecaminosamente tentador ahora como siempre lo había sido. Incluso sin los finos trajes italianos o costosos autos. Incluso sin irradiar ese poder seductor y sobrenatural que parecía rezumar de cada uno de sus poros.

Tranquilízate, Mia. En serio.

Estaba a punto de continuar con eso y desnudarme cuando un hombre a mi lado: mayor, peludo, con una mueca amarga, agarró mi chal.

—Haz tu ofrenda apropiadamente, perra. Antes de que traigas la ira de los dioses sobre nuestras cabezas.

Instintivamente, tiré de mi chal.

—Quita tus manos de mí.

El hombre me abofeteó con fuerza.

Parpadeé para contener el dolor, y antes de poder reaccionar, King bajó los escalones de su templo, espada desenvainada. La multitud contuvo el aliento y el hombre al instante cayó de rodillas.

—¿Golpeas a mi invitada? —gruñó King, alzando su espada en el aire.

Alargué la mano y sujeté su brazo, sabiendo que no vería ni podría presenciar a este hombre perder su cabeza. Sí, se merecía un azote en el traste, pero ¿perder la cabeza?

—Por favor, King. —Le rogué con los ojos—. Está bien. —No, no lo estaba, pero teníamos problemas mayores con los que lidiar, versus un idiota machista de 1500 a.c.

Los ojos de King bajaron a mi pecho. Sí, había soltado el chal. Una expresión de lujuria desvergonzada atravesó su rostro.

—¿Diste un buen vistazo? Porque es el último —susurré.

King bajó la cabeza, diversión brillando en su pícaramente apuesto rostro.

—Veremos.

Bajó su espada y se inclinó para recuperar mi "chal". Lo inspeccionó por un momento con una mueca confundida, *Sí, es tu toldo*, pensé antes de envolverlo a mi alrededor.



Se dio la vuelta y subió los escalones de su templo con zancadas desafiantes y seguras. En lo alto, se dio la vuelta y enfundó su espada mientras miraba a través de la multitud sorprendida y silenciosa.

—Esta mujer —me señaló—, es mi invitada. Ella no es de nuestra tierra, sin embargo ha decidido hacer una ofrenda a nuestros dioses hoy. Considero esto un muy gran honor, como lo hacen ellos. Si alguien pone una mano sobre ella, *cualquiera*, los dioses seguramente lo verían como un insulto, uno que me veré forzado a enfrentar.

La nerviosa multitud se puso sobre sus manos y rodillas, las expresiones en sus rostro diciéndome que le temían tanto como confiaban en él.

Casi me quitó el aliento. Nunca antes había visto esa clase de poder, uno que provenía del fondo del alma de una persona, de la pura convicción, pero era más hipnótico que nada que haya presenciado.

Tomó su asiento, giró sus vívidos ojos azules de vuelta a mí y entonces hizo un asentimiento y una sonrisa. Me quedé allí por un momento antes de que Mela apareciera y me tocara el brazo.

—Señora, ponga la cesta en el suelo.

—Oh, lo siento. —Hice mi parte y rápidamente me volví para salir corriendo de allí antes de provocar más incidentes. Casi hasta el borde más alejado de la plaza, miré sobre mi hombro hacia King. Su mirada feroz seguía en mí, y mi cuerpo reaccionó al instante: rodillas débiles, calor sensual y hormigueos, la distancia pecaminosa de ocho metros. Me sentí más en peligro con este King que nunca antes con el otro. Este hombre tenía el poder de meterse en mi corazón.

***

Pasé el resto del día escondiéndome en mi recámara, esperando a que King regresara y me diera un regaño de proporciones épicas por arruinar su ceremonia de la cosecha.

En cambio, justo luego de la puesta del sol, Mela apareció con tres otras mujeres, sosteniendo un nuevo vestido azul y muchas horquillas.

—Por favor, no me digas que tengo que ir desnuda en la parte de abajo a una cena —dije.

—No, señora —dijo, sin entender mi broma—, el rey le ha solicitado que cene en su recámara esta noche.

—¿A solas? —Tragué saliva.

—Sí. —Me mostró una mirada confundida. Claramente pensaba que ya habíamos dormido juntos—. Este es su pedido.

Asentí lentamente.

—Oh. De acuerdo. —Esto no podía evitarse, de todos modos. Había tenido casi un día completo para digerir las malas noticias y pensar en algún tipo de solución. Si había una.

Sí, estoy segura que eso es lo que quiere. Hablar. Nada más.

En una hora, estaba nuevamente bañada, peinada y mis dientes fueron frotados hasta un brillo prístino, pero le daba vueltas a salir del cuarto.

—Está lista, señora —dijo Mela.

Me senté en el borde de la cama.

—Creo que necesito frotar mis dientes otra vez.

—No. Le aseguro que tres veces es más que suficiente y el rey no aprecia que lo dejen esperando.

Solté el asiento y asentí.

—¿Se encuentra bien, señora?

Mi cuerpo se sentía como si hubiera sido atado con nudos gigantes y mi corazón corría a un millón de millas por hora. Imágenes de King mirando mis

senos desnudos, esa pecaminosa expresión complacida en sus ojos, hizo que sintiera calor por todas partes de nuevo. Lo deseaba y deseaba que continuara la conversación no verbal que habíamos tenido antes. ¿El problema? Que me gustara de modo alguno no sería una idea inteligente. No había futuro en ello. Especialmente si evitaba que él fuera maldecido. El hombre con suerte viviría su vida, envejecería y moriría en este tiempo como debería. Yo, por otra parte, esperaba regresar a casa a una nueva vida libre-del-malvado-King.

—Sí. Estoy bien. Solo un poco cansada, supongo. —Me puse de pie y caminé tan lentamente como pude hasta la puerta de su recámara.

Cuando entré, solo había unas pocas lámparas de aceite encendidas. King yacía con los ojos cerrados en su tina caliente de agua, su pecho desnudo y musculoso brillando con gotas de agua.

Estaba a punto de darme la vuelta e irme cuando habló.

—Entra y siéntate.

No había abierto los ojos o mirado hacia mí.

—Está bien. —Miré alrededor del cuarto. Contra la pared, había una mesa con bastante comida para alimentar a diez hombres. Me senté y esperé, intentando permanecer en calma. Si había encontrado difícil mantener a raya mi ingenio en torno a King, esta versión de él estaba resultando imposible.

—Entonces —dije—. ¿Tuviste tiempo para pensar?

King permaneció quieto y callado, sus brazos musculosos extendidos a través de los bordes de la tina.

Esperé una respuesta, pero no habló.

—¿King?

—Pareces nerviosa. ¿Por qué no te unes a mí? —dijo.

Parpadeé.



—Gracias, pero ya he tenido un baño hoy.

Abrió lentamente sus ojos azules y sonrió.

—Ah, sí. No te gusta mostrar tu piel desnuda. ¿Exactamente a qué se debe?

Me encogí de hombros.

—Simplemente es algo que no hago normalmente a menos que sea íntima con la persona.

Se puso de pronto de pie y salió de la tina en toda su gloria desnuda. No era la primera vez que lo había visto desnudo, pero mis sentimientos hacia él en ese entonces se sentían infinitamente distintos.

Mis ojos bebieron de cada centímetro sobresaliente, delgado y cincelado.

—¿Te gusta lo que ves, Mia?

Mis ojos subieron a su rostro. Esta vez, no quise negarlo.

—Sí.

Sonrió.

—Bien. Al menos eres honesta. —Buscó una pieza de tela blanca y la envolvió alrededor de su cintura—. ¿Quieres vino? —Caminó hacia mí, sirvió un vado y me lo ofreció.

—Gracias.

—Entonces. —Se sentó frente a mí y se sirvió su propio cáliz—. Tengo algunas preguntas para ti.

—Muy bien.

Se bebió su vino y bajó la copa vacía.

—Dijiste que no sabes cómo viniste aquí.

—Creo que fue el brazalete. Pero no estoy segura.

—También dijiste que estabas huyendo de mí —dijo con aspereza.

—Sí —respondí.

—Pero estás aquí para ayudarme.

—Sí. —Asentí.

—¿Por qué? —Su mirada era seria y penetrante.

—Ya te lo he dicho. —No creí que fuera justo lo que se le había hecho a él.

—Sí. Pero hay más en nuestra historia, ¿verdad?

Asentí pero miré fijamente a mi vaso.

—¿Qué no me estás diciendo? —preguntó.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

Alcé mis ojos.

—No puedo.

—¿No puedes o no lo harás?

—No puedo. No sé cómo.

—Pero eres mi mujer, ¿verdad?

—Sí. Me refiero, tú me reclamaste como tuya, pero nunca hemos…

—Nunca he yacido contigo —dijo, completando mi oración.

—¿Por qué estás haciéndome todas estas preguntas?

—No estoy seguro de creer tu historia.

—¿Qué parte? —pregunté—. ¿La parte sobre mí siendo del futuro, ser tuya o tu destino?

—Las tres. ¿Quién dice que no es una estratagema para ganarme, para ser mi reina en lugar de Hagne?

Maldita sea. Tan terco. Si no se creía mi historia, entonces estábamos todos jodidos. La historia se repetiría. *A menos que hagas algo para detener a Hagne por tu cuenta*. Algo que estaba preparada completamente para hacer, pero no tendría oportunidad si King pensaba que estaba pirada y me arrojaba de regreso en una celda.

—Entonces pregúntame lo que sea. —Alcé mi brazo para recordarle del tatuaje de la "K".

—Podrías fingir tus palabras.

—Me viste saltar con tus propios ojos —señalé.

—Tal vez sabías que te atraparía.

—Eso es ridículo, casi muero. —Me tomé un momento para recobrar el aliento. Esta conversación se sentía inútil—. ¿Sabes qué? Bien. —Me puse de pie—. No me creas. Ve y cásate con Hagne. Mata a tu hermano. Disfruta de tu vida maldecida.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó.

Voy a encontrar a Hagne y ocuparme de este lío por mi cuenta.

—Pensé que eras más fuerte que esto —dije—, pero estaba equivocada.

—¿Me crees débil porque no creo tu loca historia?

—Estoy diciendo que no hay nada que pueda decir para convencer a un hombre que se niega a aceptar la verdad.

Se alzó de la mesa, furia vertiéndose de sus ojos.

—Te sentarás, Vidente. O haré que mis guardias te aten a esa silla.

Vacilante, me senté.

—¿Qué quieres de mí?

Se sirvió otra copa de vino, la bebió y regresó su mirada aguda hacia mí.

—La verdad.

—¿Sobre qué?

—Prueba que no estás intentando manipularme.

—¿Qué quieres? —grité.

—¡La verdad! —Aporreó su puño sobre la mesa, causando que los platos de comida saltaran.

—No sé lo que es —grité—. Esa es la verdad. Fui por tu ayuda. Me reclamas como tu propiedad. Descubro que estás maldito y buscando una salida. Me manipulas, me usas e intentas lastimarme. Luego puf, estoy aquí.

—Entonces estás diciendo que me temes. Completamente.

—Sí.

Alargó la mano a través de la mesa y agarró mi muñeca con el tatuaje.

—Quítate la ropa.

—¿Qué? —dije.

—Silencio. Hazlo.

Sin darle permiso a mi cuerpo, me levanté de la mesa, temiendo por qué pediría esto. Auténtico pánico se apoderó de mí en tanto mi cerebro comenzaba a recordar los horribles recuerdos del futuro.

La intensa mirada azul de King se enfocó en mi rostro enojado y asustado mientras me deslizaba el vestido del hombro y permitía que cayera al suelo.

Sus ojos me miraron con hambre por varios segundos antes de ponerse de pie, agarrar mi muñeca e inclinarse. Al principio, pensé que podría besar mi cuello o tocarme, pero no lo hizo. En cambio, puso su nariz en mi nuca y me olió.

¿Qué demonios?

Todavía sujetando mi muñeca, susurró:

—Dime que me amas. Dime que te haga el amor.

Las pesadillas de su isla privada vinieron en picada. Podía saborear el temor en mi lengua.

—Te amo. Quiero que me hagas el amor —dije indispuesta.

King soltó mi muñeca y miró profundamente en mis ojos. Podía sentir su aliento a vino respirado en mi cara y escuchar a mi propio corazón retumbando.

Comencé a rezar que encontraría la fuera para liberarme de su orden como lo había hecho una vez antes en estado de pánico.

—Te creo. —Se dio la vuelta y sentó en la mesa—. Puedes vestirte.

Parpadeé y alcancé el vestido. En el momento en que estuve cubierta, mis ojos se pegaron al afilado cuchillo en la mesa. *Voy a matarlo*.

—Adelante —dijo, también mirando el cuchillo—. Si te hará sentir mejor.

—¿Qué demonios fue eso? —dije furiosa.

Se sirvió otro vaso con una mano fría, calmada y estable.

—Olí el miedo en ti, lo vi en tus ojos. En verdad me odias.

—¿Tu maldito punto?

—Las emociones no pueden ser fingidas. En verdad creíste que te lastimaría, lo que significa que te he herido antes.

Se levantó de la mesa y miró a la comida.

—Disfruta de la comida.

¿Se iba? ¿Antes de tener la chance de apuñalarlo? Qué poco caballeroso.

—¿Adónde vas? —dije echando humo, esperando que dijera que no era de mi maldita incumbencia.

—No te deseo más angustias esta noche y tengo algunas decisiones difíciles que tomar. Regresaré después. Descansa. Estarás a salvo aquí.

Se detuvo en el centro de la puerta.

—Por cierto, Mia. Nunca tomaría a una mujer en contra de su voluntad. Pero disfruté viendo tu cuerpo. Los dioses seguramente le darán al pueblo una abundante cosecha la próxima temporada.

Completamente sorprendida, mi boca quedó abierta. ¿*Quién es este hombre*?

Me quedé sentada en la mesa la siguiente hora meditando esa pregunta. Más precisamente, medité cómo me hacía sentir. Enojada, abrumada, loca.

No podía negar que estar a su alrededor era como un narcótico altamente adictivo del que no podía obtener suficiente.

Y esa jugada no había sido simplemente sobre probar que le temía. Era también sobre hacerme confiar en él. Me había puesto en una posición donde me sentí expuesta, donde podía hacer lo que quisiera. Sin embargo no lo había hecho y probó su punto de eso como si sintiera la necesidad de ganarse mi confianza.

Mirando a la comida e incapaz de comer, la brisa fría entrando a través del umbral abierto de la puerta finalmente me afectó. Me acurruqué en la cama de King y me cubrí con la manta suave de seda roja. Su delicioso aroma masculino, una especie de citrus y almizcle, me envolvió, y cerré los ojos, pensando en él. Este King era seductoramente fuerte y audaz. Era humano, sin embargo de alguna manera imponente, totalmente poderoso, pero amable también. Era esa parte del futuro King la que me dejaba sin aliento y sin palabas con su brutal honestidad y belleza. Ese era el hombre que había salvado a mi madre. Me había



sostenido cuando sentí que mi vida estaba terminando. Sí, ahora mi mente veía claramente a dos personas completamente distintas residiendo dentro de esa futura versión. Una que odiaba y quería matar. La otra era este hombre…

Se me erizó la piel de todo el cuerpo pensando en él, desnudo de la cintura para arriba con ese largo cabello negro, y esos vívidos ojos azules. Y ese cuerpo. Dios mío, ese hombre tenía abdominales. Y brazos y piernas musculosas y gruesas. Y…

La tensión se agolpó entre mis piernas y negué con la cabeza. *¿Qué tan jodida estoy*? No había ningún escenario posible resultando en un final feliz para mí. De todas maneras, no podía evitar querer esta versión sin contaminar de él. Era el paquete completo sin toda la carga.

Salvo que… vive en el 1500 a.c., agrega o quítale unos siglos ya que no estaba segura del año preciso. *¿Te importa pensar en estos sentimientos?*

No me enamoraré de él. Solo… Suspiré. Era magnético, esa era la mejor manera de describirlo.

Incapaz de resistir el oasis adormecedor del sueño, cerré los ojos e intenté pensar en algo más. Una imagen de un futuro perfecto apareció en mi mente: todos reunidos en la casa victoriana de mis padres en Knob Hill en San Francisco. Justin y su novia, Jamie, abrazando a su hermoso bebé mientras están sentados en ese sofá floral y demasiado relleno de la sala. Becca y su madre peleando por un hecho cualquiera de un actor que aman. "No, él está saliendo con esa modelo", diría una. "No, rompieron", respondería la otra. También estarían mis padres dándose besos a hurtadillas en la cocina mientras preparaban los toques finales de la comida. Yo, bueno, estaba allí, también. De alguna manera. Aunque, no podía ver ningún detalle. Tal vez porque seguía en la antigua Minoa, comenzando a preguntarme si alguna vez querría irme.

¿Podría hacerles eso a mis pobres padres? Porque perder a su hija sería igual de malo que perder a mi hermano. ¿Y perdernos a ambos? Me estremecí. No podía comenzar a imaginar el dolor.



Sin embargo, incluso si deseara ir a casa, podría no suceder. ¿Entonces qué? ¿Qué sería de mis padres?

Jesús, estamos todos jodidos.







Diez

Traducido por Dustie

No sabía la hora, pero cuando abrí los ojos, fue porque mi subconsciente se había estado metiendo con mi mente consciente en la manera que una hermana pequeña y petulante haría hasta que no pude ignorarla.

Me senté en la cama de King. Todas menos una lámpara de aceite se habían apagado, lo suficiente como para ver el cuerpo bien construido de King sentado en una silla en la esquina, sus ojos intensos y concentrados como un animal. También recordaba al hombre que conocí hace muchos años, su postura rígida con las manos juntas y los codos apoyados en las rodillas, lo cual significaba que estaba absorto en sus pensamientos y para nada feliz.

—Has vuelto —le dije.

King continuó mirando con una mirada oscura, iracunda y salvaje. Ese era otro movimiento familiar de King. No, no uno bueno.

Mi corazón comenzó a galopar dentro de mi pecho.

—¿King?

—¿Qué? —respondió con frialdad.

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees, mujer?

—Que no.

—De cualquier manera que elija examinar el rompecabezas termina en muerte.



—Lo siento. Lo siento mucho —le dije con remordimiento.

—No pedí tu compasión.

—No te compadezco —dije con calma, sentándome—, pero mi vagón está enganchado al tuyo.

—¿Por Hades qué quiere decir eso?

—Mi destino depende mucho del tuyo. Y te quiero —¿*Qué quiero*?—. Quiero decir, que vivas una vida feliz y plena.

Desvié la mirada por un momento porque la expresión de sus ojos azules era demasiado intensa. Hacían que mi piel estallara en escalofríos eróticos y mi cuerpo se calentara con necesidad cada maldita vez.

Cuando reuní la fuerza para mirarlo de nuevo, se puso de pie, cruzó la habitación, miró por un momento incómodo y luego se sentó en el borde de la cama, frente a mí.

—¿Me has hechizado? —preguntó.

—¿Qué? No. ¿Por qué dices eso?

—No puedo pensar cuando estoy cerca de ti —dijo dolorosamente—. En el momento en que te vi, sentí una extraña unión. Como si tú y yo hubiéramos vivido varias vidas juntos.

Sus palabras me sorprendieron. Tal vez porque yo sentía lo mismo.

—Y anoche, cuando me quedé dormido bajo las estrellas —dijo en voz baja—, te vi en mis sueños, con una mirada de dolor en tus ojos mientras me mirabas ahogarme en un océano de luz roja. Cada intento que hice para abrir mi boca solo llenó mi garganta de sangre. Me desperté probándola en mi lengua. —Me miró la mano y comenzó a dibujar distraídamente un pequeño círculo sobre mi piel. La sensación de su contacto, la intimidad del mismo, desencadenó instantáneamente un hambre carnal desgarradora. Encontré esta versión real en

vivo de él hipnotizante. Deseaba más. Más de su toque. Más de su olor. Más de su calidez. Pero sabía que no debería.

—El rojo es dolor —dije—. Es tu maldición. —Lo sabía, porque había visto su luz con mi don. Era roja, dolor, y azul, tristeza, mezclado tan violentamente que se convertía en un color morado oscuro—. Y es una tragedia lo que te sucede.

—¿Cómo es posible que me temas, pero no me desprecies?

—Porque tu maldición no es quién eres. —Me di cuenta de eso ahora. No podía culpar a *este* hombre. No podía odiarlo. Y no podía negar que sentí algo profundamente emocional entre nosotros.

Cómo diablos era posible, no lo sabía. Pero no podía detenerlo.

Su mirada intensa y fija en mis ojos, se inclinó y presionó sus suaves labios en los míos. No parecía un beso destinado a llegar a ninguna parte. En cambio, se sentía más como una prueba o una validación, para ver si lo que sentía era real, a pesar de la improbabilidad.

Lo era.

La sensación surgió a través de las sensibles terminaciones nerviosas de mis labios, bajando por mi garganta y entrando en mi corazón. Me dejó sin aliento.

Se retiró y miró con esos ojos azules luminiscentes.

—Lo siento por lo que te he hecho, Mia. Lamento haberte lastimado.

No había estado esperando eso.

—No fuiste tú. Quiero decir… no fue tu culpa.

Él inclinó la cabeza.

—No. No lo fue. Pero necesitabas escuchar eso de mí. Lo puedo ver en tus ojos.



Me salieron lágrimas, pero me contuve de llorar.

—Gracias.

De repente, King se aclaró la garganta y puso una pared gigante entre nosotros.

—He pensado en esto. Todos los resultados conducen a una guerra civil y, por lo tanto, a un colapso de mi gente y la destrucción de todo lo que he construido. Todos menos uno.

—¿Qué vas a hacer?

—Me iré por varios días y dejaré que mis guardias te vigilen.

—¿A dónde vas? —Parpadeé rápidamente.

Su gran pecho se infló con una respiración profunda.

—Callias está al otro lado de la isla viendo varias disputas entre los agricultores. Iré e intentaré razonar con él, darle la opción de suspender su búsqueda de Hagne, algo que dudo que haga.

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté, porque era exactamente lo que había planeado hacer.

—Callias es terco y salvaje. Pero le debo a él intentarlo. Y me debo a mí mismo morir con la conciencia tranquila.

¿Morir? ¿Conciencia limpia?

—No entiendo.

—Dices que me desafía por el trono.

Asentí.

—Y que él lucha para mantener a Hagne.

Asentí.

—Entonces, para cambiar nuestro destino, lucharé contra él y le permitiré ganar.

No. No. Mierda, no. Sus peleas no eran juegos de boxeo; lucharían hasta la muerte.

—¡No puedes hacer eso, carajo! —protesté.

Frunció el ceño con una satisfacción propia de un rey.

—No conozco esta palabra "carajo", pero puedo hacer cualquier cosa que jodidamente elija; soy el rey. —Se levantó y se fue, dejándome completamente sin palabras. Este King quería dar todo para salvar a las personas que amaba. Incluso si eso significaba su muerte.

En ese momento, mis lágrimas vinieron con fuerza y mi corazón cayó con más fuerza aún. Sí, por él. Era ese pequeño pedazo de algo fuerte, noble y bueno escondiéndose dentro del monstruo que había visto desde el principio. Y la conexión que sentía, la lujuria profundamente arraigada y la lealtad inexplicable, siempre habían sido para él. Este hombre. Por eso no podía permitir que muriera.

Fue entonces cuando mi pensamiento anterior me golpeó de nuevo. Tal vez, solo tal vez, realmente estaba allí para hacer las cosas bien. Pero, ¿qué opciones tenía?

Hagne. Ella era mi única opción. Podría hacer que entre en razón o matarla. Eso seguramente significaría mi muerte también, porque si la familia de Hagne era poderosa, exigirían justicia.

Pero si moría, entonces que así sea. Este camino alternativo le impediría maldecir a King e impedir que mi hermano desenterrase el Artefacto en Palenque. Incluso podría evitar que se involucrara con el 10 Club, si King en realidad "era dueño de esos payasos".

Sonreí para mis adentros mientras las pequeñas piezas retorcidas se deslizaban sin esfuerzo en su lugar y esa inquietud que se enroscaba profundamente en mis entrañas se alzaba. Esto era correcto…



***

En cuanto salió el sol, le pregunté a uno de los guardias: un gigante sin camisa con piel marrón moca, pelo largo y negro, que llevaba una espada y una falda plisada azul y roja varonil, sí, varonil (no muy diferente a un kilt pero hecho para el clima cálido) si podía decirme dónde podría encontrar a Hagne.

—No lo sé, pero enviaré a alguien a buscarla —respondió.

—O apuntarme en la dirección correcta, y la buscaré.

Me miró con cautela, como si estuviera en conflicto.

—Lo siento, pero nuestro rey ha prohibido que te vayas. Debes permanecer en su o tu recámara o en su patio privado.

Por supuesto. King sabría que no debía confiar en mí para seguir su orden de quedarme quieta.

Miré al guardia y sonreí.

—Gracias. Esperaré aquí, entonces.

Silbó por otro guardia antes de salir corriendo rápidamente. Mientras tanto, miré alrededor de la habitación en busca de algo afilado o directo, sin inmutarme por mi nuevo caparazón duro y la completa falta de remordimiento o preocupación por querer acabar con Hagne. Si no lograba que entendiera razones, una posibilidad remota, la sacaría de allí, donde los guardias no podrían intervenir.

Recorrí algunas canastas grandes tejidas en una pequeña cala que parecía el armario de King. Había montones de telas finamente tejidas, doradas, azules y rojas, prolijamente dobladas y perfumadas con flores secas. En otra canasta, encontré una daga enjoyada enfundada dentro de una funda de gamuza. Puse mi dedo sobre la punta. Fue agudo como el infierno.

Levanté mi vestido y até la daga a mi muslo, esperando que los pliegues ocultaran el voluminoso mango. Salí a esperar, y unos diez minutos más tarde

Hagne apareció en el patio, con el rostro enrojecido como si hubiera corrido todo el camino.

—Mia, ¿estás bien? —Jadeó con una preocupación falsa.

—Hunky-dory.

—No sé lo que eso significa, pero los guardias dijeron que era urgente.

—Le dije al rey que tenía que dejarte estar con Callias.

—¿Qué dijo él? —Se quedó sin aliento.

—No estaba molesto. De hecho, él entiende completamente. Realmente no es un mal tipo, Hagne.

La amargura parpadeó en sus ojos rencorosos y supe lo que estaba pensando: había dicho varias veces en su diario cómo despreciaba al rey por ser tan débil. Y en este momento, apostaría a que se felicitaba a sí misma por tener razón. Porque solo un hombre débil se daría la vuelta y le daría su prometida a su hermano.

—¿Cómo lo convenciste? —preguntó ella.

—Me ofrecí para tomar tu lugar —mentí.

Su rostro estaba rojo brillante de ira, pero no dijo nada.

—No te dije esto, Hagne, pero soy su prometida en el futuro. Tu matrimonio con él termina en una tragedia para todos, incluido él. Mi propuesta fue simple: te deja estar con Callias. Vives, tu familia vive y su bebé vive.

—Pero no estoy embarazada.

—Lo estarás.

Este era el punto en el que cualquier ser humano racional y decente simplemente agradecería a sus estrellas de la suerte y se sentiría feliz de haber

tenido la oportunidad de obtener lo que querían. Pero no Hagne. No. Ella hizo exactamente lo que cualquier psicópata haría.

—Me está echando a un lado —susurró incrédula—. Todos me verán como basura.

Quise poner los ojos en blanco. Realmente quería. Pero esto era muy importante.

—Te salvas de casarte con un hombre que desprecias y llegas a estar con el que has amado desde la infancia. ¿Realmente importa lo que piense la gente?

El puro odio sin filtrar chisporroteó en sus ojos marrones y supe que cualquier disparo a una resolución pacífica sería imposible. *Mierda. Tengo que matarla*.

Pero entonces, como si hubiera accionado un interruptor, su mirada cayó en un estado neutral.

—No. —Ella sacudió su cabeza frenéticamente—. Por supuesto, tienes razón. Callias es el amor de mi vida. Nada más importa.

Sus palabras sonaron tan falsas como ella, así que no me vi tentada a bajar la guardia. La mujer era peligrosa y tenía que asumir que era poderosa. Diablos, su saliva me dio la habilidad de hablar el antiguo minoico.

—Entonces, ¿te casarás con el rey? —preguntó ella.

No es que él lo hubiera pedido, pero una parte de mí realmente quería hacerlo mío para siempre. El hombre era seducción, poder y sensualidad envueltos en un antiguo paquete minoico varonil que no dejaba a ninguna mujer en este momento ni en el futuro sin afectarlas. A decir verdad, sin embargo, había problemas estructurales con mi situación. Tal como… Iba a matar a Hagne, y King probablemente tendría que ejecutarme, entre unos pocos.

Respondí:

—Concéntrate en Callias.



Ella bajó la cabeza con la gracia de una dama.

—Como desees.

Tan jodidamente falso.

—Y ahora, te quiero pedir un favor —dije

—¿Sí?

Baja la guardia para poder matarte.

—Me gustaría ir al mercado y buscar algunos artículos para cuando regrese el rey. ¿Puedes sacarme de aquí? Los guardias no me dejarán irme.

Ella sonrió.

—Puedo ocuparme de ellos. Es lo menos que puedo hacer. Después de todo, me has salvado. —Ella levantó su pequeña mano—. Espera aquí. Ya vuelvo.

Hagne desapareció por varios minutos y luego regresó, indicándome que la siguiera por las escaleras que conducían a la derecha del edificio.

—Por aquí —susurró, riendo como una niña.

Psicópata.

Ella agregó:

—Hay un túnel secreto que conduce debajo del palacio y hacia la colina justo al norte del mercado.

Esto era perfecto. Podría seguir detrás de ella y luego…

¿Ser fuerte? ¿Salvar a King? ¿Salvar a tu hermano también?

Sí. Podría hacer eso. Solo tenía que recordar quién era realmente Hagne.

La seguí, y cuando lo hicimos, de hecho, llegamos a una pequeña cueva, de un metro y medio de altura y un metro de ancho, se detuvo.

—Está oscuro por dentro, pero el túnel da varios pases hacia la derecha y luego verás la luz. Simplemente sígueme.

No confiaba en Hagne, pero cuando miré dentro, realmente no había nada allí: un piso fangoso, paredes fangosas y mucha oscuridad. Y, demonios, ella iría primero. Y… demonios, tenía la daga, que estaba a punto de sacar y usar.

Entró corriendo y la seguí durante casi treinta y cinco metros hasta que la luz se desvaneció.

—Está realmente oscuro aquí. —Comencé a buscar mi daga, tratando de mantener el ritmo con ella.

—Sí, pero no temas. Solo unos pocos pasos más…

En ese instante, agarró mi brazo y tiró de mí hacia adelante. Me moví hacia adelante y tropecé, pero en lugar de caer en tierra firme, seguí cayendo. Abajo, abajo, abajo, gritando cada centímetro del camino hasta que aterricé con un chapuzón.

El agua estaba helada y profunda.

Luché para llegar a la superficie y descubrí que ofrecía poco más que aire. Sin luz. Sin calidez. Solo la leve risa de la voz de Hagne en la distancia.

—¡Perra psicópata! ¡Él sabrá que fuiste tú! —grité, pero ella ya se había ido. Solo estábamos yo, el agua y la oscuridad ahora—. ¿Quién demonios pone un pozo en el medio de una maldita y oscura cueva? —grité—. ¡De verdad! ¡Santo jodido Jesucristo. Tienes. Que. Estar. Bromeando!

¡*Gah*! Pero todas las malas palabras blasfemas en el mundo no cambiarían lo que era. Yo. En el fondo de un pozo en una maldita cueva.

Pataleando en el agua, eché hacia atrás la cabeza y cerré los ojos. El agua estaba fría, pero no para causar hipotermia. Me ahogaría de agotamiento antes que cualquier otra cosa. *Piensa, Mia. Piensa*. Pero mi corazón corría a un millón

de millas por segundo. *No entres en pánico Las personas en pánico mueren mucho más rápido*.

Empecé a tararear "Yellow Submarine" de los Beatles, un hábito nervioso que había tomado cuando era niña. Para ser claros, cualquier canción de los Beatles generalmente serviría, pero el tema acuático se sentía apropiado.

Diez versos más tarde, mi ritmo cardíaco bajó y mi mente comenzó a ordenar las opciones.

No había ninguna.

No estaba a punto de desarrollar habilidades de super-araña y escalar la caída de quince metros. Y nadie, salvo la psicópata, sabía dónde estaba.

Estoy jodida.

Después de una hora más o menos, llegué a dos conclusiones: moriría aquí como una completa zoquete, pero Hagne aún perdería. King conocía mis secretos, y haría todo lo que estuviera a su alcance para alterar su destino. Pero maldición, ¿por qué él y yo tenemos que ser los únicos en morir? Solo queríamos hacer las cosas bien. King amaba a su gente. Yo amaba a la mía.

Y lo amo… No tenía sentido tratar de negarlo más. ¿Cuál era el punto? Estaría muerta en unas pocas horas y no quedaba nadie para impresionar o engañar.

Ni siquiera yo misma.

Tomar este viaje finalmente me permitió reconciliar las emociones conflictivas con las que había vivido estos últimos meses. Sí, era posible odiar y querer a una persona simultáneamente. Sí, había sentido compasión y remordimiento por la situación y el sufrimiento de ese hombre, incluso cuando le temía. Sí, mi vida con él se sentía como un tiovivo enfermo y retorcido de proporciones épicas.

Hasta ahora.

Ahora lo sabía. King no era un hombre; él era muchas capas. Luz rodeada por una gruesa capa de oscuridad. La vida encerrada por la muerte. Cicatriz sobre un alma que era noble y buena.

Sentí una profunda sensación de alivio y gratitud. *Llegué a conocer al verdadero hombre*. Y él estaba más allá de todo lo que podría haber imaginado.

¿Y ahora qué?

Tomé aliento y balanceé mis brazos de un lado a otro ya que no había mucho más que hacer. No tenía un transporte mágico o…

Espera. Sí, lo tengo. Tenía el maldito brazalete. Podía regresar.

Pero qué pasaría si… ¿Y si volviera a ese horror del había huido? Las manos de ese monstruo por todo mi cuerpo, mis muñecas ardiendo mientras trataba de liberarme, la pesadilla absoluta de saber que una vez más me había quedado corta con King y su aptitud para la crueldad.

Tienes que elegir.

Todavía llevaba el brazalete en mi muñeca derecha; podría llevarme a casa. Pero, ¿volvería a una escena de violencia indescriptible, o descubriría que King había cambiado todos nuestros destinos y así regresaría a un futuro completamente diferente? Y si fuera diferente, ¿perdería esos recuerdos más preciosos para mí? Sorprendentemente, esos momentos no fueron los grandes eventos: graduación, primer beso o aterrizaje del trabajo soñado. Eran las pequeñas respiraciones entre el ruido: Justin llorando en mis brazos cuando tenía cinco años con una rodilla partida en el patio de recreo, las lágrimas brotaban de su carita roja porque pensó que moriría por el corte. Fue el primer momento en mi vida que recordé sentir que importaba. Yo era la hermana mayor de esta persona. Podría hacerlo todo mejor con un simple abrazo y algunas palabras tranquilizadoras. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y le dije lo que necesitaba escuchar. En unos pocos minutos, el sangrado se detuvo y Justin se balanceaba sin cuidado en el mundo. Luego se convirtió en un hombre, uno con

un corazón más grande que cualquiera que haya conocido. Yo era su hermana, suya para protegerlo y levantarlo cuando lo derribaran.

Una vez más, sin embargo, importaba. Para él, de todos modos. Yo era la pieza del rompecabezas en su vida que lo hacía sentir como si importara. Era por eso que una vez terminó en el hospital cuando estábamos en la escuela secundaria. Todo porque había tenido un mal día y había decidido perder un montón de energía en una fiesta. Tequila. Más tequila. Y… ellos, un puñado de idiotas que no iban a aceptar un no por respuesta. Justin estaba allí para mí, y lo golpearon a una pulgada de su vida.

Juré en ese momento que nunca más pondría en peligro a las personas que amaba, porque mi único valor en este mundo fue cuando yo era la salvadora. Tal vez Justin también se sintió de esa manera. Quizás… realmente no lo sabía, pero tal vez esa era la razón por la que había llegado a extremos tan horribles para liberar a Jamie de su prisión con Vaughn. En mi corazón, eso no compensaba las cosas que la gente dice que me hizo, pero de alguna manera retorcida, podía entender cómo su necesidad de ser el héroe era su talón de Aquiles.

Porque ese era el mío. Era el idiota que haría cualquier cosa para salvar a su hermanito. Y ahora a King. Era la única maldita cosa en este planeta en la que me sentía bien.

Sin embargo, aquí estás… necesitando ser salvada. Buen trabajo, Mia.

Después de días u horas pasadas, no sabía, finalmente llegué al punto en que mi cuerpo se quemaba por el frío. Mis piernas y pies estaban acalambrados y mis hombros dolían por balancear mis brazos. No duraría mucho más.

¿Daga o brazalete?

Preferiría morir antes que ser devuelta y dejar que King me lastime. Era la verdad honesta de Dios.

Solté la daga de la funda atada a mi muslo y la agarré con la mano. ¿Podría hacer esto? ¿Podría llevarlo a mi pecho?



Había muerto una vez, cuando King había detenido mi corazón y no era como dicen las personas. La anticipación, la voluntad del cuerpo para luchar, es mucho más traumática que el evento real. La muerte real se sentía como quedarse dormido. Y cuando el anillo que usé, ese diamante solitario gigante que me regaló King, me trajo de vuelta a la vida, me sentí como si despertara de nuevo. El punto era que no tenía miedo a morir.

Esta es la única opción sensata, Mia. La única. Todas las otras opciones que me quedaban eran ahogarme o volver al lugar de donde venía… tal vez.

Levanté la daga, pero de repente vi una imagen de King, sus ojos azul eléctrico llenos de desaprobación y un ceño fruncido en esos hermosos y fuertes labios. Prácticamente podía escucharlo gritándome por rendirme.

Mierda. Él estaba en lo correcto. Y más que nada, quería verlo una última vez. Me prometí a mí misma que si lo hacía, no me contendría. Una vida donde no seguiste tu corazón no era una vida. Y a veces solo tienes que dar el salto y confiar en algo que no tiene sentido.

Aguanta, Mia. Aférrate. Él vendrá por ti.



Once

Traducido por M.Arte & MaryLuna

No hay dos muertes que sean iguales. Esa fue mi conclusión. ¿Y cómo eran diferentes? Era algo difícil de expresar con claridad. Cuando morí la primera vez, King literalmente había entrado en mi cuerpo y detenido mi corazón. Fue una sensación aterradora y espeluznante, el terror se diluyó por la comprensión de lo que él estaba haciendo al preocuparse por mi bienestar, o al menos así lo había pensado, y que yo, a menos que tuviera algún inconveniente imprevisto con el anillo, volvería. Totalmente intacta. Y sería completamente yo misma. También había una pequeña parte de mi cerebro que se regocijaba en silencio ante la sensación de su alma o luz, o como quieras llamarla, moviéndose dentro de mi caparazón. Sí, también dolió como un hijo de puta debido a su maldición. Sin embargo, hubo un innegable cosquilleo de placer erótico al estar de una manera tan íntima con un sexy bastardo tan malvado. Llámame enferma, ya sé. Por supuesto, que fue antes… de que me lastimara.

Esta muerte, sin embargo, era muy, muy diferente. Era como ahogarse en soledad. Dolorosa. Y no había ningún placer secreto o la caricia íntima de un hombre. Se sentía como si me arrancaran la piel mientras mis entrañas palpitaban al rojo vivo, cada terminación nerviosa ardía con un fuego inexistente. Mi alma sangraba y los músculos privados de oxígeno gritaban de agonía. ¿Me habían enviado al infierno?

Mierda. Mierda, pensé. *Esto no puede estar pasando*.

—Mia, *carajo*, despierta mujer. —Oí una profunda voz masculina sumergirse a través de mi miseria y sentí un agudo escozor en mi mejilla—. ¿Me escuchas? O te despiertas en este maldito instante, o juro por los dioses que…

Lentamente, abrí los ojos.

Azul. Azul… demasiado azul. Allí estaba el brillante cielo celestial y el santuario de orbes de cobalto mirando hacia abajo.

—¿King? —susurré.

—Sí, soy yo. Tu rey.

Parpadeé.

—¿Dijiste "carajo"?

Gruñó.

—Vidente tonta. ¿Por qué intentaste matar a Hagne?

Moví los dedos de los pies y las manos. El aire fresco y la arena caliente en mi espalda se sentían reales.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

A pocos centímetros de mi rostro, King quitó el cabello mojado de mi frente y sonrió.

—Pensé que te había perdido.

—Pero… me ahogué. Yo…

—No. Casi te ahogas. —Un profundo conflicto brillaba en sus ojos.

Tosí violentamente durante un instante y luego eché la cabeza hacia atrás, jadeando.

—¿Quién demonios puso un pozo allí?

—¿Quién Hades sabe? Pero, ¿en qué estabas pensando?

—No podía dejar que ella te arruinara.

—¿Así que querías apuñalarla con esto? —Llegó a mi lado y agarró un objeto brillante de la arena.

—Algo por el estilo.

—Esta es la daga de Potnia. Si se deja dentro del cuerpo, se dice que imita el aspecto de la muerte, pero solo pone a la persona a dormir.

Oh, genial. Hagne tomando una siesta.

—Fue la única arma que pude encontrar. Era eso o arañarla hasta la muerte. Pero lo hubiera hecho. No voy a dejar que gane.

Me miró afectuosamente a los ojos durante un largo instante.

—Estás loca, Mia. Loca y hermosa.

Poco a poco, me apoyé sobre mis codos y miré a mi alrededor. Estábamos solos en la tranquila playa a las afueras de la entrada de la cueva.

—¿Cómo me encontraste?

Deslizó su enorme y áspera mano sobre mi tatuaje "K".

—Creo que esto me atrajo a ti. Sentí tu angustia, como si me estuvieras llamando. —Sus ojos se llenaron de angustia—. Para el momento en que regresé, me enfrenté a Hagne, pero no estuvo dispuesta a revelar dónde estabas. Sin embargo, por la gracia de los dioses, sentí la atracción. La seguí y me condujo directamente hacia ti. —Acunó un lado de mi mejilla—. No puedo sacarte de mis pensamientos, Mia. Despierto o dormido, solo te veo a ti. —Inesperadamente, sus labios chocaron con los míos y hundió su lengua entre mis labios, empujándola y deslizándola con un ritmo lento y sensual.

Mi cuerpo, ya húmedo y ahora más cálido por el sol, instantáneamente se volvió más caliente y más húmedo. Su boca se sentía como todo para mí. Vida, amor y necesidad. Deslicé mi mano detrás de su cuello y lo insté a profundizar el beso. Quizá también era una señal de lo que mi cuerpo realmente quería: él, yo, tan cerca como pudiéramos estarlo.

No iba a dejar pasar esta oportunidad. Por nada del mundo.

Me arqueé, el gran cuerpo de King permaneció inmóvil, como si no quisiera tomar lo que deseaba.

Moví mi mano a la parte baja de su espalda desnuda y lo jalé hacia mis caderas. Esperaba que no titubeara en aceptar mi oferta.

No lo hizo.

En un respiro, se trasladó a la parte superior, nuestras lenguas colisionando y enredándose, nuestros dientes chocando. Nuestros cuerpos se encendieron y las manos arañaron para que estuviéramos más cerca. Arrancó la parte superior de mi vestido mojado mientras yo rompía torpemente el pequeño broché de metal en su cintura y liberaba la parte inferior de su torso.

En cuestión de segundos, nuestros cuerpos estaban desnudos, y él deslizó su musculoso cuerpo delgado entre mis piernas. Con la necesidad de tocarlo, me incliné y encontré su increíblemente largo y grueso eje. Un gemido emanando de las profundidades de su pecho estalló en sus labios entreabiertos cuando lo agarré firmemente y comencé a acariciarlo. Quería llevarlo tan cerca del borde que me suplicaría por ello, que no habría ninguna posibilidad de que diera marcha atrás.

Alcancé sus sensuales labios con los míos y encontré esa lengua ardiente y húmeda lista, al igual que su magnífico pene, el calor me excitaba.

Deslicé mi pulgar sobre su punta y encontré una deliciosa gota de humedad que extendí por su sedosa cabeza en pequeños círculos.

Rey inclinó su rostro hacia el cielo.

—Maldición, mujer, qué me haces.

Extendí mi mano libre y la coloqué detrás de su cuello para llevar sus lascivos labios hacia mi boca. Pero en lugar de entregar esos dulces, húmedos y pecaminosos besos que añoraba, su cabeza se movió hacia mi pecho.

Mirándome con esos penetrantes ojos azules, abrió la boca y cubrió la punta rígida de mi pecho. Comenzó a chupar con fuerza y comencé a jadear más alto. Verlo tomar mi pezón en su boca, su lengua girando rápidamente sobre esa piel sensible, casi me llevó al límite.

No podía aguantarlo más. Simplemente no podía. Los juegos preliminares eran para las personas que necesitaban entrar en calor, para quienes no se sentían cómodas reconociendo su apetito sexual, o para quienes tenían todo el tiempo del mundo. No encajábamos en ninguno.

Me agarré firmemente de sus hombros.

—¿Por favor?

Una sonrisa carnal se extendió en sus labios, pero no obedeció. En cambio, su mano se deslizó entre mis muslos y comenzó a acariciarme. En el instante en que sus dedos me penetraron, lancé mi cabeza hacia atrás y agarré un puñado de arena con ambas manos.

—Debo asegurarme de que estés lista. No quiero lastimarte.

—Estoy lista —jadeé—. Estoy lista. —De hecho, estaba al borde del orgasmo—. Por favor…

—Si insistes. —Hizo un camino de besos por mi torso, y en el momento en que su duro pene estuvo al alcance, lo tenía en mi mano y guiándolo hacia mi entrada.

Rápidamente se apoderó de mis muñecas y las inmovilizó sobre mi cabeza.

—No necesito ningún estímulo. —Con las caderas ligeramente levantadas, colocó su enorme cuerpo sobre el mío y me besó profundamente durante un largo instante. La espera era una tortura.

Se alejó de mi boca y besó un lado de mi cuello, sin dejar de sujetar mis brazos sobre mi cabeza.



—Oh Dios mío, por favor. Por favor…

Levantó la cabeza y me miró fijamente a los ojos.

—Por favor, ¿qué? —dijo con una voz ronca impregnada de sexo.

Quería decir: "Fóllame duro con tu largo y grueso pene", pero no quería impresionar al pobre hombre con mis maneras modernas de pedir-lo-que-realmente-quieres. Así que, en cambio, simplemente dije:

—Fóllame.

—¿Es esto lo que quieres? —Soltó mis brazos, tomó su pene en su mano y comenzó a hacer círculos con la punta de su eje sobre mi húmeda entrada de forma provocativa, como si estuviera preparando a su pene para la penetración.

—Sí —susurré, llevando mis caderas hacia adelante.

Él retrocedió, negándome el final del tormento sexual.

—No me hagas esto. Por favor, King, te lo ruego…

—Si estás rogando… —Lentamente empujó su duro eje entre mis piernas y me miró profundamente a los ojos. Todo se volvió tan condenadamente claro. No había una brecha de tiempo en lo que concernía al amor; veía el pasado y el futuro en una luz cegadora. Y nunca dejaría ir esa luz. Jamás.

—Sí —jadeé.

King me embistió una vez más, sin apartar su hipnótica mirada azul. Acuné su rostro y abrí las piernas lo más que pude, queriendo saborear la sensación de su rígida y gruesa carne penetrándome, su cuerpo dentro del mío.

—Más fuerte —jadeé, sabiendo que esta podría ser nuestra única oportunidad—. Fóllame más duro.

Sonrió con esa sonrisa maliciosamente lobuna que ahora conocía como la palma de mi mano.

—Nunca te follé, Mia. —Me embistió tan profundamente que me robó el aliento—. Solo te hice el amor.

Las lágrimas llenaron mis ojos, obligándome a cerrarlos por la intensidad de la emoción y el placer mientras King embestía con más fuerza, empujándonos hacia una luz brillante llena de éxtasis. Una y otra vez, movió su gran pene adentro y afuera hasta que mi cuerpo no pudo evitar liberar esa tensión erótica en una gran explosión de éxtasis.

Clavé mis dedos sobre su tensa espalda bronceada y grité. King deslizó sus enormes manos debajo de mí y acunó mi trasero, permitiéndole introducir su pene aún más profundamente para golpear directamente ese punto especial y encenderme una vez más. Gemí para él mientras se deslizaba y gruñía, corriéndose con fuerza en mi interior.

Pasaron unos momentos antes de que siquiera recordara que estábamos tumbados a plena luz del día, el sol quemando mi rostro y nuestros cuerpos cubiertos de resbaladizo sudor sensual.

—Santa mierda, King —jadeé.

—Sí —su pecho se agitaba con esfuerzo—, soy tu rey. Nunca lo olvides, mujer.

Sonreí y alejé los largos mechones negros empapados de sudor de su rostro bellamente bronceado.

—Sí. Lo eres.

Todavía estaba dentro de mí y duro como una roca, dejó caer su cabeza en mi pecho y lentamente comenzó a moverse.

—Necesito más —dijo.

—Toma todo lo que quieras —suspiré, mirando el hermoso cielo azul, tres mil años en el pasado, sabiendo que todo el dolor y el sufrimiento me habían llevado a este momento.



Y fue… hermoso. Impresionante. Lo fue todo.

***

—Mia, tenemos que hablar. —King saltó de la bañera humeante y envolvió su delgado cuerpo musculoso en un pedazo de tela blanca.

Me quedé sentada, radiante y débil después de horas de hacer el amor de manera voraz. El hombre era insaciable. De hecho, en un momento, había empezado a preguntarme si había tomado algún tipo de antiguo suplemento herbal porque nunca había escuchado de un hombre que se viniera dos veces seguidas y luego estar listo para otra ronda treinta minutos más tarde. Pero lo hizo. De verdad lo hizo. Y después de un baño sensual en el océano —con nuestros cuerpos y labios pegados todo el tiempo— para enjuagar la arena de nuestra piel pegajosa, nos vestimos y volvimos a sus aposentos. Ordenó lo equivalente a un día de comida, vino, fruta, pan y queso, mi comida favorita de todos los tiempos, y les ordenó a los guardias que se aseguraran de que no fuéramos molestados hasta nuevo aviso.

Comimos, bebimos, compartimos historias. Me contó sobre crecer en la isla y sobre la presión de saber que algún día sería responsable de tantos. No habló mucho de sus padres o cómo murieron, pero tuve la impresión de que habían sido gente amorosa quienes habían inculcado la importancia de la lealtad y el deber a sus hijos. Cuando le conté a King sobre mi familia y algunos fragmentos de la vida que había tenido antes de que todo cambiara, me escuchó tan atentamente que supe que estaba visualizando cada detalle. Hizo preguntas sobre cómo era esa parte del mundo, cuántas personas vivían en mi "aldea", y por qué no me había casado a la edad de dieciséis.

Sí, eso fue algo lindo. Pero fue aún más lindo la expresión de su rostro cuando le dije que muchas mujeres nunca se habían casado, y que en cambio prefirieron centrarse en sus carreras. La boca abierta y los ojos azules parpadeando constantemente me dijeron que King no lo entendía.

—¿Estás diciendo que ellas rechazan la protección de un marido?



—Sí —respondí.

—¿Y… no son putas?

Como dije, era lindo. Pero lindo rápidamente se convertía en malvado y sexy en el momento en que su cuerpo estaba listo para más. Esta última ronda, sin embargo, cuando me había inclinado sobre el borde de la bañera, su mano que me llevo al orgasmo tres veces en rápida sucesión mientras golpeaba su pene contra mí, fue de lejos la mejor. Era como si nuestros cuerpos estuvieran tan sintonizados uno con el otro que cada toque, lamida y empuje estuviera perfectamente calibrado. No podía imaginarme vivir sin él ahora—no porque el sexo fuera más sorprendente que cualquier cosa en la tierra—sino porque era una prueba de que estábamos conectados de una manera que literalmente desafiaba… todo. Absolutamente todo. Que es también el por qué su deseo de hablar y el tono serio me asustaron enormemente.

—No hay nada de qué hablar. —Aparté la vista, sabiendo que era una gran mentira. Había un montón de cosas que decir, como él necesitaba abandonar, para siempre, cualquier idea de sacrificarse.

—No pretendas que la situación ha cambiado —dijo.

Miré los murales de peces y pulpos en la pared.

—¿No podemos fingir por unas horas más?

—No.

Tomé una respiración vacía.

—He matado a Hagne —dijo.

Mi cabeza giró hacia él.

—¿Qué?

Levantó su barbilla.

—La maté.

Mi lengua se atascó en mi garganta, pero no hubo palabras.

—Fui a su casa y me dijo que te había matado. Lo admitió delante de toda su familia. Lleno de ira, saqué mi espada y la ejecuté en el acto.

—Oh no. No…

—Aun cuando desafió mis órdenes de no hacerte daño y mis acciones fueron justificadas, su familia exige justicia o habrá una guerra civil —dijo.

Ahuequé las manos sobre mi boca. No podía creer esto.

Continuó:

—Callias luchará en su honor para resolver la disputa.

—Pero… pero… ¿por qué?

—Porque se lo pediré —respondió—. Entenderá que si no hay justicia, muchas más vidas se perderán.

—Entonces mátalo con la daga. —De esa forma lo traería de regreso.

—No. —La cabeza de King estaba baja—. Debe haber una decapitación. La daga no funcionará para eso.

Me puse de pie, y los ojos de King se enfocaron en mis pechos desnudos. Agarré un paño y me cubrí, sin querer sentirme así. Tan… enojada.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Miró al piso.

—Eso no ha cambiado nada. Moriré.

Enterré las uñas en mis palmas.

—Como el maldito infierno que lo harás.

—Silencio, Mia. —Levantó su palma—. Esta es la única manera. Mi gente, esas mujeres y niños, son más importantes que nosotros.



Sabía eso. Realmente lo hacía.

—Nunca te pediría que te rindas. Nunca. Eres leal a ellos, y no hay nada en el mundo más importante que eso. Te pido que consideres otras opciones. —Por el amor de Dios, lo acababa de encontrar. No podía soportar la idea de perderlo ahora. Era demasiado doloroso.

—No hay ninguna. —Apartó la vista.

—Siempre hay otras opciones, King. Podemos irnos…

—No. He revisado cada ángulo muchas veces, y esta es la única solución que mantendrá la paz. Debe haber sangre. *Mi* sangre.

¡*Maldita Hagne*! ¿Por qué parecía que esta situación estaba en un camino que no podíamos cambiar?

Entonces otro pensamiento me golpeó.

—Pero Hagne no te ha maldecido. Morirás. Realmente morirás. —Nunca lo volvería a ver.

Él asintió, claramente pensando en lo que realmente significaba.

Mierda. Mierda. Mierda. Apreté el pedazo de tela alrededor de mi cuerpo y metí los extremos en mi escote.

—¿ A dónde, por los dioses, vas, mujer?

—No puedo estar aquí ahora mismo. No puedo respirar. No puedo pensar. —*Una vida sin él. Realmente, verdaderamente sin él*. Después de hacer el amor, un atisbo de esperanza en el fondo de mi mente había empezado a encenderse, que podíamos encontrar la manera de superar todo esto y salir del otro lado como dos personas enteras y vivas. Pero no iba a suceder.

Mi cuerpo a mitad de la puerta, él habló.

—Espera.



Me detuve en seco.

—Tú. Eres. Una. Vidente —dijo.

Lo miré.

—No… no entiendo. —Pero lo que realmente quise decir fue: ¿Estás *loco*?

Dio un paso adelante, su piel y cabello aún goteando con agua del baño.

—Me maldecirás para vagar por esta tierra, Mia, por el tiempo que sea necesario. Y luego serás tú quien me libere.

Caminé hacia su cama y caí sobre mi trasero. No me senté, sino que caí.

—Esta es la solución. —King se sentó a mi lado y rozó los mechones húmedos de mi cara, colocándolos detrás de mí oreja—. Callias acabará conmigo. *Tú* me traerás de vuelta.

Miré hacia las profundidades de sus luminosos ojos azules.

—Me estás pidiendo que te sentencie a años de un dolor horrible. No puedo hacer eso. —Tantas cosas podrían salir mal. No tenía ni idea de cómo hacer una maldición. E incluso si alguien me dijera cómo, podría malinterpretar la maldición y terminaría muerto. *Muerto* muerto. O podría regresar a mi tiempo antes de liberarlo y lo dejaría sufriendo durante unos tres mil años.

—No veo otra solución, Mia.

Solté un suspiro.

—Prometo que en el futuro preferirías morir que vivir como lo haces. El dolor es… un infierno viviente.

Miró sus manos por varios momentos.

—Será mi carga soportarlo. No tuya.

—No tienes idea de lo que estás pidiendo…

—Es mi decisión y solo mía. No me privarás de mi último deseo. —Me cortó con esos ojos azules—. Quiero hacer esto, Mia. Por nosotros.

Sus palabras hicieron que mi estómago hiciera pequeños giros enfermos—alegría mezclada con una sensación de profunda culpa. Significaba que lo volvería a ver, pero él realmente, realmente no entendía lo que estaba pidiendo. Y condenar a alguien a este tipo de agonía, una tortura tan cruel y horrible que incluso en mi momento más oscuro, incluso cuando despreciaba al hombre, todavía sentía lástima por él… No podía hacerlo. No si realmente lo amaba.

—No —dije bruscamente—. Tenemos que encontrar otra manera. No sé cómo maldecirte. ¿Y cómo te traeré de vuelta? ¿Qué pasa si estás equivocado y…?

Presionó sus labios con los míos, silenciándome durante un largo momento. Mi cuerpo inmediatamente reaccionó a él: calmado, caliente, loco.

Se alejó.

—¿Alguien te ha dicho que haces demasiadas preguntas?

Asentí.

—Es un signo de inteligencia.

—Pensé que significaba lo contrario. —Sonrió.

Sonreí.

—Gracioso, King.

—Sí. Tengo mis momentos; sin embargo, hoy creo que es porque estoy enamorado.

Una vez más, resistí las lágrimas. Él había dicho una palabra que no podría haber imaginado viniendo de sus labios: amor. Pero ahí estaba, la verdad. Lo amaba y él me amaba. Cómo había sucedido, no lo sabía. Pero lo hizo. A pesar de la imposibilidad absoluta, nos habíamos encontrado el uno al otro. Por eso tenía que luchar por nosotros en lugar de luchar contra su hermano.

—Maldecirte —dije—, significa… podría significar... —No podía comenzar a comprender—. Si, por alguna razón, no puedo devolverte de inmediato y las cosas funcionan como lo hicieron originalmente, vas a hacer cosas terribles. Horribles, feas, cosas atroces. *No* eres un buen hombre, King. —King había asesinado a la línea de sangre de las Videntes, a excepción de mí. Luego estaba su papel con el Club 10, cabezas en frascos de mierda, y solo Dios sabía qué más. El hombre había estado vivo —o muerto— durante tres mil años.

Se cuadró de hombros y miró con esa mirada que conocía bien. El hombre estaba a punto de perder los estribos.

—No deseo discutir esto más, Mia. Te lo estoy diciendo…

—¿Por qué no podemos encontrar una manera de simplemente… hacer que viajes conmigo ahora?

—¿Tienes uno? —gruñó.

—Tengo el brazalete. No, no sé cómo funciona, pero podrías tratar de usarlo, y yo podría…

De repente me agarró y me besó profundamente, con cada onza de emoción que su cuerpo se atrevió a exponer.

Me fundí en él, deseando que esto nunca terminara, esperando que cambiara de opinión y huyera. Huyera conmigo. Quizás tendríamos otra semana juntos. Tal vez tendríamos veinte años. No sabía ni me importaba. Solo quería más tiempo.

—Sé que estás preocupado por mí —dijo—, sin embargo, soy el que se ofrece voluntariamente para este destino. No hay otra manera.

Hice una mueca. No entendía en quién se convertiría y las cosas terribles que haría. Sí, le dije que se convirtió en un monstruo, pero es evidente que no lo entendió.



—¿Qué pasa si —dije—, la historia se repite? Porque si lo hace, *tienes* que creerme, no quieres ese futuro. —Tragué las lágrimas.

—¿Qué es lo que hago? ¿Qué no estás diciendo? —preguntó con frialdad.

—No eres bueno conmigo. Es por eso que irnos es la única opción.

—Mia, estamos avanzando con este plan. Y todo lo que ocultas solo disminuye nuestra posibilidad de ver esto con éxito. Entonces, lo que sea que estés ocultando…

Ya le había dicho que me había lastimado, pero nunca le di los detalles explícitos.

—No puedo decírtelo. Es…

—¡Me lo dirás! —gritó.

Lo miré fijamente.

—No.

—Te colocaré sobre mi regazo y golpearé tu trasero hasta que esté negro y azul si es necesario, pero me lo dirás.

Estaba sin palabras. Total y absolutamente sin palabras de rabia.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?

—No creo en las amenazas. —Me agarró y tiró de mí hacia su cama, tirándome sobre su regazo con su mano levantada—. ¡Dime! Soy tu rey, ¡y me lo *dirás*!

—¡Cómo te atreves!

Su mano bajó fuerte con un aguijón en mi trasero.

—¡Me atrevo! Soy el rey. Y te amo lo suficiente como para no temer a nada. Tú, sin embargo…



—¡Tú me azotas y me violas! —grité.

Su cuerpo quedó inerte, como si hubiera sido golpeado con mil ladrillos, y me tiró fuera de él sobre la cama.

—No puede ser. —De repente, miró su mano con disgusto, como si estuviera asustado por su rudeza conmigo.

Desvié la mirada.

—Me escapé justo delante de ti…

—No sé qué decir —susurró.

Las lágrimas corrieron por mi rostro.

—No fuiste tú. No realmente.

Miró al piso.

—Y sin embargo, me permitiste… —susurró—, estar contigo. Sin rencor. —Estaba a punto de decir algo más, pero cerró la boca, se levantó y se volvió hacia la puerta.

—No eres el mismo hombre —dije—. Y no puedes sentirte culpable por algo que aún no ha sucedido.

—Pero no se puede negar que tengo las semillas del mal dentro de mí. Debe estar allí.

—¿A dónde vas? —pregunté.

Con el pecho agitado, tragó saliva.

—Voy… voy… voy a luchar contra Callias al amanecer.

Casi había salido por la puerta cuando me di cuenta que no faltaba mucho para que saliera el sol.



—¿King? —dije, con la voz temblorosa, el tono que le suplicaba que me dijera qué estaba pasando dentro de su cabeza.

No me miró, tal vez porque no podía.

—Debo anteponer el bienestar de mi gente primero. —Tomó aliento—. Y si lo que dices es verdad, entonces estás en lo correcto. No puedes maldecirme.

—¿Qué estás diciendo?

Sus grandes hombros se levantaron y cayeron.

—Moriré.

—No. Pensemos en esto y encontremos otra solución.

Sus hermosos ojos eran tan fríos como dos bloques de hielo.

—No hay otras opciones.

King se fue, y me rompí. Rota.

Había soportado tanto dolor, pero esto… *esta* era la pared.

—Te romperé, Mia —había dicho King en esa horrible noche. Y él había sido condenado justamente: estaba total y completamente roto.







Doce

Traducido por Flochi

Justo después del amanecer, seguí el enorme flujo de gente afuera de las paredes del palacio a un auditorio al aire libre que me recordó a una escena del *Gladiador*. La presente tenía que ser la población completa de Minoa, el color de sus pieles variando de marrón intenso a oliva claro. Algunos tenían largo cabello negro lacio y otros rizado. Los hombres, la mayoría de todos modos, usaban solamente simples sarogs hechos de lino y mantenían su cabello en trenzas o coletas, mientras que las mujeres usaban túnicas o togas hechas de tela áspera y teñida a mano. De haber estado en cualquier otra situación, habría estado hablando con todo el mundo, haciendo preguntas por el bien de la posteridad. Pero mi corazón se sentía demasiado pesado para importarle que algún día esta civilización dejaría de existir, y probablemente, estaba atestiguando el comiendo del final.

Insegura de si sería capaz de observar el horrendo evento que estaba a punto de pasar, pero incapaz de apartarme o evitar rezar por un milagro, me senté en lo alto de la última fila de bancos de piedra junto a un grupo de mujeres usando bufandas de cabeza blancas. Eran mucho más mayores que yo y entre los pocos espectadores que parecían consternados. El resto se comportaba como una turba salvaje, listo para un combate de boxeo entre campeones. No podía creerlo.

Bárbaros.

Me senté en el borde del asiento y limpié una lágrima, mi mente todavía buscando una manera de detener esto.

—Está bien, querida —dijo la mujer de cabello gris a mi lado. Sus ojos eran de un marrón oscuro y su piel bronceada por el sol.

Hice una sonrisa amable, pero no dije nada.

—Eres de la que habló Hagne, ¿cierto? —preguntó.

Le eché un vistazo y las cuatro mujeres miraban.

—No estoy segura.

—Eres Mia, la Vidente.

Me puse de pie.

—Creo que me han confundido.

—Este es el trabajo de Hagne. —La mujer agarró mi muñeca y señaló mi tatuaje. No el que King puso, sino el de Hagne—. Siéntate —ordenó—, no fuerces mi mano. —Su tacto envió estática a través de mi brazo.

No tenía la energía para pelear, así que me senté.

—¿Qué quieres?

—¿Es verdad que Hagne intentó matarte? —preguntó.

Por supuesto, intenté matarla primero, pero esa no era la pregunta.

Asentí.

—¿Es verdad que tenía los ojos puestos en Callias?

Asentí.

La mujer se giró hacia sus acompañantes y las mujeres murmuraron frenéticamente. Con el rugido de la multitud, no podía escuchar una maldita cosa.

La mujer volvió a encararme una vez más.

—Entonces el rey la mató con justa causa.

—Sí, eso creo.

Ella asintió solemnemente.

—Me avergüenza que no lidiáramos a tiempo con Hagne.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Sabíamos que ella había estado… digamos, usando sus dones de maneras no autorizadas. Ella estaba contaminada, al igual que todas las Videntes que traicionan sus juramentos.

—No te estoy entendiendo —dije.

—Aquellos de los nuestros que usan sus dones para ganar poder o riqueza están desafiando a los dioses y al orden natural. Se vuelven animales enloquecidos que deben ser sacrificados.

—¿Todas ustedes son Videntes? —pregunté.

—Somos las ancianas.

Tenía tantas preguntas sobre las Videntes y cómo funcionaban nuestros dones, pero no había tiempo.

—Entonces pueden detener esto —rogué.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Ellos todavía no lucharon. —Señalé hacia la arena.

—El desafío fue impuesto por Callias.

—Sí, porque la familia de Hagne amenazó con llevar al pueblo a una guerra civil. El rey piensa que esta es la única manera de evitar el derramamiento de sangre masivo.

—Lo siento, querida, pero es muy tarde. Las manecillas se han puesto en movimiento.

—Pero acabas de decir…

Alzó la mano.

—Nuestra gente está descontenta con que el rey acabara con la vida de Hagne, una de los nuestros, sin consultarnos primero.

—Pero estás diciendo que su muerte era inevitable.

—Sí —dijo—, sin embargo el rey ha violado un acuerdo con nuestra gente, y debe haber una pelea para enderezar las cosas, o nunca habrá paz nuevamente.

Esto era ridículo.

—Además —sonrió—, todos saben que nuestro rey es el mejor espadachín. Y Callias ha sido una espina en su costado, un celoso tonto…

—¡Y un ladrón! —intervino una de las tres mujeres.

—¡Y un mujeriego! —gritó otra—. Tiene tres hijos ilegítimos de los que sabemos. Todos estaremos mucho mejor sin él.

—Pero el rey no va a ganar —dijo, aterrada.

Las cuatro mujeres miraron fijamente, claramente sin entender.

—King dejará que Callias lo mate —aclaré.

—¿Por qué renunciaría a su derecho divino? —preguntó una de las mujeres.

—Es una larga historia —respondí—. Pero tienen que…

—Es una lástima, entonces, porque nuestro pueblo no soportará ser gobernado por Callias. Preferirían reducir a cenizas la isla y a todos en ella.

Parpadeé a medida que sus palabras colgaban en el aire. Si Callias gobernando causaría una guerra civil… y las Videntes sabían que Hagne estaba loca y… mi cabeza dolió al dar vueltas tan rápido.

Tenía que detener esto. Tenía que hacerlo. La única manera de realmente cambiar la maldición era que King viviera.



Pero Callias murió en la primera versión y eso no funcionó tampoco. King había estado casado con Hagne y luego fue desafiado al trono por Callias. King ganó la pelea pero descubrió que su esposa había estado detrás de todo y siéndole infiel. En retribución, ejecutó a toda la familia de Hagne y luego arrebató la de ella también.

Pero si King muere, no cambia nada. Tenía que detenerlo para que pudiera repensarlo. Teníamos que hacerlo. Porque claramente King no tenía idea que su hermano era odiado por el pueblo.

—Tengo que detener la lucha. —Bajé corriendo los escalones del coliseo, pero llegué a una barandilla alta que separaba la primera grada de la segunda—. ¡Mierda! ¿Dónde está? —Me di la vuelta y divisé el hueco de la escalera y bajé corriendo, chocando a un hombre fornido de cabello negro rizado, sosteniendo una lanza. Se veía idéntico al futuro chofer de King.

—¿Arno? —dije.

—Me llamo Sama. —Con su gran tamaño, fácilmente me obligó a retroceder.

—Déjame pasar; tengo que hablar con el rey.

—Solamente la familia Minos y el consejo tienen permitido pasar.

¡Maldita sea!

—Eres un Spiros, ¿verdad?

Asintió.

—Sé que se supone que protejas al rey. Está a punto de morir, lo juro, y si lo hace, todo se irá a la mierda.

Me fulminó con la mirada.

—No estoy loca. Soy una Vidente. ¡Y veo el futuro! —mentí.

—No puedo dejarte pasar.



La multitud rugió con gritos atronadores, los mismos sonidos que había escuchado cuando un equipo de futbol americano entra a su estadio local.

Me cubrí la boca.

—Oh, querido Dios, no.

Me di la vuelta y subí corriendo las escaperas al balcón con vistas a la arena. Los miembros masculinos de la multitud se habían empujado hacia adelante.

Me meneé a través de la masa de cuerpos masculinos sudorosos, olorosos y sin camisa.

—¡Muévanse! —rugí repetidamente hasta que llegué al frente.

Allí, para mi horror, estaba King. Su torso sin camisa y musculoso brillaba en el sol de la mañana. Usaba solamente un sarong azul simple. Sin casco. Sin armadura corporal. Solo una gran espada de bronce.

—¡King! —grité, agitando las manos en el aire como una demente—. ¡King! —Pero no podía escucharme, mucho menos verme, en el medio de un mar de espectadores.

Mi mente trabajó a mil por hora. Si no podía alcanzarlo, no podía decirle que no iba a salvar a su pueblo o a cualquiera y la historia iba a repetirse; los Minoicos desaparecerían si dejaba a Callias a cargo.

—¡King! —volví a gritar, justo cuando Callias ingresaba al estadio. El bastardo llevaba una pechera de cuero marrón y un casco de bronce mientras entraba con andares todo pomposo como el héroe del día, agitando sus brazos y espada. La multitud lo abucheó.

—Mierda. Mierda. Piensa, Mia. Piensa. —Si todos iban a morir, entonces tenía que hacer algo para salvar a King. Cualquier cosa.

Alcé la mirada a la fila de Videntes de cabello plateado mirando con expresiones inexpresivas.

Me abrí paso a través de la pared de sujetos vitoreando y subí los escalones de dos en dos.

—¡Tienen que ayudarme! —les grité.

Las mujeres me miraron.

—Por favor. Por favor, no lo dejen morir —rogué.

—Pero debe hacerlo, querida niña. Este es su destino.

Destino. Destino. ¿Qué quería decir eso?

Nada para una mujer que había visto las leyes del universo romperse tan fácilmente como un niño podía desarmar su juego favorito de lego.

—¡Maldíganlo! —grité—. Maldíganlo a caminar en la tierra hasta que encuentre una Vidente que lo ame. —Refiriéndome a mí. Enfrentarlo en el futuro sería mi cruz que llevar.

La mujer más cercana a mí frunció el ceño.

—¿Por qué haríamos eso?

—Porque él es *mi* destino.

—Lo que pides es imposible. Lanzar tal maldición, debe tener rabia y odio hacia la persona. No lo odiamos.

Pensé en ello por un momento.

—Yo sí. —Tenía bastante odio e ira hacia King, la versión malvada, como para que durara toda una vida. Tal vez una eternidad.

La mujer me dio una mirada extraña, luego miró a las otras tres Videntes y consiguió movimientos afirmativos de cabeza. Cuando volvió a mirarme, simplemente sonrió, se inclinó, agarró un pequeño trozo de piedra que se había quebrado de la esquina del banco y me lo tendió.

—¿Qué se supone que haga con esto? —pregunté.



—Debes usar un objeto que es de la tierra, algo que resistirá la prueba del tiempo como ancla de la maldición.

Mierda. Sentí a mi presión sanguínea caer. *Este es el Artefacto*. La historia se estaba repitiendo.

¡No importa!

—Entonces, ¿qué? —Miré sobre mi hombro mientras la multitud rugía salvajemente. King y Callias ahora luchaban, sus espadas chocando mientras bailaban alrededor del otro como boxeadores experimentados esperando al golpe perfecto.

La anciana se encogió de hombros.

—Usa tus dones para canalizar todo tu dolor, odio e ira hacia este hombre. Cual fuera la injusticia que te ha hecho, regrésasela. Entonces lanza tu castigo.

—¿Te refieres a que solo lo desee? ¿Estás segura? —pregunté.

—Los dioses decidirán el resto —dijo.

La multitud rugió y miré sobre mi hombro. King estaba en el suelo.

¡*No*! Con la piedra en la mano, me apresuré a bajar los escalones de regreso a la masa de cuerpos que ahora se había quedado en silencio. Un alfiler podía caer y ser escuchado.

Ahora en el frente y con una vista clara, observé con horror mientras Callias alzaba su espada para dar el golpe.

Pensé en el monstruo, en cómo sus engaños y mentiras me habían cambiado en alguien que despreciaba. Pensé en sus repugnantes manos sobre mi cuerpo y la manera en que rio tan cruelmente cuando grité. Pensé en mi ira por cómo no había salvado a Justin cuando había acudido a él por ayuda. Luego estaba el dolor que sentía por mis padres. Vertí cada onza de angustia y desesperación en mis palabras, obligándolas a residir dentro de King.



—¡Te maldigo! —grité, las lágrimas brotando de mi rostro sensible, deteniendo momentáneamente la victoria de Callias—. ¡Te maldigo, King, a caminar por la tierra en busca de mi perdón y amor!

Los ojos azules de King se encontraron con los míos, y en ese momento, me sentí tan vacía, sin embargo tan completamente conectada a él. Una suave sonrisa cruzó esos hermosos y sensuales labios, y el tiempo, una vez más, quedó inmóvil.

—Te veré al otro lado —susurré, sin saber si decía la verdad, pero sabiendo que este era mi deseo.

La espada bajó y aparté la mirada. No necesitaba ver lo que vendría a continuación. En cambio, alcé la mirada hacia la Vidente anciana, mis ojos rogando que me dijera si había tenido éxito.

Los ojos oscuros de la mujer se llenaron con compasión y negó con la cabeza, como diciendo que no sabía.

Solté el aire en mis pulmones y me hundí de rodillas, sollozando. La multitud aulló con horror e incredulidad. Su rey estaba muerto. Y también lo estaba yo, en lo que a mí respectaba.



Trece

Traducido por Camifl.

A diferencia del tiempo que pasé con King —el hombre que se sentía más real para mí que mi propia existencia— los dos días posteriores a su muerte fueron una extraña mancha surrealista de absoluta agonía. Vino gente al azar y dejaron flores afuera de la habitación de King. Algunos entraron y las pusieron al pie de su cama, donde me quedé agarrando esa maldita roca contra mi pecho, llorando y rezando para que apareciera ante mí, materializándose desde una sombra oscura en la esquina de la habitación.

No lo hizo.

Y cada vez que mis ojos lo buscaban en vano, la grieta en mi alma se ensanchaba aún más. No había un lugar lo suficientemente grande en la tierra para contener la cantidad de dolor que sentía.

¿Volvería?

El único pensamiento que me dio esperanzas fue saber que su ausencia no necesariamente indicaba que había fallado. Una vez, King había explicado cómo aparecer requería una enorme cantidad de energía y poder, motivo de su tatuaje del reloj de sol. Pero ese hecho no garantizaba que volvería a ver a King, por lo que traté de hacer que la pulsera funcionase canalizando toda mi energía para que me llevara de vuelta a las horas previas a su muerte.

Nada.

Tal vez necesitaba fuerza para hacerlo funcionar, pero mi corazón se sentía demasiado roto como para levantar siquiera un dedo. No pude dejar de llorar.

Sin embargo, al tercer día, el rostro sublime de King, con esas exquisitas facciones oscuras, apareció como un espejismo, atrayéndome a sentarme y salir de mi profundo agujero oscuro.

—Estás aquí —jadeé. Salté de la cama, rodeé su cálido cuerpo con mis brazos, presionando mi boca sobre la de él.

King rápidamente agarró mis hombros y me empujó lejos.

—Así que tú eres la Vidente infame: Mia —dijo la voz que sonaba pesada, masculina y melódica. Pero diferente de alguna manera.

—¿King?

Sus ojos, un familiar azul vibrante, estaban llenos de tristeza.

—Callias —corrigió.

Quería arañar su rostro y arrancarle el corazón. El hombre lucía exactamente como King, pero no lo era.

—Vete —gruñí.

—Veo que lo extrañas, también.

—¿Extrañarlo? ¿Extrañarlo? —grité—. No tienes ni idea de lo que siento.

Callias levantó sus manos.

—Sé lo que debes pensar de mí.

Lo empujé con fuerza, y probablemente porque no lo esperaba, tropezó a pesar de su gran tamaño.

—Creo que eres repugnante, malvado y un cobarde egocéntrico.

Por un momento, Callias pareció enojado, pero su furia se disipó rápidamente en diversión. Se rio en el aire.

—¿Qué *demonios* es tan gracioso? —Fruncí el ceño.



—Mi hermano dijo que eras un gato montés en la piel de una mujer, pero no le creí.

—¿King me llamó un gato?

—Draco lo dijo como un cumplido, te lo aseguro.

Escuchar a King ser llamado por su verdadero nombre me sobresaltó. Tal vez porque lo hizo sentir aún más real para mí.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté.

—Realmente no lo sé, para ser honesto.

—¿Tal vez porque tu mundo se está desmoronando y todos te odian por haber matado a su amado rey?

La rabia llenó sus ojos.

—Amaba a mi hermano. Y piensa lo que quieras, pero ejecutarlo es lo único que me pidió, lo suplicó. Entonces sí, lo hice. Por él.

—Deberías haber dicho que no.

—¿Alguna vez le has dicho que no? —Se enojó.

Sí, lo hice.

—No me escuchó. —Me senté y acuné mi cara.

—Entonces entiendes lo que digo.

Asentí.

—Y entiendes que me ha dejado solo para recoger las piezas, pero soy incapaz de detener la destrucción que viene.

Otra vez asentí y miré los ojos angustiados de Callias. ¿Por qué tenía que verse exactamente como King? ¿Por qué?

—Esto está tan jodido.



Sonrió.

—Estoy agradecido de que alguien comprenda. —Se sentó a mi lado—. Este resultado nunca fue mi deseo. Pero ahora la gente clama por mi cabeza. Mi hermano es un mártir y no hay nada que pueda hacer para ganarlos o restablecer la paz.

Maldición. No quería sentir pena por él.

Tomé aliento.

—Lo siento. Desearía poder ayudarte.

—Yo también.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Porque mañana enterraremos el cuerpo de mi hermano y mis guardias me matarán en venganza.

Mi cabeza se levantó rápidamente.

—¿Qué?

—Me doy cuenta que es difícil de creer, pero tengo amigos. Y me han advertido con la esperanza de que correré y me salvaré.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Mañana moriré y me uniré a mi hermano.

—Él no lo hubiera querido —discutí.

—Lo sé. Sin embargo, esa es la forma en que terminará, y no puedo vivir con la culpa de matarlo, por lo que es lo mejor.

Entonces, todos mueren por nada. ¡Sagrada tragedia griega del infierno!

Por otro lado…

—Bueno, tú lo mataste, Callias. Terminaste con la vida de tu hermano y *deberías* odiarte a ti mismo. Porque deberías haber sabido que la situación estaba jodida. Quiero decir, ¿no te pasó por la mente decirle que tienes muchos enemigos?

—No sabía que la gente me despreciaba tanto como lo hacen.

Todavía quería arañar su rostro. No merecía llevar algo tan hermoso.

—¿Sabes qué? No importa ahora. Solo vete. —Porque, francamente, tenía mis propios problemas con los que lidiar, es decir, si alguna vez quería ver al hombre que amaba, tenía que hacer que ese brazalete funcionara. También tenía que ordenar mentalmente lo que significaba el reciente giro de los acontecimientos para mi familia.

—Me siento peor de lo que podrías imaginar —dijo Callias.

—¿Por qué sigues aquí?

Su rostro era rojo brillante, dijo:

—Porque estaba allí cuando lo maldijiste. Vi la expresión de tus ojos y deseé pasar la última noche en la tierra con alguien que comprende mi dolor. Quería —señala amargamente—, recordar a mi hermano y compartirlo con alguien que lo amaba tanto como yo.

—Oh. —Sintiendo la desesperación y la sinceridad en sus palabras, retrocedí. ¡*Maldita sea!* No podía ganar. Incluso si quisiera culparlo por todo, no podía.

Mirando a los pies, suspiré.

—Lo siento. No debería haber dicho lo que dije. Solo estoy… enojada. Y lo extraño.

—Entonces estaba en lo correcto, lo amabas.



—Lo amo —corregí—. Ese es por qué lo maldije: para mantenerlo vivo. —Me di cuenta de cuan extraño sonaba eso, pero no había otra manera de explicarlo—. Pero ahora no sé si hice lo correcto. —¿Había condenado a todos a revivir el destino que tan desesperadamente quería cambiar? No lo sabía.

—Hiciste lo que debías —dijo—. Así como yo.

—Esto es jodidamente terrible.

—¿Esto significa que le concederás a un moribundo su último deseo?

—¿Quieres que te haga compañía? —pregunté.

—Sí.

Una locura. ¿Quién querría estar cerca de mí? Era un desastre.

—Lo prometo —dijo—, es lo que Draco hubiera querido.

Un paseo por el sentimiento de culpabilidad. Y funcionó.

—Está bien —susurré.

—Gracias. —Callias me abrazó con la fuerza de un gran niño torpe—. Draco tenía razón sobre ti. Tienes un corazón misericordioso.

Incapaz de respirar, me sacudí.

—No realmente.

Callias se apoderó de mis hombros.

—Si hubiera estado en tus zapatos, me habría matado en el acto. Confía en mí, eres bastante misericordiosa.

***

Excepto por el cuerpo alucinante y sexy-como-el-demonio igual que el de King, Callias no se parecía en nada a su hermano. A Callias le gustaba jugar y hacer tonterías con sus amigos, principalmente beber vino aguado (todos

parecían ser pesos ligeros) y ligar con mujeres. No tenía ningún interés en gobernar o asumir responsabilidades. Había oído sobre gemelos siendo opuestos, pero ahora finalmente lo veía con mis propios ojos.

Después de depositar con seguridad el Artefacto en el fondo de la cesta del tesoro de King e instruir a los guardias para que no dejaran entrar a nadie por ninguna razón, Callias y yo nos dirigimos a una playa tranquila al este del palacio, lejos de las multitudes. Todo lo que Callias quería hacer era hablar sobre Draco, como si estuviera celebrando su propio funeral privado conmigo. Era triste y conmovedor la forma en que Callias admiraba a su hermano.

—Draco fue a quien mi padre preparó para gobernar —dijo—, no a mí.

—¿Eso te hizo enojar? —pregunté, sosteniendo mi vestido azul que fluía alrededor de mis caderas mientras el viento soplaba. Callias, por otro lado, no pareció molestarse cuando su pequeña falda se levantó, poniendo su pene a la vista. Traté de no mirar, pero eran gemelos y….bueno, mi curiosidad me venció.

Sí, idéntico.

De todos modos, la actitud minoica hacia la desnudez era bastante diferente a la mía.

—No. Nunca sentí envidia de mi hermano —respondió Callias—. Todo lo contrario. A nadie le importaba cómo pasaba mi tiempo, así que disfruté los frutos de la vida: jugué con otros niños al crecer, pasé tiempo con mi madre, pesqué, bebí, cacé… Hice lo que me complaciera. Lo sentía por Draco.

Fue muy irónico. Draco fue el que cargó con el futuro de su gente, por lo que Callias llegó a ser el niño salvaje imprudente. Poco sabía alguien cómo iban a ser las cosas.

—Entonces, ¿cómo era King… quiero decir, *Draco*?

Callias encogió sus anchos hombros desnudos. Gracioso, incluso la forma en que fruncía el ceño era exactamente como King. Solo me hizo extrañarlo más.

pero me obligué a mantener la compostura. Deseaba desesperadamente estar allí para Callias y cuidarlo como lo haría con mi propio hermano.

—Draco siempre era serio, siempre duro, nunca como un niño. Mis primos y yo le temíamos. Incluso cuando éramos pequeños, recuerdo haber querido esconderme cuando veía a Draco.

Me reí.

—Puedo imaginarlo completamente como un pequeño tirano. Le queda bien.

—Creo que su actitud fue producto de la preparación de mi padre. Fue extremadamente duro con Draco, evitando cualquier signo de debilidad. Quería que mi hermano fuera un hombre justo y comprendiera la compasión, pero que no fuera controlado por ello.

—No lo lastimó, ¿verdad? —Supuse que no era inusual que la gente pegara a sus hijos en esos tiempos. Demonios, la gente todavía golpea a sus hijos. *I-diotas*.

—No necesitaba hacerlo. Una mirada del severo rostro de mi padre, y sentirías el chorrito de orina cálida en tu pierna. Entonces, él diría: "Deja la compasión para los dioses. Estamos aquí para gobernar". Para él eso significaba mantener la paz, asegurar que había un ejército bien preparado y comida para las masas.

—No parece que haya tenido una infancia divertida.

—Bueno, llegó a tener su propio ejército, tuvo la primera selección de todos los caballos y poseía unas veinte islas. —Sonrió—. Pero sí, me divertí mucho. Creo que Draco me odiaba por eso, pero a medida que crecimos, me convertí en su único verdadero amigo. Probablemente porque lo entendí mejor: cómo eran mi padre y mi madre, las presiones del consejo, el esfuerzo constante para complacer a los dioses. Siempre me buscaba por consejos, especialmente cuando el tema en cuestión se refería a cosas de carácter más delicado.



Eso era dulce, de verdad.

—Entonces —dijo Callias—, cuando mi padre murió, tuve que estar al lado de mi hermano para ayudarlo. Por supuesto, ahora me arrepiento de no haberlo intentado más. Hice lo mínimo posible.

—¿Y Hagne? ¿Cómo la conociste?

—Su familia sirve a la nuestra y lo ha hecho por generaciones. La he conocido desde que tengo memoria.

—¿La amabas? —pregunté.

—No —espetó—. Paso la mayor parte de mi tiempo al otro lado de la isla, supervisando el comercio con los visitantes. No la había visto durante años.

—¿Qué visitantes?

Señaló más allá del horizonte.

—Todos los del continente. Por supuesto, la mayoría son bárbaros. Tenemos la suerte de estar aquí, protegidos y aislados de ellos, con la excepción de los comerciantes que vienen por nuestras aceitunas, vino y metal.

—Es una lástima que no hayas podido cambiar a Hagne.

—Entiendo que intentó matarte.

—Sí —respondí—. Ella dijo estar enamorada de ti, pero odiaba a tu hermano. Ofrecí quitar a Draco de sus manos. —Era mío, de todos modos.

—¿Enamorada de mí? —Se rascó la áspera mandíbula y casi me rompió. Fue exactamente como lo hacía King—. La mujer estaba loca. Hemos hablado apenas un puñado de palabras desde que éramos niños.

Saber que Callias no había tenido ojos para Hagne me dio un poco de paz. Tal vez, en la primera versión de los hechos, Hagne usó sus "dones" para hacer que Callias pensara que la amaba y quería el trono. Porque a *este* Callias tampoco parecía importarle. Una cosa era cierta, sin embargo, parecía el tipo de hombre

que fácilmente es llevado por el mal camino. Había una inocencia infantil definida en él.

—Me alegra que esté muerta —agregó—. Es un mundo mejor sin ella.

—Desafortunadamente, su muerte nos puso a todos en esta posición. —Hice una pausa, pensando por un momento—. ¿Entonces por qué no te subes a un bote y te vas?

—Soy muchas cosas, menos un cobarde. Esta es mi casa. Quiero morir aquí.

Negué con la cabeza.

—Pero hay un gran mundo allá afuera. Puedes encontrar otro hogar.

Claro, no tenía ni idea de cómo lucía el resto del mundo: los egipcios, sabía que estaban bien establecidos, y sabía que Europa todavía no era Europa. Más como una colección de tribus bárbaras. Luego estaban los mayas y…

Demonios. Nuevamente me encontré deseando haber prestado más atención en clases de historia mundial, especialmente a la Edad de Bronce. Que, claramente, estábamos en ella, dado que los hombres llevaban espadas de bronce. No se puede encontrar ni una lamida de acero o plata.

—No dejaré a mi hermano —dijo Callias—. Tengo la certeza de que me espera en el otro lado. —Callias había dejado de caminar y decidió sentarse en un gran tronco limpio.

Me senté junto a él, pensando en los dos hermanos corriendo fuera de control en este "otro lado", sea lo que fuere.

—Bueno —dije—, si lo encuentras ¿le puedes decir que lo extraño? Y que necesito verlo de nuevo para romper su maldición.

—¿Realmente crees que lo puedes traer de regreso?

Negué con la cabeza.

—Honestamente no sé qué pasará.

—Así es la vida. —Pasaron varios momentos largos y silenciosos—. Necesito una bebida. ¿Podrías unirte?

Miré esos grandes ojos azules e imaginé por un momento que eran de King. Sabía que no lo eran, pero de todos modos me dieron consuelo.

—¿No prefieres ir a buscar mujeres con tus amigos y vivir la vida? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No. Prefiero mirar la puesta de sol sobre mi océano favorito mientras bebo mi vino favorito.

Asentí.

—Solo por favor no me des ninguna de esas cosas diluidas. Es asqueroso.

Se rio.

—No me digas que bebes tu vino en su máxima intensidad. ¿Qué diría mi hermano?

—¿Qué pasa con eso? —Me reí también.

—Solo los bárbaros beben espíritus tan potentes.

—¿Potente? —Me reí entre dientes—. De donde vengo, el vino intenso se considera una bebida frou-frou.

—¿Qué significa "frou-frou"?

—¿Estás diciendo que el tatuaje de Hagne no pudo traducir eso?

Negó con la cabeza.

—Significa que no es muy varonil —dije solo para meterme con él.

Su boca se abrió.

—¿Estás diciendo que no soy varonil porque bebo mi vino con agua?

Estallé en carcajadas.

—¿Qué? —Infló su pecho.

—Eres varonil. Un gran idiota, como tu hermano.

—¿Te atreves a insultarme? Puede que no sea el rey, pero sigo siendo letal, muy bueno con una espada y mis puños, debo agregar.

Eso fue extraño, pero en ese momento, realmente me recordó a alguien…

—¡Mack!

Callias pareció querer poner en blanco los ojos.

—¿Presumo que es otro de tus insultos?

—No, no, Mack es… —¿Cómo puedo explicar esto?—. Mack es el amigo más leal y confiable de tu hermano. Es como un hermano. Me recuerdas a él, eso es todo. —Y ahora tenía sentido por qué King lo mantenía a su alrededor: Mack le debía recordar a Callias.

—Estaba asustado de preguntar, pero ahora debo —dijo Callias.

—¿Sí? —dije.

—¿Es cierto que vienes desde otro tiempo, uno lejano en el futuro?

—Entonces te lo dijo.

—Sí —respondió—. Pensé que estaba loco al principio, pero vi en sus ojos que decía la verdad… o creía que decía la verdad.

—¿Qué más te dijo?

Callias se frotó la mandíbula sin afeitar.

—Que movería cielo y tierra para estar contigo.



De repente sentí que mi desesperación burbujeaba en la superficie. Iba a perder la compostura.

Callias lo notó. Se levantó rápidamente y me tendió la mano.

—Vamos a buscar vino y celebrar mis últimas horas en este cuerpo.

—¿Realmente no tienes miedo a morir? —dije en voz baja.

—Por supuesto que no. ¿Qué hay que temer?

—Todo. —Como estar maldecido a caminar por la tierra para siempre o quedarse muerto y no regresar en absoluto. *Cristo, King ¿Dónde estás? Te necesito*.

Catorce

Traducido por Marlene

—¿Estás seguro que las cosas en la recámara de Draco están a salvo? —pregunté, cada vez más nerviosa por dejar el Artefacto durante tanto tiempo.

Callias había comprado unas pocas "botellas" (jarras de cerámica, en realidad) de vino y ordenó a los sirvientes que prendieran una fogata en la playa privada debajo del castillo donde ahora nos sentábamos.

—Los guardias pueden querer tomar mi cabeza secretamente —dijo—, pero no se atreven a manchar las pertenencias de mi hermano.

—Bien, porque até la maldición de tu hermano a una roca y la escondí en su habitación.

Él sacudió la cabeza en estado de shock.

—Sin eso —dije—, la maldición no puede deshacerse. Y si me preguntas porqué, no podría explicarlo. Solo sé que es lo más valioso que poseo.

—¿Deseas que lo recupere? —preguntó.

Teniendo en cuenta que Callias tenía la intención de ser aplastado esta noche, no era una buena idea. Además, había una sorprendente falta de almacenamiento portátil personal en esta época, es decir, sin bolsillos. Era muy fácil perderlo.

—No. Siempre y cuando estés absolutamente seguro que nadie lo tocará.
—Maldición. Lo que no daría por una cangurera en este momento.

—Te lo aseguro. —Sonrió, y casi me desmayé. No pude evitar mirar a Callias y fantasear que era King con esas facciones oscuras, piel aceitunada y ojos claros.

Su feliz expresión se derritió. Se dio cuenta que yo lo miraba fijo a la cara, anhelando a su hermano.

—Si tan solo tuviera tanta suerte —dijo.

Fruncí el ceño con una sonrisa, sintiéndome incómoda. Creo que lo notó porque rápidamente me ofreció confort:

—Pero, por supuesto, solo veo a las mujeres como objeto de placer, nada más. Siento que esto no te siente bien.

Me reí.

—No.

—Entonces seamos amigos. Incluso si es solo por una noche.

Mi sonrisa desapareció. Fue difícil pensar que una réplica exacta del hombre que me encantaba sería asesinada mañana.

Pero esa no es tu decisión, ¿verdad?

No, no lo es.

Callias se aclaró la garganta.

—Perdóname. No quise estropearte la noche

—No la arruinaste. —Lo miré a los ojos—. Perdí a mi hermano recientemente, y ahora a Draco y… solo desearía que fuera diferente. Incluso para ti.

Él sacudió la cabeza y ofreció una pequeña sonrisa triste, pero no dijo nada.

Cambiando de tema y no queriendo ser una decepción, le pregunté a Callias más sobre su hermano, sobre él, sus padres y su gente. Bebimos vino, sí, todo, *Dios mío*, y miramos las estrellas. Hubo varios momentos en los que tuve que admitir que el vino me nublaba la cabeza y mi cuerpo anhelaba estirar la mano y besar a Callias, abrazarlo y olerlo. No porque lo quisiera sino porque deseaba tanto a King que dolía. Sería fácil mentirme a mí misma por unos momentos y fingir. Especialmente porque no tenía idea de cuánto tiempo le llevaría a King construir la fuerza para aparecer. Si es que aparecía.

En cambio, me conformé con acostarme en la playa, contemplando el cielo oscuro lleno de millones de estrellas centellantes, imaginando a King aquí con nosotros, mirando y riendo con nosotros. Lo imaginé agradecido de haberme quedado al lado de Callias durante su última noche en la tierra.

Después de un rato, el fuego se apagó, y Callias y yo estábamos demasiado borrachos para movernos. Cerré los ojos y suspiré, agradecida por la oportunidad de conocer a esta persona que era parte de la vida de King.

Callias extendió la mano y me agarró.

—Si alguna vez tengo la oportunidad de amar en mi próxima vida, espero que sea una mujer como tú, Mía.

No supe que decir aparte de:

—Gracias. Espero que tengas la oportunidad. —*Pero con alguien más extrovertido*, pensé. Era un hombre que necesitaba a una mujer vibrante y amante de la diversión sin ningún tipo de equipaje.

Cerré los ojos y me dejé llevar, pensando en King, en mi futuro, y en que Callias encontrara su propia paz.

—¡Corta la garganta de la perra! —Fueron las palabras que me sacudieron de un sueño inducido por el alcohol en el medio de la noche.

—¡No! —Oí gritar a Callias—. ¡Tientan a la furia de los dioses si la tocan! Ella es una Vidente.

Quienquiera que me agarraba por el cuello me dejó caer en la arena como un saco de mierda infestado de cucarachas.

—Me quieres a mí, no a ella —gruñó Callias, los hombres lo empujaron boca abajo en la arena.

—¡No lo hagan! —grité poniéndome de rodillas—. ¡Él es el rey!

El hombre que lo tenía agarrado por el cuello sonrió orgullosamente.

—¿Por qué crees que estamos aquí?

Callias no luchó, sino que les pidió que tomaran su cabeza rápidamente.

Arrodillándome del otro lado del fuego, me quedé mirando horrorizada. ¿A cuántas personas tenía que ver morir?

—Por favor —supliqué, mi cabeza todavía estaba saturada de vino—. No lo mates. ¡Draco no hubiera querido que hicieran esto!

El hombre que me había estado sosteniendo se agachó y me dio una bofetada. Sentí el dolor agudo en la nariz y la sangre caliente que goteaba de mi nariz.

—Eres un pedazo de mierda. —Miré hacia arriba y sentí que la respiración abandonaba mis pulmones—. ¿Sama?

Malditos Spiros. Las personas que habían jurado proteger al rey.

Miré a Sama y sentí que la tierra se movía debajo de mí, recordando lo que la anciana Vidente me había dicho. Todo lo que tenía que hacer era usar mi enojo y desearlo. Nada más.

Necesito un ancla.

Me incliné y agarré un puñado de arena.

—Si no respetas tu juramento al rey, entonces yo lo haré.

El rostro de Sama, iluminado por el fuego menguante, se volvió fantasmal.



—¡No! No puedes hacer esto.

—Oh, pero puedo —jadeé. Y se sintió tan, tan bien—. Ustedes, sus hijos, y cada ser humano que tenga una gota de sangre Spiro servirá al rey hasta que encuentre la paz. Lo protegerás con tu propia carne y pondrás su vida y felicidad por encima de la tuya. —El poder interior se sintió intenso, como un calor embravecido recorriendo mis venas.

—¡Mia, no! ¡Quiero morir! —rugió Callias mientras lo sujetaban dos hombres extremadamente confundidos, uno con un cuchillo en su garganta.

—¡Cállate, Callias! —ladré.

Los hombres se quedaron quietos, y esperé por un momento, preguntándome si realmente había funcionado. Entonces Sama miró a los hombres.

—Déjalo levantarse.

Callias se puso de pie de un brinco.

—¿Qué has hecho, mujer?

—Te salvé la vida. Y ahora Sama, aquí, y sus hombres te pondrán en un bote y te llevarán lejos, lejos de esta isla. Verás el mundo, vivirás y morirás cuando la naturaleza o los dioses o lo que sea, esté jodidamente bien y listo para llevarte.

—Este es mi hogar, mi gente —discutió.

—Ya no. —Miré a Sama—. Recojan todo lo que necesiten y luego lárguense de aquí antes del amanecer.

Sama bajó la cabeza.

—¡No puedes alejarme de aquí! —rugió Callias—. Debo enterrar a mi hermano.

—Donde esté tu hermano, no le importará que te pierdas el funeral. —Y esperaba que algún día Callias me lo agradeciera.

Vi a los seis hombres arrastrar a Callias por la playa, hacia el palacio.

—¡Y encuentra una buena mujer de la que enamorarte! ¡No más prostitutas!

Se desvanecieron en la oscuridad, y por una fracción de segundo, me sentí bien. En paz. Yo había cambiado, esperaba, al menos el destino de una persona. Entonces comencé a preguntarme si algo había cambiado en mi vida anterior, especialmente esa versión malvada de King.

No es probable.

Si tan solo pudiera entender qué había desencadenado el cambio en King, para empezar.

Todo quedó en silencio durante varios minutos relajantes. Sin olas rompientes. Ni un pequeño crujido de brasas del fuego moribundo. Sin viento. Todo simplemente… Se volvió negro y frío.

Contuve la respiración, preguntándome qué había pasado.

De repente, oí el sonido de pasos pesados, como un hombre corriendo.

—¿Quién está ahí? —grité.

Un ruido metálico de llaves seguido por un sonido raspante rebotó a mi alrededor.

De repente, una puerta se abrió y entró luz. Una sombra alta y oscura con anchos hombros estaba en la entrada.

Entrecerré los ojos y sostuve mi mano para bloquear la luz. Apenas podía ver.



—¿Qué diablos estás haciendo aquí abajo? —dijo esa voz profunda, desaprobadora y masculina que aceleró mi pulso y encendió cada terminación nerviosa.

—¿King?

—Sí. Lo soy. Tú rey. —Una ráfaga de luz roja inundó mi visión, irradiando directamente de su cuerpo.

Oh, mierda. Este no era *mi* King. Este no era el buen King.



Quince

Traducido por Yoshioka13 & Heglys

Pateando y gritando, King me alejó de la oscura habitación y me arrastró por un tramo de irregulares escaleras de piedra hacia un pasillo oscuro y cavernoso. Me arrojó al duro y frío suelo de piedra.

—¿Qué. Eres. Tú? —siseé.

Temiendo por mi vida, lentamente alcé la vista y contemplé la forma poderosamente amenazadora que estaba sobre mí. Él usaba sandalias negras con un aspecto extraño y correas de cuero entrelazadas en sus pantorrillas increíblemente musculosas y una gruesa tela gris claro alrededor de su cintura, el exceso arrojado sobre uno de sus hombros. Sus musculosos pecho y bíceps estaban forjados con la fuerza de un feroz gladiador.

—Habla, perra. O te arrancaré el corazón. —Sus ojos oscuros se llenaron de una rabia mortal y los ángulos afilados de su rostro masculino sin afeitar brillaron con una vibra de otro mundo.

Mierda. Necesito salir de aquí. Pero, ¿dónde estamos? Ventanas pequeñas, en lo alto, donde las paredes se encontraban con los techos redondeados, eran la única fuente de luz aparte de la pequeña llama en un hoyo hacia el centro de la habitación.

Me resistí a permitir que mi boca se moviera.

—No sé a qué te refieres. Soy yo. Mia.

Agachó la cabeza y miró con oscuros, *¡Mierda! Muy, muy oscuros*, ojos. No azules o grisáceos, sino negros.

—Tú… —gruñó—, tienes un deseo de muerte, bruja.

¿Bruja?

—No… no soy una bruja.

—Tú… —Me señaló—… me maldijiste.

Retrocedí varios centímetros y comencé a buscar una salida. *Justo detrás de él. Mierda.*

Alcé mis manos.

—King, por favor, cálmate

Caminó hacia mí, la luz roja del interior prácticamente estaba ahogando su forma.

—Tú, bruja vil, ¿me estás diciendo que me calme? ¿Tienes alguna idea del infierno que tengo que soportar a causa de tu malvada magia? —Su cabeza se sacudió y su descuidado y grueso cabello negro cayó frente a sus ojos. Lucía como una bestia salvaje. No un hombre.

—No —susurré—. Yo no…

Saltó hacia adelante y me golpeó contra el frío y duro piso.

—Te voy a matar. —Apretó su gran mano alrededor de mi cuello.

Arañé su cara, peleando por mi vida. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos con odio puro lloviendo. *Muere*, decían. *Muere*…

—Por favor —chillé, mi visión oscureciéndose—. Te amo…

Se detuvo por una fracción de segundo, quizás aturdido de que dijera algo como eso mientras él me asfixiaba hasta la muerte. Pero lo que sea, quienquiera que sea, pelea y sufrimiento era lo que él quería.

Aproveché el momento.

—Haría cualquier cosa para salvarte.



Echó hacia atrás la mano. El horros se desplazó por su rostro.

—Eres real. ¿Realmente estás aquí?

No lo sé. No lo sé… De todas formas, asentí lentamente y traté de mantener sus manos lejos en caso que decidiera que el estrangulamiento seguía siendo una buena idea.

—Soy yo. Soy real. —Las lágrimas llenaron mis ojos.

Su amplio pecho se hinchó con varias respiraciones rápidas.

—Creí que eras otro fantasma que vino a atormentarme. —Se detuvo y retrocedió.

Tratando de no alarmarlo, alcé lentamente mis codos.

—No soy un sueño. Y para mí, solo han sido unos cuantos días desde que moriste. Mira mi ropa. —Era el mismo vestido que él me había dado—. ¿Y soñarías con esto? —Señalé mi nariz. Supe que estaba cubierta con sangre fresca de cuando Sama me golpeó.

Apretó sus puños.

—¿Quién te lastimó?

—No importa. Ellos pagaron. Se acabó.

Soltó una larga respiración y pasó sus temblorosas manos por su cabello.

Querido Dios, el hombre gritó:

—¡Loco!

—¿Puedes decirme dónde estoy? —pregunté.

Negó con la cabeza a sus pies.

—Demasiado. Ha pasado demasiado tiempo. Creí que te había soñado. Creí que nunca sucediste. Ella no existe. Ella no es real. —Se rascó la cabeza con

tanta fuerza que creí que se sacaría sangre—. Ella me dijo que me amaba. ¿Por qué hizo esto? —murmuró, agitando sus dedos sobre su pecho—. ¿Por qué me lastimaría así? Maldeciría. Una bruja. Una bruja… ella es una bruja.

—King —dije en voz baja—. No soy una bruja. Soy Mia. Te amo. Te maldije porque era la única forma de verte de nuevo.

Levantó su cabeza.

—¿No estoy loco?

—No, no lo estás. Solo estás… —*Perdido. Y un fantasma de nuevo*, supuse. Ahora él tenía el infame tatuaje del reloj de arena en su brazo izquierdo. Y el tatuaje en su clavícula, aquel que lucía como un elaborado collar egipcio en forma de un semicírculo, estaba parcialmente relleno.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que tú… —Tragué saliva—, moriste?

—Mil años. Mil años de infierno, esperando por ti. —Corrió hacia mí y se tiró al suelo, agarrándome de la nuca para poner mis labios sobre los suyos. Su legua se hundió en mi boca con desesperación, como un hombre muriendo de sed y huyendo de la muerte.

Su calidez y dureza, su dulce olor y escalofriante frialdad, su ardiente locura pecaminosa, explotaron en ese único beso. No sabía dónde estaba o porqué, pero Dios santo, lo necesitaba tanto como el parecía necesitarme. Cuando él había muerto, lo había extrañado tanto que cada célula de mi cuerpo gritaba. Así que tal vez, solo tal vez, es por eso que no me importó si el hombre delante de mí estaba hecho pedazos, oscuro y completamente loco. En ese momento, las heridas de su muerte eran tan crudas y frescas que tomaría cualquier cosa que pueda.

Me levantó el vestido y se despojó de su ropa. Su pene era grande, duro y venoso con esa pulsante tensión que había anhelado desde el segundo en que me dejó en la bañera. Solo un momento de reconocimiento parpadeó entre nosotros cuando nos miramos uno al otro. Luego bajó sus caderas y empujó bruscamente



Cerré mis ojos y grité. No importaba si dolía; él estaba ahí. Dentro de mí. Se sentía real, y eso era todo lo que podía pedir. La espera por mi droga había terminado.

Se movió con fuerza y rápido, frotando su rostro cálido con barba incipiente en mi nuca mientras gemía y follaba lejos su angustia como una bestia enojada. Agarré un puñado de su cabello oscuro y lo atraje hacia mí. Nunca sería capaz de venirme así, pero no me importaba. Solo quería que su sufrimiento terminara. Solo lo quería cerca. Eso sería suficiente.

—Mia, Mia, Mia… —repitió en voz baja una y otra vez.

Me obligué a no luchar contra el voraz ritmo de su golpe animal, esperando por Dios que cualquier cosa que pudiera dar le trajera una pisca de cordura.

Uno de sus brazos se extendió debajo de mi cuerpo y levantó mis caderas. Él empujó su grueso miembro en un profundo y brutal golpe que me robó el aliento, luego se corrió con fuerza, estremeciéndose contra mí.

Su pecho se agitaba con cada respiración rápida mientras yacía sobre mí y mi mente dio vueltas con conflicto. Incluso en su estado roto, estaba eufórica de sentir a este hombre en mis brazos de nuevo, enredado contra mi cuerpo.

Lentamente acaricié la parte de atrás de su cabeza.

—Te extrañé. Realmente te extrañé.

Levantó la cabeza, me miró a los ojos y se retiró. Antes de darme cuenta, se levantó sobre mí y dijo:

—Levántate.

Parpadeé, me senté y enderecé nerviosa como el infierno que se fuera contra mí. Este no era el King frío, calmado y sereno que conocí del pasado o el futuro.

No. No me importaba una mierda. Lo había extrañado tanto que casi llegó a matarme.

—Debes irte inmediatamente. No puedes quedarte aquí —dijo él.

—¿Cuál es el problema? —No es como si supiera dónde era "aquí", o si "aquí" era seguro, pero no me importaba. No lo dejaría. Por nada.

—Es demasiado peligroso para que te quedes.

Me puse de pie.

—¿Dónde estamos?

—Atenas.

—¿Estás en la guerra? —*Maldita sea, maldición, maldición. ¿Por qué no le presté atención a la historia mundial?*

—No. Sin embargo… —Su voz se desvaneció—. No puedes quedarte. No soy… no estás a salvo.

Tenía miedo de poder lastimarme. Tenía que ser eso.

—*No* me iré.

Comenzó a murmurar para sí mismo como si se escabullera dentro de su cabeza otra vez.

—¿King?

Me miró con furia, ojos oscuros y mi corazón se sacudió dentro de mi pecho.

—¿Qué te pasó? —susurré.

En ese momento, entraron dos hombres: uno rubio y el otro con cabello rojo, ambos utilizando capas de lana gris bordadas en el contorno y túnicas con cinturón. Tenían a un hombre inconsciente que había sido golpeado.

Me quedé quieta.

King los miró inexpresivo.



—Llévenlo abajo en la habitación.

—¿*La habitación*?

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Los ojos de King me advirtieron que no hablara. Él ordenó a los dos hombres que me llevaran lejos, que se aseguraran que era un lugar seguro y donde él nunca pudiera encontrarme.

Los hombres tenían una frialdad en sus ojos, como si fueran del tipo con los que una mujer nunca debería estar sola.

—No me iré con ellos —dije—. *No* te voy a dejar.

King estuvo sobre mí en menos de lo que pude parpadear, sus manos temblorosas me agarraron fuertemente los hombros y su cara se llenó de ira.

—Harás lo que te digan, mujer.

—¿O qué? —gruñí

—O morirás. —Me soltó con un fuerte empujón y me tropecé—. Llévensela. Ahora.

Los dos hombres se apuraron y apretaron mis brazos con tanta fuerza, que sentí sus sucias uñas clavándose en mi piel.

Me retorcí.

—Iré. Solo no me toquen.

El rubio no habló, pero tuve la clara impresión que estaba a punto de abofetearme. Lo fulminé con la mirada retándolo a hacerlo.

Miró hacia otro lado.

Buena elección.

Mientras nos dirigíamos hacia la gran puerta arqueada que conducía hacia afuera, escuché a King repetirse a sí mismo:

—Un lugar donde yo no pueda encontrarla. Nunca.

¿Había olvidado su tatuaje de "K"? Podía encontrarme donde sea.

El hombre está loco.

***

Parcialmente en shock, fui en silencio con los dos hombres, esperando que tal vez ellos podrían explicarme qué demonios pasó ahí. Para ser claros, sin embargo, no tenía intenciones de irme para siempre. No iba a perder a King otra vez.

Pasamos a varios hombres con capas y mujeres vistiendo un blanco inmaculado, con trenzas elaboradamente peinadas, y bajamos por la calle adoquinada con templos perfectamente cuadrados y encalados. El sol se estaba poniendo, llenando el cielo con distintos rojos siniestros, y cuando miré sobre mi hombro, hacia la enorme estructura que habíamos dejado, el hogar de King, supuse, devolvía la mirada con puertas oscuras y vacías que me recordaron sus ojos. Los enormes pilares blancos que rodeaban el castillo parecían gigantescos dientes malvados que querían masticarme y escupirme.

—¿Quién es él? —pregunté en voz alta.

El hombre rubio me miró, pero guardó silencio.

—¿No sabes quién es? —dijo el hombre de cabello rojo.

—No —respondí. Por supuesto, eso no era enteramente cierto.

—Es el hombre más poderoso en toda Grecia, nombrado por los mismos Dioses.

De acuerdo. King es un representante de los dioses. O al menos, eso es lo que ellos creían. Honestamente, dado lo que sabía sobre él, sería una suposición fácil de creer para la gente. Él no era, después de todo, exactamente humano.

—¿Por qué te está enviando lejos? —preguntó el pelirrojo.

—No lo sé. —Tampoco era completamente cierto. King estaba loco, y él lo sabía. Me quería lo más lejos posible.

—¿No te dijo? —dijo el rubio.

Negué con la cabeza.

—Tal vez ella es una ladrona y le gusta —dijo el otro tipo—. Ella es muy linda.

—No soy una ladrona. Pero si lo fuera, ¿qué importa? —pregunté.

—Él no te enviaría lejos, te haría ejecutar.

—¿Por robar? —pregunté.

—Realmente no has oído sobre Draco, ¿verdad? No es bueno —dijo el rubio.

—No está destinado a serlo —argumentó el otro—. Está destinado a servir a la justicia.

—¿Es un verdugo? —le pregunté.

—Él es la ley.

Jesús. King era una especie de antiguo proveedor de justicia en la Antigua Grecia. *Demonios*. Realmente podía imaginarlo disfrutando eso. Apelaría a su masculinidad dominante a lo grande. Dicho esto, necesitaba ayudarlo, no ir "muy, muy lejos". Necesitaba romper el…

Mierda. Fue cuando me di cuenta que había viajado sin el Artefacto. *No, no, no*. Dejé escapar un pesado suspiro. *No entres en pánico Mia. Piensa.*

Perfecto. Tal vez podría encontrar una manera de volver y recuperarlo. Pero, ¿cómo? En primer lugar, no tenía idea de cómo había logrado salir de Minoa.

Recordé el momento en el que había terminado en aquella oscura habitación. Había estado sentada junto al fuego moribundo en la playa pensando en King y preguntándome qué había sucedido para volverlo tan violento aquella noche en la isla.

Tal vez esa era la verdadera razón por la cual yo estaba aquí; esta era otra oportunidad para cambiar las cosas. *Necesito volver y hablar con King*.

—Esperen —le dije a los dos hombres—. Tengo que…

El hombre rubio sacó una daga y me empujó hacia adelante.

—Sigue caminando.

Dejé de caminar para verificar si de verdad tenía intenciones de utilizar la daga o solo quería intimidarme.

—No iré a ningún sitio.

El rubio asintió con la cabeza hacia el otro hombre, quien me levantó y me lanzó sobre su hombro. Peleé y a la gente no parecía importarle ni un poco cuando grité y le arañé la espalda.

Nos adentramos en una plaza atestada de personas, donde me pusieron frente a un alto hombre con cabellos canosos que estaba rodeado por una multitud de matones asquerosos. Inmediatamente después de verme, aquel hombre detuvo lo que estaba haciendo.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

—Quiero que mis deudas sean saldadas —dijo orgullosamente el hombre rubio.

El hombre de cabellos canosos sonrió y mostró una sonrisa llena de dientes podridos.

—Encadénenla por allá.

—Idiota. ¿Me estás vendiendo? —No podía creer que estuviera pasando por esto de nuevo. Solo que esta vez estaba siendo apartada de King.

—Disculpa —dijo el hombre rubio—. Si nuestro amo no te quiere, entonces no puedo dejar pasar una oportunidad como esta. —Volteó a ver al hombre—. Asegúrate de que sea vendida en otra parte. —El hombre asintió, entendiendo claramente que yo era un bien robado.

—Se suponía que me llevarías a un lugar lejos de aquí, un lugar seguro —protesté.

—Confía en mí —dijo el rubio—. Te llevarán lejos. En cuanto a "seguro", dependerá de ti y de que mantengas tu boca cerrada. —Con el cuchillo en mano, me empujó hacia una carreta ocupada por otras cinco mujeres y encadenó mi muñeca a una gruesa cadena que estaba a un lado. Casi no tenía espacio para sentarme. Sin embargo, desde esa altura pude ver claramente dónde estaba; en el medio de un océano de esclavos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Algunos encerrados en jaulas y algunos encadenados unos a otros en largas filas. Era un punto en la historia en la que la humanidad carecía de la completa definición de la palabra.

Después del anochecer, la caravana de caballos y carretas salió de la ciudad. No podía ver mucho en la oscura vía, pero se sentía como estar en el set de la película *Spartacus*. Todo hombre que podía ver estaba sucio, maloliente y armado, incluyendo el batallón de soldados, algunos iban a caballo, pero la mayoría se desplazaba a pie, que acompañaba específicamente a este envío mientras nos dirigíamos tierra adentro. Con cada hora que pasaba, el aire se tornaba más frío y supe que necesitaba salir de allí antes de convertirme en la propiedad de alguien.



Qué maldita pesadilla. *Apuesto que Justin, mejor conocido como el aficionado de la historia, amaría estar aquí*.

Mi mente chocó con una pared de ladrillo. *Justin*. Con todo lo que había pasado, me había olvidado momentáneamente de él y de mis padres. Y ahora me daba cuenta que no había hecho nada para cambiar la desolación de sus futuros. Nada. Todas las piezas principales se mantenían intactas: Los súbditos de King terminarían en guerra debido a Hagne, King siendo maldecido, el Artefacto…

Quería gritar. Sentía que no importaba lo que ninguno de nosotros hiciera, el destino estaba determinado a desarrollarse de cierta manera.

No importa. Aún tengo que tratar. No me daría por vencida hasta mi último aliento. Ni con mi familia, ni con King. Tan pronto como la caravana se detuviera, me liberaría y volvería a él. Necesitaba asegurarme de que supiera sobre el Artefacto, que supiera que había una manera de romper su maldición.

Sentí que al menos seis horas habían pasado cuando la caravana se detuvo para dejar descansar a los hombres. Construyeron pequeñas fogatas y sacaron lo que asumí era vino. No nos ofrecieron a nosotros los "esclavos" agua o comida y no hace falta decir que no había ningún baño. Eso significaba que cuando tenías que ir, debías ir a un lado de la carreta si podías lograrlo. Estas condiciones eran horribles y despreciables, más allá de lo imaginable.

Había tenido suficiente.

—¡Hey! —grité a un grupo de seis soldados reunidos alrededor de la fogata más cercana—. ¿Ustedes idiotas van a sentarse ahí, de verdad? Denles a estas personas algo de agua. Dejen que estiremos nuestras piernas.

Ni siquiera se molestaron en voltear a ver en mi dirección.

—Holaaaa. Les hablo a ustedes. —Continuaron comiendo y bebiendo.

—Son todos una pandilla de cerdos desagradables e inmorales. Solo quería que supieran eso. Sinceramente, he visto montones de mierda de caballos

que tienen cualidades más atractivas que ustedes. Sin embargo, tengo que admitir que huelen igual de encantador. ¿Han escuchado alguna vez de un baño?

Escuché a las demás mujeres en la carreta riendo entre dientes.

Uno de los hombres, alto y delgado con cabello castaño y larga barba, se levantó lentamente y se acercó a mí. Esperaba que me dijera que cerrara la boca pero eso no fue lo que sucedió. Simplemente se mantuvo de pie delante de mí y me miró con una expresión fría y calculadora.

—Necesito estirar mis piernas —dije.

—Hablas de manera inusual para ser una esclava.

Me di cuenta que el tatuaje de Hagne había traducido mis palabras todo este tiempo. Estas personas hablaban griego antiguo.

Levanté mis cejas.

—Oye, necesito estirarme, desencadéname.

Sacudió su cabeza negando.

—No soy un idiota. Sé que escaparás y no puedo tomar ese riesgo. Vales demasiado dinero.

—¿Para quién?

Su mirada lujuriosa me escaneó completamente.

—Cualquiera con un pene. —Entonces se tocó sus partes acomodándose.

Asustada de que pudiera comenzar a tener ideas, dije bruscamente:

—No creo que Draco aprecie el que sea tomada en contra de mi voluntad para convertirme en tu mujerzuela.

—¿Draco? ¿El legislador?

Asentí.

—Soy su… —No sabía qué era, así que tuve que ser creativa—. Soy su amiga.

El hombre cruzó sus brazos frente a su pecho.

—Entonces, ¿cómo es que terminaste aquí?

—Dos de sus hombres me raptaron y me vendieron en ese mercado para pagar sus deudas. Confía en mí, Draco no tiene ni idea.

Me miró atentamente.

—Creo que estás mintiendo.

—¿Por qué mentiría si puedes llevarme a él y descubrir la verdad?

—Muy bien. Si estás diciendo la verdad… —Llamó a otro de los hombres, que se acercó corriendo—. Quítala de la carreta.

—¿Me dejarás ir? —pregunté mientras el segundo hombre retiraba las cadenas.

—No. Vamos a matarte.

¿Qué demonios?

—No entiendo.

—Draco fue nombrado por los dioses, pero también tiene una maldición; si te ha tocado nadie permitirá que sirvas en sus casas, ni mucho menos querrán acostarse contigo. Eres inútil ahora.

En otras palabras, era las sobras contaminadas de King.

El segundo hombre tiró de mi brazo para alejarme de la carreta. Con mis piernas medio dormidas, terminé cayendo con un golpe seco en la tierra.

Mientras se agachaba para recogerme, lo pateé en el estómago y tropezó hacia atrás. El primer hombre me arrastró por los brazos hacia el fuego. Yo tenía la mitad de su tamaño, así que pelear era casi tan útil como cantar.



Sentí el frío filo de su cuchillo contra mi cuello e instintivamente grité:

—¡Espera! Compraré mi propia libertad.

Se rieron.

—¿Con qué?

—Con mi brazalete. El que estoy utilizando justo ahora. —Alcé mi brazo derecho mientras pensaba en una manera de escapar. ¿Tal vez otra maldición? ¿Lo tengo en mí?

—Metal barato. —El líder asintió hacia el hombre que me sostenía—. Mátenla.

—El castigo por asesinar a un esclavo es la muerte —dijo una voz profunda, oscura y familiar que conocía tanto como el sonido de mi propia respiración.

El líder se paró en seco y adoptó una posición humillante en la tierra.

—Señor, no fue mi intención ser irrespetuoso.

—Levántate, Mia. —Alcé la cabeza y vi a King parado frente a mí, magnífico e imponente, ofreciéndome su mano.

Cuando la alcancé, sus negros ojos parpadearon en azul por una milésima de segundo. Me pregunté a mí misma si lo había imaginado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, verdaderamente agradecida.

King negó con su cabeza.

—No lo sé. Sentí un tirón y entonces… —Sus ojos se precipitaron sobre las cabezas de aquellos hombres que tenían sus caras enterradas en la tierra—. Deberíamos hablar de esto luego. Justo ahora, debo castigarlos.

Tragué saliva, queriendo preguntar lo que eso significaba, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, King sonrió y una luz roja emanó de su

cuerpo. Los hombres se desplomaron, uno a uno. Resistí el impulso de gritar, pero los otros esclavos no pudieron evitarlo.

Mientras más soldados llegaban a investigar, King simplemente continuó mirándome a los ojos y pude sentir su tormento. Y su poder abrumador. Ni un solo hombre pudo acercarse a menos de metro y medio de nosotros antes de caer muerto instantáneamente.

Esto es real, ¿cierto? No estoy soñando…

Rodeado de una pila de cuerpos, inhaló profundamente y observó el cielo estrellado.

—No. No estás soñando. Por eso deberías huir ahora, Mia.

Podía escuchar mis pensamientos de nuevo.

—¿Por qué debería huir?

—Porque después de este momento, no te dejaré libre y tampoco sé lo que haré contigo.

En ese momento me di cuenta que no me importaba lo que él era o lo que dijera, no lo dejaría. Preferiría pasar una vida entera intentando arreglar lo que le había hecho a King que dejarlo sufrir así. Fue un extraño descubrimiento el saber que podías aceptar a alguien, por completo, y amarlo incondicionalmente. Con maldición incluida. No podía deshacer mi amor. Sólo podía usarlo para hacer todo lo que estuviera en mi poder para hacer las cosas correctamente.

Aclaré mi garganta.

—Me arriesgaré, porque prefiero morir aquí contigo que vivir sin ti.

Él me miró y sus ojos parpadearon en ese brillante azul de nuevo.

—Que así sea.

King desencadenó a todos y cada uno de los esclavos. Al principio pensé que esto era un acto de compasión, pero me corrigió rápidamente. Esclavos sin

amos tenían garantizada su libertad de acuerdo a la ley. Sin embargo, tuve la sensación de que ser un esclavo libre en esta época era como estar cubierto en grasa de tocino y ser lanzado a la guarida del león. Sin dinero o un amo que los protegiera, serían cazados.

—¿A dónde irán? —pregunté.

—Eso no me concierne.

—Dales dinero —dije. Necesitaba saber que *él*, el rey bondadoso, todavía se encontraba en algún lugar.

—¿Por qué debería hacer eso? —preguntó King.

—Para que puedan alejarse de aquí.

—Creo que me confundes con el tipo de hombres que se preocupa, con aquellos hombres que tienen alma.

—No, no tengo ideas equivocadas sobre quién o qué eres. —Pero esperaba una señal que me indicara que aún podía salvarlo.

Se rio.

—¿Aun así me pides eso?

Me encogí de hombros.

—Muy bien entonces. —King tomó uno de los caballos de los soldados, una gran bestia negra y esperó a que lo montara—. Enviaré a mis hombres aquí mañana y me encargaré de cualquiera que no haya huido.

—Es muy amable de tu parte. —Y una prueba de que el compasivo hombre al que amaba seguía allí dentro.

King me miró.

—¿Qué fue lo que dije?

—No soy amable. No confundas mi interés en ti por esas tontas emociones. —Entrelazó sus dedos y tendió sus manos—. Sube.

Me acerqué y miré a este peligroso hombre musculoso preguntándome qué pasaría luego.

—¿Voy a despertar de este sueño?

Él frunció el ceño.

—Si lo hicieras, ¿dónde desearías estar?

Tuve que pensarlo por un momento.

—Contigo.

Me estudió con una sonrisa peculiar y luego me subió al caballo. Se montó detrás de mí e hizo andar al caballo.

—Debes tener deseos de morir, mujer —dijo él.

Probablemente, sí.

—Mia, por amor de Dios, llámame Mia.



Dieciséis

Traducido por F.Anax & MaryLuna

Después de regresar a Atenas, no pude evitar inclinarme hacia atrás y sentir al hombre que tenía detrás de mí. Sí, King era peligroso y mortal, pero en ese momento, acurrucada en sus fuertes y musculosos brazos, su caluroso pecho apoyado contra mi espalda y sus muslos alrededor de los míos, no había un lugar más seguro en este mundo. Ni en un millón de años pude suponer que me sentiría así por *él*. Para ser más clara, *este* no era *mi* King. Él era la peor versión posible del hombre del que me había enamorado: un demonio que lucía como mi King. Una vez más me encontré cuestionando mis verdaderos sentimientos. Pensé en el momento en que Vaughn me había acorralado en un baño de la fiesta del Club 10 y trató de forzarme. La brutalidad de King, y su disposición para atacar rápidamente y sin piedad, fueron regalos del cielo. Después hubo un montón de ocasiones en las que perdí la mente por la pena o por el miedo. No fue el King amable el que había hecho que mantuviera la cordura, sino el que no tenía emociones de verdad.

Así que… Ahí estaba la desagradable verdad: Odiaba al King malvado del que había huido, pero amaba a King por más que sólo su lado "bueno". Su lado peligroso y despiadado me atraía también. Era un revoltijo de grises donde nada era perfecto, nada tenía sentido al ciento por ciento. Pero esto era lo que era, y ningún pensamiento racional haría que esto cambie. Yo era de él. Y él era mío. Con maldición y todo.

¿Quién iba a imaginarse eso?

O imaginarse que estaríamos montando en un maldito caballo de la antigua Grecia, y que King iba a vestir una levita de hombre. Una enorme desviación de los trajes hechos a medida y el Mercedes.



—¿Qué es un traje? —preguntó, leyendo mis pensamientos.

Sonreí, sintiendo un extraño alivio ante el regreso de nuestro vínculo mental.

—¿Y bueno? —insistió.

—Um… —No podía decirle cómo lucía uno; tendría que usar palabras como "pantalón", lo que solo llevaría a más explicaciones—. Es difícil de describir… tal vez podría dibujar uno para ti más tarde, pero te veías caliente en esos.

—¿Por qué? ¿Están hechos de piel?

Traté de no reírme. Supongo que podría ser, pero eso sería extraño.

—No, quiero decir que te ves extremadamente atractivo vistiendo uno.

—Ah… ya veo. ¿Y a esa cosa le llamas Mercedes?

—Eso es solo un auto, es como un carro pero sin caballos. Te ves caliente en eso también.

—Hmmm… trataré de recordar eso.

Qué extraño. King parecía tan relajado. Tan controlado.

—¿King?

—Tal vez es tiempo de que dejes de llamarme así. Aunque siga siendo el rey para algunos, ya no soy uno verdadero. Mi gente hace tiempo ha muerto.

Estaba por decirle lo mucho que lo sentía, tanto por él como por ellos. Porque él había sido un buen rey y también un buen hombre. Pero en su lugar solo dije:

—Lo siento. Es un hábito. Ese es el nombre que tenías cuando nos conocimos.

—¿Marchaba por ahí llamándome a mí mismo "King"? Eso es raro. —Se detuvo—. Amo, Su Gracia y Draco el legislador, esos son nombres que comprendo.

Me encogí de hombros.

—Sí. Bueno, parece que tienes, o tenías, algún equipaje con Hagne que tuviera que ver con eso. —De lo que recuerdo, King tenía problemas con que Hagne se negara a reconocerlo como el verdadero rey y sobre cómo ella había destruido todo lo que él amaba. Su nombre era el testamento de su obstinada naturaleza y su absoluta negativa a que la maldición de Hagne lo quebrantara. Pero todo eso había cambiado. ¿No es así? Hagne no se había casado con King, Callias no se había enamorado de ella, ni por voluntad propia ni por la fuerza y terminé siendo yo la que maldijo a Draco porque no pude soportar dejarlo ir.

—Sí, bueno —dijo—, esa bruja logró destruir todo, ¿no es así?

Me quedé pensándolo un momento.

—No todo. —*Callias vivía. Yo vivía. Y tú todavía sigues pateando*.

—Callias está muerto —dijo sin rodeos King.

—Oh… supongo que así es —le contesté, sintiendo una sensación de pérdida. Por supuesto, miles de años habían pasado, pero para mí… justo ayer lo había visto.

—¿Sabes lo qué pasó con él? —dije—. Me refiero, ¿hacia dónde fue? —Incluso me pregunté si alguna vez sintió amor o si tuvo niños. Eso habría sido bueno.

—Yo no estaba completamente… —se detuvo buscando la palabra—, *consciente* en ese momento, así que no puedo decirlo. Simplemente sé que no sigue vivo. También soy consciente de que tú dejaste sobre la familia Spiros una maldición bastante dura.

Esos malditos bastardos iban a cortar mi garganta y matar a Callias.



—Se lo merecían.

—Esos hombres, sí, ¿pero toda su línea de sangre?

—Quería que Callias fuera cuidado hasta que su tiempo se terminara. —Ellos le debían tanto después de lo que trataron de hacerle.

—Ah, pero no los uniste a Callias; los ataste al rey.

—Cierto. A Callias —dije.

—Sí, pero he vuelto. Soy, por lo tanto, el rey ante sus ojos.

¡Oh Dios mío! Los Spiros estaban atados a King. Me froté la cara. Simplemente no podía creer esto. Todo lo que había hecho parecía que volvía a recrear el futuro que tan desesperadamente quería cambiar.

¿Qué si es esta forma en la que todo debe suceder? Mi corazón empezó a latir más rápido y el dolor interno empujó las paredes del corazón. *¿Qué pasa si?*

Por ejemplo, King todavía no sabía lo del Artefacto. Y si yo le dijera, sería el comienzo de una obsesión que desencadenaría una serie de horrendos sucesos: ¿Justin involucrado con Vaughn, su muerte, el sufrimiento de mi familia, mi relación con King?

Mi corazón se hundió. Ya no sabía qué hacer.

Necesitas pensar sobre todo esto, Mia. Con la cabeza clara. Eso era verdad; no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión racional.

—¿Cómo te gustaría que te llamara? —le pregunté, cambiando la conversación al tema anterior.

—Amo me gustaría.

Me reí.

—¿Puedes llamarme King, pero no Amo? Eres una mujer tan extraña. —Sentí a su pecho temblar un poco.



—Estás jugando conmigo, ¿verdad? —Giré mi cabeza para tratar de mirarlo a la cara, pero estaba tan oscuro.

—Quizás —replicó.

King dijo una broma. Sorprendente.

—Sí. Así es, ¿verdad? —dijo orgullosamente.

—¿Por qué pareces tan diferente ahora? —Él no era el mismo hombre malvado y aterrador que me había arrastrado hacia esa oscura habitación en su sótano y después me había follado como si fuese a morir si no lo hacía.

—Diría que es porque mi tatuaje está casi completo, pero no estoy seguro.

—¿Tatuaje? ¿Quieres decir el collar?

—Sí. Meketre ha estado trabajando en él durante algún tiempo. Unos pocos minutos durante todos los días durante varios años.

—¿Quién es Meketre? —pregunté.

—Él es una adquisición de Egipto.

—¿Una *adquisición*?

—Cualquiera diría que soy un coleccionista, de objetos y de gente con extraños dones que podrían ser útiles.

Conocía la historia demasiado bien. La obsesión de King era coleccionar "poder." *Así es cómo todo comenzó.* Tenía que saber si así había comenzado, también, el Club 10.

Él agregó:

—Meketre ha ayudado a muchos a disipar, y también a controlar, sus demonios.

—Entonces el collar… —Me giré un poco—. ¿Tratas de decirme que tu tatuaje te ayudará a controlar la maldición?

—No, la maldición no, pero los impulsos violentos que produce, de eso se alimenta. —Hizo una pausa—. De todas maneras, nada es seguro. Meketre no ha realizado nunca esa magia en alguien como yo. No lo sabré hasta que esté completo, pero me siento en paz. Por el momento, de todas maneras.

¡Santa mierda! Así que cuando Vaughn tomó a King como prisionero y le quitó sus tatuajes, también le quitó la habilidad de mantener controlado su lado violento. Esta era la razón por la que King se volvió loco y me llevó a esa isla. Eso tenía que ser.

—¿Puedes hacerme una promesa? —dije.

—Depende.

—¿Recuerdas nuestra conversación antes que de murieras?

—¿Cómo podría olvidarla?

Dijo que prefería morir antes de continuar como un fantasma, el cual un día volviera a hacerme algo atroz.

—Una vez que el tatuaje esté terminado, no dejes que nadie lo remueva. Jamás.

—¿Por qué pedirías una cosa así? —preguntó.

—Creo que la falta de él es la razón por la que me atacas.

Se quedó callado un largo rato, por lo cual pude notar el inquietante silencio a nuestro alrededor, el pesado sonido de las patas de los caballos era lo único que se podía escuchar. No había autos, ni aviones, ni personas. Solo nosotros.

—¿Has considerado, Mia, que de no haberte lastimado, no habrías viajado desde el futuro?

Mi mente dio una vuelta, siguiendo su lógica. Tenía razón. De no haberme llevado a esa isla, nunca lo habría conocido como hombre. *Demonios, incluso no estaría aquí justo ahora.*

—No. No lo estarías —respondió a mi pensamiento—. Lo cual lleva a una interesante pregunta.

—¿Cuál?

—Si pudieras deshacer el pasado, ¿lo harías? —dijo sin ninguna emoción.

Tenía que pensar en eso. Cuando llegué la primera vez a Minoa, habría dado cualquier cosa para alterar los eventos. Pero ahora sabía que eso querría decir que no habría posibilidad de conocer a King. Ahora lo amaba. Entonces, ¿lo haría todo otra vez: pasar otra vez por el dolor de la desaparición de Justin, lo cual me llevaba hacia King y pasar otra vez por el horror de esa isla para ser llevada hacia el pasado?

La respuesta no la tenía clara. Podría decir que "sí" a sacrificarme a mí misma y revivir mi propio dolor. ¿Pero volver a sacrificar la felicidad de mi familia? No. Supongo que lo haría todo otra vez, únicamente, si supiera que puedo traer de nuevo a Justin. En cualquier caso, sentía que los eventos pasarían sin importar lo que yo sintiera.

—¿Crees que es posible —pregunté en voz alta—, que tú y yo estemos viviendo una historia que ya había sido escrita?

Se tomó un momento para responderme.

—Sí.

¿Cómo termina todo?

—No lo sé; sin embargo, no tenemos más opciones que seguir hacia adelante, sobre el camino elegido para nosotros.

Tal vez él tenía razón. No lo sabía.

—Y, como no lo sabes —dijo—, entonces, tu único curso de acción es aprovechar al máximo del presente.

Ciertamente tenía razón sobre eso.

—Descansa, Mia. Tenemos un largo viaje de regreso.

—¿Estás seguro que no hay peligro? —*Contigo*, agregué en mi mente.

—Por el momento.

Me sentía demasiado agotada y hambrienta como para cuestionarlo. Más que nada, necesitaba dormir.

Dejé que mi cuerpo se relajara contra el suyo. King era como una antigua máquina de guerra indestructible que nadie podría tocar. Ni ahora, ni en el futuro. Aun así, existía esa parte de él que permanecía…

Él. El rey.

—Te sigo amando —murmuré antes de caer dormida.

King no me habló, pero apretó mis muslos con los suyos.

Cuando me desperté, habíamos vuelto al frío y oscuro palacio. No, no pude reconocer la gigante cama en la que estaba, ni tampoco las suaves pieles blancas que me cubrían el cuerpo, pero el ambiente angustioso era demasiado inconfundible.

—Señora Mia, está despierta —dijo una tímida voz femenina.

Le di una mirada a la joven vestida con un largo vestido negro, y un pañuelo en su cabeza. Estaba parada al lado de una pequeña mesa llena de pan y quesos. Mi boca se hizo agua instantáneamente.

—Soy Ypirétria. —Bajó su cabeza—. Estoy aquí para ver que coma y ayudarla a bañarse.

Algunas cosas nunca cambiaban.



—Eso es realmente amable, pero estoy bien. Así que eres libre para irte.

Sus ojos se llenaron de horror.

—¿Qué? —pregunté.

—El amo estará muy disgustado si no cumplo sus deseos.

Puse los ojos en blanco.

—El "amo" puede estar disgustado conmigo, entonces. Y…

—No. No entiende. Por favor, no me aleje. —Sonaba como si realmente temiera por su vida.

Oh, Señor. Realmente necesitaba hablar con King sobre todo esto. *Después de comer. Después.* No podía recordar la última vez que probé bocado.

¿Cientos de años atrás?

Sí, necesitaba poner algo en mi estómago. Me olí a mí misma. *Y un baño.*

—Está bien —le dije—, pero voy a hablar con él. —Y le incluiría el tema de "¿Qué demonios le estás haciendo a tu gente?"

Después de atacar la comida y de tener un lujoso baño en una tina de piedra, que contenía unas gotas de aceites flores aromáticas y una cálida agua que brotaba del muro, ¡demonios, los griegos lo tenían todo!, me sentía como una nueva mujer. Bueno, casi. Moría por una Lady Bic. Pero Ypirétria me había dado un pequeño palito para masticar y limpiar mis dientes, así que estuvo bien.

—Ahora debe ir a los aposentos del amo —dijo con un suspiro resignando.

—¿A sus… aposentos? —pregunté.

—Es en el final de este pasillo, a la derecha. Dijo que iba a estar esperando por usted.

Un incómodo nudo se formó en mi garganta. No tenía sentido que negara que lo quería, pero la manera en la que me tomó cuando llegué la primera vez.

había sido demasiado rudo. ¿Qué pasaría si quisiera hacerlo de nuevo así? ¿Qué pasaría si lo quisiera más rudo?

Una imagen de esa fusta apareció de repente en mi cabeza.

Empecé a sudar, y mi pulso se aceleró gravemente.

Está bien. No pienses en la isla. Él tiene el control de sí mismo, y lo ha tenido desde que tú estás aquí. Y francamente, necesitábamos hablar sobre el Artefacto, pero después de que le exponga el enigma que tuvimos antes concerniente a la pregunta anterior: sobre si pudiera elegir que lo eventos se repitieran, ¿lo haría?

Entonces, ¿si le dijera a él todo lo que sabía? Podría prevenir algunos eventos que habían ocurrido. Sí, parecía que algunas tragedias en nuestra historia eran inevitables, pero había logrado salvar a Callias. Eso quería decir que tal vez podría salvar a mi hermano también.

Esto, definitivamente, era un punto que valía la pena discutir.

Me vestí con un blanco y suave vestido, ceñido a la cintura, deslicé mis pies en un par de sandalias pequeñas de cuero y me dirigí hacia el pasillo. El palacio era extremadamente ventoso y frío, sin ventanas reales, habían largas habitaciones abiertas: una sala de instrumentos musicales y una hoguera, una biblioteca o estudio y otra habitación que tenía elaborados recipientes de barro, apilados a lo largo de las paredes. *¿La bodega de vinos?*

Hermosos murales de mujeres griegas colgados sobre todas las paredes, me recordaron al palacio de hoy en día, de King. Lo mismo hizo su recámara, de hecho: tenía una cálida y suave cama con sábanas blancas, una gigante bañera con humeante agua y desde el balcón se podía ver la ciudad. Un cálido fuego brillaba en la chimenea y vino había sido dejado sobre la mesa. Parecía que él había planeado tener una noche romántica.

—¿King?

No hubo respuesta.

Volví a llamarlo de nuevo y esperé unos minutos, pero no estaba en ningún lugar. Decidí ir de nuevo a mi habitación y preguntarle a la sirvienta, pero ella se había ido.

Recorrí el camino por las escaleras hasta el salón principal, que también estaba vacío.

—¿King? —Me quedé parada allí un momento para escuchar si había alguien, pero un sonido emanando de las escaleras de abajo llamó mi atención. Eran las mismas por las que King me había arrastrado después de descubrirme en aquella oscura habitación.

En la mitad de las oscuras escaleras, volví a llamar a King, y en ese momento, estallaron colores desde las paredes. Rojos y amarillos: rabia y dolor. Tuve que recordarme que esos colores no podían herirme, pero tal vez lo que sea que haya abajo sí, por lo cual me di la vuelta y decidí ir a la habitación de King a esperar que volviera. Antes de dar el segundo paso, un ruido sordo seguido de un gemido llamó de nuevo mi atención.

—¿King? —grité.

¡Oh demonios! Tal vez algo estaba mal. Después de todo, no era propio de King dejarme esperando. Ese hombre era todo puntualidad.

Recorrí el camino hacia el descansillo de abajo y empujé la puerta de madera. Chirrió al abrirse y apareció un largo pasillo. Al final, una luz naranja se vertía a través de las grietas de la puerta. El lugar era casi exactamente como el calabozo de hoy en día que tenía King y los recuerdos de Vaughn me empezaron a bombardear.

Mi piel se erizó y mis manos empezaron a temblar mientras caminaba hacia la segunda puerta, donde otro profundo gemido salió fuerte. Empujé la puerta y contuve un grito de horror. Un hombre inconsciente con profundas heridas en el pecho estaba encadenado a la pared, su cuerpo cubierto de sangre. En la mesa de la esquina, el cuerpo de otro hombre yacía encima. Sin cabeza.

¡Santa mierda! Ese era el rubio. La cabeza del hombre que me había vendido como esclava en el mercado estaba apoyada junto al cuerpo sobre un cuenco grande de arcilla, lleno de sangre. Los ojos del hombre de quedaron mirándome y su boca se abrió como si tratara de gritar.

Mis piernas casi quedaron sin fuerzas bajo mi peso, pero me ordené permanecer de pie. King había hecho esto a esa gente. King. Mi King.

Di media vuelta y corrí escaleras arriba, sin saber a dónde diablos iría. Me estrellé contra King.

—¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —preguntó con una sonrisita.

Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido.

Cruzó sus gruesos y musculosos brazos.

—Respóndeme.

Lo miré fijamente, insegura de qué decir. Esto era malo. *Realmente, realmente malo.*

Leyó mis pensamientos.

—Así que ahora conoces mi pequeño y sucio secreto. —Rio malvadamente.

—Hay… hay una cabeza. Una viva. —En el momento en que dije esas palabras, recordé las dos cabezas en jarrones, cabezas vivas, en su almacén de San Francisco. Las caras habían estado distorsionadas y el agua algo brumosa, pero no tenía ninguna duda de que esas cabezas del almacén pertenecían al rubio y al pelirrojo.

Más mentiras. Mack me había dado una mierda sobre que estaban relacionados con uno de los trabajos de King. Le había creído.

—¿Por qué? —pregunté.

—Me traicionaron. Te vendieron como esclava cuando les pedí que te llevaran a un lugar seguro.

Estaba a punto de decir que el castigo era demasiado horrible, dos mil años demasiado horribles, pero King no me dio una oportunidad.

—No pienses en sermonearme, mujer, sobre la severidad del castigo. No después de que maldijeras a toda una familia durante cientos de generaciones.

Aunque había sido por accidente, tenía razón. Sin embargo, no los decapité y dejé sus cabezas aún con vida. *En serio. ¿Quién hace eso*?

—Bien —dije—. Eliminaré la maldición sobre los Spiros tan pronto como descubra cómo. Por favor, ¿desharías todo lo que le hiciste a ese hombre, por favor? Simplemente déjalo morir.

—Rogarías para que terminara el sufrimiento de este hombre —gritó—. Lo dejarías morir y lo liberarías del dolor, ¿pero yo…? —rugió más fuerte—. ¡A mí no! ¡No! Me condenas a este purgatorio, me obligas a convertirme en todo lo que odié como hombre. Pero este pedazo de mierda —Señaló hacia abajo—, ¿se merece tu misericordia?

Era el dolor de King, la maldición lo controlaba ahora, desencadenando esta diatriba. Lo sabía porque el hombre calmado y racional dentro comprendía que no era la misma situación. Demonios, había sido él quien me había dado la idea de maldecirlo en primer lugar.

—No desharé su castigo —dijo King—. Y tan pronto como encuentre al otro hombre, compartirá el mismo destino. —King se inclinó más cerca, y pude sentir el calor de su aliento—. Ellos serán parte de mi colección, su único propósito es servir como un recordatorio de por qué no debo mostrarte misericordia, por qué debería detestarte… perra egoísta. —Me sujetó a los lados de la cabeza y me besó tan fuerte que mis dientes se presionaron en mis labios. Probé sangre en mi boca.

Él se echó hacia atrás y sonrió.



—¿Me amas ahora, Mia? ¿Lo haces?

Quería responder, pero mi boca no quería moverse. El miedo tenía la ventaja.

Me agarró de los brazos y me apretó con tanta fuerza que pensé que me rompería los huesos.

—Tomaré eso como un no.

—¡Sí! —grité—. Todavía te amo. —Porque era la maldición la que hablaba y sabía que en algún lugar dentro estaba el verdadero hombre.

—¡Soy el verdadero! —gritó—. ¡Y te enseñaré a amar al verdadero yo! —King me arrastró hacia abajo por las escaleras.

La habitación. ¡Me estaba llevando a la maldita habitación!

Luché, retorciendo mi cuerpo y pateando mis piernas, pero no sirvió contra un hombre como él. Sin esfuerzo, me inmovilizó con su cuerpo y encadenó mis brazos y piernas para que mi cuerpo formara una "X". El hombre que estaba a mi lado gimió, su cuerpo palideciendo a medida que sangraba y la cabeza sobre la mesa miraba fijamente con sus ojos azules abiertos llenos de dolor y odio. Rojo y más rojo. Estaba segura que esto era por mí.

—Sólo mátame. Termina con esto —dije, finalmente entendiendo por qué Vaughn había preferido morir antes que ser el juguete de tortura de King.

—¿Por qué habría de hacer eso? Me estaría perdiendo la parte divertida. La parte donde gritas. Me pongo duro simplemente pensando en eso. —Tomó mi vestido y lo arrancó de mi cuerpo.

—¡No! —grité, tirando tan fuerte como pude sobre las restricciones, pero no sirvió de nada.

—¡Oh, sí! —dijo, riéndose de sus palabras.

Esto no puede estar sucediendo. Esto no puede estar sucediendo.

Por supuesto que puede. Te escapaste de él por esto. Pero sabía que era la maldición controlándolo.

—Sé que el hombre que conocí en Creta está por ahí en algún lugar —dije—. Y sé que él me ama.

—Él no está aquí ahora mismo, Mia. Yo lo estoy. —Sonrió y sus maliciosos ojos recorrieron mi cuerpo como si fuera una presa preciada—. Deberías haber corrido cuando tuviste la oportunidad.

King se acercó a la pared junto a la puerta, donde colgaban cuchillos, grandes ganchos de metal, cuerdas y cadenas.

Oh, Dios. No. Alcanzó algo, pero su gran cuerpo bloqueó la vista. Cuando dejó caer la tela sobre su hombro, exponiendo su espalda desnuda, pude ver unas estrías rojas cruzando su piel.

Mierda.

Comenzó a flagelarse a sí mismo.

Mi miedo por mi propia seguridad pasó rápidamente a repulsión mientras era testigo de cómo este hombre se golpeaba a sí mismo. Cómo era posible, él no estaba vivo realmente, después de todo, o por qué, solo podía suponerlo. Pero había visto las marcas en su espalda antes. Solo, después de leer el diario de Hagne que representaba la versión original de esta historia, supuse que ella lo lastimó con sus uñas afiladas cuando King había estado con ella.

Incapaz de mirar, volví la cabeza.

—¿Es esto lo que quieres? —le gritó a nadie, todavía de espaldas a mí—. ¡Puedo hacerlo toda la noche!

Oh Dios mío. Está perdiendo la cordura. King estaba completamente consumido por las cosas horribles que ocurrían dentro de él.

—¡Detente! Solo… detente —dije.

—No puedo —respondió y se golpeó de nuevo—. No puedo dejar que ese maldito bastardo débil de un rey gane. Cree que un tatuaje me detendrá, pero no lo hará.

Santa mierda. King quería vencer la bondad de sí mismo.

Ese hombre es un verdadero rey. Él es fuerte y determinado. Se preocupaba por su gente. Nunca cedería ante ti o la maldición. Nunca me lastimaría. Eres un demonio. Un tirano.

—No eres mi rey. No eres nada para mí.

Su cabeza giró, y por una fracción de segundo, los ojos de King se volvieron de un azul vivo.

Sí. Todavía estaba allí en algún lugar, ese hermoso hombre que no podía evitar amar.

—Lamento haberte maldecido —dije—. Lo siento por convertirte en este monstruo.

La ira volvió, y lo mismo hizo la oscuridad en los ojos de King. Dejó caer su látigo y buscó una daga sobre la mesa. La estudió brevemente y luego corrió hacia mí, lanzándose hacia mi pecho.

Me estremecí y cerré los ojos, pero no hubo dolor. Ni siquiera un cosquilleo.

¿Qué demonios?

Una brusca sacudida eléctrica recorrió mi cuerpo, y pasé de estar encadenada a una fría pared de piedra, a estar desnuda, boca abajo, sobre una cama blanda, con mis muñecas y tobillos atados.

La forma pesada de King tendida sobre mí.

Mi mente se tomó un momento para procesar. ¿Había escapado de la pesadilla en la que había estado solo para regresar a otra? ¿De la que huía desde el principio?

Grité.

—¡Mia! ¡Está bien! —Escuché una voz familiar gritar, no la de King.

Alguien movió el cuerpo de King y aterrizó con un golpe en el suelo.

Giré la cabeza para ver a Mack volteando la mitad libre de la sábana sobre mi cuerpo desnudo.

—¿Mack?

—Estás bien —dijo, saltando para desatar mis tobillos y luego mis muñecas.

Me tomé un momento para respirar y tranquilizarme. Mi corazón estaba a punto de explotar.

—Está bien, Mia. Ahora estás a salvo. —Sentí la cálida mano de Mack acariciar la parte posterior de mi cabeza.

Pero, ¿cómo podría creer eso? Nada tenía sentido y yo ya no sabía lo que era real.

—¿Mia? Háblame. Dime que estás bien.

Lentamente, me di la vuelta, sosteniendo la sábana sobre mi cuerpo desnudo. Aunque había mucha luz por las antorchas, todavía estaba completamente negro afuera. El sonido de los insectos haciendo clic y gorjeando nos rodeó. Sí, estaba de vuelta en la isla privada de King.

—¿Eres real? —pregunté.

Los grandes ojos azules de Mack se clavaron en mí por un momento intenso, y luego sonrió, esa sonrisa cálida, desarmante, casi tonta.



—En persona.

Sí, vi su luz. Verde, vida, y azul, dolor.

Lentamente me senté y estudié la figura flácida en el piso. King yacía inerte sin camisa, vestido con un par de vaqueros negros, de espaldas a mí y con una daga metida en su cuello. Era la misma daga enjoyada "durmiente" que casi había usado para terminar con mi propia vida.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Mack se pasó las manos por su desordenado cabello rubio.

—Estamos a mano, eso es lo que sucedió.

—¿A mano? —pregunté.

—Me salvaste la vida. Ahora he salvado la tuya.

Nunca le había salvado la vida a Mack.

—Pero… pero… no entiendo.

Miró por un instante hacia el cuerpo de King.

—Digamos que mi hermano no va a estar feliz conmigo una vez que todo termine.

—Tu hermano… —Mis palabras se desvanecieron cuando mi mente deslizó las piezas en su lugar.

»¿Callias?

Esbozó una pequeña sonrisa astuta.

—Pero, ¿cómo? —pregunté.

—Me encantaría contarte la historia completa, pero el helicóptero está esperando y realmente no quiero pasar un segundo más en esta isla. Es jodidamente espeluznante.



Extendió su mano, pero no pude moverme.

Refunfuñó algo ininteligible entre dientes.

—Mia, todo lo que necesitas saber es que el Artefacto no fue la primera reliquia que King encontró para resucitar a los muertos.

Levanté una ceja.

—Cleopatra tenía un collar.

—Estás bromeando.

Sacudió la cabeza.

—Tuvo que matarla por eso. ¿Cómo crees que King obtuvo su sangre?

Recuerdo que King hizo un trueque con miembros del Club 10 una vez, usando la sangre de Cleopatra como recurso. Supuestamente era una especie de loco suero de la juventud.

Me levanté de la cama, sosteniendo la sábana sobre mi cuerpo.

—No lo creo. —Lentamente alcancé su mejilla y lo toqué, esperando que se disolviera.

—Créelo.

—Pero no te pareces a ti. —Excepto por sus ojos. Eran el mismo azul vibrante.

Cubrí mi boca en estado de shock y lo estudié. Ahora todo tenía mucho sentido, su falta de juicio y su ciega lealtad hacia King. Era el tipo de amor que solo un hermano tendría por los suyos.

Mack se encogió de hombros.

—Fui reencarnado, eso es lo que hace el collar, o hizo. Solo podía traer de vuelta a una persona. Estoy bastante seguro que Cleopatra había tenido la intención de usarlo para ella misma.

—¿Entonces King te trajo de vuelta y no a sí mismo? —Porque había visto la luz de Mack. Él estaba vivo. Muy vivo.

Mack sonrió y asintió.

—Sí. Hace unos quinientos años, una larga historia. Pero fue uno de sus mejores momentos.

Lancé un brazo alrededor de él y apreté; las lágrimas se deslizaron por mi cara.

—Gracias, Callias… Mack —Apreté más fuerte—, lo que sea.

—Voy por Mack ahora, abreviatura de Macarias, mi segundo nombre. —Me dio unas palmaditas en la espalda, se alejó lentamente, y me miró a los ojos, como si quisiera decir algo.

Pero ahí estaba yo, típica Mia, con todas las preguntas corriendo por mi cabeza.

—¿Cómo me encontraste?

Los ojos de Mack se enfocaron en el brazalete de mi muñeca.

—Lo usé para seguirte. Sabía que mi hermano no estaba bien de la cabeza.

—Pero pensé que el brazalete me llevó de vuelta… —Me senté en el borde de la cama y me tapé la cara—. Todo fue un sueño.

Mack se sentó a mi lado.

—No. Realmente salvaste mi vida esa noche que maldijiste a los Spiros.

—¿Pero cómo llegué allí, entonces?

Él sonrió y se frotó la barbilla.

—Tú, mi querida Mia, eres una Vidente. Una muy poderosa.

Lo miré fijamente. Realmente no tenía ni idea de a qué se refería.



—Usaste tu don para viajar allí.

Parpadeé. *Estuve realmente allí. Estuve realmente allí*. Miré mis pies y luego a Mack, mierda, quiero decir, Callias.

—¿En serio?

Él asintió.

—No puedo creerlo —dije en voz baja.

Añadió:

—Pero supongo que esa es la verdadera definición de una Vidente; tienen el don de ver. Y tú, aparentemente, querías ver a King por ti misma.

Oh, Dios mío. Él tenía razón; había querido ver a King como fue por una vez, libre de la maldición.

Vivo y feliz. Y luego, cuando estaba sentada en esa playa, quería saber qué había desencadenado el lado violento de King. Me enteré de su tatuaje.

—¿Esto significa que puedo regresar en cualquier momento? —pregunté—. ¿Cómo lo controlo?

—¿Cómo diablos debería saber?

—Porque parece que sabes todo.

—No todo —dijo.

—Sabías que esto —Moví la mano hacia la habitación—, iba a suceder. —Por supuesto, le conté a King sobre esto. Más o menos.

Mack parecía avergonzado.

—Este nunca fue el plan. Nunca. King prometió que nunca dejaría que esa parte de la historia se repitiera, que él mantendría el control y encontraría otra forma de hacer que retrocedieras en el tiempo.

—Pero no mantuve el control. —Obviamente, King perdió su tatuaje de cuello egipcio a pesar de mi advertencia, y los eventos se desarrollaron de todos modos. Hizo que mi cabeza literalmente diera vueltas—. Podrías haberme dicho que esto iba a suceder —dije.

—Lo intenté, Mia. Pero si te hubiera contado todo, él habría escuchado tus pensamientos y entonces solo Dios sabe lo que pudo haber hecho. Mi única oportunidad fue sorprenderlo, no tienes idea de lo poderoso, *verdaderamente* poderoso que es mi hermano.

Entendí su punto, pero eso no hizo la realidad menos dolorosa.

—Gracias, Mack. Lo digo en serio. Gracias por salvarme. —Estaría muerta para ahora.

Se encogió de hombros.

—Estoy cansado de esta mierda. Necesita terminar.

No podría estar más de acuerdo. Había habido demasiado sufrimiento y pérdida.

Miré a King tirado en el suelo, todavía con sus pantalones vaqueros.

—Entonces él no… Quiero decir —No podía decirlo—. Detuviste a tu hermano antes de…

—Sí. Si hubiera llegado un segundo después, sin embargo… —La cara de Mack se endureció—. No importa. —Se puso de pie y ofreció su mano—. Necesitamos que ambos regresen a la casa. Es hora de romper la maldición.

Mack lo hizo sonar muy bien: libertad de todo este horror. Pero entonces la verdad me golpeó y me congelé. *Oh no*. Volvimos al punto de partida. Y mi mente no estaba absolutamente en forma para lidiar con todo esto. Justin, la felicidad de mis padres, la vida de King y aparte el final de la existencia.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Mack.

—Justin todavía está muerto, ¿verdad?

—Sí. Lo siento.

Esperaba que por algún milagro, eso hubiera cambiado. No fue así.

Miré al hombre con la daga enjoyada que sobresalía de su cuello. No había sangre, y ciertamente no parecía estar sufriendo. Todo lo contrario, en realidad. Era el King más pacífico que había visto aparte del día en que hicimos el amor en la playa.

—No sé si puedo hacer esto. —A pesar de toda la porquería que había pasado, todavía no estaba preparada para dejarlo ir. Y, sin embargo, tampoco estaba preparada para cambiar la felicidad de mi familia.

Mack extendió la mano y me apretó el hombro.

—Me alegra que hayas vuelto.

Incliné la cabeza.

—La Mia con una conciencia —aclaró—. La feroz asesina Mia no es tan divertida.

Eso era cierto; ya no sentía rabia ni resentimiento.

Bueno, eso es porque le diste todo al pobre King cuando maldijiste al tipo.

Casi tuve que reír, realmente, por la enfermiza ironía de todo. Era como un círculo gigante, sobrenatural y vicioso. Justin se mezcló con el Club 10, yo me mezclé con King… Entonces tomé todas esas emociones oscuras y reavivé los eventos con mi maldición. Podría pasar el resto de mi vida tratando de desatar los complejos nudos que formaban esta situación, y podría pasar una eternidad señalando con el dedo a todos: por qué mi vida se había desmoronado, la muerte de mi hermano, el dolor y el sufrimiento que había experimentado; pero eso no cambiaría los hechos: todos tomamos decisiones en el camino. Todos jugamos una parte.



¿En cuanto a mí? Había hecho un gran lío de las cosas.

Solté un profundo suspiro. Era hora de arreglar las cosas. Pero, ¿qué era "correcto"?

Deberías haber dejado morir a King, Mia. Y jodidamente lo sabías.

Mack se agachó, sin esfuerzo levantó a King en sus brazos, supuse que los fantasmas inconscientes no pesaban demasiado, y me miró.

—¿Lista?

—No. No lo estoy. —Pero era hora de terminar con esto de todos modos.



Diecisiete

Traducido por Fefe & Marlene

Cuando el helicóptero aterrizó, tenía toda una nueva perspectiva de la palaciega finca de Creta. Era mucho más que una casa. King había construido su hogar sobre el lugar donde una vez estuvo el palacio. Representaba la época en la que él era bueno, humano, y… bueno, un rey.

Cuando di un paso hacia atrás, empecé a ver tan claramente la dicotomía que existía dentro de King. Siempre había habido una parte de él que era noble, actuando en nombre del hombre profundamente leal y fieramente protector que existía en el centro de su ser. Pero luego estaba el otro hombre: la parte de él que había sido corrompida y manchada por la maldición. Incluso desde el primer momento que nos conocimos, esos dos lados siempre estuvieron ahí, siempre en guerra el uno con el otro. No, mi cerebro no lo había sabido, pero mi lado Vidente sí. King realmente era malvado. Pero también era bueno.

Sin embargo, la parte más perturbadora era que ambos lados querían que los amara, que escogiera uno de ellos. Es por eso que Draco el legislador (el King malvado) quiso matarme; lo había rechazado. Es también por eso que en la isla quería "romperme" y convertirme en una especie de compañía maldita para su malvado ser. Pero solo podía sentir lástima por él, temerle y sentir una fascinación mórbida por él. El hombre que realmente amaba estaba dentro.

King.

Yo.

Pensé con detenimiento sobre ambos, pero no había ninguna separación dentro de mi corazón. Y eso es lo que mi sangre Vidente había estado tratando de mostrarme desde el primer momento que lo conocí.

¿Y ahora qué?

No lo sé.

Dejando el motor encendido, el piloto salió de la cabina y abrió la puerta exterior del helicóptero. Me miró directamente y esperó.

Entumecida por cuatro dedos de alcohol y usando una bata de baño extra grande con una "K" gigante bordada sobre el área del corazón (por qué demonios tenían una bata de spa a bordo fue la menor de mis preocupaciones), me puse de pie. Mack se quedó ahí.

—¿No vienes? —pregunté.

—Nope, necesito alejarme de aquí tan humanamente como sea posible.

—¿Por qué? —pregunté, mientras varios hombres subían y cargaban a King. No parecían molestos para nada con su estado "inactivo", o por la daga gigante clavada en su cuello. Solo otro día en la vieja oficina Spiros, trabajando para un rey muerto, supuse.

—Mía —dijo Mac—. Por segunda vez en mi existencia, he hecho algo por mi hermano que se siente como una traición imperdonable.

—Pero él estaba fuera de control…

—Lo sé, Mia. —Mack sostuvo con impaciencia su mano, pidiéndome que lo escuchase—. Pero no entiendes por lo que he pasado… a lo que él ha renunciado… para encontrarme y traerme de regreso, mucho menos liberarme de Miranda después.

Él tenía razón. No entendía, pero podía adivinar. Para empezar, King había escogido traer a su hermano en lugar de a sí mismo, prolongando su propio sufrimiento. Era una señal del amor de King hacia su hermano gemelo.



Luego estaba el hecho de que Mack había "pertenecido" a Miranda, la esposa de Vaughn del Club 10, *suspiro*… viuda, luego de que Mack sirviera en algún rol de operaciones especiales. Todo lo que sabía era que él había sido tratado muy, muy mal y King lo liberó. Ahora, cómo o por qué Mack decidió pasar su vida en las fuerzas armadas, volviéndose piloto, o cómo se las había arreglado para involucrarse con Miranda, bueno, no lo sabía. Cualquiera podía ver que sería una historia larga, complicada y muy personal. Una historia para otro día quizá.

—Lo siento, Mack. No me debes explicaciones.

—Hice lo correcto… no tengo ningún arrepentimiento. Pero no puedo quedarme. Una vez que rompas esta maldición, el Artefacto solo te permitirá traer una vida.

—Pero aún no he decidido nada —expliqué.

—Mia, aun cuando mi hermano está tan jodido, aun cuando ha hecho tantas cosas malas, aun así lo elegiría a él. Es mi sangre. Por lo cual es que espero que tomes la misma decisión. Tú amas a tu hermano, así como yo amo al mío.

Entendía lo que decía; sin embargo, si Mack tuviera que escoger entre la mujer que amaba y su hermano, su decisión podría ser diferente.

—No puedes irte, Mack. Eres el único que entiende la decisión que debo de tomar.

Miró hacia sus pies un momento, ordenando sus pensamientos.

—Mia, después de que volví a la vida, no fui una buena persona por mucho tiempo. Hice cosas imperdonables. Después, mucho, mucho después, mi hermano me rescató de mi propia oscuridad y me mata no poder hacer lo mismo por él ahora. Porque no deseo forzarte a escogerlo, e incluso si pudiera, le rompería descubrir que no lo escogiste libremente. Esa sería la única forma en que él sería feliz con el resultado.

Mi padre tenía un dicho: Cuando algo no tiene sentido, es porque no tienes todos los hechos. Y es por eso que nunca pude entender completamente la explicación de King acerca de cómo funcionaba el Artefacto. Pero ahora…

—Así que… —dije—, lo que dijo King de que yo tenía que amarlo para romper la maldición, ¿era pura mierda?

Mack sonrió.

—Creo que él solo quería que… —hizo una pausa buscando las palabras—, lo escogieras.

Todo este tiempo, eso es lo que King siempre quiso. Solo que lo amara lo suficiente como para escogerlo.

—¿Y por qué simplemente no lo dijo?

—Estamos hablando de mi hermano, Mia. ¿Qué esperabas que dijera? Hola, mi nombre es Draco. No me recuerdas, pero tú y yo nos conocimos hace tres mil años y te amo. Oh, y me lanzaste una maldición, así que ahora soy malvado y parcialmente loco porque he estado sufriendo desde hace tanto tiempo. Por favor, ignora mis tendencias malvadas las cuales podrían ser dañinas para tu salud. Elígeme.

Sentí como si una piedra hubiera chocado contra mi pecho y mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas gigantes. King simplemente había estado esperando que viera a través de la maldición para verlo a él, al verdadero él.

Limpié debajo de mis ojos y sacudí un poco mi cabeza, tratando de mantenerme en una pieza.

—Tu hermano es un hombre complejo.

—Exacto —dijo—. Y él nunca te pediría que lo escogieras sobre tu hermano. No es que te fuera a juzgar por amar a alguien tan…

—¿Tan jodido como una vez tú lo estuviste?



Mack se rio.

—Exacto.

Así que ahí estaba. Finalmente tenía las respuestas a mis más grandes preguntas. Excepto una…

—¿Qué voy a hacer? —dije, seguido de un largo suspiro.

—Simple. Tú decides quién vuelve a la vida.

—¿Cómo?

—Eres una Vidente; simplemente tienes que hacer que suceda con ese increíble poder tuyo. —Guiñó un ojo.

Eso no era a lo que me refería… escoger entre Justin y King era imposible, pero sabía que no era una pregunta que Mack pudiera contestar por mí. Con eso dicho, Mack había sacado un buen punto.

—Tienes que decirme cómo hacer esto… la mecánica —dije.

—Moviste a King del camino que tenía destinado en el momento en que hiciste la maldición. Romper la maldición te da la oportunidad de poner una vida de vuelta a su curso, deshaciendo un error.

De acuerdo. Justin había sido perjudicado por Vaughn. King por mí. Entendía esos dos puntos, pero no sabía cómo traería a alguien de vuelta.

Lo quedé viendo, completamente confundida.

—Eres una Vidente, orden del universo, balance de todo. Tú mueves una cosa, algo tiene que tomar su lugar. No me preguntes.

—¿Señor? —El piloto apuntó su reloj—. Estamos quedándonos sin combustible y tenemos una larga distancia que cubrir esta noche. ¿Debería apagar el motor?



—No hay necesidad. —Mack miró hacia mí—. Realmente tengo que irme ahora. Tengo algo importante que hacer y no puede esperar.

Asentí lentamente, evitando mirarlo. La culpa se sentía casi insoportable. Él me había salvado y ahora… bueno, probablemente terminaría la existencia de su hermano.

—Lo siento tanto, Mack.

—Lo sé. Pero tienes que hacer lo que es correcto. Y mi hermano te diría lo mismo. Él realmente te amó… cuando no estaba ocupado tratando de matarte o torturarte, claro.

Solté una pequeña risa incómoda y me moví hacia la puerta, luego me detuve a mirar a Mack.

—¿Puedo preguntarte una última cosa?

—Claro.

—¿Tuviste al menos una buena vida antes de morir; enamorarte, tener una familia?

Los ojos azules de Mack se vieron un poco tristes por la pregunta, pero aun así sonrió.

—Viajé por cinco años y vi el mundo, vi los lugares más increíbles. Peor terminé muriendo de alguna fiebre, probablemente malaria, en una pequeña villa cerca de Palenque.

—México. ¿En serio?

—Sí. ¿Cómo crees que el Artefacto llegó allá? No voló solo.

—Espera. ¿Cómo conseguiste el Artefacto?

—Lo tomé por accidente. Antes de que me fuera de la isla esa noche, regresé al cuarto de mi hermano para tomar joyas para tener dinero y la daga que él tenía. Luego, descubrí la piedra en el fondo de la canasta que había usado para

cargar todo. Le exigí a los Spiros que me llevaran de vuelta hacia ti, pero se negaron, o no podían, de hecho, por tu maldición. Y dado que no podía confiárselo a nadie, lo llevé conmigo a todos lados por seguridad, esperando algún día ser capaz de regresártelo. Cuando morí, le pedí a un buen amigo, un local que conocí, que viera que mis cosas, incluida la roca, fueran enterradas conmigo en una tumba marcada. Demonios, no sabía qué más hacer y no era seguro que los Spiros me ayudaran una vez mi cuerpo se enfriara.

Podía entender por qué. Una vez que Callias murió, eso los liberó de su obligación de cuidarlo. Apuesto que ellos debieron estar en la primera maldita canoa, o lo que sea, hacia casa. Pero apestaba que no pudiera encontrar la felicidad. Se la merecía. Realmente creía eso.

—Créelo o no, sin embargo —dijo—, Kan, mi amigo, ordenó a los Spiros llevar mi cuerpo de vuelta a Grecia y enterrarme con mi familia.

—¿Kan?

—El rey —respondió.

—¿Rey Kan?

Mack frunció el ceño.

—Lo siento. —Sostuve en alto mi mano, reconociendo que no era momento para hacer chistes de gorilas gigantes.

Él sacudió su cabeza.

—Nadie sabe lo que sucedió después de eso; nunca llegaron a casa… probablemente murieron en el océano. Pero mis cosas fueron enterradas en Palenque. Es por eso que nos tomó a King y a mí tanto tiempo encontrar el Artefacto. Nadie sabía que el templo existía, o que debían de buscar en México. Asumimos que estaba en el fondo del océano. Por cierto, ¿tienes alguna idea de cuántas inundaciones ha habido en los últimos quinientos años?

Negué con mi cabeza distraídamente, pensando en lo extraño que era; la manera en que todo se conectaba. Mi hermano luego sería la persona que desenterraría las cosas de Callias. ¿Era una coincidencia?

De cualquier forma, le agradecí a Mack responder mi pregunta y bajé hacia las pequeñas escaleras.

—Adiós, Mack. Gracias por todo.

—Adiós, Mia. Y suerte.

Le mostré una pequeña y tímida sonrisa hacia él y salí. Me preguntaba dónde iría ahora o si lo vería de nuevo.

—Pero, Mia —llamó Mack—. Encontré una buena mujer. Ella simplemente no estaba destinada a amarme.

El piloto cerró la puerta y me quedé de pie ahí por un momento. ¿Eso significaba que él me había amado a mí? Pero solamente habíamos pasado esa tarde hablando y…

Negué con la cabeza. No. *Debe de estarse refiriendo a alguien más.*

Él traicionó a su hermano por ti, Mia. Algo que dijiste que él nunca haría.

Callias, lo siento tanto. Nada de esto parecía justo, como si todos estuviéramos destinados a sufrir. *Maldita tragedia griega del infierno*.

Me quedé viendo el helicóptero mientras las cuchillas aceleraban y golpeaban el aire. Donde fuera que estuviese yendo Mack, esperaba que encontrase la felicidad.

Me di la vuelta y me dirigí hacia el brillante y moderno palacio griego, con sus ángulos afilados y grandes ventanas tintadas, encaramado en un risco que contenía al rey dormido maldecido. Mi King.

***

Una vez dentro, fue recibida por la Ypirétria número… demonios, debía hacer cerca de cinco mil o algo así ahora. Stefanos no se veía por ninguna parte, pero asumí que se haría presente. Después de todo, esto era todo, la maldición finalmente se rompería y su familia sería libre.

Con una cara solemne, ella silenciosamente me mostró mi habitación privada. Me preguntaba si ella había escuchado las noticias, lo que King me había hecho.

Encendió la ducha y dejó fuera un vestido blanco sencillo que me recordaba lo que usaba en Minoa. Le agradecí y cerré la puerta cuando se fue.

Me metí en la ducha y dejé que el agua caliente me lavara. Froté y froté hasta que mi piel se sintió en carne viva, pero no sirvió de nada. Ninguna cantidad de jabón y agua me haría sentir limpia de nuevo. Todo se sentía tan… tan… envenenado.

Contuve las lágrimas, cerré el agua y me sequé. Con una toalla envuelta en mi cuerpo, me senté en una esquina de la cama y me quedé viendo el teléfono en la mesa de noche. Lentamente, lo alcancé y marqué.

Después de unos tonos, la voz de mi madre llegó a través del otro lado.

—¿Hola?

—Hola, mamá. Soy yo.

—Dios Santo. Mia, ¿dónde has estado?

—Lo siento. Estaba… —¿Cuánto tiempo había pasado desde que la vi? En mi mente, se sentía como años. Pero en la realidad solo había sido cerca de una semana—. Ocupándome de unos asuntos.

—Debiste haber llamado. Estábamos terriblemente preocupados. —Escuché la profunda voz de mi padre en el fondo preguntando si era yo en el teléfono.

—Lo sé. Solo…

—No tienes que explicar, corazón. Sé que esto es tan doloroso para ti como lo es para nosotros.

Se refería a la muerte de Justin. Pero les dije que no estaba muerto. Les dije que estaba bien. Todo porque tenía planeado traerlo de vuelta.

—Pero él no está…

—Mia —dijo ella severamente—, tienes que escucharme. Se ha ido. Se ha ido y no volverá. Tienes que aceptarlo.

No sabía qué decir.

—Pero prometo —dijo—, que con el tiempo, las cosas mejorarán. Solo que no será hoy… —Su voz se desvaneció en un profundo sollozo.

Ya no podía detener mis propias lágrimas.

—¿Pero y qué tal si no se ha ido? ¿Qué tal si pudiéramos verlo de nuevo?

—Mia, eso no va a suceder. Así que, por favor, ven a casa, te lo ruego —dijo llorando—. Necesitamos enterrar a nuestro hijo.

Subestimé a mi madre. En lugar de caerse a pedazos, ella estaba tratando de ayudarme a enfrentar mi propio dolor. Y en ese momento, sentí como un gran peso era quitado de mis hombros. Ella estaría bien. Ella lograría superar esto de alguna forma, aunque no sería fácil.

Pero eso no hace tu decisión más fácil. Como Mack, aun amaba a mi hermano incluso cuando perdió su camino e hizo algunas cosas muy, muy malas. Pero era ahí que tenía que dar un paso atrás. No podía tomar mi decisión basada en lo que otra gente me decía, o pensaba de él. Eso sería como decirle a una madre que deje de amar a su hijo porque él o ella cometió un crimen. El amor no funcionaba así. Y en cuanto a Justin, no tenía idea de lo que había o no hecho, así que solo podía seguir lo que era verdadero en mi corazón: que Justin era bueno. Y algunas veces las personas buenas hacen malas cosas, nadie en este mundo estaba completamente libre de culpa. Nadie. Pero, ¿cuál era el propósito de la familia?

Ellos te amaban sin importar nada. De otra manera, muchos de nosotros con pasados oscuros estaríamos siempre perdidos, sin razón para buscar la redención. El amor era lo que nos traía de vuelta de la oscuridad, lo que nos restauraba del dolor de nuestros errores.

Así que quizás ese era mi verdadero propósito en todo esto: Ser lo suficientemente valiente como para amar lo que no podía ser amado. Solo que ahora tenía que escoger qué hombre merecía realmente una segunda oportunidad.

—¿Mia? ¿Sigues ahí? —dijo mi madre.

—Lo siento. ¿Qué estabas diciendo?

—Me sentiré mucho mejor una vez que estés en casa. ¿Dónde estás?

—Estoy… —*Demonios*. Mientras menos supiera mejor, pero no tenía la energía para mentirle más—. Estoy en el próximo vuelo a casa disponible. Te llamaré antes de que mi vuelo salga. ¿De acuerdo?

—Uh… De acuerdo. —Ella sabía que tramaba algo y que no iba a decirle—. Te veremos pronto. Te amamos.

—Yo también los amo. —Colgué y me quedé viendo el suelo por algunos minutos, pensando en Justin. Años después, me recordaba tanto a mi madre. Sus actitudes para nada egoístas. Me preguntaba en qué punto de su vida se salió de curso. Si lo supiera, quizás podría haberlo detenido.

Eso es. Puedo salvarlos a ambos. Mi corazón empezó a vibrar dentro de mi pecho. Había estado demasiado cansada y demasiado en shock como para ver las opciones. Si tenía la habilidad de "ver" por mí misma, entonces podía cambiar el resultado de su destino. Al menos, esperaba poder.

Me puse la ropa interior y el vestido, y salí trotando de mi habitación, sin importarme mi cabello húmedo. Corrí hacia la recámara de King, esperando que estuviese ahí.

—¡Stefanos! —llamé, empujando la puerta de la habitación de King.

Ahí, yaciendo frío en la cama, estaba King, sin camisa y usando sus vaqueros negros.

Stefanos estaba de pie a su lado, aun vestido con su uniforme de policía, hablando con otro hombre. Uno de sus hermanos, supuse.

—Stefanos, ¿tienes la roca? —Por lo último que había escuchado, King la había adquirido, junto con Vaughn, quien la tenía en su posesión.

Me miró, obviamente curioso de por qué estaba tan emocionada.

—Sí. ¿Has escogido? —respondió.

Asentí.

—Dámela.

Esperó, ansioso de que hablara. Respondí alargando mi mano.

Stefanos entrecerró sus ojos marrones y luego sacó la roca de su bolsillo y me la entregó.

Me quedé mirando a esa cosa, impresionada de cómo tenía colores por sí misma como si tuviera un alma. *Rojo y negro*. Los colores de la muerte y dolor. Tenía sentido dada la conexión con King y cómo lo unía a este mundo aun después de la muerte.

Me senté en la cama y me quedé viendo la exquisitamente hermosa cara de King. Incluso ahora, era imposible creer que no era un hombre de verdad. Pero dentro de él, una guerra rugía entre la maldición y su alma.

Alcancé su rostro y lo toqué.

—Espero que me perdones algún día por todo lo que te hice pasar.

Seguramente con sus últimas onzas de paciencia, Stefanos envolvió sus manos alrededor de la daga incrustada en el cuello de King.



—¿Estás lista?

Centré mi mirada en él y asentí.

—Lista.

Cerré mis ojos, concentré mi energía en la piedra en mi mano y la apreté. *Por favor, funciona. Por favor, funciona.* Pero después de unos momentos, me di cuenta que no se iba a romper.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Stefanos.

—No puedo romperla.

Estrechó su mirada y luego miró hacia su hermano, quien estaba cerca de la puerta.

—Consigue un martillo.

Yo sonreí tímidamente.

—Perdona.

Stefanos continuó fulminándome con la mirada.

Sí, finalmente entendí por qué me odiaban pero tampoco se atrevían a dañarme, no era beneficioso para King, y la maldición que los unía hacía que pusieran la felicidad de él por encima de la de ellos.

—Solo quería que los Spiros protegieran a Callias. Lo juro.

Él movió la cabeza.

—¿Tenías que unir nuestra maldición a un puñado de arena?

Hice una mueca. Su punto era que no había forma de deshacer su maldición si no terminaba la de King. "…hasta que él halle la paz", fueron mis palabras.

—Lo siento. Lo digo en serio. —La decisión de maldecir a los Spiros había sido en el calor del momento, pero eso no eliminaba el daño. Sin embargo, la única cosa que había por hacer ahora era corregir las cosas.

Su hermano regresó unos minutos más tarde con un viejo martillo. Me lo tendió y me arrodillé en el suelo, colocando la piedra entre mis dedos como si estuviera sosteniendo un clavo.

Miré a Stefanos.

—¿Listo?

Él asintió.

Aquí va. Golpeé con fuerza y la roca se rompió en un millón de pedazos pequeños. Cuando levanté la vista, Stefanos había sacado el cuchillo del cuello de King. Intercambiamos miradas, él mirando el cuchillo limpio que no había dejado ninguna herida, yo mirando la piedra rota, ambos preguntándonos por qué no pasó nada.

—Dale un segundo. —Levanté la mano para silenciarlo y cerré los ojos. *Por favor, vuelve a mí. Por favor.* Canalicé cada onza de amor que tenía por King, mi King, pensando en cada momento cuando se me había sido ofrecido un vistazo del hombre pecaminosamente seductor e infinitamente poderoso cuya valentía y lealtad no conocían límites. Era el hombre que no rehuía las duras decisiones: matar, morir o actuar despiadadamente cuando las circunstancias lo requerían. Y a pesar de su situación, nunca pidió la compasión de nadie. En cambio, usó su dolor y pena para su ventaja y tomó el control. No solo amaba a King, sino que también lo admiraba.

El aura de King estalló en su pecho y se arremolinó a su alrededor. Púrpura al principio, luego separándose rápidamente en rojo y azul antes de desaparecer como vapor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Stefanos.

—Creo que está funcionando.

La luz de King cambió a un verde manzana vívido.

—Está regresando.

Pero tan pronto como dije eso, la luz se oscureció.

—Oh, mierda. —No sabía que decir—. ¡Te escojo a ti! Elijo que regreses. —Su luz se desvaneció—. ¡No! ¡No! Maldita sea, King. No puedes hacerme esto. —Presa del pánico, salté y agarré los lados de su rostro—. King, ¿puedes oírme? —Miré a Stefanos—. ¿Qué pasa? ¿Qué estoy haciendo mal? —No podíamos llegar hasta aquí y fracasar. No podíamos—. King, hijo de puta. Eres un bastardo arrogante y obstinado. —Lo sacudí por los hombros mientras su color continuaba desvaneciéndose—. ¡Te elijo a ti! Recupera tu vida.

Él yacía ahí, el color de su rostro bronceado se desvanecía a un gris pálido.

—¡No… —sollocé, ¿por qué no funcionó?—. No puedes irte. Te amo.

Besé sus labios fríos y dejé caer mi frente sobre su pecho desnudo.

—Por favor —sollocé, sabiendo que este era mi castigo por lo que le había hecho. Entonces fue cuando me di cuenta que, sin importar nada, había elegido a King. Fue la verdad horrible y egoísta. Podría sobrevivir a cualquier cosa excepto perderlo de nuevo.

—¿Estás diciendo eso para ser amable? Porque te lo aseguro, señorita Turner, tus cumplidos no te comprarán el perdón.

Miré hacia arriba.

—¿King?

Abrió un gran ojo azul.

—¡Oh, Dios! —grité, sintiendo una felicidad que nunca había soñado posible. Me incliné hacia adelante y le apreté la cara. Ataqué sus regordetes y deliciosos labios con besos—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —fue todo lo que pude decir. Lo besé una y otra vez.

Él sonrió alegremente y lentamente me empujó hacia atrás.

—No puedo respirar.

Me empapé de él y suspiré de alegría.

—Tus ojos son azules. Tan jodidamente azules. —Y su piel había vuelto a un sano color marrón oliva—. Eres tan hermoso.

Me mostró esa pequeña sonrisa perversa, pero no habló. En cambio, simplemente sonrió.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Stefanos.

King lo miró.

—Vivo y… hambriento. Estoy realmente hambriento.

—¿Estás… hambriento? —pregunté.

Me miró.

—Sí. Y no solo por comida.

Mi corazón se aceleró y mi centro revoloteó. Cada centímetro de mi cuerpo gritaba de alegría. *Entonces, consigámosle a ese hombre algo de comer. ¡Necesitará sus fuerzas!*

King se rio entre dientes, claramente débil.

—¿Todavía puedes leer mis pensamientos? —le pregunté.

Él asintió.

—Aparentemente sí.

Entonces deberías saber que lo siento mucho, lo siento por todo.

Su sonrisa no disminuyó.

—Tenemos mucho que discutir. Pero después. Hablaremos luego.

Cierto. Estaba hambriento y era hora de disfrutar este momento.

Me puse de pie.

—Iré a decirle a Ypirétria ¿Qué quieres comer?

Mientras esperaba que King respondiera, su luz repentinamente se volvió azul… tristeza. Me congelé y su expresión se convirtió en horror.

Estaba a punto de preguntarle cuál era el problema, pero luego sentí algo cálido y húmedo en todo el pecho. Miré hacia abajo y noté que estaba cubierta de sangre. La sangre brotaba de mi cuello y el dolor no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

—¡Mia! —King saltó de la cama y me atrapó antes de que cayera al suelo. Todo era borroso, pero por el rabillo del ojo, atrapé a Stefanos. Dejó caer un cuchillo pequeño y ensangrentado al suelo a mi lado.

King intentó frenéticamente evitar que la sangre fluyera.

—No. No. Maldita sea, no. —Sentí que la vida se escapaba de mi cuerpo, las puntas de mis dedos y pies se entumecieron.

—¿Por qué diablos hiciste esto? ¡Te mataré! —rugió King.

—La maldición se levantó. Encontraste paz. Y necesitaba estar seguro que esta perra Vidente nunca arruinara otra vida.

En el fondo de mi mente, traté de darle sentido a lo que dijo. King había encontrado la paz. Ese era mi requisito para liberar a los Spiros. Nunca dije qué tipo de paz o que tenía que ser duradera.

—¡Voy a cazar y mater a cada uno de ustedes!

—No. Solo me matarás a mí y a mi hermano. Y estamos preparados para morir. Un pequeño precio a pagar por la justicia para toda mi familia.

Hice un pequeño gorgoteo y miré a King, incapaz de hablar con la boca.

Está bien, King. Es mi karma. Solo… prométeme que cuidarás a mis padres.



Con las manos cubiertas en mi sangre, me quitó el pelo de la cara.

—No puedes dejarme ahora. No puedes.

No tengo elección. No puedo maldecirme a mí misma.

—Te amo, Mia. Encontraré la forma de devolverte. Te lo prometo.

No, por favor. No más. Solo… vive la vida que te regresé.

Y así como así, mi vida se desvaneció a nada. Esta vez, no hubo sensación de paz o aceptación, solo tristeza. Tristeza y luego negrura.

***

Mi corazón no puede comenzar a comprender lo que veo ante mí. Es la visión del mayor horror y de la más pura alegría sin contaminación que un hombre puede experimentar. Porque ante mí, veo a Mia. La sangre fluye desde la profunda herida en su cuello hacia un charco carmesí. Sin embargo, en sus ojos veo lo que un hombre como yo siempre ha soñado: redención.

No hay nada más que amor en esas brillantes profundidades azules mientras ella me mira. La sensación es aleccionadora. No merezco su amor. Pero lo tengo. Y en mí no ve mi pasado ni mis crímenes. Ella no ve las acciones que siempre me perseguirán. Simplemente me ve. Un hombre.

Mi mente se separa abruptamente de esta visión en el paraíso y se estrella a toda velocidad en el lugar que conozco demasiado bien. Odio. Rabia. Venganza. Puede que ya no esté maldecido, pero sigo siendo un producto de mi tiempo, no por encima de la violencia.

—No te mataré, Stefanos; te destrozaré, pieza por pieza.

Él no dice nada y levanta la barbilla. El hombre sabe que no sirve de nada huir de alguien como yo. Soy el hombre que puede encontrar cualquier cosa o cualquier persona.

Bajo la mirada hacia Mia y veo la luz deslizarse de sus ojos. No quiero compartir este momento, su último aliento, con nadie. Quiero que me pertenezca. Y solo a mí.

—¡Sal! Me ocuparé de ti más tarde —le grito.

Stefanos y su hermano salen de la habitación, la que construí para Mia, mi reina. Una habitación en la que tenía la intención de pasar largas y lentas noches haciéndole el amor. Este sería su palacio, el lugar donde reescribiríamos nuestra historia.

Pero no habrá nada de eso.

Sus ojos se cierran suavemente y una sonrisa sutil curva sus suaves labios. No quiero que se vaya. No estoy listo para dejarla morir.

—Mia, te traeré de vuelta.

Dioses malditos. Soy King. Poseo un antiguo arsenal de los objetos más poderosos conocidos por el hombre. He vivido más de tres mil años. Anticipo cada resultado y me preparo en consecuencia. Sin embargo esto… niego con la cabeza, acunando la cabeza de Mia.

Le había dado un anillo para asegurar que nada como esto alguna vez pasara. ¿Por qué se lo quitó? Este es el momento en que mi mente hace clic. Mi oscuridad estaba en control estos últimos días, y recuerdo muy poco. Sin embargo, sé que Mia no se quitó el anillo, un anillo que pasé trescientos años buscando para ella. Un anillo hecho de una piedra arrancada de la corona de Hammurabi.

Pienso por un momento, el reloj avanza, su alma se desliza de su cuerpo.

Él lo tomó de ella.

Deslizo mi mano en el bolsillo de mis vaqueros negros y siento un pequeño bulto. ¡*Diablos*! Lo saco y lo deslizo en su dedo.

Mis malditos dedos están temblando.



—Por favor, vuelve, Mia. Por favor, regresa. —El anillo solo funciona si se usa en el momento de la muerte. No después.

Pongo mi oreja sobre su corazón y escucho. No hay sonido. Sin corazón, sin aliento.

La sacudo por los hombros, sabiendo que su alma aún no ha viajado lejos.

—Usa tu poder para regresar, Mia. Tú eres una vidente. ¡*Mira* la vida esperando por ti!

Espero, pero ella no se mueve.

Aprieto los dientes y grito hacia el cielo. Toda esta riqueza, todo este poder… Tengo todo lo que un hombre puede querer, pero fallé en obtener lo único que necesito en este mundo. A ella. La búsqueda del Artefacto fue siempre eso. Siempre se trataba de que estuviéramos juntos.

Me acuesto al lado del cuerpo ahora enfriándose de Mia. Y sé que puedo hacer poco más que esperar un milagro.

De repente, Mia se sienta y comienza a gritar sin fin. Grita que me aleje de ella, que soy un monstruo.

Dejo caer la cabeza y pienso en lo que él, ese jodido monstruo, le ha hecho, cosas que ninguna mujer debería soportar. Cosas que ninguna mujer puede perdonar.

Mierda. Es exactamente como yo temía; demasiado ha pasado entre nosotros y mi maldición ha envenenado nuestro futuro.

Se acabó.

Si me importa Mia, aunque sea un poco, debo dejarla ir.



Dieciocho

Traducido por Perséfone Y Silvia Maddox

Un mes después. San Francisco.

Me tumbé en el sofá de Becca, mirando el techo blanco brillante de la sala de estar de su departamento, sudor cubriendo mi cuerpo, mis pulmones apenas podían mantener el ritmo de mi corazón acelerado.

—¿Otra pesadilla? —Becca gimió desde la puerta, llegando a casa del trabajo, lo que significaba que había dormido todo el día otra vez—. Mueve tu trasero, Mia. Saldrás conmigo y las chicas esta noche.

Rodé y cubrí mi cabeza con la colcha.

—No tengo ganas. —El hecho era que apenas podía comer, y mucho menos ponerme de pie, bañarme o emborracharme para salir por la noche con un grupo de desagradables amigos felices de Becca.

Becca retiró la manta y me miró con sus grandes ojos marrones.

—Tenemos pases VIP para un nuevo club.

—No quiero salir.

—No puedes dormir en mi sofá para siempre.

—Pruébame —gemí y me tapé la cara con las manos.

—¡Basta, Mia! —gritó Becca y golpeó con un dedo mi frente expuesta.

Me senté.



—¿A qué se debió eso?

Mi mejor amiga, Becca, era una de esas mujeres que tenían una dulce cara redonda y unos ojos amplios e inocentes que hacían que quisieras sonreír. Pero cuando se enojaba, su rostro pálido se ponía rojo como el tomate y eso significaba que tal vez debías considerar huir. Lo sabía porque habíamos sido mejores amigas desde que éramos niñas y pensaba en ella como una hermana. Por eso había ido directamente a su departamento desde el momento en que llegué a San Francisco y no me había ido, con la excepción del funeral de Justin. Después de todo lo que había sucedido, mis padres necesitaban su espacio de duelo y yo también.

—Mia —susurró—, no he querido decir nada porque sé que necesitas un tiempo, tiempo que estoy más que feliz de darte. Pero tarde o temprano, tendrás que intentar levantarte. Justin no hubiera querido que pasaras el resto de tu vida en mi sofá, llorando.

Sabía que ella tenía razón, pero lo que ella no sabía era la historia completa. Habían pasado un poco más de tres semanas desde que habíamos enterrado a Justin, pero no estaba preparada para enfrentar la emocional nube tóxica que se agitaba bajo la superficie. No se trataba solo de aceptar la muerte de Justin, sino también de haber perdido a King. Me había dejado en el momento en que volví a la vida. Él nunca me amó. Él nunca se preocupó. Solo quería que su maldición se levantara.

Los perdí ambos. Ambos. Algo que nunca pensé posible. Así que, por el momento, todo lo que podía hacer para mantenerme cuerda era tumbarme en el sofá de Becca, durmiendo.

Me froté la frente dolorida.

—Tienes suerte de que te ame.

Ella se sentó junto a mí y movió los rizos descuidados de mi cara.

—Mia, sé que no me estás diciendo todo lo que pasó con King. Pero cuando estés lista, estoy aquí para ti. —Le había contado sobre King, bueno, todo lo que llevaba al punto antes de saber quién era King en realidad. Un rey maldito. Un fantasma.

Ella apretó mi mano y miré sus grandes ojos marrones.

—Gracias —le dije—, pero no estoy lista para hablar de eso.

Suspiró.

—Está bien, pero… —se detuvo, decidiendo retirarse—. Voy a tomar una ducha. Piensa en salir conmigo.

—Pero yo…

—No te estoy pidiendo —dijo cariñosamente—, dejar de sentirse triste. Te pido que te des la noche libre. ¿Lo pensarás?

Asentí solemnemente y ella desapareció en su habitación.

Sola otra vez, deslicé mi laptop de la mesa de café y la abrí. Hice clic en mi correo electrónico y eché un vistazo al mensaje que recibí de King el día después de haber dejado Creta. Simplemente decía:

—Estás a salvo ahora.

No tenía que explicar lo que eso significaba, porque yo sabía.

Cuando desperté en Creta, su cuerpo se extendido a mi lado, todo lo que vi fue sangre saliendo de mi cuello. Grité. No pude dejar de gritar. Era como si mi cerebro tuviera asuntos pendientes, y no importaba cuánto lo intentara, no podía dejar de ver lo que quería: yo muriendo, sangre por todos lados.

A King le llevó varias horas calmarme con fuertes sedantes, y cuando lo hizo, lo único que vi fueron recuerdos de él, la luz roja que rodeaba su cuerpo y que brotaba de sus ojos oscuros mientras trataba de apuñalarme en Atenas. Todo lo que pude escuchar fue su voz cuando me ató y me dijo que me iba a romper.

Todo lo que podía sentir eran sus manos sobre mí mientras me arrancaba la ropa, con la intención de violarme.

—No puedo hacer que pare —le grité, queriendo arrancarme mis propios ojos—. ¿Por qué está pasando esto?

Recordé el sonido de su voz profunda. Pena. Como si todo su cuerpo estuviera saturado con eso.

—No lo sé. Sin embargo, debo irme dentro de una hora para atender asuntos urgentes. Te quedarás aquí en el complejo con Ypirétria.

No dije nada. No porque no me importara, sino porque mi mente se había llenado de tantas imágenes y sentimientos horribles, que no quedaba espacio para nada más.

Luego, cuando se fue, pude respirar nuevamente. Las imágenes se detuvieron. Las pesadillas vivientes se disolvieron. Sabía, sin lugar a dudas, que estar cerca de él era el disparador.

Y eso aplastó mi corazón.

Después de miles de años de su sufrimiento, la maldición finalmente se había roto y había escapado milagrosamente a la muerte por tercera vez. Pero él era como un veneno para mí.

Los peores golpes, sin embargo, estaban por llegar.

Más tarde, Ypirétria me había limpiado y alimentado. Organicé un boleto a casa, sabiendo que mis padres me necesitaban allí.

Cuando el automóvil del aeropuerto se detuvo, Ypirétria vino corriendo detrás de mí cuando entré.

—¡Vasílissa! —Eso significaba "reina". Realmente necesitábamos comenzar a usar nuestros nombres.

Miré el teléfono celular en su mano y lo tomé.

—¿Hola?

—Te vas. —La voz de King era fría y dura.

—Tengo que ir a casa. Ellos me necesitan.

—¿Las pesadillas se detuvieron? —preguntó.

—Sí. Ahora estoy bien.

—Bien. —Su pregunta me hizo comenzar a preguntarme.

—¿Hiciste algo?

—Me fui —dijo.

Mierda. Entonces él es el desencadenante.

—¿Qué significa todo esto, King? ¿Qué me pasó?

Pasó un largo momento.

—Señorita Turner, tengo asuntos urgentes que atender. No puedo perder un valioso tiempo discutiendo temas que tienen poco impacto en el presente o en el futuro.

Volví a ser "la señorita Turner", lo que significaba que quería distancia entre nosotros. Sentí que mi corazón se rompía de par en par.

Me tragué las lágrimas y levanté la barbilla.

—Me tengo que ir; el conductor está esperando.

—Guarda el teléfono. En caso de que necesite contactarte. Y llevarás mi avión privado a casa, te está esperando en el aeropuerto.

—Gracias, pero ya tengo un boleto. —Estaba a punto de colgar antes de comenzar a gritar o llorar o algo así.

—Señorita Turner, haz lo que te digo.

Me sentí sin palabras. No podía creer que King quisiera que nuestra relación volviera a esto, él actuando como si yo fuera su empleada.

Añadió:

—El Club 10 está siendo atendido, pero hasta entonces, debes mantenerte fuera de la vista.

—¿Qué pasa con los Spiros? —pregunté, sin saber si me preocupaba más por ellos o algo así.

—Serán tratados también. Todos ellos.

—Ya han sufrido suficiente. Solo déjalos…

—Adiós, señorita Turner. —La llamada terminó y no me molesté en volver a llamarlo. ¿Cuál era el punto? King ahora tenía lo que quería: su maldición se levantó y su vida regresó. Sin embargo, había vuelto a ser el buen viejo King. No era el hombre por el que me había enamorado o el monstruo fuera de control, sino el hombre que había conocido por primera vez y que estaba en algún punto intermedio.

Tal vez algunas cosas no se pueden deshacer. Tal vez su alma había pasado demasiado como para volver a ser el rey de Minoa.

Llegué a la mañana siguiente a San Francisco, sintiendo que no quedaba absolutamente nada de mí. El viaje fue increíblemente emocional y doloroso. Sin embargo, el destino no había terminado conmigo todavía.

Desde el momento en que dejé Creta, comencé a notar que ya no veía luces ni sentía cosas. Mi don de Vidente se había ido.

Completamente ido.

Mi única pista sobre la razón vendría más tarde en mis pesadillas: nuevas pesadillas. Estaba en ese auditorio donde Callias decapitó a King, parada ante esas ancianas Videntes. Les supliqué por mi vida, sabiendo que después de todo lo que había hecho mal, no me lo merecía.



—Nada es sin un precio, Mia —dijo la anciana—. Si deseas regresar, algo debe ser sacrificado.

—¿Qué quieres decir?

—Debes dejar todo tu poder aquí. Debes renunciar a tus dones.

Eso significaba que nunca tendría la oportunidad de "ver" a Justin y salvarlo. ¿Pero dejar a mis padres para que lidien con mi muerte también? Los rompería. Al final, sin embargo, fue realmente una decisión entre regresar sin mis dones, o nada en absoluto. Elegí vivir.

Pero en realidad no estás viviendo, ¿verdad?

—¿Estás segura que no quieres salir? —Becca estaba de pie en la entrada, con tacones de tiras, vaqueros ajustados y un top rojo de seda. Su cabello castaño estaba enrollado en la parte superior de su cabeza en un nudo gigante.

—Estoy segura.

Becca sacó una pequeña tarjeta púrpura del bolsillo y la dejó sobre la mesa de café.

—Hay un pase. En caso de que cambies de opinión.

—Que te diviertas.

Becca desapareció por la puerta y yo me quedé mirando la pantalla de mi laptop. Cerré los ojos y lancé mi cabeza hacia atrás en el sofá. Honestamente, lo único que quería era no sentir nada.

Whisky.

Sí, gran elección.

Me levanté del sofá y busqué a través de los armarios de Becca, encontrando solo una botella de vino blanco.

—Mierda, Becca. ¿De verdad?

Bajé la vista hacia mi camiseta y pantalón de correr raídos y pensé en ello. *Puedes hacer esto, Mia. Puedes fingir por una noche que no estás muerta por dentro*. Sin mencionar, tendrían alcohol real en el club.

***

Una hora más tarde, me encontré caminando junto a una larga fila de personas elegantemente vestidas hacia la entrada del club de baile. El gorila, un hombre grande con la cabeza afeitada, vestido con una camiseta roja y pantalones vaqueros, me miró. Llevaba un vestido negro corto y sin espalda que había tomado prestado del armario de Becca y tacones Manolo rojos. Tenía mi cabello rubio recogido en un moño elegante en la nuca y añadí aretes de oro. También me las había arreglado para ponerme un poco de máscara de pestañas y un brillante brillo rosado. No me sentía humana, pero parecía una de nuevo.

El gorila tomó mi pase y me dejó entrar, donde la música fuerte ahogó feliz el sonido de mis propios pensamientos. Me quedé en la entrada por unos minutos, permitiendo que mis ojos se adaptaran a la oscuridad y las luces intermitentes. El club estaba lleno de cuerpos sudorosos de pared a pared girando al hipnótico y vigorizante ritmo del bajo.

Sentí que mi presión arterial aumentaba. *No puedo hacer esto.* Me volví hacia la puerta y sentí una mano suave agarrar mi muñeca.

—Mia ¡Oh Dios mío! ¡No puedo creerlo! —chilló Becca y me abrazó con fuerza.

—Yo-eh… no creo que me quede —grité sobre la música.

Ella frunció el ceño.

—¡Como el infierno te irás! Vamos. —Me arrastró entre la multitud hasta una pequeña mesa en la parte trasera, donde sus amigos, no recordaba sus nombres, una rubia y dos morenas, se sentaban con cinco chicos. Estaban tomando shots de tequila y riendo.

—¡Todo mundo! ¡Miren quién está aquí! —Becca me empujó hacia un asiento. Sonreí educadamente e hice un gesto con la mano. El chico a mi lado, con un pelo color marrón y grandes ojos azules, inmediatamente se acercó más. Becca me metió un vaso lleno en la mano y dijo—: Mia, este es Grant. ¡Grant, Mia!

—Encantado de conocerte. —Él sonrió—. ¿Vienes aquí a menudo?

Me resistí a poner los ojos en blanco y en su lugar tomé el shot.

—¡Déjame conseguirte otro! —dijo, hablando en voz alta. Me dio otra bebida de la bandeja llena en el centro de la mesa.

Becca se inclinó y habló a la oreja de Grant, sin duda dándole algún tipo de instrucciones, como: "Hagas lo que hagas, asegúrate de que se divierta y no se vaya".

Después de cinco shots, sentí que el peso de mi ansiedad se elevaba y el dolor en mi corazón se entumecía un poco.

Felicidad. Alargué la mano por otro shot.

—Oye —dijo Grant—, no es que me oponga a que emborracharte o algo así, pero tal vez quieras reducir la velocidad.

Estaba a punto de pegarle, pero cuando miré sus grandes ojos azules, me recordaron a King.

—¿Quieres bailar?

—Por supuesto.

Tomé su mano y sorteamos nuestro camino hacia el medio de la pista. Grant no perdió el tiempo colocando sus manos en mis caderas y presionando su cuerpo contra el mío.

Levanté los brazos y cerré los ojos, centrándome en la sensación de nuestros cuerpos moviéndose juntos en un ritmo primario y erótico. No pude

evitar fantasear que eran las grandes manos de King sobre mi cuerpo, sus brazos musculosos agarrándome a él, moviendo nuestras caderas íntimamente juntas.

Cuando abrí los ojos, sin embargo, no era King. Era Grant, su apuesto rostro que no poseía ni siquiera una décima parte de belleza.

—Señorita Turner. —Escuché esa profunda y oscura voz detrás de mí. Giré mi cabeza y sentí que mi cuerpo quedaba rígido.

De pie frente a mí, la mandíbula angulosa, sin afeitar, marcada por la ira, se cernía una enorme masa de músculos duros envueltos en un elegante traje negro.

—¿King? —Di un grito ahogado.

Sus brillantes ojos azules se clavaron en mí con total furia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—¿Qué mierda estás haciendo *tú* aquí? —Sus ojos pasaron un momento sobre Grant.

—Uhh… —Parpadeé.

King se inclinó hacia adelante y habló en mi oído.

—Como de costumbre, señorita Turner, me pregunto cómo me las he arreglado para conseguir una asistente que carece de la capacidad de hablar.

—Oye, ¿este tipo te está molestando? —preguntó Grant.

Miré a Grant y vi la irritación en sus ojos. Él no sabía con quién diablos estaba metiéndose. King podría liquidarlo en un instante.

—Mmm, no. Este es mi… —*Maldición. ¿Qué digo*?—. Este es mi jefe. Te veré en la mesa en un minuto.

Grant asintió lentamente y desapareció entre la multitud.

King agarró mi muñeca, y en el momento en que me tocó, las imágenes discordantes bombardearon mi mente. Recuerdos de él y yo en la playa, de los dos en esa habitación de hotel en Edimburgo donde se había arrastrado dentro de mi cuerpo, de nosotros… acostados juntos en su cama, rodeados por un charco de mi propia sangre…

Traté de alejarme, pero King tenía su apretón de hierro colocado estratégicamente sobre mi tatuaje de la "K". Se inclinó y me susurró algo extraño al oído, pero se sintió como si sus palabras simplemente pasaran a través de mí. Entonces mi muñeca comenzó a arder como el infierno. Traté de sacudirlo, pero King me miró a los ojos y me agarró fuerte.

—Dejarás de pelear —ordenó.

No podía creerlo. Incluso ahora, incluso con él en un cuerpo humano, todavía tenía el poder de controlarme.

Bueno, ¿por qué diablos no? Después de todo, nunca había sido su maldición o su estado incorpóreo lo que le había dado poder. Él tenía sus habilidades a pesar de ellos, para superarlos. *Probablemente sea más poderoso ahora que no tiene una discapacidad.*

—Ahí. Está hecho —gruñó King.

—¿Qué está hecho? ¿Qué estás haciendo aquí?

Me agarró del brazo y me arrastró hasta la parte posterior del club, a través de una puerta trasera, a una oscura escalera.

Miré su hermosa cara con una barba negra y labios sensuales.

—¿Qué estás haciendo aquí con ese hombre? —gruñó.

—No eres mi dueño, King. Puedo estar aquí si quiero.

—¿No lo soy? —Se rio con esa risa profunda y sádica en el aire.

Tiré de mi brazo.



—No. No lo eres.

Su sonrisa se desvaneció y una mirada depredadora se hizo cargo.

Fue una mirada que hizo que mi corazón se acelerara con miedo. Di un paso atrás y la furia llenó sus ojos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó.

Cielo santo.

—Sí.

Pasó su mano por su cabello.

—Pensé que estabas curado —dije.

—¿Curado? ¿De qué? ¿De mi tormento? ¿De mis recuerdos, señorita Turner?

—Mia. ¡Por el amor de Dios, mi nombre es Mia! —Le di un puñetazo en el pecho.

Miró hacia abajo y sonrió de forma lobuna.

—Sí —dijo lentamente—, y teníamos un trato; eres mía.

—¡Me dejaste! Y nuestro trato ha terminado. ¡Muy, muy terminado!

—No te dejé. Tuve que encargarme de algunas cosas.

—¿Quieres decir matar a algunas personas? —grité.

—¿Qué diablos crees, señorita Turner? Eres mía. Nadie toca lo que es mío. —Él me alcanzó y me atrajo hacia él. Sus labios chocaron con los míos y su lengua ardiente se adentró en mi boca. Su sabor, su calor, su olor me abrumó.

Quería luchar contra él, pero mi cuerpo no tenía la fuerza para resistir lo que tanto necesitaba. Hizo girar nuestros cuerpos y me inmovilizó contra la

pared con su duro cuerpo. Sus manos se extendieron entre nosotros, liberando su pene duro y luego agarraron mis muslos. Me levantó y me posicionó.

—Desliza tus bragas a un lado —gruñó.

Anhelando su largo y grueso eje para extinguir ese dolor hueco y erótico, mi torpe mano eliminó la barrera y King empujó la sedosa cabeza de su pene dentro de mí.

Cielo y pecado, lujuria y amor. Sintiendo a King hundirse en mi necesitado cuerpo se sentía como todos esos.

Él gimió con un profundo aliento masculino y golpeó contra mí con feroces golpes duros que me robaron el aliento. No fue como la vez que me había tomado en Atenas, ni fue como la vez que me había hecho el amor en la playa por primera vez después de haber pensado que me había perdido. Esta vez, él me reclamó, cada penetración de mi suave carne necesitada me recordó que solo su pene podía ofrecer lo que necesitaba y nadie podía hacerme sentir como él podía hacerlo.

Mis músculos se contrajeron con esa tensión entusiasta, casi insoportable, y mis pezones se endurecieron hasta convertirse en puntos agudos. Mientras tanto, el duro cuerpo de King se flexionó y empujó mientras sus caderas martilleaban dentro de mí.

—Vente para mí, Mia. Vente duro.

No pude contenerme más. Todos los músculos de mi cuerpo se flexionaron, impidiéndome moverme cuando la liberación se desató. La cabeza de King se inclinó hacia atrás, y él inclinó sus caderas hacia adelante, empujando la punta de su pene lo más profundo que pudo. Su gemido gutural fue tan masculino y primitivo, tan sexy, que el simple sonido desencadenó otra contracción eufórica.

Durante varios segundos, nos aferramos el uno al otro, y saboreé la sensación de su erección pulsando dentro de mí, liberando esas gotas finales de semen.

Movió sus labios hacia los míos, y nuestras jadeantes respiraciones se mezclaron con el aire y el calor de nuestros pulmones.

—Dios, te extrañé, Mia —susurró.

Mia. Era Mia otra vez.

Mi cabeza lentamente descendió del lugar pecaminoso al que me había llevado cuando King dejó besos perezosos y sensuales en la comisura de mi boca.

No quería volver a la tierra, pero no se podía evitar.

—King, por favor, bájame.

Él se detuvo por un momento, apoyando su frente en la mía, pero luego se apartó y me bajó lentamente.

Me bajé el vestido mientras se ponía los pantalones y se arreglaba la corbata azul de seda. El nudo estaba torcido, pero no dije nada. La pequeña imperfección en su apariencia era reconfortante de alguna forma, un recordatorio de que ya no era el hombre maldito que exigía perfección.

Pero sigue siendo King. No podía evitar sentir asombro.

Enseñó una de esas sonrisas lobunas y maliciosas.

—¿Le gusta lo que ve, señorita Turner?

Ignoré su comentario arrogante.

—¿Por qué estás aquí?

Sus cejas negras y sedosas se fruncieron.

—Soy mucha cosas, mujer, pero no soy un deudor.

Sus ojos azules se posaron en mi muñeca.

Levanté el brazo y me di cuenta que faltaba la "K". Sin embargo, el tatuaje de escupitajo de Hagne seguía allí.

—No entiendo —dije.

—Hicimos un trato. Me darías una noche de lo que yo quería y te daría tu libertad. —Era un trato que habíamos hecho hace tiempo, mucho antes de mi viaje a Minoa.

—Pero mis pesadillas de la sangre y las cosas que hiciste para…

—Esas no eran *tus* pesadillas, Mia; esos eran mis recuerdos. Con la maldición levantada, ahora debo lidiar con tres mil años de recuerdos.

Mis ojos volvieron a mi muñeca.

—¿Estaba viendo *tus* pensamientos?

Asintió.

—No me di cuenta al principio, pero los hechos hablaron por sí solos. Eres una mujer demasiado fuerte para permitir que el pasado te consuma como a mí.

Me llevé las manos a la boca.

—Lo siento mucho, King. —Ya había sufrido bastante y, ahora oyendo que su pasado, su culpa, podrían seguir persiguiéndole… bueno, era profundamente injusto.

Me miró con esos ojos azules feroces.

—Sí, bueno. —Se aclaró la garganta—. Espero que con el tiempo, mis viejos recuerdos serán reemplazados por otros nuevos. Hablando de eso, señorita Turner, es hora de que elijas.

—¿Elegir qué?

—Tú y yo hicimos un trato y sigue en pie. Dije que te liberaría para que hicieras tu propia elección a cambio —Sus ojos recorrieron mi cuerpo—, de obtener lo que quería. Y eso fue un tremendo polvo.

Esta era su forma de preguntar si aún le quería. Era un movimiento de King.

Me acerqué más y miré esa cara masculina perfecta.

—No estoy segura.

Sus ojos azules se agrandaron un poco.

—¿No estás… segura? —gruñó.

Agarré su corbata, inmovilizándolo con mis ojos.

—Podría necesitar otro… polvo.

Un extremo de su boca se elevó.

—Quizá podamos renegociar nuestro trato entonces. —Su voz era profunda y seductora.

—Sí. Pero —Moví el nudo de su corbata y le planté un beso sensual en sus labios carnosos—, debes saber que ya he hablado con un hombre poderoso y sexy.

King sonrió.

—Puedo llevarlo. Se rumorea que el hombre es un poco… viejo.

Me reí.

—Locamente viejo. Los calcetines mi bisabuelo son polluelos en comparación con él.

Un sutil brillo de alegría apareció en sus ojos y lentamente bajó los labios ligeramente hinchados a los míos.

—Te amo, Mia.

Sentí lágrimas en los ojos.

—Yo también te amo.

Él retrocedió.

—Entonces está arreglado.

Mis ojos se movieron un poco.

—¿Qué?

—Has elegido, así que no pienses en no pagar deudas. Ya sabes lo que será de ti si lo haces. —Tiró de mí dentro del club y nos topamos con Becca mientras me arrastraba hacia la puerta principal.

—¿Mia? —dijo ella.

La saludé con la mano mientras se quedaba con la boca abierta.

—¿Ese es King? —gesticuló con la boca.

Asentí e hice una señal de llamada de teléfono con la mano para decirle que la llamaría más tarde.

Una vez fuera, King se acercó a un Mercedes sedan de aspecto muy caro con cristales tintados. Abrió la puerta del pasajero y se dio la vuelta.

—Entra —dijo.

—¿A dónde vamos?

—A poner el pasado donde pertenece y a crear nuevos recuerdos. Comenzamos esta noche con borrón y cuenta nueva.

Me tomé un momento para digerir la vista de este hombre alto, mortal y elegante que había vivido más de tres mil años, que había gobernado una antigua civilización, había muerto y había vuelto a la vida, ahora de pie al lado del auto.

esperándome como un cachorro ansioso. Ni en un millón de años podría haber imaginado que lo lograríamos. Pero aquí estábamos. Quería llorar, reír, besarle, gritar y…

—Por el amor de Dios, Mia. ¿Vas a quedarte allí toda la noche? —La expresión severa de sus ojos y los músculos que se flexionaban bajo su mandíbula con barba negra, me indicaron que estaba a punto de llevarme por delante si tenía que hacerlo.

Me reí.

—Vas a tener que trabajar tu vena de impaciencia, King. Y esa boca. Jesús. No dejes que mi madre te oiga hablar así.

Sonrió e inclinó la cabeza de una manera que indicaba que podría hacerme pagar por ese pequeño comentario. Realmente estaba deseando que llegara.



Epílogo

Traducido por Silvia Maddox

Seis meses después.

Mi hermoso rey y yo nos casamos en un día de invierno inusualmente cálido, de pie sobre el mismo lugar donde habíamos hecho el amor por primera vez aproximadamente tres mil años antes, cerca de su casa en Creta. Al principio, me pregunté por qué había insistido en esta ubicación; después de todo, estábamos ocupados en crear nuevos recuerdos ahora. Pero simplemente dijo que era el único recuerdo que nunca reemplazaría: el momento en que se enamoró.

Ninguna mujer en su sano juicio podría discutir eso.

Fue una ceremonia sencilla y tranquila con un ministro, mi madre y mi padre como testigos, y Becca de dama de honor y el padrino como Mack estaba… bueno, no sabía dónde y King no quería hablar de eso. Sí, más secretos. Pero había aprendido que tendría que aceptar eso de King. Ya no era malvado, pero aún era King. El hombre siempre tendría sus secretos.

De todos modos, a pesar de la obvia ausencia de nuestros dos hermanos, el evento marcó un nuevo capítulo en nuestras vidas, uno lleno de una alegría tranquila por haberlo logrado.

En cuanto a la familia Spiros, King no los había borrado de la faz de la tierra como había pensado, pero no dudaba de que King no les había mostrado misericordia ni a Stefanos ni a su hermano. No sabía qué pensar al respecto, pero



King me aseguró que la familia ya no era una amenaza. Simplemente tendría que confiar en él con eso.

En cuanto al Club 10, King había decidido empezar de cero la noche después de que me encontrara en el club. Él era, de hecho, el hombre detrás de la pantalla de humo gigante, el mago que tiraba secretamente de todas las cuerdas. Sospeché que el psicópata Vaughn lo había descubierto y eso era lo que había querido decir antes de que le matara.

—¿Pero por qué empezaste algo así? —le pregunté a King.

—Comenzó después de que intentara matarte en Atenas —explicó—. Desapareciste y necesitaba encontrar un camino de regreso a ti. Necesitaba una cura para esta maldición.

Lloré después de escuchar esa noticia, pero era lo que era. El lado positivo fue que King estaba en condiciones de desmantelar lentamente el Club y "negociar" con los miembros. Sospeché, sin embargo, que su maldición monstruosa había creado un monstruo propio que nunca desaparecería por completo. Personas corruptas como esas, con más dinero y poder del que sabían manejar, existirían tanto si cobraban una cuota de membresía como si no.

Pero, de nuevo, era lo que era.

En cuanto a enfrentar todas las mentiras y engaños que el King maldito había orquestado a mi alrededor durante su búsqueda del Artefacto, simplemente eran demasiados que contar, y ahora era un punto irrelevante. King, mi King, simplemente lo explicó como:

—Te amaba, y cuando *él* tenía el control nunca quise que supiera lo mucho que significabas. Pero a cada paso del camino hice lo que pude por mostrártelo, decirte que estaba allí. Esperaba que vieras más allá de su maldad y me vieras. Esperándote. Esperando la oportunidad de acabar con él.

King también me explicó que si me hubiera rendido a mi propia oscuridad y demonios, podría haber terminado amando más al King maldito que a él. Si eso

hubiera sucedido, el monstruo habría cobrado vida en su lugar. Afortunadamente, me había enamorado del King correcto, por las razones correctas.

Después de esa revelación hicimos la promesa de dejar el pasado en el pasado. Sin embargo, sabía que King aun cargaba una enorme cantidad de culpa por todo lo que había hecho, a pesar de saber que no había tenido el control. De todos modos, eso se convirtió en mi búsqueda tácita: ayudarle a olvidar y llenar esa cabeza arrogante, sexy y engreída con recuerdos nuevos y hermosos.

Así que, eso nos dejó donde estamos hoy: en nuestra luna de miel extendida. Seis meses viajando por el mundo en un yate de ciento sesenta metros. Resulta que King si tenía uno, algo que había negado una vez. Y era un pedazo de cielo flotante, atendido por un chef gourmet, tres mayordomos, un equipo de ocho personas, una Ypirétria y un piloto de helicóptero. Sí, era realmente exagerado, pero no me iba a quejar. Necesitaba algunos mimos importantes.

—¿Mia? ¿Vienes o no, mujer? —gritó King desde la cubierta de popa, su voz se colaba en nuestra suite de arriba a través de las puertas abiertas del balcón.

Sonreí y terminé de atarme el bikini blanco demasiado pequeño y luego salí a la terraza privada. Allí, de pie sin camisa con pantalones cortos negros, demasiado guapo, era el hombre más hermoso del mundo. También era leal, decidido, amoroso y peligroso como el infierno. Sí, como sospechaba, eliminar la maldición solo hacía al condenado mucho más poderoso. No iba a quejarme. Su lado poderoso, ahora no tan malvado, me dio una especie de consuelo que me permitió sentirme segura, me permitió lamerme las heridas y sanarme.

Suspiré y le sonreí.

Levantó un par de aletas de buceo y las sacudió hacia mí como diciendo: "Estoy esperando".

Estábamos anclados en las Bahamas esta semana y él había prometido enseñarme a bucear hoy.

—¡Casi lista! —Levanté mi dedo índice, viendo como su sonrisa se fundía en una mirada de pura irritación.

Me alejé de él, me detuve al pie de la cama y desaté mi parte superior, sonriendo como un demonio mientras me acostaba en la cama. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…*

La puerta del dormitorio se abrió de golpe, y allí estaba King, con su amplio pecho desnudo jadeando, sus ojos llenos de furia.

Le sonreí.

—Eres tan predecible. —Odiaba que le hicieran esperar.

En el momento en que vio mi cuerpo desnudo en la parte superior, los pechos esperando con los pezones duros y animados, su mirada cambió una vez más. Esta vez en lujuria. Pura y simple lujuria. Rematado con una gran cantidad de amor.

Sus bellos ojos azules se entrecerraron y esbozó una pequeña sonrisa perversa.

—Eso ha sido un truco sucio.

Me encogí de hombros y sonreí.

—Tendré que castigarte por eso.

—Esperaba que lo hicieras —dije.

King estaba sobre mí como un lobo hambriento, liberando su pene rasgando el bañador. Se colocó entre mis muslos y tiró del cordón lateral de mi bikini, eliminando la barrera entre nosotros. Mirándome a los ojos, agarró su larga, dura y gruesa vara con la mano y observó con erótica fascinación mientras lentamente se guiaba hacia mi entrada preparada.

Arrojé la cabeza hacia atrás sobre la almohada y saboreé la sensación de su carne rígida y caliente entrando en mi cuerpo. Centímetro a centímetro se introdujo en mí hasta que no pudo ir más allá.

Todavía arqueándose sobre mí, colocó sus brazos a ambos lados de mi cabeza y me miró a los ojos.

—Nunca tendré suficiente de ti.

—No tienes ni idea de lo sexy que eres, ¿verdad, King?

Su gran cuerpo delgado era la fantasía sexual de todas las mujeres. Sacudía mi mundo en la cama. Y mientras yo llevara el anillo y él llevara el suyo, el que había hecho él; sí, con la esperanza de que este día llegara, nunca envejeceríamos. Nunca moriríamos.

—Creo que me gusta castigarte. —Empujó sus caderas hacia adelante bruscamente, para aplicar una presión exquisita sobre todos los puntos correctos. Tuve un orgasmo instantáneo, agarrando puñados de sábanas.

Observó con placer mientras repetía el movimiento y me hacía correrme otra vez.

No sabía cómo lo hacía. Pero no me importó. El hombre prácticamente podía hacerme venirme bajo sus órdenes. *De acuerdo, sí, su boca sensual o su enorme pene estaban normalmente involucrados, pero hubo esa vez con su mano cuando…*

—Silencio, mujer —ladró King y empujó de nuevo—. O no te haré correrte de nuevo.

Oh, sí. Y entonces estaba eso. Hice que King pusiera de regreso su marca. Le dije que sin importar el dolor que tuviera, no iba a dejarle vivirlo solo. Era suya y él era mío. De todos modos, él ya había vuelto a escuchar. No siempre era algo bueno cuando él estaba trabajando… allí abajo.

Cerré la boca.

—Silenciando. No hay más ruido.

Sonrió con esa sonrisa sensual y perversa, y bajó su cálida boca a la mía, bombeando y lamiendo a un ritmo pausado.

Sentí la tensión en lo más profundo una vez más y luego… el *cielo*.

Sintiendo las contracciones, King empujó la punta de su eje duro hacia delante y avivó las llamas, haciendo de la experiencia un evento aparentemente interminable y alucinante. Como siempre.

En el momento en que mis paredes internas se apretaron a su alrededor, comenzó a bombear ferozmente, uno, dos, tres empujones y se corrió con fuerza profundamente dentro de mí. Soltó un gemido gutural y se desplomó.

—Cuidado —dije—. No me aprietes el estómago.

Se rio entre dientes y rodó a mi lado.

—Estás demasiado paranoica.

Me froté la tripa y sonreí.

—Bueno, él es un milagro. —Y sabía que King se aseguraría de que hubiera un anillo esperándole, también, cuando fuera el momento adecuado.

—Eso es. —King besó mi abultada barriga y luego alcanzó el teléfono al lado de la cama.

Hizo una pausa por un momento, esperando que el personal de cocina respondiera.

—Hola, Paolo —dijo King con una voz profunda y aterciopelada que hizo que se me curvaran los dedos de los pies. Pausa—. Sí, la señora Minos y yo estamos bien, gracias.

Oh, sí. Me olvidé mencionar eso. Su apellido, como se vio, era Minos. (Mee-nus). Como el Rey Minos. Más tarde, Homero embelleció el folclore local y convirtió a mi King en un personaje ficticio, un dios, que también encendió la leyenda del Minotauro. Sí, encontré exceso de humor en el sentido de que sería

recordado por trabajar para Zeus, pero estaba abrumado por las referencias históricas vinculadas a Draco, el Legislador. Ambas fueron ficciones extremas del hombre real, pero supuse que no se podía evitar. Después de todo, King era imponente.

—Sí —le dijo a Paolo—, es un día hermoso, de hecho. ¿Podrías pedirle a Ypirétria que deje una botella de agua con gas afuera de la puerta para mi esposa y un poco de champán para mí? —Pausa—. Gracias, Paolo. Pronto llegaremos a nuestra excursión.

Uno podría preguntarse por qué King había insistido en traer a Ypirétria, una mujer griega de setenta años, que había servido en su casa desde los dieciocho años. Eso también fue una agradable sorpresa. Después de mi viaje a la antigua Atenas, cuando me tomaron como esclava, King cumplió su palabra y envió a sus hombres a dar dinero a los esclavos liberados. Como no tenían adónde ir, muchos siguieron a la casa a sus hombres e insistieron en quedarse. King dijo que trabajaron más duro y fueron más leales que cualquier "ayuda" que hubiera tenido. Desde ese día en adelante comenzó a pagarle a toda su gente.

—Era un buen sentido comercial —dijo. Pero creo que una parte de él lo hizo porque se sentía bien. De todos modos, Ypirétria, como se vio después, ganó alrededor de cien mil por años, más beneficios. Había pagado la universidad de sus seis hijos y, ahora que todos habían crecido, había decidido quedarse con King. A ella le gustaba "la aventura y el peligro", me había dicho, cumplidos del tatuaje de escupitajo de Hagne que irónicamente traducía todos los idiomas. Sí, decidí quedarme con la maldita cosa. Era una pequeña pieza práctica de magia y me recordaba mi tiempo en Minoa, algo que nunca quise olvidar.

Miré a mi rey y sonreí.

—Pediste champán. No has tenido de eso en mucho tiempo.

—Bueno, solía beberlo solo para *enojarlo*, pero echo de menos el sabor.

Me reí.

—¿Me estás diciendo que todas esas botellas que tenías estaban allí para atormentar al King malvado? —Así era como lo llamaba ahora.

Él encogió sus hombros anchos y bronceados, tensos por los músculos.

—Sí. A él no le gustaba mucho. Parecía una opción mejor frente a devolverle el golpe.

Incliné la cabeza y miré a este hermoso hombre, comprendiendo otra pieza del rompecabezas. El King malvado había intentado quitarle la bondad. Qué increíblemente justo que el King bueno intentara defenderse con champán.

—Bebe todo el champán que quieras. Después de que nazca nuestro hijo, beberé un vaso contigo también. Pero nada de cigarros, huelen desagradable.

Sus ojos azules brillaron de alegría.

—Te amo, Mia.

Puse la mano en su mejilla.

—Yo también te amo. —*Más que cualquier cosa que puedas imaginar*.

—¿Más que nada? —preguntó y colocó su cálida mano sobre mi vientre.

—Bueno. Estás atado.

Se rio.

—Bueno, entonces ¿estás lista?

—¿Para qué? —Esperaba que se refiriera a más sexo.

—Para ir a bucear. —Sonaba como un niño pequeño ansioso por encontrar un tesoro escondido.

—No puedo ir muy hondo, pero sí. Por supuesto. ¿Para qué vamos a bucear?

—Es el Cáliz Inca de la vida —respondió.

—Oh-oh. No. Prometiste que tus días de "búsqueda de reliquias" habían terminado.

—Pero este objeto es para nosotros. Algo que necesitamos.

—¿Y por qué *necesitaríamos* eso?

King estuvo en silencio un momento.

—Tiene la capacidad de devolverle la vida a una persona. Específicamente, a aquellos que tienen asuntos pendientes y son almas atormentadas que permanecen en el limbo.

—Pero ya estás vivo… —Mi voz se apagó. *Te refieres… a Justin, ¿verdad?*

King asintió.

—Mack y yo habíamos estado buscando el cáliz durante mucho tiempo, como refuerzo, por supuesto. Y, por suerte, recibí un correo electrónico la semana pasada, que contenía la ubicación del buque español del que se rumoreaba que lo transportaba.

—¿Mack te envió un correo electrónico?

King asintió.

—¿Qué decía?

Se rascó la barbilla.

—Simplemente decía: Dile a Mia que gracias.

Vaya. Solo podía suponer que había querido decir "gracias" por salvar a su hermano. Ahora tenía la intención de devolverme al mío. No había palabras posibles para describir lo agradecida que me sentí.

—Y —agregó King—, supongo que parece justo que a tu hermano se le dé una segunda oportunidad. Después de todo, ¿dónde estaríamos si alguien no hubiera luchado por nuestras almas?



Eso era cierto. King había traído a Mack. Yo traje de vuelta a King. King me trajo de vuelta. Y no me estaba refiriendo simplemente a nuestras vidas.

—Gracias, King. —Le abracé fuertemente—. Gracias por darle a mi familia la oportunidad de volver a estar completa. —Tendríamos que ser muy creativos con la historia que le contáramos a mis pobres padres, pero lo resolveríamos.

—Puedes darme las gracias apropiadamente —dijo, con una voz profunda y pecaminosa—, después de haber recuperado el cáliz.

—Pero funcionará, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo, sonando casi ofendido de que dudara de él.

—Dios, te amo. —No podía creerlo. Después de todo el dolor que había pasado intentando dejarlo ir, recuperaría a Justin. No, no estaría sin su equipaje y problemas, pero era todo lo que cualquiera podía pedir: una segunda oportunidad. Y con King a mi lado, no tenía ninguna duda en mi mente de que íbamos a enderezar a Justin. Lo arreglaríamos.

—Sin embargo, primero tendremos que romperlo —dijo King, leyendo mis pensamientos.

Parpadeé.

—¿Dijiste "romperlo"?

King sonrió y luego se encogió de hombros.

—Lo siento. Los viejos hábitos tardan en morir.

—Dejemos la ruptura y la tortura en el pasado.

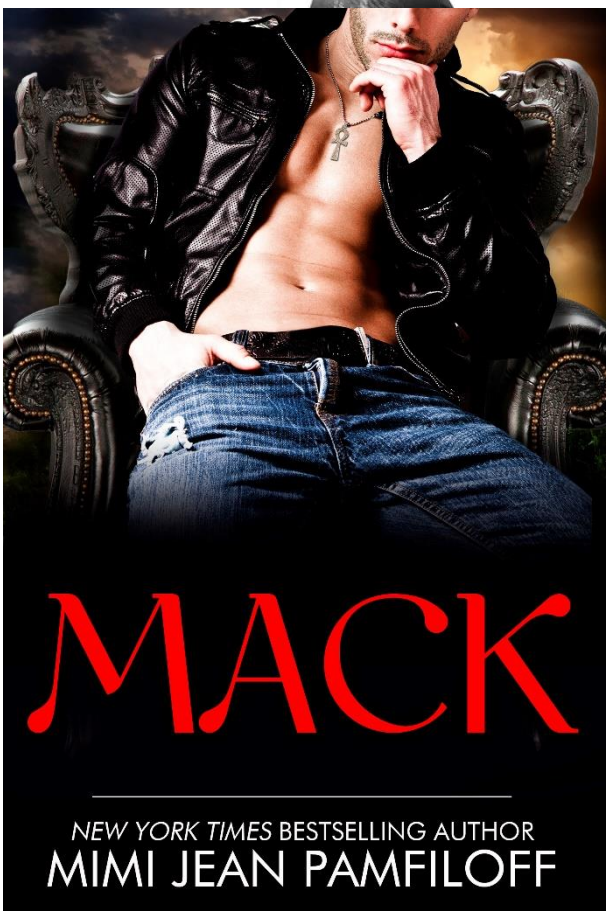
—Si debemos. —Me acarició el cuello—. Pero entonces tendrás que darme otra forma de ocupar mi tiempo.



Con placer, mi King.

—Justo después de ir a bucear.

Fin



Siguiente libro

Mi nombre es Mack. Y si juego bien mis cartas, pronto estaré muerto. Permanentemente. Ni siquiera mi poderoso hermano gemelo será capaz de resucitarme. Algo bueno. Porque un hombre como yo no tiene derecho a vivir. No cuando he matado. No cuando he traicionado a todos los que me han importado. No cuando estoy destinado a hacerlo otra vez.

Por esta razón vine a buscarla… la única capaz de terminar conmigo de una vez por todas. Pero, ¿ella pensará que simplemente soy otro paciente loco? ¿O creerá la verdad? Que tengo mil años, mi corazón demasiado oscuro para ser salvado. Y mi nombre no es realmente Mack.

***

Mi nombre es Teddi, abreviatura de Theodora. Toda mi vida ha sido un lienzo de grises, blancos y negro. No puedo sentir, no puedo entender la alegría, nunca he vivido realmente. Hasta ahora. Su nombre es Mack, y aunque cree que está maldito, mi título en psicología me dice lo contrario. Además, alguien que es capaz de traer tanta luz a mi vida no puede ser más que bueno.

Pero puedo salvarlo. Si él me lo permite.



Play List

"Goodbye My Lover" by James Blunt

"Changing" by Airborne Toxic Event

"Black Sheep" by Gin Wigmore

"Wise Up" by Aimee Mann

"If Only" by Gin Wigmore

"Hold the Line" by Pilot Speed

"Bluff" by Pilot Speed

"Do You Feel Me" by Anthony Hamilton

"Feelings" by Maroon 5

"Unkiss Me" by Maroon 5

"Save me" by Aimee Mann

"My Heart is Open" by Maroon 5

"Be Still" by the Killers

"Won't Go Home Without You" by Maroon 5

"Take Me to Church" by Hozier

"Happy Ever After" by Gin Wigmore



Sobre la autora



Nativa de San Francisco, **Mimi Jean Pamfiloff** es una autora de romance éxito en ventas USA Today y New York Times. Aunque ha conseguido su Maestría en Administración de Empresas y ha trabajado por más de quince años en el mundo corporativo, cree que nunca es muy tarde para salir del armario del romance y seguir sus sueños.

Mimi vive con su marido, dos piratas en entrenamiento (sus chicos), y un dúo de rat terriers, Snowflake y Mimi Me, en Arizona. Espera hacerte reír cuando más lo necesites y reza todos los días para que los pantalones de cuero tengan un regreso triunfal para los hombres.

Créditos

Moderadoras

Flochi
M.Arte

Traductoras

Camifl.
Dustie
F.Anax
Fefe
Flochi
Heglys
Marlene
M.Arte
MaryLuna
Perséfone
Silvia Maddox
Yoshioka13

Corrección, Recopilación y Revisión

Flochi

Diseño

Orwzayn



Sigue la saga en

BOOK Hunters

Bookzinga

